



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año XXXVII, Vol. CCXVI, Núm. 1 (enero-febrero de 1978).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

1

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
México 12. D. F.
Apartado Postal 965
México 1, D. F.
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXXVII

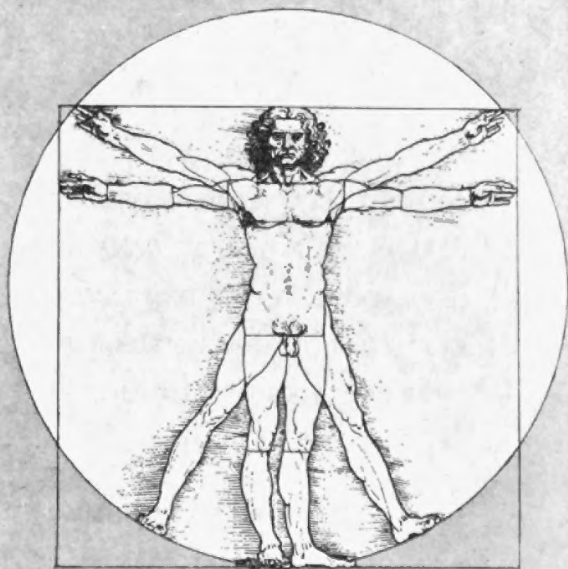
1

ENERO-FEBRERO
1978

INDICE

Pág. 3

*La razón
de nuestra empresa:*
EL HOMBRE



GRUPO BANCARIO

...para las empresas del hombre

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CONTINUA CON MADERAS DE LOS
BOSQUES DEL ESTADO DE OAXACA
SIRVIENDO AL PUEBLO DE MEXICO
PRODUCIENDO PAPELES PERIODICO
Y PARA CUADERNOS DE LOS LIBROS
DE TEXTO UNICO.

ADEMAS DA OCUPACION a 5 000 ME-
XICANOS EN SU UNIDAD INDUS-
TRIAL Y EN SUS EXPLOTACIONES FO-
RESTALES Y ASERRADEROS.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO

Revista Latinoamericana de Economía

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F.

Mayo-Julio de 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*

Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS

José Luis Ceceña Cervantes:

La política económica del semestre cero.

ENSAYOS Y ARTICULOS

Arturo Guillén

El socialismo socialdemócrata de John Strachey.

Margot Sotomayor

Definición económica de clase social. Contra el economismo y el desarrollismo.

Morris Morley y Steven Smith

El imperialismo y su política en Chile. La política del estado y el papel de la CIA.

TESTIMONIOS

Ernesto A. Bilder:

El Plan Gelbard. Un estudio de coyuntura económica argentina.

REUNIONES

Victor M. Bernal Sahagún:

"En las entrañas del monstruo". La lucha chicana.

LIBROS

DOCUMENTOS

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) anuales al Continente Americano y 22 dólares (EUA) anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

México al alcance de todos en el libro de consulta indispensable



Edición completamente renovada:

- Visión histórica
- El territorio y sus recursos
- La población
- Las instituciones
- La política internacional
- El camino del desarrollo
- El Estado en la economía
- El desarrollo regional
- Las actividades agropecuarias
- El sector industrial
- Relaciones económicas internacionales
- El sector financiero
- Finanzas públicas
- Comunicaciones y transportes
- Política de trabajo y bienestar social
- Educación
- Las artes
- La evolución de las artes populares
- Sitios y actividades de interés turístico

488 páginas
135 ilustraciones en color

\$ 100.00

Para el exterior **Dis. 8.00**

Edición en inglés \$ 250.00

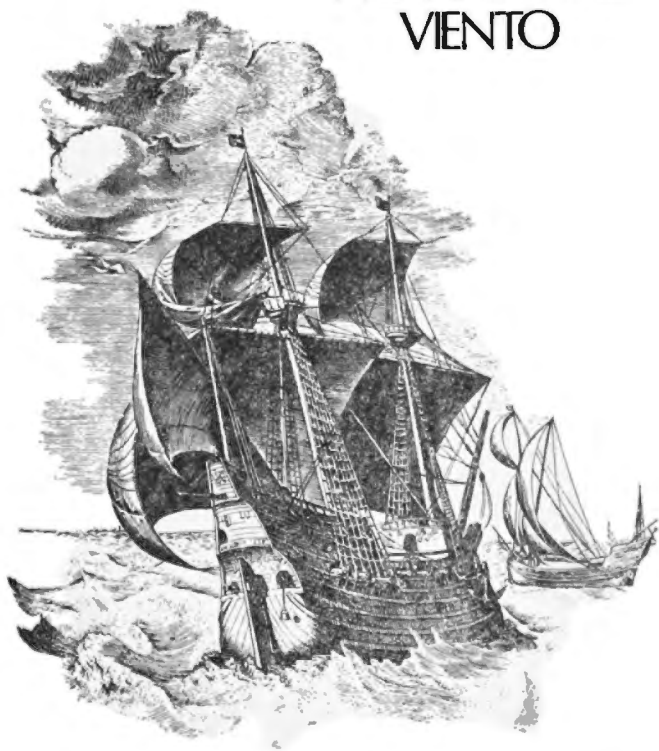
Para el exterior Dis. 12.00

Envíe cheque o giro postal al

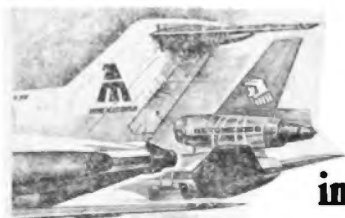
Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

PARA UN
BUEN NAVEGANTE
NO HAY MAL
VIENTO



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades



100,000
inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

El sector sector Financiero S.A. obtiene 27.000 millones de pesos de sus clientes e inversionistas que generan riqueza nacional y así del mayor crecimiento e innovación de nuestra economía, y así son los empresarios que nos han permitido ser líderes en el sector financiero de la industria del mundo para dar el mejor giro más seguro.

En estos 27 años, el sector Financiero S.A. ha crecido en todos los sentidos.

El sector Financiero S.A. es el más grande del mundo en todos los sentidos.



nacional financiero, s. a.

Avda. de la Libertad 31, Montevideo 11000. P.O. Box 100, Montevideo 11000. Tel. 2300.1111. Fax 2300.1111.

realizan las grandes propiedades nacionales



ETLA, S. A.
FILIAL DE
FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

ASERRA MADERAS OAXAQUEÑAS EN
EL ASERRADERO DE MAS CAPACIDAD
DEL PAIS Y ELABORA CABAÑAS DES-
MONTABLES, MUEBLES ESCOLARES,
ESCRITORIOS, BANCAS Y SILLAS PARA
USOS RURALES, PARQUET Y LAMBRI-
NES.

COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA
DE LA REVOLUCION MEXICANA DIRIGIDA
POR JESUS SILVA HERZOG

LA CUESTION DE LA TIEIRRA

TOMO 1o.—1910-1911.—De Oscar Braniff, Alberto García Granados, Lauro Viadas, Pastor Rouaix, Gustavo Durán, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Rómulo Escobar.

TOMO 2o.—1911 a 1913.—De Carlos Basave y del Castillo Negrte, Felipe Santibáñez, Antenor Sala, Rafael L. Hernández, T. Esquivel Obregón, José L. Cossío, Roberto Gayol, M. Marroquín y Rivera, Juan Sarabia, Miguel Alardin, Adolfo M. Isassi, José González Rubio, Gabriel Vargas y Luis Cabrera.

TOMO 3o.—1913-1914.—De José Covarrubias, Roberto Gayol, Telésforo García, Cesáreo L. González, Zeferino Domínguez, Paulino Martínez, Manuel Bonilla, José L. Cossío, Antonio Sarabia, M. Mendoza López Schwertfeger, Pastor Rouaix y José I. Novelo.

TOMO 4o.—1915-1917.—De José Domingo Ramírez Garrido, Francisco Loria, Salvador Alvarado, Rafael Nieto, Plutarco Elías Calles, J. M. Luján, Fernando González Roa, Miguel Angel Quevedo, Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gamio.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS



Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

AMÉRICA NUESTRA

la nueva colección de
SIGLO VEINTIUNO EDITORES XXI



- ▲ américa antigua
- américa colonizada
- ◆ caminos de liberación
- los hombres y las ideas



siglo
veintiuno
editores

Apdo. postal 20 626
Mexico 20, D.F.
Tel. 550 30 11

Favor de enviar información sobre su producción editorial

nombre _____

dirección _____

ciudad _____



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en RENAULT nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama RENAULT para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 quayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el RENAULT 12 paga 32,525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andrión.



EDICIONES DEL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

9020

MILLARES CARLO, AGUSTIN
INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL
LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS

§ 125.00

9022

DUMEZIL, GEORGES
DEL MITO A LA NOVELA

§ 75.00

17127

FOPPA, ALAIDE
CONFESIONES DE JOSE LUIS
CUEVAS.

(RUSTICA) § 50.00

(EMPASTADO) § 150.00

4021

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH
LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE
LA FILOSOFIA (3 TOMOS)

§ 270.00

9026

MORETTA, EUGENE L.
LA POESIA DE XAVIER VILLAUURUTIA

§ 75.00

13116

ZAID, GABRIEL
CUESTIONARIO

§ 100.00

13039 13040

MARTINEZ, JOSE LUIS
EL ENSAYO MEXICANO MODERNO
(TOMO I Y TOMO II)

§ 80.00 C/U

14257

PHILLIPS, RACHEL
LAS ESTACIONES POETICAS DE
OCTAVIO PAZ

§ 65.00

17134

CARDOZA Y ARAGON, LUIS
POESIA COMPLETA Y ALGUNAS
PROSAS

§ 150.00

14266

JONES, W. T.
LAS CIENCIAS Y LAS
HUMANIDADES

§ 80.00

De venta en las librerías FONDO DE CULTURA ECONOMICA
y en todas las buenas librerías.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y España	
		México Pesos	Precios por ejemplar Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 6	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Números 1 al 5	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 1 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Números 2 y 4	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6	55.00	2.65
1973	Número 1 al 6	55.00	2.65
1974	Números 2 y 6	55.00	2.65
1975	Números 1, 2, 3 y 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 3	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

**EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u		
	60.00	3.00
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos	120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	12.00	0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	30.00	1.50
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Ballesteros Porta	12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog	60.00	3.00
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo	30.00	1.50
Traectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz	80.00	4.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán	20.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla	Agotado	
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez	50.00	2.50
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog	Agotado	
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie	120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

INDICES

CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares
México	180.00	
América y España		9.00
Europa y otros continentes		9.35

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

SIN NOMBRE

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

o

Cordero No. 55

Santurce, Puerto Rico 00911

SUMARIO: VOLUMEN VIII, NO. 1 ABRIL-JUNIO 1977.

IRIS M. ZAVALA: *Puerto Rico SIGLO XIX: Literatura y sociedad*. KATALIN KULIN: García Márquez: "*El otoño del patriarca*". JUAN ANTONIO CORRETJER y JOSE FERRER CANALES: *Juan Marinello*. EDMUND BURKE III: *Franz Fanon: un enfoque retrospectivo*. JUAN LOVELUCK: *Pablo Neruda en Oriente*. CARLOS ROBERTO MORAN: *Los lenguajes, la dependencia, el intento liberador*. LOS LIBROS: LUCE LOPEZ BARALT, JUAN CARLOS LERTORA, CARLOS MENESES, EFRAIN BARRADAS, FRANCISCO CAUDET. COLABORADORES.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS: Volumen VII No. 2 Certámenes 1975. Volumen VII No. 3 La Mujer. Suscripción Anual \$10.00. Estudiantes P. R. \$6.00. Números extraordinarios \$5.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO
Secretario-Tesorero: William Straub
Dirección: 1312 C. L. Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh, PA. 15260

Suscripción Anual:

Países latinoamericanos: 10 Dls.
Otros países: 20 Dls.

Socios regulares: 25 Dls.
Socios protectores: 30 Dls.

Suscripciones y Ventas: William J. Straub
Canje: Lillian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura Iberoamericana, publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de escritores y estudiosos de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

COMITE EDITORIAL:

Jaime Alazraki, University of California, San Diego
João Alexander Barbosa, Universidade de São Paulo
Bella Jozef, Universidade Federal do Rio de Janeiro
Klaus Meyer-Minneman, Universität Hamburg

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVII

VOL. CCXVI

1

ENERO-FEBRERO

1 9 7 8

MÉXICO, D. F. 1º DE ENERO DE 1978

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Rubén BONIFAZ NUÑO

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTINEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Jesús SILVA HERZOG

Ramón XIRAU

Agustín YAÑEZ



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ



Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

Número 1

Enero-Febrero de 1978

Vol CCXVI

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
NUESTRO TIEMPO	
JORGE BEINSTEIN. Capitalismo marginador y neofascismo militar. (Algunas reflexiones sobre el caso argentino)	7
BENJAMÍN CARRIÓN. Cuba en dos tiempos (1960-1977)	25
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Sesenta años después de la Revolución de Lenin	37
RICARDO TORRES GAYTÁN. La Tecnología como factor de dependencia de los países de Indoamérica	45
"Deten el paso, caminante. Advierte..." Memorias de un hombre de izquierda. Nota por LUIS CÓRDOVA	63
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre)	69
ROBERT M. SCARI. Notas sobre la angustia religiosa en algunos poetas españoles contemporáneos	97
 PRESENCIA DEL PASADO	
BERNARDO SUBERCASEAUX S. Diego Portales y la junta militar chilena: singularidad histórica e interpretación retórica	107
R. OLIVAR BERTRAND. Trágica disyuntiva	127
RUBÉN BENÍTEZ. Américo Castro y el Siglo XIX español	146

DIMENSION IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
F. COSSÍO DEL POMAR. Apollinaire el "mal amado" .	171
GEOFFREY R. BARROW. Orígenes y aspiraciones de la poesía social	189
MARIANO LÓPEZ SANZ. Puntualizaciones en torno al na- turalismo literario español	209

INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

ALFREDO S. DUQUE. Intelectuales de nuestro idioma y "Cuadernos Americanos"	229
---	-----

Nuestro Tiempo

CAPITALISMO MARGINADOR Y NEOFASCISMO MILITAR

(Algunas reflexiones sobre el caso argentino)

Por Jorge BEINSTEIN

"Argentina no existe más"

UNA conclusión similar ha sido emitida en relación con Uruguay. Detrás de tan extrema afirmación existe una parte de verdad. En efecto, la Argentina pequeñoburguesa, país de la movilidad social por excelencia, la más "desarrollada" de las naciones subdesarrolladas, etc., ha muerto para siempre.

Demasiado rica y moderna (si se la ubica entre las sociedades capitalistas subdesarrolladas del tercer mundo), demasiado vulnerable y dependiente como para formar parte del grupo selecto de "países desarrollados".

En un mundo capitalista gobernado por la combinación contradictoria de superestados y empresas multinacionales, en el que el proceso de acumulación de capital tiene como resultado la polarización de la riqueza en una élite cada vez más reducida rodeada por una mayoría creciente de pueblos miserables, superexplotados, no hay lugar para sociedades capitalistas sometidas pero de buen nivel de vida (para la mayoría de la población). Ha terminado el periodo de las "colonias prósperas", de los países dependientes "de clase media".

Curiosamente, muchos de quienes se aferraban a la utopía de la prolongación *ad infinitum* de la "Argentina moderada" propagan hoy el derrotismo frente a la represión fascista.

"Desarrollistas" de izquierda o de derecha, antiimperialistas "hábiles", etc., subestimaban en nombre del "realismo" a los "anunciadores de catástrofes". En verdad su realismo, creador de "soluciones posibles", programas de "cambios graduales", etc., tenía como base al idealismo conservador que supone que sólo existe lo tangible y que el futuro no es otra cosa que la continuación del presente (algo transformado, por supuesto).

Incluso ciertas escuelas pseudocientíficas de sociología nos enseñaban que la presencia de vastas clases medias constituían un factor

de "moderación" a largo plazo (la misma "explicación" servía para tranquilizar a quienes tenían por el futuro de la democracia burguesa uruguaya).

La incapacidad del capitalismo, integrador de la mayoría de la población, para seguir reproduciéndose (desde el punto de vista de su estructura económica y de su superestructura político-cultural), colocaba ya a fines de los años sesenta a los argentinos ante la disyuntiva estratégica de la superación de la sociedad clasista (socialismo) o de la imposición de un nuevo sistema de dominación burguesa basado en la represión generalizada (barbarie fascista).

La aparición a la luz pública de una serie de "fenómenos nuevos" (hipertrofia del aparato represivo, insurrecciones populares, guerrilla urbana, etc.) así lo indicaba.

La "primavera camporista"

EL triunfo camporista significó la derrota política de las Fuerzas Armadas y los grupos sociales conservadores.

Ahora bien, este corto periodo de democratización (poco más de cuarenta días) su retroceso durante los gobiernos de Lastiri y Perón seguido por la ofensiva reaccionaria durante el reinado del binomio Isabel-López Rega, dejaron en claro los siguientes hechos:

- a) La irrupción de un movimiento de masas radicalizado no podía de ningún modo ser canalizado (manipulado) por las superestructuras burguesas del peronismo (burocracia sindical, dirigentes políticos tradicionales, etc.) las que habían sido reforzadas con el aporte de una nueva camada de arribistas que aspiraba coparticipar de la conducción de un nuevo periodo de integración de las masas al capitalismo.
- b) La aparición de la Juventud Peronista como izquierda real del peronismo expresó una doble situación: por un lado un cierto nivel de conciencia y organización de las nuevas generaciones obreras y de la pequeña burguesía radicalizada, y por otro, la insuficiencia del nivel político-organizativo alcanzado, la incapacidad de esta izquierda peronista de masas para aprovechar la crisis del sistema y llevar a la práctica una política de poder audaz.

El desbande político de las Fuerzas Armadas y del aparato estatal en general, el retroceso de las fuerzas sociales conservadoras, no fueron convertidos en derrota estratégica del régimen y por consiguiente dichos sectores pudieron reconstituirse gradualmente sin que nadie pudiera impedirlo.

- c) Pero si la izquierda fue incapaz de adueñarse del poder, la derecha (es decir la burocracia estatal conservadora, la oligarquía, los monopolios extranjeros, la burocracia sindical, los políticos burgueses, etc.) se demostraron incapaces para organizar una contra-ofensiva de masas, antiobrera y antisocialista.

Desde el mismo 25 de mayo de 1973, pero con mayor intensidad durante el periodo Isabel-López Rega, fue intentado el desarrollo de organizaciones fascistas de masas (populismo de derecha).

Con la utilización de aparatos sindicales controlados por la derecha, de dinero y funcionarios del estado y con la evidente participación de la policía y los servicios de informaciones, fue realizado un programa de movilización de elementos del lumpen proletariado y de la clase media atrasada, militantes de ultraderecha peronista y no-peronista, etc., bajo la bandera de la lucha antimarxista.

La conocida combinación de provocación, impunidad, dinero en abundancia y mística reaccionaria, que tan favorables resultados diera a la burguesía de Europa Occidental durante el periodo de entre-guerras, fue intentada en Argentina.

Sin embargo, el "fascismo de masas" se demostró impracticable.

Un factor a considerar fue la presencia de fuertes y prestigias organizaciones armadas populares, algunas de las cuales tenían sólidas raíces en el movimiento de masas. Ello constituyó un elemento de disuasión que no debe ser subestimado.

Pero el hecho decisivo fue el vuelco de amplios sectores de las clases medias hacia posiciones antiimperialistas en un movimiento de simpatía cada vez más activa hacia la clase obrera peronista. Esto tenía como fundamento los cambios sociales producidos por el proceso de concentración económica que se aceleró al final de los años sesenta y cuyo resultado fue la marginación económica, política y cultural de gran parte de la pequeña burguesía. Para dicho sector los monopolios extranjeros, la oligarquía rural, el Estado burgués, etc., eran de más en más "el enemigo", y por el contrario los obreros industriales, la juventud radicalizada, etc., sus aliados naturales.

El fantasma del "colectivismo marxista" no podía de ninguna manera asustar a una clase media relegada, pauperizada, por un capitalismo monopólico y dependiente que le cerraba toda vía de participación, de ascenso.

La crisis definitiva de los diversos sistemas de control de la pequeña burguesía y la clase obrera, la izquierdización veloz de dichos sectores y la imposibilidad de organizar estructuras masivas de contención y represión del ascenso popular dejaba como única

alternativa estratégica a las clases dominantes la utilización de un aparato represivo que por su ferocidad pudiera preservar un modelo de sociedad que cuenta con la hostilidad de la amplia mayoría de la población.

Pero la izquierdización de obreros y pequeñoburgueses y la fascistización del Estado burgués y la élite económica dominante no constituyen fenómenos casuales, ni son el producto de un proceso irracional, incontenible, de sucesivas "provocaciones" y "reacciones" causado por misteriosos agentes, como ciertos cultores de la teoría conspirativa de la historia creen.

Por el contrario, de la peculiaridad del desarrollo capitalista argentino que se manifestó durante un importante periodo como un sistema con gran movilidad en su interior y capaz de brindar un buen nivel de vida a la mayoría de la población y una larga etapa posterior de "indefinición" de "putrefacción lenta" de la estructura social existente (casi veinte años, 1955-1976), que podremos deducir ciertas realidades que nos ayudarán a entender la tragedia actual.

El capitalismo integrador

LA Argentina industrial surgida del conocido proceso de sustitución de importaciones de tecnología sencilla se expresó a través de un sistema social con gran capacidad integradora.

El rápido crecimiento (en los años 30 y 40) de una extensa industria liviana tuvo como consecuencia la masiva incorporación de asalariados a la producción. Como el aumento de la capacidad industrial se dio sin grandes incrementos en la composición orgánica del capital en dicho sector, la expansión veloz del potencial productivo implicó el ingreso a las filas del proletariado industrial de centenares de miles de marginados de la ciudad y el campo, de peones rurales misérrimos, etc.

El desarrollo de la economía urbana impulsó asimismo el ascenso de una pujante pequeñoburguesía industrial y comercial.

En lo que respecta a la nueva burguesía (en especial la burguesía industrial), formada por elementos improvisados, advenedizos, de diverso origen, su debilidad histórica ante nuevas y viejas fuerzas sociales que la superaban* la obligó a aferrarse al capitalismo de estado como única tabla de salvación.

Este último, con sus burócratas civiles y militares, constituyó

* Por una parte, el joven y tumultuoso proletariado industrial, por otra los viejos grupos sociales de la Argentina oligárquica (oligarquía rural, clases medias tradicionales, etc.).

durante el momento culminante de esta etapa (es decir el régimen peronista, 1945-1955) el verdadero líder de la "nueva sociedad".

Por otra parte, la expansión del mercado de consumo popular (hacia el que la nueva industria orientaba la mayor parte de su producción) implicó una política de ingresos que elevó la capacidad adquisitiva de los asalariados y de la clase media baja. La movilización popular facilitada por dicha política constituyó uno de los más importantes instrumentos con que contó el peronismo para neutralizar la resistencia del imperialismo, las viejas clases dominantes locales (oligarquía rural, etc.) y su base de masas (las clases medias liberal-conservadoras).

Pero la movilización popular fue sometida por Perón a múltiples formas de control con el fin de impedir que la clase obrera desbordara los límites del capitalismo.

Así fue como los grandes sindicatos de masas, organizados por el estado peronista, sirvieron como sistema de movilización antioligárquica y antiimperialista, pero al estar regimentados por una burocracia digitada por el gobierno operaban asimismo como frenadores de la radicalización del proletariado.

El nacionalismo y el culto a la persona de Perón, si bien sirvieron como aglutinadores de las masas, fueron utilizados también (y con bastante eficacia) como barreras ideológicas que impedían el desarrollo de una conciencia clasista-socialista en el seno del movimiento obrero.

Además, la Argentina populista-industrial se desarrolló sin eliminar a los viejos grupos dominantes (oligarquía rural y sus clases asociadas). Lo nuevo se superpuso a lo viejo, pero dejándole sobrevivir.

Ello fue posible porque el notable auge económico facilitado por la segunda guerra mundial (debe ser destacado por ejemplo, el gigantesco stock de oro y divisas acumulado durante el conflicto bélico) permitió una política de grandes inversiones públicas, nacionalizaciones, mejoramiento del nivel de vida popular, crédito barato y abundante a la nueva burguesía, etc., sin que fuera necesario expropiar a la oligarquía rural. Si bien la necesidad de hacer coexistir altos salarios reales con altas tasas de ganancia para la burguesía industrial, obligó al peronismo en un primer momento a realizar una política crediticia, de precios, etc., desfavorable a la oligarquía rural.

El agotamiento del proceso de industrialización liviana, dependiente de la importación de bienes de equipo e intermedios (y en consecuencia de la disponibilidad de divisas, proporcionadas por las exportaciones agropecuarias —rol estratégico de la oligarquía rural—), colocó al nacionalismo burgués ante una disyuntiva de hierro:

se avanzaba por la vía "nacional" fortaleciendo audazmente el poder económico del Estado o bien se optaba por la reinserción de Argentina en el capitalismo internacional (en tanto país sometido).

La primera alternativa significaba superar la debilidad de la burguesía local, otorgándole al Estado una fuerte capacidad de acumulación y control a fin de realizar una enérgica reorientación de las inversiones.

Esto implicaba también el fortalecimiento del apoyo de masas del régimen para contrarrestar la inevitable disconformidad del conjunto de la burguesía ante el avance arrollador del intervencionismo estatal. Estatismo y mayor participación de la clase obrera... peligrosa vía "socializante".

La segunda opción (acuerdo-sumisión con el imperialismo y sus aliados locales) pasaba por una ampliación del sector privado en detrimento del Estado.

Esto se ligaba inevitablemente a la aceptación de toda una serie de concesiones a la burguesía local y al capital extranjero (fin del nacionalismo económico y del populismo obrerista, etc.) lo que estaba en contradicción con la naturaleza misma del peronismo.

Su esencia burguesa impidió a Perón avanzar por el camino "socializante", su raíz populista-integradora, sus banderas nacionalistas, imposibilitaron en la práctica un giro de ciento ochenta grados hacia el proimperialismo.

Naturaleza del país peronista

A esta altura de nuestras reflexiones es conveniente realizar una primera síntesis que puede servirnos de clave para la comprensión del proceso posterior.

1. La "Argentina peronista", surgida del proceso de sustitución de importaciones, fue en la práctica un sistema que se reproducía reproduciendo al mismo tiempo subsistemas que correspondían a etapas anteriores. La supervivencia del "pasado" (clases medias tradicionales, oligarquía rural, etc.) no fue la agonía de viejos grupos sociales decadentes, tradiciones culturales en extinción, etc., sino la permanencia vigorosa de importantes núcleos económicos y políticos capitalistas opuestos estratégicamente a la "nueva sociedad".

La oligarquía rural fue frenada, limitada, pero no eliminada. Por consiguiente siguió operando como grupo capitalista-monopólico-parasitario (rol clave de las exportaciones agropecuarias en el modelo de industrialización liviana fuertemente dependiente de las importaciones de bienes de capital e intermedios).

Por otra parte, la prosperidad burguesa del periodo peronista otorgó un amplio espacio socio-económico a las clases medias tradicionales, base de maniobras de la oligarquía y el imperialismo, las que dieron vida a un vasto movimiento de resistencia ante el avance de las nuevas fuerzas sociales.

2. Los sectores sociales emergentes se nuclearon alrededor del Estado burgués. Dicho estatismo nacional-burgués constituyó para siempre uno de los rasgos fundamentales del "peronismo histórico" y los grupos afines al mismo.

El movimiento obrero peronista, organizado en grandes sindicatos de masas, tuvo a su cabeza a una dócil burocracia para-estatal. La integración del proletariado al capitalismo ha pasado desde entonces en Argentina por el camino del paternalismo del Estado.

La lenta pero inexorable crisis del estado burgués-integrador, acaecida después de 1955, implicó el deterioro progresivo de la burocracia sindical en su conjunto; el "sindicalismo peronista", en su versión clásica, fue perdiendo toda razón de ser.

3. El peronismo histórico, movimiento político policlasista cuya base de masas principal fue el proletariado industrial, ha sido en primer lugar un sistema de integración al capitalismo y no de destrucción o superación del mismo. Para cumplir tal objetivo debió apoyarse en el nacionalismo económico, en la organización y movilización de la clase obrera, en la agitación de banderas antioligárquicas y antiimperialistas. Allí radica toda su progresividad histórica.

Pero el peronismo fue también un "estilo político", derivado de su raíz populista-burguesa. El mismo combinaba componentes democráticas, participativas, como también conservadoras. El aspecto plebeyo, nacionalista, avasallador de las reglas de juego de la política burguesa tradicional, se combinó con el empirismo, el inmediatismo subestimador de estrategias para el largo plazo, etc.

Encontraremos su fundamento en la prosperidad capitalista-nacional sin precedentes que Argentina vivió entre 1945 y 1955, lo que también nos servirá para comprender su incapacidad para superar la crisis del capitalismo integrador, de cuyos límites ideológicos quedó prisionero.

El Capitalismo Marginador

A partir de 1955 se desarrolló una larga etapa que se caracterizó esencialmente por la descomposición de la "sociedad burguesa integrada", herencia del régimen peronista, y su reemplazo gradual por un capitalismo represivo, marginador de grandes masas de la

población, hegemonizado por las empresas transnacionales, la oligarquía rural y la alta burocracia estatal.

Este "periodo de transición", que duró aproximadamente dos décadas, puede ser comprendido a partir de la descripción, aunque sea esquemática, de los "elementos claves" del mismo.

a) *La oligarquía rural*

Monopolizadora de las mejores tierras de la pampa húmeda, ha desempeñado desde los orígenes del capitalismo argentino moderno (fines del siglo pasado) hasta nuestros días un rol estratégico fundamental. Durante la época del país agrario sometido a Inglaterra (hasta la segunda guerra mundial) fue el grupo burgués dominante, en cuanto socio menor, por supuesto, del amo imperial

Como indicamos anteriormente, el proceso de industrialización no eliminó la dependencia con respecto al sector agropecuario como proveedor número uno de divisas. Por el contrario, la nueva Argentina industrial no podía funcionar sin las importaciones de maquinarias y bienes intermedios provenientes del exterior.

Por otra parte, la industria nacional era incapaz, debido a su retraso técnico, de conseguir ella misma sus propias divisas por medio de una ofensiva exportadora.

Luego de 1955, la oligarquía rural, recuperó rápidamente las posiciones perdidas.

Aprovechando su ubicación estratégica en el capitalismo argentino (en tanto principal proveedora de divisas) y sus numerosas ramificaciones a nivel de los partidos políticos, las Fuerzas Armadas (la Marina ha sido tradicionalmente su baluarte), los medios de comunicación, etc., etc., pudo, durante las dos últimas décadas, aprovechar eficazmente cada coyuntura económica o política favorable a sus intereses, para provocar gigantescas transferencias de ingresos en su favor.

Las mismas constituían en un primer momento una transferencia del conjunto de la sociedad hacia el sector rural (principalmente el grupo oligárquico) y *a posteriori* de los asalariados, la clase media urbana y sectores de la burguesía urbana nacional (industrial, comercial, etc.) hacia los monopolios extranjeros y la alta burguesía asociada a los mismos.

Uno de los mecanismos adoptados con predilección ha sido el de la devaluación monetaria que provoca (al aumentar el valor interno de los bienes exportables) una modificación de la relación de precios en favor de los productos agropecuarios.

El proceso inflacionario que tal procedimiento desata implica la reducción de la parte del ingreso nacional correspondiente a los

asalariados. Posteriormente, las presiones de éstos (huelgas, etc.) corrigen dicho deterioro (total o parcialmente). Tarde o temprano el ciclo recomienza, etc.

La explicación de esta "voracidad insaciable" de la oligarquía la encontraremos en la ley que rige en el capitalismo la formación de los precios de producción.

El hecho de que la economía urbano-industrial aumenta su composición orgánica del capital más rápidamente que la economía rural, lleva inexorablemente al deterioro de los términos del intercambio en contra del sector agropecuario. Dicho deterioro es corregido periódicamente por la oligarquía gracias a la fijación de precios de monopolio.

Estos "zarrazos" del grupo rural-oligárquico sobre la economía nacional, provocan en la misma fuertes desequilibrios a todos los niveles; cada grupo pugna por mantener sus ingresos reales, los precios saltan descordinadamente, la inseguridad se extiende.

En este clima se ve envuelta la misma oligarquía, lo que la impulsa a acentuar su naturaleza especulativo-parasitaria.

Ganar el máximo posible HOY, inmovilizar lo mínimo posible de capital... tales son los motores de su conducta empresarial.

La oligarquía provoca inestabilidad... la inestabilidad desalienta toda idea de inmovilizar durante un largo periodo el capital en el campo (mejoras técnicas, etc.) con lo que la brecha de composiciones orgánicas del capital se ensancha... lo que impulsa a la oligarquía a recuperar ingresos por la vía del saqueo a los asalariados y la clase media urbana.

Este mecanismo infernal operó en Argentina durante los últimos veinte años.

Como consecuencia de su evolución económica la oligarquía se ha ido convirtiendo en una clase cada día más feroz. Su permanencia tiene como base la destrucción sistemática del viejo "país peronista", es decir de la "sociedad integrada", el empobrecimiento de los asalariados y las clases medias urbanas, el hundimiento de la burguesía industrial nacional, etc.

Una consecuencia de este proceso de crisis permanente ha sido, paradójicamente, la liquidación de los movimientos políticos pro-oligárquicos basados en la clase media tradicional.

Por otra parte, la oligarquía rural y su sistema de poder (a nivel militar, de medios de comunicación, etc.) han ido modificando inexorablemente su ideología; del liberalismo aristocrático, anti-obrero pero condescendiente ante ciertas formas de democratismo pequeñoburgués, resto agonizante de la época en que su hegemonía era absoluta (bajo la tutela del Imperio inglés, por supuesto), han pasado al autoritarismo militarista, a la idea (y a la práctica)

de la represión como forma permanente de gobierno (o por lo menos como "solución" para un largo período).

b) *Poder creciente de las transnacionales
y concentración económica*

Un segundo elemento a considerar es el proceso de penetración de las empresas transnacionales en la economía industrial, lo que las ha llevado finalmente a convertirse en el grupo dominante en dicho sector.

El restablecimiento del capitalismo mundial en los años cincuenta, se combinó a nivel argentino con la crisis del nacionalismo burgués peronista, su incapacidad para romper a la vez con la dominación imperialista y las relaciones capitalistas de producción.

Así es como el renacimiento oligárquico de 1955, no fue un simple retorno al pasado, sino el desarrollo de una nueva vía capitalista signada por el dominio creciente del capital extranjero.

El mundo capitalista que salió de la segunda guerra mundial fue de más en más hegemonizado por la combinación de un reducido número de empresas transnacionales y aparatos estatales del centro. La profecía bujariniana sobre la formación de todopoderosos "trust capitalistas de estado" (fusión de monopolios y estado burgués) se cumplió teniendo como centro dominante al imperialismo norteamericano.

El fracaso, en 1955, del proyecto de capitalismo industrial independiente, vuelca a la oligarquía y a la burguesía industrial, y por supuesto a las Fuerzas Armadas, hacia una política de estrecha colaboración con los amos del mundo capitalista.

El "desarrollismo", practicado entre 1958 y 1962, bajo el gobierno de Arturo Frondizi, fue la entrega de la economía nacional al capital extranjero; la dictadura militar de 1955-1958, había preparado el terreno (represión antiobrera, proscripción del peronismo, gorilización de las Fuerzas Armadas, etc.).

Durante los años sesenta, los monopolios extranjeros se convirtieron de más en más en los líderes de la industria y junto a la oligarquía rural y la burocracia estatal asumieron la conducción del país.

De esta nueva combinación de fuerzas dominantes participan otros sectores de menor peso como la burguesía industrial asociada al capital extranjero, la burguesía agraria media, etc.

En la medida en que el "panorama general" reinante después de 1955 es el de una sociedad inestable, en la que un vasto abanico de grupos obreros o de clase media retroceden pero resistiendo tenazmente e incluso aprovechando las crisis, las debilidades, del ene-

migo para recuperar algunas de las posiciones perdidas; no se puede hablar de la simple sustitución de un modelo de sociedad por otro, sino más bien de un vasto proceso de desintegración del que poco a poco emergían los nuevos dominadores.

Los mismos no avanzaron en un frente homogéneo sino a través de una sucesión ininterrumpida de "acuerdos" y "desacuerdos" internos.

En la medida en que la estrategia de los monopolios extranjeros se basó, en un primer período, en un vasto mercado nacional preexistente; éstos prefirieron una política económica de desmantelamiento de la industria nacional, pero al mismo tiempo de "preservación" de la capacidad de compra de dicho mercado, lo que implicó en determinadas circunstancias la contención de la acción depredadora de la oligarquía rural. Un ejemplo de ello fue la política económica seguida bajo la dictadura del General Onganía.

Dado el entrelazamiento económico-social profundo existente entre vastos sectores de la clase media y la clase obrera, un golpe demasiado duro contra los salarios implicaba casi inmediatamente la reducción de la capacidad adquisitiva de la pequeña burguesía sobre cuya solvencia se apoyaba la expansión monopólica.

A la inversa de lo sucedido en casi todos los países capitalistas subdesarrollados en los que existe la división de la sociedad en dos sectores totalmente distanciados, por una parte los "pobres" (obrerros, campesinos, marginales, etc.) y por otra una minoría rica, que como en el caso de Brasil se compone de varios millones de personas; en Argentina, incluso durante los años sesenta, una amplia clase media no demasiado rica coexistía con una clase obrera no tan pobre, compuesta por un buen porcentaje de trabajadores que por su mentalidad y hábitos de consumo se diferenciaba muy poco de la clase media baja.

Al no existir dos "mercados" sino uno, al mezclarse "consumidores" y "productores" en un complejo sistema altamente integrado resultaba impracticable el "modelo brasileño". Por el contrario, los monopolios llevaron adelante una política de "equilibrios" que iba desde acuerdos con la oligarquía hasta con los dirigentes sindicales, pasando por la burguesía industrial nacional, la burocracia estatal, etc.

De todos modos, la acción depredadora de la oligarquía rural combinada con la expansión monopólica provocó a largo plazo el deterioro de un amplio conjunto de grupos sociales (clases medias, proletariado industrial, burguesía industrial nacional, etc.). . . empobrecimiento relativo de las masas populares (en especial desde el

ángulo de sus expectativas de ascenso social) y concentración económica; fueron los resultados lógicos de este proceso.

A fin de los años sesenta las transnacionales habían penetrado lo suficiente en la estructura económica nacional como para convertirse en el grupo hegemónico, subordinando a su política al conjunto de la burguesía. Dicha subordinación era esencialmente estratégica, más allá de numerosos e inevitables desacuerdos tácticos.

A esta altura de nuestro análisis podemos formular la siguiente hipótesis de trabajo: el momento de mayor poderío de los monopolios fue asimismo el del fin de su expansión basada en el mercado interno. La capacidad de absorción del mismo llegó a su límite.

Por otra parte, el proceso de aristocratización económico-social ya indicado se enfrentaba a la oposición furiosa de los sectores populares. El "Cordobazo", insurrección común de la clase obrera y la pequeña burguesía radicalizada, y la extensión del movimiento guerrillero son dos claros ejemplos de lo que afirmamos.

Además, la oligarquía rural pasó durante dicha época a la ofensiva presionando con vigor a fin de recuperar las posiciones perdidas. El comienzo de los años setenta marcó el surgimiento de una nueva alternativa para el capitalismo monopolístico dependiente argentino; la misma venía dada por la posibilidad de llevar adelante una ofensiva exportadora (con buenas probabilidades de éxito) sobre la cual podría basarse una nueva expansión de las transnacionales.

El fracaso de la segunda experiencia peronista, su caótica agonia, marca el fin de un largo periodo de transición (1955-1976) caracterizado por el lento pero inexorable deterioro de la "sociedad integrada", la persistencia de la oligarquía rural y la consolidación como grupo hegemónico de los monopolios extranjeros que someten tanto a la burguesía industrial nativa como al capitalismo de estado.

La alianza dominante (oligarquía rural-monopolios extranjeros-burocracia estatal) se encuentra actualmente consagrada a la tarea de reorganizar la sociedad argentina en torno de una nueva estrategia de expansión. La misma tiene como base la reducción drástica de los salarios reales, la construcción en el futuro de un pequeño pero muy rico mercado de élite y la expansión "hacia el exterior" tanto del sector agropecuario como del sector industrial dominado por las transnacionales.

Estas últimas podrán contar en el futuro con una extensa mano de obra barata (al nivel de cualquier otro país capitalista subdesarrollado) pero altamente calificada.

c) *La modernización*

En los años sesenta se produjo una importante reorganización de la estructura del consumo de los argentinos. La entrada triunfal de las empresas transnacionales se vio así acompañada por una "puesta a punto" del mercado interno. La "modernización" se expresó como impacto cultural proveniente de los países capitalistas centrales.

Dado el alto grado de integración existente en la sociedad argentina así como la elevada capacidad adquisitiva de un amplio abanico social, la mayoría de la población (en distinto grado) cambió rápidamente sus hábitos de consumo.

Esto contrasta con lo sucedido en la casi totalidad de países subdesarrollados en los que sólo una reducida élite participa de dicho proceso.

Pero la fiebre consumista que desató el proceso de modernización entró en contradicción con el lento progreso de los ingresos reales de la pequeña burguesía y el proletariado industrial.

El lento crecimiento del ingreso nacional, y el proceso de concentración del mismo, alejaban cada vez más del alcance de la mayoría de la población un conjunto de bienes a los que la publicidad la incitaba a adquirir.

Una profunda sensación de frustración se fue apoderando de importantes sectores sociales. Más aún cuanto que su nivel económico-cultural los colocaba en una posición que les hacía pensar que esos bienes se les escapaban de la punta de los dedos.

El deseo de consumir más y mejor, sin quedar atrás con relación a los países capitalistas centrales, operó como un factor que contribuía a que las clases dominantes y su corte presionaran energicamente sobre el ingreso nacional acelerando de ese modo su concentración.

Pero la modernización también implicó la obsolescencia del sistema de valores de la pequeña burguesía liberal. La marginación socioeconómica a que la sometía el régimen monopólico se combinó así con la destrucción de su vieja cultura.

Al recibir el impacto cultural del centro, las clases medias recibían también modas contestatarias, que podían ser de alguna manera "recuperadas" por el capitalismo en los países ricos pero que operaban como focos de rebeldía no-integrables al sistema en el Tercer Mundo.

d) *Radicalización de la nueva clase obrera y de amplios sectores de la clase media*

La oposición de la pequeña burguesía al proceso de aristocratización socioeconómica y el sometimiento al capital extranjero se expresó de múltiples maneras.

- a) Como "peronización", es decir como aproximación política a la clase obrera,
- b) practicando la violencia contra el sistema, desde la participación en insurrecciones populares, como por ejemplo el "Cordobazo", hasta la incorporación a organizaciones armadas.

A nivel de las nuevas generaciones obreras, cuyo liderazgo en la práctica es ejercido por el nuevo proletariado engendrado por el proceso de industrialización monopólica, el descontento se expresó:

- a) como repudio creciente a la burocracia sindical, que era visualizada cada vez más como mero apéndice del Estado y/o del empresariado,
- b) dándole poco a poco un nuevo contenido a su "peronismo", cuya base no era más el antiguo (y decadente) proceso de ascenso social sino el repudio al capitalismo monopólico y sus aliados.

e) *El desarrollo del aparato represivo*

El mismo se origina como respuesta del Estado burgués ante la radicalización de las masas populares. La imposibilidad para el capitalismo monopolista de crear sistemas político-culturales de integración de grandes sectores de la población (cuya base está en el proceso de aristocratización económico-social ya descrito), lo obliga a la utilización del terror físico cada vez más generalizado como forma de gobierno.

La hipertrofia del sistema represivo y su transformación luego de marzo de 1976 en el verdadero partido gobernante (de este modo Argentina se incorpora a una tendencia suficientemente extendida en el Tercer Mundo) nos indica que el modelo económico aplicado a partir de esa fecha (el cual no es una casualidad histórica sino la prolongación a un nivel superior de fenómenos que se desarrollan a partir del golpe militar gorila de 1955) no puede funcionar sin el terror fascista como forma principal de control de las masas populares.

f) *De la crisis del capitalismo al proceso de concientización revolucionario*

Una característica particular de la situación argentina es que la crisis estructural y superestructural de la sociedad burguesa obtiene diversas respuestas desde el campo popular (insurrecciones, guerrilla, victoria electoral de Cámpora —es decir de un peronismo que había izquierdizado su imagen—, irrupción de masas tumultuosas que pugnaban por un cambio social, etc.); pero sin que ninguna de estas manifestaciones parciales (o la confluencia de las mismas) fuera capaz de pasar a un nivel superior de acción, o para decirlo de otra manera, sin que la actividad anti-poder se transforme en *política revolucionaria de poder*.

El régimen militar implantado en 1966 fue derrotado, la oligarquía y los monopolios extranjeros retrocedieron políticamente, el aparato estatal entró en crisis (en especial los militares que se encontraron el 25 de mayo de 1973 en una situación de desmoralización política casi total), y sin embargo no existió ningún intento serio, organizado, de reemplazo del viejo poder burgués decadente por un nuevo poder revolucionario.

Existen una multiplicidad de causas de este "desencuentro histórico"; indicaremos aquí sólo algunas de ellas.

En primer lugar las "masas populares" (es decir la clase obrera y las clases medias radicalizadas) combinaron durante esta época (en especial después de 1969) un espíritu de rebeldía cada día más enérgico frente al proceso de aristocratización socioeconómica en curso, con esperanzas, nunca totalmente abandonadas, de integración al capitalismo.

Esta "dualidad" en la conciencia de las masas operó en la práctica como elemento paralizante, que le impedía salir del nivel de oposición caótica a lo existente.

Así es como si bien la burocracia sindical estaba sumamente desprestigiada, los intentos de superarla en la práctica desde la izquierda se demostraron insuficientes. El "clasismo" nunca dejó de ser otra cosa que la expresión parcial (ya que del nivel de "sindicalismo combativo" no pudo saltar al plano político) y minoritario, insular, de un sector de la clase obrera de la industria moderna.

La "Juventud Trabajadora Peronista" (expresión de la izquierda peronista a nivel del movimiento obrero) no llegó a liquidar los aparatos burocráticos y no obtuvo jamás la adhesión militante de una porción decisiva de la clase obrera.

La pequeña burguesía radicalizada, en particular las nuevas generaciones, pugnaban por "el cambio", se volcaban mayoritariamente hacia una especie de nacionalismo de izquierda, "socialista", que

para algunos consistía en nacionalizar algunos monopolios, para otros redistribuir el ingreso nacional favoreciendo a los sectores populares, para otros simplemente "democratizar" las estructuras existentes, facilitar el ascenso social, etc.

Esta "confusión socializante" de la juventud, sumada a la rebeldía fuertemente impregnada de conservatismo por parte del proletariado en su conjunto, daba por resultado un pueblo que detestaba al sistema imperante, pero que sin embargo no se había lanzado por el camino de la revolución social.

La naturaleza profunda de la popularidad de Perón en los años setenta, nos puede dar una clave importante para comprender el caso argentino.

Perón era por una parte el "pasado feliz", la sociedad burguesa integrada, el antiimperialismo y la "justicia social" dentro de los límites del capitalismo, pero también es visto por la juventud obrera o de clase media radicalizada como el gran movilizador de las masas, capaz de encabezar importantes cambios sociales.

Ahora bien, las "masas populares" no deben ser consideradas como un "bloque"; por el contrario la componen diversos grupos sociales; además cada sector no es políticamente homogéneo sino más bien un abanico de "tendencias" no siempre coincidentes en la práctica. Desde el "ala conservadora" que se aferra al pasado, que teme los cambios, que se refugia en el individualismo, hasta la "vanguardia revolucionaria" que busca la liquidación de las estructuras opresoras, una multiplicidad de presiones se ejercen en uno u otro sentido.

En los momentos de alza del movimiento de masas, los más revolucionarios, los más radicalizados arrastran a los "conservadores". En los períodos de retroceso sucede a la inversa.

Uno de los aspectos más notables de la tragedia argentina, es que la "vanguardia" política no fue en ningún momento de la etapa de alza popular, y en especial de ese "año clave" que fue 1973, capaz de elaborar una estrategia que partiendo del estado de espíritu de las masas, de sus rebeldías y de sus expectativas, pero también basándose en la debilidad del "enemigo", pudiera ganar rápidamente poder para el campo popular y revolucionario. En ese sentido lo que debió haber sido el "factor consciente" se sometió al caos espontáneo, e incluso en ciertas oportunidades contribuyó a "apagar incendios" atemorizado ante "desbordes" cuyo significado profundo ignoraba.

En síntesis, el conjunto del peronismo (desde los conservadores hasta la izquierda), como así también las diversas expresiones gremiales parciales, quedaron prisioneros del "pasado", no compren-

dieron que el capitalismo argentino atravesaba la crisis más importante de su historia, que de la misma sólo podía salir o bien una sociedad burguesa policial, sustentada en la superexplotación del proletariado (¿qué otra cosa indicaba la experiencia latinoamericana reciente?) o bien un nuevo país superador de las reglas de juego del capitalismo.

La debilidad ideológica de la izquierda peronista se combinó con la carencia de una "voluntad de ruptura" con relación al caos pequeñoburgués.

El neofascismo militar en el poder

No abundaremos aquí en descripciones sobre el carácter reaccionario del actual gobierno argentino.

Su programa económico, como se sabe, tiene como fundamento la reducción brutal de los salarios reales (llevándolos en ciertos casos hasta los límites del nivel de subsistencia) lo que implica la degradación del mercado de consumo popular.

Como lo repiten a menudo los funcionarios gubernamentales, Argentina deja así de ser una "economía de consumo" y pasa a ser "una economía de producción" o, como podríamos agregar, una "economía de exportación" y de consumo sofisticado para una reducida minoría.

El capitalismo monopolístico deja de tener como base para su expansión el mercado interno de masas, para convertirse de más en más en un sistema productivo (industrial, agropecuario) que privilegia la actividad exportadora.

Las empresas transnacionales (que deben reconvertir en gran parte su sistema) pueden disponer de una abundante mano de obra altamente calificada (una de las de mayor nivel técnico del tercer mundo) a precios irrisorios. Para decirlo en una sola frase; al mismo costo de un obrero de El Salvador es posible explotar una fuerza de trabajo que en calidad nada tiene que envidiarle a un gran número de países del centro... ¡el negocio es redondo!... Nos parece interesante destacar que la actual situación argentina no es el producto del giro momentáneo a la derecha de los militares a causa de la persistencia de la "actividad extremista".

Tampoco es la resultante de la sola actividad conspirativa de ciertas empresas transnacionales y/o de la CIA con el objetivo de someter a la Argentina a una nueva estrategia socioeconómica sustentada en la superexplotación de la clase obrera y la ruina de la pequeña burguesía.

Tal actividad conspirativa ha existido, como así también han pesado a nivel de los centros de decisión del capitalismo internacional ciertos acontecimientos como los del sudeste asiático y en especial de Africa (Angola), en el sentido de consolidar con mano dura la retaguardia estratégica latinoamericana.

Todos estos "factores" internos y externos deben ser vistos como formando parte de un proceso mucho más amplio y de largo plazo cuya base es el sometimiento creciente de la sociedad argentina a las reglas de juego del capitalismo mundial (regido por la combinación de superestados y empresas transnacionales), cuyo resultado es la polarización de la prosperidad en el centro y el empobrecimiento progresivo de la periferia, que pasa a ser una gigantesca reserva de mano de obra barata y materias primas, y que desde el punto de vista del consumo sólo ofrece la prosperidad de una multitud de pequeños mercados de élite.

A nivel de la sociedad argentina misma, todo esto se ha expresado como un proceso lento pero inexorable de aristocratización económica. La oposición cada vez más enérgica de las masas a dicho proceso ha sentado como contrapartida las bases para la unificación política de la oligarquía rural, las transnacionales y la burocracia estatal.

El resultado de dicha unificación es un programa de construcción de una economía elitista agro-industrial-exportadora.

Precisamente hacia esa orientación la empujaba la evolución del capitalismo mundial.

Pero un tal modelo de sociedad necesita indispensablemente del establecimiento de un sistema represivo integral capaz de abarcar a la totalidad del cuerpo social. El terror deja de ser una solución coyuntural para pasar a convertirse en el ingrediente indispensable del nuevo modelo.

Por consiguiente toda perspectiva de democratización está íntimamente unida a la eliminación de las causas del neofascismo, siendo la principal el sistema económico vigente (capitalismo monopólico dependiente).

París, septiembre de 1977

CUBA EN DOS TIEMPOS (1960-1977)

Por *Benjamín CARRION*

A los dieciocho años. Fue en Enero de 1960, cuando se realizó el primer Concurso de varios temas literarios, convocado por la Casa de las Américas: Novela, Ensayo, Cuento, Poesía. El llamamiento era a todos los intelectuales de habla castellana, sin especificación de lugar de nacimiento o residencia.

La clara finalidad de la recién nacida Revolución Cubana, era producir por este medio, el acercamiento de los pueblos de cultura y lenguaje comunes. Especialmente, latinoamericanos.

Como Miembros del Jurado, fuimos elegidos los "decanos" del hacer literario en español, muchos de ellos hoy desaparecidos. Convivimos un mes —todo enero de 1960— en La Habana y en Cuba, en general, gentes como Migue Angel Asturias, Carlos Fuentes —Pablo Neruda se excusó a última hora por dificultades de viaje—, Fernando Benítez, Roger Callois —hoy Miembro de la Academia Francesa—, Miguel Otero Silva y los cubanos Alejo Carpentier, Juan Marinello, Nicolás Guillén, Enrique Labrador Ruiz... varios más.

A HORA, a los dieciocho años —me lo aseguraron los organizadores— solamente se ha repetido mi designación. Agregando —benevolencia de amigos— que se debía, entre otras cosas amables, a mi inquebrantable lealtad a la Revolución Cubana. Elogio que hube de aceptar, porque mi pensamiento irreductible, desde que un país latinoamericano, Cuba, inició triunfalmente la obra de la "segunda independencia" de nuestros pueblos, he pensado que el deber elemental de todo latinoamericano libre es, por lo menos, guardar adhesión al país valeroso y a sus conductores.

LA Cuba de 1960. La Revolución Cubana en 1960... Cosas bien diferentes. Entonces era la revolución heroica. La revolución triun-

fante. Se hablaba más del pasado reciente. Del episodio martirizado y heroico. Los nombres de Abel Santamaría, unido al heroísmo de Haydée Santamaría, de Frank Pais y, además de los nombres cien veces repetidos de Raúl Castro, del Che Guevara, la figura cumbre de Fidel, dominándolo todo. . . Los horrores de la dictadura, el bochorno inaguantable de la dominación yanqui que, además de la explotación económica consentida y aprovechada por los mandones criollos, había tratado de convertir a Cuba —sobre todo a La Habana— en un garito avergonzador, para el servicio de los gringos ricos que eludían la "ley seca" y protegían su hipócrita virtud, pasando días de orgía y lupanar en los "mejores casinos del mundo" y en los burdeles más orgiásticos del hemisferio. . . Se hablaba entonces del proyecto y del plan de la Revolución. Se hablaba de la resistencia a la guerra fría y a la guerra caliente que conducían o pretendían conducir, con ayuda gringa, los "gusanos" renegados de su patria, que se habían instalado enfrente, muy cerca, en Miami, con el objeto de —¡qué fácil les parecía entonces!— reconquistar, no una patria perdida, que ellos abandonaron traicionándola, sino un rico y fácil campo de explotación y enriquecimiento. . .

Se hablaba entonces con ira, pero con alegría, con increíble júbilo triunfante. Una nueva Habana, una nueva Cuba liberada. Se contaba de las sucias represalias. Del continuo incendio de cañaverales, inhumano y cobarde sistema de lucha, para rendir por hambre a la patria liberada, invencible en su fe y la sobrehumana confianza en sus libertadores. Jamás encontramos un movimiento derrotista ni menos temor a los inconmensurables enemigos que se hallaban maquinando sin tregua en la reconquista de la gran Isla perdida para siempre. Jamás, en la historia, se personificó con tanta claridad y evidencia, la parábola bíblica de David y Goliat. . . Y el gran golpe de honda sería dado en la frente del gigante, en la gloriosa derrota de Playa Girón, para los cubanos, y de la Bahía de los Cochinos para los míseros asatantes. . .

ENERO de 1977. Un panorama, un clima humano, una situación distintos. Llegamos —únicamente yo de entre los que habíamos estado en 1960 con el mismo objeto— los valores más jóvenes que, en dieciocho años, habían surgido en los pueblos de América. Personas que estaban asistiendo a la aparición de un nuevo ciclo literario —muchas de ellas formando parte de él—, también entre quienes —viejos y jóvenes— creemos que el paso dado por Cuba es algo irreversible en la historia de América Latina y el ejemplo

que debemos seguir para el triunfo de la auténtica democracia y la anhelada justicia social en nuestros pueblos.

Ya no encontramos —únicamente— un pueblo fervoroso y entusiasta en este 1977 que vivimos. Hallamos un país alegre, sin estridencias, dedicado con entrega total a la construcción de sí mismo. Ni menos aún —como lo dice la propaganda interesada— un pueblo golpeado por la adversidad, resistiendo la acometida implacable y permanente del país más rico, si no del mundo, como se pregona, por lo menos sí del llamado "hemisferio occidental".

Es natural que gran parte de las energías poco menos que sobre-humanas de un pueblo territorial y demográficamente pequeño, se hallen dirigidas, con toda intensidad y eficacia, a la defensa de su existencia misma, amenazada permanentemente por el bloqueo, por el aislamiento decretado por esa llamada OEA, que es, para vergüenza nuestra, el conglomerado de nuestros países, en inmensa mayoría hispanoamericanos, hermanos en raza, en idioma y en lucha común por su existencia, y que constituyen eso que ya lo dijo un político centroamericano: la "unión del tiburón y las sardinas". Y no es que en Cuba, no señor, se sienta odio por el pueblo norteamericano. No. Es la lucha contra "el destino manifiesto" mantenido por la mayor parte de los gobiernos norteamericanos. Contra la política del "gran garrote" que con algunas excepciones de "gringos buenos", ha mantenido la parte sajona del hemisferio. "Gringos buenos" que han ofrecido ejemplos tan constructivos y tranquilizadores como Benjamín Franklin, Franklin Delano Roosevelt y ahora, en estos mismos días, se perfila con la presencia de un hombre sencillo y justiciero que, a pesar de la oposición rudamente imperialista de un sector —bastante amplio aún— de norteamericanos que se niegan a consentir el vuelco hacia la justicia humana e internacional, que busca, con relativa timidez, pero evidente intención humana y justiciera, un anuncio de "Gringo Bueno" que se nos asoma con la presencia del georgiano Jimmy Carter, que pretende lavar toda la basura que, sobre el gobierno de los Estados Unidos, habían vertido gobiernos como el de Truman, el del "crimen perfecto" de Hiroshima y Nagasaki, el de Kennedy, el de la "invasión libertadora y heroica" de Bahía de Cochinos, precisamente contra la Cuba liberada y finalmente de esa bazofia humana gobernante que fue el gobierno de Nixon, el de "Watergate", ante lo cual palidecen gobiernos latinoamericanos llevados a la literatura como "Yo el Supremo" de Roa Bastos, el "Patriarca" de García Márquez y "El Señor Presidente" del admirado y querido Miguel Ángel Asturias... La fantasía genial de estos escritores nuestros, echada a volar sobre la historia anecdótica de Francia el paraguayo, de muchos dictadores tropicales, por la imaginación

inalcanzable de García Márquez, el de "Cien años de soledad", Roa Bastos, Asturias, Carpentier, no llega al horror nauseabundo que despidió, infestando al mundo, esa cosa repugnante y vergonzosa que se fijó —desafortunadamente— en la historia con el nombre de Watergate. . .

PERO Cuba, pueblo jovencito, entregado a la euforia de su inigualado triunfo, no pierde su precioso tiempo en rencores. Condena y condenará —sobre todo con la resolución de aplastarla— a la amenaza constante e inmotivada, a la agresión sostenida en todas las horas.

Pero, cuando esa agresión, esa amenaza, sin menguar, lleva un camino de humanizarse; el pueblo cubano la perdona porque no es rencoroso, aunque no pueda olvidarla fácilmente, mientras está viva y agresiva.

Me consta —en cualquier hora, en cualquier sitio—, la buena voluntad muy caribeña por cierto, de recibir amablemente a las gentes que llegan hasta ellos. Durante ese inolvidable mes de enero, en los elevadores de los diversos hoteles —en el Capri donde estábamos alojados— nos encontrábamos constantemente, con grupos de norteamericanos —turistas, hombres de negocios— en cantidad inesperadamente copiosa. Alegres, comunicativos, satisfechos. Comentando, con gran libertad, lo que habían visto y proyectando nuevas visitas y nuevos recorridos.

En cambio —gran habilidad o real inexistencia— muy, pero muy pocos rusos —digo rusos, que es connotación racial-nacional, y no soviéticos, que es connotación política, porque no trasuntaban ideología alguna, con el solo hecho de "estar" en Cuba. Pocos rusos, en cualquier parte. Y ninguno —excepto un miembro del Jurado— en las manifestaciones generales, sociales, populares.

La Habana es, actualmente, una ciudad abierta al turismo internacional y, muy naturalmente, en razón de la distancia, al turismo norteamericano. En proporción indudablemente mayor al que se encuentra en mi país y, en general, en los países del Pacífico Sur, oeste de Colombia, todo el Ecuador y el Perú, todo Chile. Claro está que influye mucho en eso el Canal de Panamá —que ojalá en su nueva etapa deje de ser la puerta con llave, que sólo se abre con dólares, que ha sido hasta aquí, en poder de los Estados Unidos.

La readecuación y mejoramiento de los hoteles —siempre abundantes y buenos en La Habana— está prediciendo lo que se espera de este aflojamiento de relaciones entre los dos países, que parece propiciar el Señor Carter y que, con acento más amable, —y con expresiones mutuas— presentan al par los dos gobiernos.

De enero hacia acá, las cosas han mejorado mucho: el establecimiento, en las oficinas de las anteriores embajadas, de esas "oficinas de intereses" en La Habana y Washington que han entrado en franco funcionamiento, justamente unos dos meses después de mi permanencia en Cuba. Los discursos y declaraciones de Fidel, siempre agresivas en las épocas anteriores, han adoptado una tónica más conciliatoria y, en veces, con toques amigables. . .

Porque lo increíble, inverosímil, de esta batalla entre la pequeña Isla —engendradora de Martí— y el inmenso imperio del dólar, ha sido la reciedumbre, la dureza con que el Jefe de la Revolución Cubana, Comandante Fidel Castro, ha tratado en sus discursos a los gobiernos sucesivos de los Estados Unidos. Habiendo llegado a extremos con Kennedy —el promotor de la fracasada invasión de Playa Girón y la Bahía de los Cochinos y acaso el más disimulado enemigo de la Revolución y el inventor, frente a América Latina, de la más infeliz de las añagazas de cooperación que la llamó con el ingrato nombre de "Alianza para el Progreso". Suplantando a lo que Roosevelt llamó "política del Buen Vecino", que en buena parte, fue cumplida. Creando así la mejor época de acercamiento entre el Norte y el Sur del Hemisferio. . .

La tensión realmente dura, inflexible, de 1960, la encontramos francamente cambiada en 1977. Mientras en nuestra visita a la Revolución recién nacida, todos los días se registraban noticias de criminales incendios de cañaverales; la explosión criminal del barco francés *La Courbe*, antes de desembarcar las mercancías de primera necesidad que la Isla bloqueada había podido adquirir en Europa, y que estaban constituídas por medicinas de urgencia, algunos alimentos y, sobre todo, repuestos de motores y automóviles, que estaban haciendo falta para evitar la paralización de la vida, de la locomoción indispensable para lo esencial de la vida del país. En cambio ahora, después del esfuerzo fracasado que se realizó en Quito, para el levantamiento de las sanciones impuestas por la desgraciada OEA. Después de la reunión de San José que permitió el que algunas de las llamadas "hermanas latinas" restablecieran sus relaciones comerciales y aun diplomáticas con Cuba, después del vergonzoso desastre de Watergate y la caída estrepitosa de Nixon y su reemplazo turbio, opaco, desvaído por Ford. Después de eso y, sobre todo, después del triunfo de Jimmy Carter, que trajo para todos los problemas —singularmente los relacionados con América Latina— una cierta sonrisa y, hasta hoy, una actitud francamente conciliadora y, en ciertos aspectos, constructiva.

Lo latino —vale decir acaso mejor lo caribeño— se ha impuesto resueltamente. La vida general, alegre, bulliciosa, aparentemente frívola, ha recuperado sus derechos.

Las gentes, en la calle, en el campo, en cualquier sector en que se las contemple desprevenidamente, están alegres, bulliciosas, normales. Las leyendas, las informaciones sobre el entristecimiento de la población cubana, sobre su aire preocupado y silencioso, son objetivamente falsas. Una calle de La Habana es, sin lugar a duda, más bulliciosa y alegre que una calle de Buenos Aires —el actual—, de Santiago, el trágico y macilento Santiago de hoy y aun de Lima. . . No hay duda que lo caribe, lo isleño, no ha sido dominado por la preocupación revolucionaria ni por los problemas y amenazas que agobian duramente la vida de un pueblo permanentemente de pie.

Además, nada más falso que aquello de que los cubanos de hoy no comen, están virtualmente "muertos de hambre", según la expresión de los informadores interesados en desacreditar la Revolución Cubana. Mentira absoluta. El mismo tipo humano, sonriente, comedido, risueño, circula por las calles y caminos de Cuba. ¡Qué diferencia, por ejemplo, con buena parte de los pobladores de la Europa Central —sin excluir a Francia, "*le plus beau royaume sous le soleil*", según la frase consagrada. El clásico tipo de las gentes insulares del Caribe, que viven bajo el sol más maravilloso y junto al mar más transparente del mundo: nada del ceño arisco con que se topa tan frecuentemente en la Europa de hoy, como lo vengo comprobando, justamente después de mi permanencia en Cuba, en un recorrido por Europa, que comprendió países de antes y después de la Cortina de Hierro, desde Polonia hasta Francia inclusive.

La gente en Cuba está alegre. Ya lo observó Ernesto Cardenal. Yo agregaría una cosa, imposible de ser rebatida si se habla con intención de verdad: en Cuba, la gente está normal. Con la diferencia —¡menuda diferencia!— de que dentro de esa normalidad, está haciendo la Revolución. Su Revolución.

VEAN ustedes, por ejemplo: los casinos —"los mejores casinos del mundo"— están concurridos como antes. Por gentes muy bien vestidas. Normalmente bien vestidas. Las mujeres, con trajes largos —y si no prefieren trajes largos, con cortos— llevados con gracia, sin pudibundez ni pacatería. Van a divertirse, a bailar, y lo hacen como en cualquier lugar racional del planeta. Y allí están los gringos. . . y las gringas. Y bailan y se divierten como seres humanos que quieren divertirse. Sin borrachera, eso sí. Pero con sus "mojitos" y su ron. Y cuando hay para ello, ¡con su whisky!

Y se come bien, en restaurantes muy buenos. Pero muy buenos. En La Habana y en las demás ciudades. Y en sitios campestres deliciosos y frente a las mejores playas... ¡que ahora ya no están cercadas para los propietarios abusivos y absorbentes, sino para todos! y se usa lo que se debe usar, ¡biquines, por ejemplo!

PERO lo que es verdaderamente impresionante, es el impulso dado a la educación nacional. Después de ese increíble esfuerzo del "Año de la alfabetización", que en realidad nadie quiere ni puede creer, la dispersión de lo que yo llamaría "educación junto a trabajo" y que es, en verdad, una educación para el trabajo.

Eso de que se haya eliminado el analfabetismo en un año. Sin exageración "*eliminado el analfabetismo en un año*", las gentes creen que se trata o bien de mentiras tendenciosas o, por lo menos, de una deformación mental favorable a lo que se quiere creer. No señor y no señor. Yo he trabajado mucho en este problema. En mi país y aun en México, colocándome cerca de los esfuerzos admirables de ese gran mexicano y gran amigo que fuera Jaime Torres Bodet. Y, si en México no se ha conseguido esa meta indispensable para la vida humana de relación, en mi país tampoco. ¡Nace tanta gente y la proporción es siempre desfavorable, en marcha atrás! Nosotros, en nuestro Ecuador, no podemos. Existe siempre en marcha una "campana de alfabetización", para la que han contribuido los periodistas, los universitarios... Y nada, nada. Teníamos un analfabetismo de 30% según el penúltimo censo, hace diez años; en el último, del año 1974, ese porcentaje subió a un 32%... Lo de Cuba, señoras y señores, es absolutamente auténtico. En un año, "el año de la alfabetización", se redujo a un 4%, más bajo que los Estados Unidos. Solamente comparable a la tasa de los países escandinavos: Suecia, Noruega y Dinamarca, que más o menos tienen porcentajes del 3 al 4. Que corresponden a ciegos, sordomudos, impedidos por edad o enfermedad.

Las famosas "ceibas" o sea colegios secundario-profesionales, establecidos a lo largo de los campos de Cuba, con edificios funcionales magníficos, con adecuación cabal para el estudio y preparación de los estudiantes —12 a 18 años—, en donde se aúnan el estudio y el trabajo en forma tal que, puede yo comprobar, cómo muchachos y muchachas tienen a su cargo plantaciones de cítricos, de hortalizas, de tabaco; o talleres de carpintería, de dibujo arquitectónico, de mecánica teórica y aplicada... El cuidado que esos alumnos —todos correctamente vestidos con uniformes de trabajo— dedicado a grandes huertos de naranjas, toronjas, cítricos en general; a granjas avícolas perfectas, en plena producción y rendimiento...

Esos estudiantes —si cumplen las demás condiciones exigidas, que son rigurosas— pueden pasar a la Universidad. Pero no así como así: en las escrupulosas calificaciones que cada alumno trae desde el primer año de primaria, se anotan a la vez que el puntaje mínimo de rendimiento, la inclinación vocacional demostrada justamente en esas calificaciones, en esa como "historia escolar" de cada alumno: quienes hayan demostrado, en forma natural y obvia, en su vida escolar, de infancia a adolescencia, inclinación particular para las matemáticas, pongamos por caso, irán, si tienen puntaje para la universidad, a seguir estudios cuya base sean las llamadas ciencias exactas: Ingeniería, Arquitectura, etc. Y lo mismo, si han demostrado vocación y capacidad para los estudios especulativos, seguirán carreras de esa orientación: Pedagogía, Sociología, Derecho, etc. Y lo mismo aquellos alumnos que se han inclinado —vocación y capacidad— por estudios naturalistas, biológicos: seguirán Psiquiatría, Medicina, Ciencias Naturales.

No hay peligro, con este sistema, de que se produzcan en Cuba las aglomeraciones estudiantiles que en México, en Quito: una ciudad de sobre setecientos mil habitantes, tiene una población universitaria y politécnica que pasa de setenta mil. . . Más del diez por ciento de la población de la ciudad que la sustenta. . .

MENCIÓN singularísima merece el Hospital Psiquiátrico. Un día pasamos allí los delegados o miembros del Jurado de la Casa de las Américas. Treinta gentes de todos los países de América Latina, pudimos presenciar, con sencillez, sin preparación ni teatralidad, la vida humanizada, "humana" que se proporciona allí a los malaventurados hermanos nuestros que han perdido el dominio o el uso de las facultades superiores, de la inteligencia. Aquellos a quienes, después de esa visita, nos resistimos a llamar "los locos".

Convivencia casi milagrosa, tranquila, vital. Gentes que, desde su carencia mental, han reganado un cierto optimismo, una cierta esperanza. Un franco anhelo de participación, pudiéramos decir alegre, en la vida de todos. Un coro musical, artísticamente conformado, en el que, además de la lograda consonancia *coral*, se observan rostros alegres, entusiastas, rebosantes de vida. Igual cosa en las manifestaciones musicales individualizadas: muchos solistas, más que aficionados, en plenitud de entrega a su arte, nos ofrecieron trozos de música selecta de los mejores autores universales. El grupo teatral, con franca tendencia a las expresiones cómicas, de artística comicidad, no de chascarrillo vulgar, nos sorprendió con la espontaneidad, el gusto, la alegría que nos comunicaron en sus demostraciones. . .

LA granja avícola, no como simple distracción o engaño, sino como empresa productiva, nos dio una gratísima sorpresa. Y la comprobación, demostrada en los libros, de la productividad apreciable en huevos, en aves para venta en los mercados. Y todo ese producido se aplica a la mejoración de las condiciones de vida de los "pobladores" —repugna decir reclusos o enfermos— de esta casa de la tranquilidad.

Nos distribuimos, en distintos momentos y situaciones, los treinta y más visitantes extranjeros, con distintos huéspedes del Psiquiátrico. Sin excepción, nos dijeron que eran libres, que salían cuando tenían necesidad de hacerlo, para visitar sus familias o amigos, para hacer compras y otros menesteres. Y que, infaliblemente, a las seis de la tarde, estaban de regreso. Que, en ciertas ocasiones, se quedaban dos o tres días, por supuesto avisando al Psiquiátrico, y que —información confirmada con los dirigentes— no se registraba caso alguno en que se hubiesen quedado.

Con informaciones gráficas —fotográficas— se puede establecer la diferencia entre la inmundicia, maloliente y plagada de torturas y hambre que era aquello antes de la Revolución.

LA vida humana general es absolutamente normal en la Cuba Revolucionaria. Un hombre austero e inteligente —hoy, según Portuondo y Carpentier, el mejor novelista de Cuba— José Soler Puig, autor de *Berillón 166*, la primera novela premiada en 1960 —siendo yo Jurado— en el Concurso CASA DE LAS AMERICAS, y luego *El Pan Dormido* y finalmente, *El Caserón*. Soler Puig que es, fundamentalmente, un hombre veraz y honrado me explicaba: "la tarjeta de racionamiento no es, en manera alguna, una limitación en el momento actual. Es el título de un derecho —"el derecho a comer"— que tienen todos los habitantes de Cuba. Nosotros —agregaba— somos una familia larga: los dos esposos, una hermana enferma, dos hijas casadas con niños. Pues bien, como vivimos juntos, lo que se nos da con la tarjeta de racionamiento, nos sobra. La leche en especial, a pesar de los niños que la toman a saciarse. Mi mujer, entonces, con los sobrantes, hace quesos". "La vanidad de la vida burguesa, hace aparecer como humillante esto de presentar la tarjeta de racionamiento para recibir aquello a que tenemos derecho. Pero, cuando se vive la vida cubana, nuestra vida, hallamos muy hermoso esto de que todos: el alto funcionario como el trabajador manual, reciben lo mismo". Es como saber que, para ir al fútbol como para entrar a un teatro, es necesario presentar el boleto de entrada. . .

Antes, los amos, los capitalistas, los gringos, podían comer hasta el desperdicio. Pero el resto de cubanos, se morían de hambre. Tal como en nuestros países: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, para no citar sino algunos ejemplos. En mi país, Ecuador —que no es mejor ni peor que los antes citados— el día en que todos comieran igual —¡absurdo, imposible!— a los burgueses de clase alta y media, que hoy comemos medianamente, tendrían que darnos un litro de leche a la semana, una libra de carne al mes, para poder igualar la ración con todos los pobladores del país. . .

En Cuba —lo he comprobado ampliamente— la gente come bastante bien y, sobre todo, la totalidad come lo mismo. . . Por eso, las gentes andan, no obesos, pero bien proporcionados. De color saludable, a pesar de que el trópico en general empalidece. Y con eso inconfundible: el aspecto saludable.

HAY una prueba irrefutable del buen comer y la salud cubanas: la aplastante superioridad en el deporte. En todos los deportes, aun en aquellos que no habían sido preferentemente practicados en Cuba. En mis visitas anteriores a la Revolución, el deporte dominante era el *base-ball*. Hoy, se lo sigue practicando. Acaso con cierta preferencia, por el hábito adquirido. Antes, las *ligas* y las *grandes ligas*, al estilo norteamericano, era lo dominante. Hoy no. La presencia cubana en los "juegos centroamericanos y del Caribe", —aparte México, Venezuela, Colombia—, es actualmente imprescindible, ¿Por qué? Las razones son varias. Acaso la principal es la de que el cubano revolucionario, ama el nombre de su tierra y su revolución. No ocurre lo mismo con la mayoría de los demás países, encenagados en dictaduras envilecedoras, que acaso desean que el resto del mundo se dé cuenta del descontento en que viven, con banderas ensuciadas por el crimen, con nombres emporcados por la tortura, la prisión, el exilio. . .

Pero además de esa, que es evidente, y que ha podido comprobarse ampliamente: el Cono Sur, dominador del mundo en fútbol y otros deportes, hoy arrastra derrotas en todos los lugares del mundo a donde va. . . Además de eso, decimos, que incontrovertible, existe esta: los deportistas cubanos, en Cuba, comen bien. Como el resto de sus compatriotas. Y, además, pueden prepararse con el apoyo y protección del gobierno revolucionario, que le ofrece toda clase de facilidades.

CUBA —¡feliz ella!— no vive en la aparente opulencia de otros países, aun de la propia América Latina. Opulencia circunscrita al

diez por ciento de la población —en el mejor de los casos— y que consiste en la posibilidad de beber champaña francesa, whiskies escoceses importados, que muy pocos saben *catar*, pero Cuba, los cubanos todos, viven sanamente, y por lo mismo, alegremente. No se nota en ellos esa angustia que trae la falta de trabajo y, consecuentemente, la falta de habitación, vestido, sustento. La educación de los niños está asegurada y, consecuentemente, su vestido y sus útiles escolares. Esa tragedia anual, desesperante, en casi todos nuestros países, —por no decir todos— por la falta de matrícula en escuelas de los distintos niveles.

Esta animadversión crónica, que bordea los confines del ridículo, existente en casi todas nuestras universidades, desde la gigantesca universidad mexicana, entre partidarios de Moscú y Pekín, entre *chinos* y *moscovitas*. . . Esa ya cómica —si no fuera a veces trágica— rivalidad entre ideologías ajenas, no sabidas ni comprendidas por lo general por sus apasionados mantenedores, que anula la labor docente y académica y hace que se malgasten los dineros de las Universidades. Eso, no puede existir en Cuba. Allí los cubanos mayores de dieciocho años —entre los dieciocho y los veinticuatro—, que son o constituyen la población universitaria, han nacido ya dentro de la revolución, o los ha tomado en sus primeros años de vida. Porque la Revolución Cubana, desde su triunfo en 1959, tiene justamente más de dieciocho años, o sea la edad necesaria para el ingreso a la universidad. Y sus concurrentes actuales, los de más edad, apenas estaban llegando a los seis años, cuando el nuevo orden político y social se había establecido en su patria. La población toda de la universidad cubana, es necesariamente parte viva y ya consciente de la Revolución.

QUIENQUIERA que visite Cuba, puede darse cuenta de que existe libertad religiosa. Iglesias, sacerdotes, congregaciones, funcionando libremente. No con mucha profusión y abundancia, es verdad. Pero existen relaciones con el Vaticano, significadas por la existencia de una Nunciatura Apostólica. Existen Arzobispos en las principales ciudades del País. Y escritores católicos como Arnold Toynbee, Graham Greene, Ernesto Cardenal —sacerdote y poeta— que, después de haber visitado Cuba y observado atenta y críticamente su Revolución, han opinado favorablemente, desde su punto de vista religioso, sobre la libertad cubana en este punto.

PERSONALMENTE a mí, me apena la disidencia, principalmente personal, de algunos escritores latinoamericanos de comprobada vo-

cación izquierdista y revolucionaria, respecto de la Revolución Cubana. Orgullosamente se podía —y se puede— afirmar que en América Latina no existe escritor válido, realmente significativo, en todos los géneros literarios, que no se encuentre situado, con mayor o menor beligerancia, en la orilla de la Revolución. Todos, en la novela, el cuento, el ensayo, la filosofía, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego —sin clara militancia activa muchas veces— tienen un pensamiento, una "ideología", abiertamente centrados en la izquierda. Porque el caso del señor Borges, gesticulante y atrabiliario contra el idioma castellano, contra Cervantes, defensor frenético de "gran garrote" gringo, como en el caso de la invasión de la República Dominicana hace años, y fervoroso protegido de Pinochet y de Fanco, no creo que valga tomarlo en cuenta en este sentido.

Los demás, los mejores, todos, están con la Revolución Cubana que es "nuestra Revolución". La única que hemos podido lograr, ya que el intento chileno, ahogado en sangre por aquellos a quienes admira el señor Borges, al malograrse, nos produjo a todo el resto, una impresión de dolor, de rabia y de derrota.

Me apena la disidencia de algunos. Por ejemplo, la de Mario Vargas Llosa, cuyo fervor por la Revolución Cubana se demostró ampliamente cuando ganó —el primero— el Premio Rómulo Gallegos, hace justo diez años. Su discurso al recibirlo —con sorpresa de todos— fue un fervoroso elogio y una profecía —aún incumplida— de que en "menos de veinte años, todos los pueblos hispanoamericanos habremos seguido el camino de Cuba". Fui Miembro del Jurado que atribuyó ese premio a Vargas Llosa. He hablado muchas veces con él. No debemos permitir su alejamiento. También con Pablo Neruda se inició un movimiento parecido. Pero me consta que el gran poeta permaneció en su ley. Las disidencias dentro de Cuba, entre cubanos, me interesan menos. Ellas encontrarán un punto de sutura. Las que no puedo, ni mentalmente aceptar, son las de los escritores de Latinoamérica, que sé que fueron fervorosos partidarios de la Revolución. Habría que producir un movimiento en ese sentido. Acaso lo pudieran provocar "cubanistas" tan probados como Carlos Fuentes, Luis Cardoza y Aragón, Gabriel García Márquez, Carlos Quijano, Octavio Paz, Ernesto Cardenal. . . Cien más de esa línea y ese pensamiento.

ESTA Cuba de hoy, esta que vengo de visitar durante más de un mes, en enero de 1977, es nuestra verdad y nuestro ejemplo. Es una muestra de lo que nosotros, los demás, podemos hacer por nuestra liberación. Junto a ella, cerca de ella, debemos estar.

SESENTA AÑOS DESPUES DE LA REVOLUCION DE LENIN

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

SUCESO singular, terremoto y huracán, punto inicial de una etapa cuya meta es hoy más remota que incierta; colosal instrumento de transformación de conceptos y normas de convivencia, la Revolución de Octubre de 1917, en aquellos "diez días que conmovieron al mundo" ha cumplido sesenta años de su proceso histórico. El mundo aún no ha digerido en plenitud la significación y la trascendencia de ese arribo al poder, en la vieja Rusia, del partido bolchevique, no obstante que su influencia ha sido el signo que preside la vida de la humanidad en este siglo y la reacción individual o colectiva ante la hazaña de Lenin y Trotski define, deslinda y sitúa personas y países; es punto neurálgico y vital en casi todas las preocupaciones del hombre de nuestros días. La posibilidad de paz o guerra radica en el equilibrio entre los dos mundos en pugna constante, el socialista y el tradicional que suele semi-ocultar su condición capitalista bajo el *slogan* de "mundo libre". El establecimiento del primer estado de la clase obrera, su difícil, combatido y obstruccionado proceso de desarrollo ha modificado, con la conciencia del hombre de nuestros días, el mapa de la tierra. Aún con diferencias cada vez más hondas en lo circunstancial y quizás transitorias, el mundo socialista es producto y consecuencia de esa Revolución de 1917; del genio visionario de Vladimir Ilich Uliánov y del esforzado sacrificio de varias generaciones de ciudadanos soviéticos, para configurar esa potencia que surgió de la segunda guerra mundial como heraldo y amenaza; heraldo de nuevas concepciones económicas, políticas, filosóficas y artísticas y amenaza contra todo aquello que nutre el poder de los imperialismos.

La objetividad, el sereno esfuerzo de interpretación y de balance justo de lo que ha sido la Revolución Socialista de 1917, no ha podido expresarse por el choque de intereses, de pasiones y de preferencias ideológicas. Con la solidaridad esperanzada choca la persistencia en lo tradicional, en el modo y manera en que muchas generaciones han forjado su modo de vida, sus acuerdos y sus inadaptaciones. Tan vigorosa como la corriente afín al socialismo se ha

advertido la del anti en los países capitalistas y en aquellos subordinados inevitablemente a la influencia imperial.

De todas maneras, aquella fascinante aventura encabezada por Lenin ha cambiado el mundo en que vivimos. Rodeada por lo que se llamó "cordón sanitario": considerada como una peste peligrosa pero transitoria, la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas ha vivido presionada en un mundo hostil, adverso y enconado en su enemiga. Incomprendida primero, odiada y temida posteriormente, la Unión de Repúblicas Soviéticas ha mantenido un proceso de desarrollo que constituye, sin duda alguna, la hazaña máxima de la historia.

Esa hostilidad mundial, ese constante presionar sobre lo que representa el socialismo, explica —aunque no podrá justificarlo— el sistema de represión interna brutal, de dictadura cerrada que fue el "stalinismo". Muerto Lenin en enero de 1924, apenas consumada la victoria bolchevique en la guerra civil sobre los rusos "blancos" y las fuerzas extranjeras invasoras, eliminado Trotski, el hombre de mayor popularidad en el nuevo estado, el georgiano Stalin fue concentrando en sus manos todos los resortes del poder, lo mismo del histórico Partido Bolchevique que del gobierno mismo. Comprendiendo y rechazando los brutales métodos stalinistas, el culto a la personalidad que sólo llegó a ser superado, pocos años después, por la deificación de Mao Tse Tung en la nueva China; es quizás inevitable, por lo menos, cultivar la duda de si hubiera la Unión Soviética podido resistir y vencer a las huestes de Hitler, llegadas hasta las puertas mismas de Moscú y surgir después de esa aniquiladora guerra, como la segunda potencia mundial, rival única del todopoderoso Imperio Norteamericano.

Desde luego, sin la hostilidad mundial a que tuvo que hacer frente el nuevo estado soviético, no hubiera podido configurarse y vigorizarse la dictadura "stalinista". Sin pretender lanzar juicios pseudodefinitivos en tan complejo y singular proceso histórico de la Unión de Repúblicas Socialistas, es posible considerar que ese tramo del stalinismo fue históricamente obligado para el desarrollo y fortalecimiento del Estado Obrero. Hasta hoy, las vías pacíficas al socialismo parecen convertirse en rutas de cruenta, antidemocrática y regresiva acción.

Ahora bien, sesenta años después de aquellas históricas discusiones en el Instituto de los Smolny en el entonces Petrogrado, la Revolución bolchevique de octubre de 1917, ¿ha conseguido los propósitos que la inspiraron? A pesar de las dificultades del camino, ¿no ha perdido rumbo y camino? Las nuevas actitudes de lo que se llama "eurocomunismo"; las complicadas diferencias con China; la contraofensiva imperialista, siempre alerta y constante, ¿han des-

viado la ruta hacia el destino comunista, en plenitud, que se fijaron los líderes e ideólogos de esa Revolución de 1917?

Contestar a esas preguntas incluye, inevitablemente, la expresión de juicios personales, sujetos naturalmente a réplicas y a condicionantes ilimitados, además de obedecer a subjetivismos confesados o disimulados. Pero parece evidente que a pesar de todas sus limitaciones, sus cambios de estrategia política; sus adaptaciones a los requerimientos cambiantes de la situación mundial, la Unión Soviética resiste, con superávit, todas las críticas que puedan hacersele respecto a contradicciones con el ideario original pues puede ofrecer, en su balance histórico, logros y realizaciones sin precedente en la historia de la humanidad.

Se le critica con mayor frecuencia e intensidad que otros aspectos de su vida actual, la ausencia de las libertades convencionales como el derecho a integrar partidos políticos de pluralismo ideológico; el de la libertad de expresión del pensamiento; el de viajar dentro y fuera de su país sin restricciones y todas esas libertades que, por otra parte, también han estado proscritas en no pocas partes de lo que se autollama "mundo libre", sobre todo en la etapa de la agresividad nazi-fascista y, desde hace tiempo, en gran parte de nuestra América, en Africa y en Asia, con regímenes castrenses. Chile, Argentina, Brasil y Uruguay constituyen hoy deprimentes ejemplos de la frustración democrática del anticomunismo.

Efectivamente, en la Unión Soviética, desde el triunfo de Lenin, no hay prensa libre ni libertad para agruparse en partidos políticos. Pero otro tipo de libertades menos abstractas y más vitales: como la del derecho al trabajo, a la vivienda, a la instrucción y a la salud están realmente garantizadas, con una eficacia que no encuentra parangón en el mundo entero, por todos los recursos del Estado.

Quizás serviría como orientación en todo intento de balance de lo que la Revolución de Lenin se propuso y lo logrado no obstante el ambiente hostil y agresivo en que ha tenido que mantener su proceso, cotejar la realidad obvia con lo que pregona la nueva Constitución de ese país, a pesar de que —los mexicanos, por desgracia, lo sabemos y lo entendemos muy bien— las proclamas constitucionales no deben ser tomadas sino como metas ideales y no como registro de realidades cotidianas. Veamos algunos de los textos de esa nueva constitución del primer estado obrero en la historia de la humanidad, sólo después de reconocer la inverosímil dimensión del desarrollo material y político de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas y el cumplimiento de su función histórica como fuente materna del conjunto de países, algunos de ellos ya en edad adulta y con explicables deseos de liberación de tutoría moscovita, que hoy conocemos como Mundo Socialista.

Camino Firme; Meta aún Lejana

EL objetivo fundamental de la Revolución Socialista es recogido por la nueva Constitución y concretado en estos términos:

"El objetivo supremo del Estado Soviético es edificar la sociedad comunista sin clases en la que se desarrollará la autogestión social comunista. Las tareas principales del Estado socialista de todo el pueblo son: crear la base material y técnica del comunismo; perfeccionar las relaciones sociales socialistas y transformarlas en comunistas; elevar el nivel material y cultural de vida de los trabajadores; garantizar la seguridad del país; contribuir al fortalecimiento de la paz y al fomento de la cooperación internacional".

De esos objetivos fundamentales, renovados en el texto de esta nueva constitución, es claro que se advierten ciertos optimismos al dar por realizados los esfuerzos para construir el socialismo; dar por terminada la dictadura del proletariado para dar paso a la de todo el pueblo y considerar ya accesible el largo y espinoso camino hacia el comunismo. La propiedad de los bienes de producción se mantiene íntegramente en monopolio de estado pero en lo que respecta a la propiedad de bienes de consumo y aun de una parcela de tierra, independiente de la organización y *status* de los koljoses, hay aperturnas de no poca entidad. Ejemplos de estas facilidades y condescendencias son estas dos disposiciones textuales de la nueva Constitución:

"Artículo 12.—Los congresos provenientes del trabajo constituyen la base de la propiedad personal de los ciudadanos de la URSS. Pueden ser propiedad personal los utensilios de menaje y uso cotidiano; los bienes de consumo y comodidad personal; los objetos de la hacienda doméstica auxiliar, la vivienda y los ahorros procedentes del trabajo. El Estado protege la propiedad personal de los ciudadanos y el derecho de heredarla. Los ciudadanos pueden tener en usufructo parcelas proporcionadas, según el procedimiento establecido por la ley, para utilizarlas como hacienda auxiliar (incluyendo el mantenimiento de ganado y aves de corral) para horticultura y fruticultura, así como para la construcción de vivienda individual. Los ciudadanos están obligados a utilizar racionalmente las parcelas que se les han concedido. El Estado y los koljoses prestan concurso a los ciudadanos en el mantenimiento de la hacienda auxiliar".

Y este otro:

"Artículo 17.—En la URSS se permite, en consonancia con la ley, la actividad laboral individual en la esfera de la pequeña producción artesanal, de la agricultura y los servicios a la población y también otros tipos de actividad basados exclusivamente en el tra-

bajo personal de los ciudadanos y los miembros de sus familias. El Estado regula la actividad laboral individual asegurando su utilización en bien de la sociedad".

Es absurdo el crítico que en el cotejo de la teoría pura, ideal, con las rutinas diarias, no tome en cuenta la circunstancia permanente de la atmósfera hostil del mundo, es decir del terreno donde se ha realizado esa confrontación entre teorías y realidades. Evidentemente, no todas las deficiencias y las frustraciones que pueden localizarse en el proceso de esos sesenta años de existencia del primer estado obrero pueden cargarse, íntegramente, en el renglón de la hostilidad envenenada con la cual ha tenido que luchar, un día sí y otro también, la Unión de Repúblicas Soviéticas. Además de la dictadura cruenta y totalitaria del largo periodo stalinista, es innegable que frente a los progresos notorios, a la nobleza implícita en sus fines, la construcción de un mundo pacífico, justo, donde todos los seres humanos tengan satisfechas no sólo todas sus necesidades apremiantes sino con igualdad de oportunidades de realización en todos los órdenes, la pérdida de ciertas normas de libertad individual y colectiva —como la de expresión del pensamiento; la de afiliarse a partidos políticos que ofrezcan un mosaico de opciones ideológicas y otras muchas— logros que parecen irreversibles a lo largo del proceso de los esfuerzos del hombre en lucha contra los obstáculos de su medio natural y contra su tendencia primitiva, robustece la convicción de que esa pérdida no es negociable; que no debe arriesgarse ni siquiera a cambio de otros logros y beneficios fundamentales. En este orden de ideas gana todos los días devotos el ideal del socialismo con libertad.

Pero, naturalmente, definir ese socialismo con libertad y, sobre todo, hacerlo posible en el terreno de los hechos es empresa que hasta ahora no hemos visto realizada. En el terreno de la teoría no es razonable asegurar que es tarea imposible la creación del socialismo con libertad, aunque —recordemos la dramática experiencia de Allende en Chile y la represión imperial contra los simples procesos democratizadores en Brasil, Argentina y Uruguay— los intentos en esta dirección alertan a las fuerzas tradicionalistas y, sobre todo, al imperio norteamericano, para oponerse con todos sus recursos.

Esta cerrazón de caminos en el desarrollo de programas y de propósitos socialistas en el escenario internacional, ¿no explica con suficiente claridad, sin inclinaciones maliciosas ni escépticas, ese fenómeno de la división y alejamiento de varios partidos comunistas nacionales, sobre todo en Europa y que es conocido como "euro-comunismo", corriente sedicentemente marxista pero que prescinde de la "dictadura del proletariado" como etapa indispensable para la construcción del socialismo, puente para llegar al comunismo? —El

"eurocomunismo" de Italia, Francia y España, hubiera sido considerado, apenas hace diez años, como una herejía intolerable. Ahora, a pesar del rechazo sufrido por Santiago Carrillo, Secretario del Partido Comunista Español y el teórico que lleva más adelante su heterodoxia, hasta el grado de negar los principios de Lenin y retornar a un marxismo sin aportaciones posteriores el Kremlin tolera las travesuras de Roma y de París, aunque no le gusten.

Sin intervenir en debates teóricos, que el "eurocomunismo" no suscita ni cultiva, pueden encontrarse las razones de un cambio estratégico tan notorio y tan desilusionante para los sacrificados devotos de una ortodoxia comunista que en muchos de los principales países del mundo y de la misma Europa ha sido voto de estoicismo y apostolado.

El cambio radical de las normas económicas, políticas y sociales de una nación no es una feria alegre sino, los precedentes lo han probado y confirmado, angustioso sacrificio de varias generaciones. Esa experiencia multiplica, en la realidad, los obstáculos para que la clase obrera, la campesina y los intelectuales revolucionarios encuentren oportunidad y estímulos fundamentales para realizar esa transformación histórica. La vida de la Unión Soviética en estos sesenta años que arrancan el día en que se convirtió en realidad la exigencia de "todo el poder para los soviets", es, hasta hoy, un triunfo sin precedente en la historia. Pero, recordemos, ¡cuántos años de aislamiento, de agresión, de problemas internos desquiciantes y de presiones persistentes del exterior! Aquellos desesperados que siguieron a Lenin y a Trotzki fueron actores de la aventura más trascendente en el desarrollo histórico de la humanidad. La idea de un mundo justo, pacífico, donde —repetamos el lugar común— el hombre deje de ser el lobo del hombre tiene en esta consolidación del primer estado obrero convertido en una de las máximas potencias es, pese a las oposiciones y las diferencias de matiz ideológico; a las desviaciones o rectificaciones en ciertas normas de su vida interna y a diversos aspectos de su política exterior, la esperanza firme, el baluarte de toda posibilidad de realización de los más puros ideales del marxismo.

Sería imposible enumerar todos los pasos y contrapasos que el Estado fundado por Lenin ha dado, de grado o por fuerza, en estos sesenta años de tan difícil existencia pero de logros tan impresionantes. Desde luego, la preocupación de la Unión Soviética por facilitar el advenimiento de un futuro socialista mundial es uno de sus compromisos originales que no pueden olvidarse sin lesionar vitalmente el aliento y razón de la teoría. El cumplimiento de esa responsabilidad es uno de los problemas más delicados en cuanto a

la política exterior de la URSS, puesto que pone en contra suya a todos los países donde partidos radicales o simplemente socializantes tienen alguna oportunidad de tomar el poder y reciben para ello ayuda directa de Moscú. Si no lo hacen los moscovitas por dificultades de orden internacional los ortodoxos de todo el mundo culpan de traición contra el más caro de sus ideales, a la catedral moscovita. Dentro de esta contradicción irresoluble la política soviética, a lo largo de estos sesenta años, ha tocado todas las sutilezas, todos los desenfados, todas las cuerdas del disimulo y de la franqueza y es muy fácil, para sus críticos, señalar lo que consideran errores imperdonables o "perversidades burguesas" en el más alto nivel marxista universal.

No estamos endiosados con la marcha del socialismo en el mundo ni con la tarea de su más poderoso —¿acertado?— guía: la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Pero, desde luego, pensamos que hasta donde las actuales condiciones de la atmósfera internacional puedan proyectarse, la esperanza de una internacionalización generalizada del socialismo en el mundo sólo podrá ser posible si, a su vez la Unión Soviética logra eliminar los miles de obstáculos mayores y menores que hoy se advierten en ese camino hacia un socialismo victorioso lo mismo en Moscú que en Londres; en Varsovia y Praga que en Nueva York y Río de Janeiro. Los otros estados socialistas, aun la rebelde nueva China, no son, bien juzgados, sino consecuencias del poderío soviético. En la medida en que la Unión Soviética retrase su progreso, su ascenso en el dominio de las realidades económicas y políticas del mundo, en esa misma medida la aurora de ese socialismo mundial, con luces de paz, de libertad y de justicia se retrasará indefinidamente.

Pero, creemos que es el socialismo el futuro más o menos cercano de la humanidad. La proyección de sus ideales puede comprobarse aun en el seno de los centros capitalistas más poderosos y engraidos con su poderío tradicional. El socialismo irá instalándose en los pensamientos de cada vez más numerosos hombres del mundo occidental. La historia, es cierto, no tiene plazos fijos. Pero también lo es que sus vientos no tienen reversa. No la han tenido nunca.

El balance que ofrece hoy la Unión Soviética no arroja, seguramente, los resultados que sus forjadores más destacados, Lenin y Trotski, soñaron como cumbre definitiva de sus esfuerzos y de su genio realizador.

Pero configura, en la transformación de su poderío nacional y en los ascensos asombrosos en su vida interna, la experiencia más estimulante, más promisoría que puede cultivarse para el futuro del hombre.

Quizás el mundo de mañana no sea el modelo concreto de lo que hoy es la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Ni ello es posible ni deseable. Pero sus ideas fundamentales, el sacrificio de las generaciones soviéticas, la idea humanísima del ideal socialista ha sido su bandera y ella será lo que quede en pie, iluminada con las luces de libertad, en ese soñado mundo de mañana.

LA TECNOLOGIA COMO FACTOR DE DEPENDENCIA DE LOS PAISES DE INDOAMERICA¹

Por Ricardo TORRES GAYTAN

Introducción

LA importancia de la tecnología, aplicable al proceso productivo, es actualmente uno de los factores de la producción industrial más importantes, no sólo para el desarrollo de las fuerzas productivas, sino para la salud de la población, por su importancia en la medicina y la bioquímica y, en general, porque resulta indispensable para el progreso en todos los órdenes. Por tales razones, mientras un país no cuente con tecnología propia, no puede aspirar a liberarse de la dependencia externa, y menos aún a establecer las bases de una autonomía de su desarrollo económico y social. La técnica importada, lejos de promover el desarrollo, es factor de retraso y de descapitalización.

Algo más, conduce a la pasividad y al letargo, y finalmente conduce a la marginación científica y técnica respecto de los países desarrollados. En un mundo en el que el progreso tecnológico sobresalear cada vez más, como factor de potencia económica, política y militar, la brecha tecnológica entre los países desarrollados y los de América Latina, se amplía.

En las ciencias sociales el progreso científico también está teniendo su importancia, en la medida que se le utiliza para el establecimiento de una organización económica más avanzada, porque facilita el empleo de los recursos en forma planeada y de estrategias económicas y políticas más racionales, aspectos que influyen no sólo en el avance educativo, político y social, sino sobre el proceso económico.

¹ Es evidente que cada país de nuestra área presenta características diferentes en cuanto a la evolución y el empleo de tecnologías productivas. Dentro de esta situación hay países como Argentina, Brasil, México y Colombia, en los que ya existen algunas realizaciones en esta materia, en tanto que en otros países hermanos, aún no hay las condiciones para el desarrollo tecnológico individual.

Si el progreso tecnológico aún no ha producido mayores efectos positivos para la humanidad, se debe a que se le ha dado preferencia en su aplicación hacia las actividades bélicas y, de otro lado, a los obstáculos que causan las relaciones sociales de producción que ocasionan relaciones de intercambio y de distribución desiguales entre los países.

Marcada influencia tienen las operaciones de las empresas transnacionales no sólo en cuanto al monopolio de la tecnología más avanzada, sino en la corriente internacional de capitales, mercancías y sobre el control de los transportes.

La acumulación de conocimientos científicos y técnicos, signo de los tiempos actuales, prepondera sobre la acumulación de capital y el crecimiento económico.

Hoy en día está aceptada la estrecha relación que existe entre el desarrollo tecnológico y el crecimiento económico, al haberse eliminado la falsa idea de que la técnica es un factor exógeno al campo económico. Esta relación adquiere especial relevancia en los países desarrollados que disponen de la tecnología propia para realizar el desarrollo en todos los órdenes, mas no así los subdesarrollados que están urgidos de disponer de tecnologías para salir de su atraso y tienen que recurrir a la importación de los servicios técnicos, cayendo en otra dependencia externa que acentúa la tradicional dependencia comercial y financiera. Lo que para unos países es factor de desarrollo, para otros es signo de subordinación. Con el reconocimiento otorgado, por Marx y Schumpeter, a la ciencia y a la tecnología como factores de crecimiento, se subsanó el vacío que desde los clásicos existía, debido a la escasa importancia que esta corriente de pensamiento atribuyó al factor tecnológico.

Con base en estos autores, se le ha dado importancia al progreso tecnológico, hasta llegarlo a considerar factor central del crecimiento económico y ha venido equiparándose a la acumulación de capital, si no es que adquiriendo mayor importancia respecto a ésta, en lo referente a la dinámica del desarrollo por sus efectos sobre la productividad. Por estos aspectos, a partir de la postguerra e impulsado por las necesidades bélicas² y del desarrollo económico, de los países atrasados, ha surgido un mercado creciente de tecnología que, en general, corresponde a los procesos técnicos que ya han sido superados por los países desarrollados que son los oferentes. Reservándose éstos las técnicas más modernas en exclu-

² En lo sucesivo nos referimos al progreso tecnológico para propósitos de desarrollo aplicable a las actividades productivas para uso civil. Ello no significa que desconozcamos el tremendo desarrollo tecnológico realizado en otras áreas (no sólo para las actividades bélicas sino en la medicina y en otros campos).

siva para competir en el comercio internacional con mercancías novedosas y de alto contenido técnico que les asegura el monopolio temporal de ellos. Esto explica dos hechos que se observan desde la postguerra mundial: el intercambio internacional se efectúa en proporciones considerables entre los países desarrollados, que son los capacitados para producir mercancías novedosas. En consecuencia, este intercambio cada vez más desplaza a los productos primarios naturales, que son los que aun persisten en exportar los países de nuestra área. Así por ejemplo, un buen ciclo de altos ingresos por la venta de café (principal artículo de exportación) el incremento de ingresos no se emplea en producir otros artículos, sino más café.

Otro problema a considerar en la dependencia tecnológica es el mercado al que tienen que recurrir los países subdesarrollados, el cual tiene características específicas en lo concerniente a la negociación, selección y adaptación de las tecnologías importadas a las condiciones de cada país. Los oferentes de tecnologías son grandes monopolios que imponen sus condiciones las que, a largo plazo, los cargos monetarios por los servicios técnicos, producen efectos negativos para el país importador, debido a que importan técnicas caras, que si no son ya del dominio público, están a punto de serlo y por ello resultan ser obsoletas e inadecuadas al desarrollo de los países importadores.

Por éstas y otras razones se llega a la conclusión de que la *solución es gastar lo que sea y pronto hasta llegar a obtener tecnología propia*, acorde a las necesidades del desarrollo de cada país, si es a nivel nacional o asociándose con otros países de similar situación, tomando en cuenta esta triple consideración:

1o. La creación de tecnología, factor fundamental de crecimiento económico, dará ocasión para asociar recursos naturales, financieros y humanos, pues la tecnología ha dejado de ser considerada ya como cosa rara y sofisticada, para convertirse en recurso al alcance de todos y por ello se ha transformado en instrumento de progreso para quienes la crean, y de dominio y sujeción para los que aún adquieren tecnologías obsoletas,

2o. Como mercancía importada, la tecnología resulta costosa e inadecuada a las necesidades de los países importadores, y

3o. Su importación, genera creciente retraso, en la medida que amplía la brecha respecto de los países que les exportan la tecnología, ya superada por ellos. En este caso, la importación de tecnologías obsoletas, sigue siendo signo de retraso. Por estas razones la creación de tecnología en los países subdesarrollados es un problema urgente por resolver, con el objeto de obtener la que se adapte a la estrategia de sus necesidades y del crecimiento econó-

mico de cada país (en la industria, la agricultura y los transportes, como los sectores más importantes).

En este caso, la tecnología propia, prohiará, ante todo, conocimiento relacionado con su aplicación (*el qué y el cómo hacer*) con efectos positivos sobre el rendimiento de la fuerza de trabajo. Pero deberán estar conscientes también, que no basta investigar procesos de producción si no está en condiciones de producir los medios de producción que incorporen a dichos procesos, ya sea para aplicarlos a incrementar los rendimientos del suelo, de la industria o a cualquier campo de la producción, con el objeto de incrementar la productividad del trabajo.

1.—*Realizaciones sucesivas que demanda la creación de tecnología*

VARIAS son las etapas que requiere la obtención de tecnologías modernas en el mundo contemporáneo, debido a que para lograrlas es preciso que se realicen previamente estas condiciones:

1. Se necesita que el mercado adquiera cierta dimensión con el objeto de que surja la conveniencia, desde el punto de vista del volumen de producción, de pagar el costo de lograr tecnología propia, al mismo tiempo que la dimensión del mercado provea de las ganancias necesarias que permitan destinar una porción de ellas a la investigación científica.

2. Preparar gran número de equipos humanos con el propósito de especializarlos a determinadas actividades, con lo que adviene la necesidad y la conveniencia de crear universidades y politécnicos, *que formen los grupos humanos* altamente capacitados hacia las tareas de la *investigación científica*, de la cual normalmente se obtiene el avance tecnológico.²

3. Conviene tener muy en cuenta que los procesos tecnológicos industriales por sí mismos no pueden ser aprovechados y sólo adquieren sentido práctico cuando se les incorpora a los instrumentos de producción.

De similar manera, a los instrumentos de producción no se les puede considerar en forma aislada, porque cualquier medio de producción, por rudimentario que sea, lleva incorporada cierta dosis de tecnología.

4. Además, de la preparación de los grupos humanos para realizar la investigación científica, es indispensable efectuar inversio-

² Actualmente estamos lejos de la idea Smithiana, respecto a que los trabajadores, dotados de sentido de observación e imaginación, son los que introducen perfeccionamiento al sistema productivo, elevando la productividad sin exigencias de más capital.

nes en construcciones especiales, laboratorios de experimentación y una serie de instrumentos complementarios que permitan la investigación científica con propósitos de obtener procesos técnicos, sin desconocer que también cubre campos en la medicina y la biología y, en general, en la física, la química y en todos los aspectos de la actividad humana.

5. Si la investigación científica es la que hace posible el progreso tecnológico, éste a su vez, requiere de los *empresarios innovadores*, en el sentido Schumpeteriano,⁴ que se encarguen de aplicarlo al proceso productivo, aprovechando así las ventajas de la división del trabajo. Solamente cuando las innovaciones se difunden a todas las actividades aplicables y se hacen de uso general, contribuyen al crecimiento económico. Además, si los resultados positivos derivados de la investigación se hacen de uso general, entonces la ciencia y la tecnología pueden contribuir al *desarrollo económico y social de un país*.

Aun cuando la acumulación de capital y la tecnología consideradas desde el punto de vista del proceso productivo forman una simbiosis inseparable, por razones analíticas se las separa con el fin de apreciar los efectos de cada una. En este caso, se trata de medir, si ello es posible, los efectos que tiene el progreso técnico sobre la productividad del trabajo⁵ y que, además da origen a una diversidad de artículos y de variedades en la calidad, así como el ahorro de materias primas y de tiempo-trabajo. Entre otros aspectos hay uno de singular importancia: las diferencias cualitativas de los factores, cuando la técnica y el capital posibilitan aprovechar la productividad derivada de *unidades indivisibles de bienes de capital*, las que originan grandes economías de escala que únicamente se obtienen cuando se fabrican piezas de gran tamaño y para atender demandas masivas, obteniendo así considerables economías internas dentro de cada planta. Por su parte, la acumulación de capital, representada por instrumentos de producción, tiene efectos espe-

⁴ Según Schumpeter, el empresario innovador realiza su función no como director de empresas, ni aportador de capital, ni como técnico inventor o productor, sino bajo estas formas: 1) introduciendo al mercado una nueva mercancía, 2) empleando un nuevo método de producción, 3) realizando la apertura de un nuevo mercado, 4) conquistando una nueva fuente de materias primas, y 5) efectuando la reorganización de una industria. Dicho brevemente, lo que diferencia al empresario innovador no es una actividad directiva ordinaria, sino que su función especial consiste en la introducción de algo nuevo o de interés para la sociedad.

⁵ A este respecto, Miguel Wionzek aporta estos porcentajes obtenidos de la economía japonesa, correspondientes al período 1950-1970: el progreso técnico influyó sobre el incremento de la productividad en 55%, a la acumulación de capital se le atribuyó el 35% y sólo el 10% al aumento de la fuerza de trabajo.

cíficos en lo concerniente a incrementar la capacidad productiva, cuyos instrumentos sirven de receptáculo en los que se incorporan y hacen efectivas las técnicas de producción derivadas de la investigación científica.

En consecuencia, la tecnología y sus avances ineludiblemente tienen que incorporarse, para efectos productivos, en los instrumentos de producción, y el avance en éstos equivale a la materialización de nuevos procesos productivos. Lo anterior quiere decir que la acumulación de capital lleva incorporada cierta tecnología, y que ésta, para efectos prácticos, no existe separada de los instrumentos de producción. Por lo tanto, resalta esta doble necesidad: realizar inversiones, de una parte, en la formación de los investigadores dedicados a la investigación científica y, de otra parte, en los equipos adecuados para la utilización de las tecnologías obtenidas.

No obstante que la investigación científica y el empleo productivo de sus frutos tienen inicialmente un alto costo, es preferible realizarlos, una vez satisfechos los requisitos 1 y 2, respecto a vivir en la dependencia tecnológica permanente. Porque si a largo plazo resulta costoso importar tecnologías, incluidos los gastos necesarios para adaptarlas; más costosas suelen resultar aún, por la necesidad de importar los instrumentos de producción, en los que la tecnología viene incorporada. Estas importaciones que efectúan los países que aún no cuentan con tecnología propia ni con la fabricación de los medios de producción, causan una *triple dependencia*: de un lado la tecnología, de otro lado, la relativa a la importación de los instrumentos de producción. De ambas surge otra dependencia más: la de obtener, vía las inversiones directas o mediante empréstitos, los recursos financieros para cubrir las importaciones de los equipos productivos.

Dicho de otra manera, a largo plazo resulta menos costoso crear la tecnología propia y fabricar los instrumentos de producción, eliminando así los pagos crecientes al exterior por concepto de servicios técnicos y la adquisición de los equipos correspondientes. En última instancia, procurar la independencia tecnológica, incluida la de los medios de producción, como cualquier otra independencia, tiene su precio.

Por ello, el costo de adquirirla, resulta más barato, porque además de lograr la independencia del exterior, se fomentan fuentes de trabajo altamente calificado en el curso de investigación científica, en la aplicación de las tecnologías al proceso productivo y en la fabricación de los equipos respectivos, propiciando así la formación que incorporen los frutos de ésta, ya que cuando se descubre un proceso técnico, concomitantemente surge la necesidad

de fabricar los medios de producción, como requisito ineludible para emplearlo en sustitución de la técnica importada, la cual viene siempre incorporada a los equipos adquiridos en el exterior. Es evidente que, no tiene sentido realizar investigación científica para archivar sus resultados describiendo el proceso mediante diagramas de proceso y las explicaciones necesarias para su empleo.⁶

En concreto, aunque inicialmente la tecnología propia resulta más costosa que la importada, fomentar la investigación científica con vistas a lograr técnicas propias, es preferible, respecto a vivir en la dependencia tecnológica permanentemente. Además, a largo plazo resulta inaceptable esta dependencia de otros países, porque se impulsa el desarrollo de la inteligencia extranjera en detrimento de la nacional, y por el alto costo que implica adaptar la tecnología importada y el consiguiente precio elevado de los instrumentos de producción a los que viene incorporada. Por estos aspectos se ocasiona la triple dependencia. Bien vale la pena, efectuar la inversión y el esfuerzo con vistas a procurar la liberación en una materia tan importante, como lo han hecho ya otros países dotados de menores recursos naturales.

Por ejemplo, en Japón⁷ son cientos de miles los trabajadores de alta jerarquía los que desempeñan labores de investigación científica y en la producción de los equipos correspondientes. Además, surgen los organizadores de fábricas modernas, los promotores de negocios comerciales, financieros, de transportes y los administradores de grandes empresas. La importancia del progreso tecnológico en el desarrollo económico y social abarca gran variedad de actividades que propician el despliegue del espíritu nacional, contribuyendo a contrarrestar el inmenso retraso que se amplía continuamente respecto a los países desarrollados. Tienen los países de nuestra área un amplio campo muy atractivo e importante para la cooperación respecto de lo que pueden lograr, si se lanzan coordinadamente a la tarea de realizar un plan a largo plazo, que empiece por utilizar sus elementos humanos mejor preparados con propósitos de realizar investigación científica conjunta y la consiguiente fabricación de los medios de producción. Este amplio campo para la cooperación requiere, al menos, asociar los recursos

⁶ Aleccionador resulta mencionar que, entre otros logros, existe el del Bufete Industrial, dirigido por el Ing. José Mendoza Fernández, Institución que cuenta con numeroso personal técnico a todos los niveles y de variadas especialidades, y ha prestado servicios en el exterior ganando concursos abiertos en una diversidad de especialidades.

⁷ Gobierno de Japón. Oficina de Ciencia y Tecnología. Libro Blanco sobre Ciencia y Tecnología. Ciencia y Tecnología para una sociedad avanzada. *Resumen*, Suplemento de Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A. México, Febrero 1971.

naturales y humanos; financieros y, en forma particular, los mercados.

Es evidente también que la mayor riqueza de un país depende del número de sus habitantes, del grado de preparación de éstos y de su organización para realizar el esfuerzo productivo, ya que *el valor económico creado en bienes y servicios, está dado por la productividad de la fuerza de trabajo multiplicada por el grado de su eficacia*, y ésta depende del equipo productivo y de la tecnología incorporada. Dicho en otros términos, la productividad de la fuerza de trabajo es una variable dependiente de la dotación de capital reproducible acumulado, del grado de preparación de la fuerza de trabajo y de su organización para la producción; o más concreto aún: el producto nacional en un lapso determinado está en función de la fuerza de trabajo empleada, multiplicada por la productividad hora-hombre.

Nos falta fortalecer en mucho la investigación pura y su aplicación inmediata, ha dicho el Dr. Emilio Rosenblueth, refiriéndose a nuestro país.

Resulta obvio que el progreso tecnológico, producto de la investigación científica, para su utilización obliga a realizar progresos también en la fabricación de los equipos físicos, a los cuales va incorporado. Para ello basta reflexionar que el instrumental necesario para fabricar los componentes de un avión DC3 son bien diferentes a los que se necesitan para fabricar un avión supersónico, cuya tecnología deja muy atrás al primero. Se desprende que para cada progreso técnico obtenido, se necesita fabricar instrumentos de producción específicos que utilicen la nueva tecnología. La simbiosis entre la tecnología y los equipos a los cuales va incorporada ésta, debe tomarse muy en cuenta por los países subdesarrollados, con el objeto de que estén convencidos, de que al mismo tiempo que deben hacer investigación científica propia, deben prepararse para fabricar instrumentos apropiados para emplear sus propias técnicas productivas. Sólo así podrán dar un paso firme hacia la independencia del exterior y, por lo tanto, en lo concerniente a su aspiración de lograr un crecimiento económico con cierta autonomía dentro de la interdependencia mundial.

II.—*La acumulación de capital y el progreso tecnológico: su interdependencia*⁸

EL hecho de que las nuevas técnicas para su empleo requieran de instrumentos de producción "ad hoc" que incorporen la tecnología

⁸ En los países en proceso de desarrollo se establecen además de la in-

producto de la investigación científica a los diversos campos de la actividad económica, ha originado esta observación: al rebasar la acumulación de capital determinado nivel, a una técnica dada, surge con mayor vigor la importancia del efecto innovador respecto a la acumulación de capital, con el fin de evitar que descienda la productividad de la fuerza de trabajo asociada a la acumulación de capital; situación esta que necesita de progreso tecnológico.

Por lo anterior y al tener en cuenta que en los países desarrollados no hay obstáculos para la acumulación de capital, el progreso tecnológico se ha convertido en éstos en el factor más destacado y dinámico por su contribución al aumento de la productividad de la fuerza de trabajo asociada a la acumulación de capital. Cuando los inventos y las innovaciones se deben a la ampliación del mercado, tienen el efecto de contribuir a satisfacer la demanda con producción masiva a costo menor. En este caso, el aumento de la población y de la demanda; la acumulación de capital y el progreso tecnológico aplicados a la producción se combinan para crear las condiciones que expansionan las fuerzas productivas que aumentan el rendimiento de la fuerza de trabajo y la posibilidad de ampliar el mercado nacional y extranjero.

Históricamente, si el incremento de la productividad social, en su etapa inicial, mucho debió al empleo de los recursos naturales y en la siguiente etapa del capitalismo mercantil y de la producción manufacturera, el papel destacado lo desempeñó la acumulación del capital, en las últimas décadas la preponderancia ha correspondido al progreso tecnológico. Actualmente se destaca la importancia de éste sin desconocer el papel de la acumulación de capital al cual va asociado, ya que ambos han influido, tanto sobre la mayor eficacia de la fuerza de trabajo, como sobre la fabricación de mejores equipos de producción adecuados al constante progreso tecnológico. Como ejemplos basta mencionar: La evolución habida: a) de los barcos movidos con remo a los trasatlánticos; b) el tránsito de la diligencia al ferrocarril, y c) el progreso registrado en los vehículos de combustión interna hasta llegar a la aviación moderna y a los cohetes espaciales.

Se desprende que la sola acumulación de capital resulta insuficiente, a largo plazo, para lograr el crecimiento económico, pues un estancamiento del progreso tecnológico nos privaría del factor cualitativo que hace posible el incremento de la productividad de la fuerza de trabajo. Lo anterior significa que la acumulación

terdependencia entre la acumulación de capital y el progreso tecnológico, estas otras relaciones: a) Entre las importaciones de medios de producción y las exportaciones; b) Entre las inversiones y el desarrollo de las fuerzas productivas, pero aquí nos concretaremos a la primera.

de capital es necesaria para hacer operativos los inventos; pero éstos, así como le marcan un límite, le abren posibilidades a su expansión. En concreto, sin acumulación de capital no puede haber progreso tecnológico porque, para hacer operativo éste, se requiere de equipo nuevo, y sin progreso tecnológico, la acumulación de capital encontraría pronto sus límites infranqueables.

Pero también sin cuadros humanos preparados, no puede haber investigación científica ni progreso tecnológico, y sin empresarios, no sería posible explotar, técnica y comercialmente, las invenciones y generalizar su uso. Aun cuando la asociación del capital con la tecnología es la que incrementa la eficacia de la fuerza de trabajo, son los investigadores y los técnicos los que hacen posible el avance tecnológico, en tanto que los empresarios quedan encargados de hacer operativos los resultados de las innovaciones tecnológicas, mediante la comercialización de los productos que con ellas se fabrican.

En última instancia, la investigación y la acción práctica combinadas conducen a nuevos procedimientos para generar satisfactores más baratos y/o de mejor calidad, los que requieren de la especialización de equipos humanos coordinados, más que de actos de intuición y perspicacia.

La afirmación de que a largo plazo las oportunidades de inversión se ven limitadas por el volumen de la fuerza de trabajo, supone la ausencia de progreso tecnológico, porque sin éste resulta imposible incrementar y mejorar las fuerzas productivas, las que, movidas por la fuerza de trabajo, posibilitan la fabricación, a costo menor, de los bienes y servicios para el consumo, así como los bienes necesarios para efectuar la reposición de la capacidad productiva instalada y llevar a cabo su expansión. Lo anterior requiere de una fuerza de trabajo mejor preparada y en crecimiento, al mismo tiempo que la economía en cuestión tenga capacidad para crear, asimilar y difundir el progreso tecnológico, aspectos que incluyen la capacidad para producir los equipos adecuados que utilicen dicho progreso. No obstante, es menester que se conserve una proporción adecuada entre el progreso tecnológico y la acumulación de capital necesaria para operar dicho progreso. Si este requisito se cumple, y el mercado crece en forma proporcional, podemos afirmar que el progreso tecnológico abre amplias oportunidades para la inversión y el crecimiento económico.

Como todo progreso técnico requiere de la fabricación del equipo adecuado para utilizarlo, es indispensable que el acervo o "stock" de capital aumente más que la población, a fin de que incorpore las innovaciones técnicas que permitan incrementar el nivel de productividad de la fuerza de trabajo, los salarios reales

y, en consecuencia, los niveles de vida. De lo contrario, la acumulación de capital en mayor proporción que el avance técnico se traduce en rendimientos decrecientes y, para evitar este efecto, será necesario que haya progreso técnico a ritmo mayor, con el objeto de que la dinámica del cambio tecnológico y su aplicación al proceso productivo utilicen con mayor eficiencia el capital que se va acumulando. En consecuencia, habrá amplias posibilidades para la acumulación de capital si, además del progreso tecnológico, existe expansión de la demanda de bienes y servicios.

Fortalece esta aseveración el hecho de que en los años de postguerra, la división internacional del trabajo y el intercambio comercial de manufacturas a cambio de artículos primarios han reducido la importancia que éstos tuvieron hasta los años de la preguerra, para dar lugar al intercambio entre productos de más alta manufactura (intercambio que preferentemente se efectúa entre los mismos países desarrollados), cuya calidad implica nuevas tecnologías y, por ello, mayor acumulación de capital. Estas circunstancias al lado de que la tecnología importada resulta onerosa y escasamente adaptable a las peculiares condiciones de las economías menos evolucionadas, sugieren la necesidad, a la vez que emerge la posibilidad de *realizar investigación científica propia, al precio que sea*, con el objeto de obtener tecnología propia, adecuada a las condiciones específicas de cada país, liberándose así de la importada, ya que la compra-venta de tecnologías es objeto de intercambio comercial creciente entre los países de diferente nivel económico, surgiendo una nueva dependencia: la tecnológica, para los países que sólo la importan, y un motivo adicional de predominio, para los países que la exportan. Pero debido a que aquéllos han pagado precios exagerados por técnicas obsoletas y han tenido que aceptar otras condiciones lesivas impuestas por las firmas vendedoras, estos hechos están contribuyendo a la búsqueda de tecnología propia, a fin de contrarrestar dicha dependencia y, en lo futuro, *liberarse del coloniaje tecnológico*.

III.—*La investigación científica en materia social*

EN este campo la investigación científica suele efectuarse en menor grado respecto a la investigación de la naturaleza, porque a ésta se le considera de mayor importancia y urgencia respecto a la investigación social y, porque a la investigación tecnológica para efectos productivos, se le atribuye mayor peso en lo que concierne a la dominación entre países, y a ello contribuyen también el go-

bierno y los empresarios de los propios países menos desarrollados, a quienes no les ha preocupado sobremanera destinar recurso a la investigación, tras la búsqueda de tecnologías más apropiadas a la producción y al mercado del cual el Gobierno obtiene ingresos y los empresarios abastecen y explotan, prefiriendo éstos adquirir del exterior, unidades de producción a elevado costo, que suelen denominarse "llave en mano".

Si en principio hay una interdependencia, en cuanto que el progreso tecnológico abre oportunidades ilimitadas a la inversión, y ésta al progreso tecnológico; conviene empero, señalar dos cosas: de una parte que se requiere, para conservar el equilibrio, guardar una proporción adecuada entre la cantidad de trabajo empleada en fabricar medios de producción y la cantidad que se emplee en la producción de bienes de consumo; de otra parte, fundamental resulta también *no descuidar los vínculos estrechos entre el desarrollo socio-político y cultural con el progreso científico-tecnológico*, ya que ambos aspectos son interdependientes y están conectados con el *desarrollo económico y social*.

La afirmación de que a largo plazo las oportunidades de inversión se ven limitadas por la estrechez del mercado se apoya en el supuesto de que hay ausencia de progreso tecnológico y, particularmente, que sólo existe un simple crecimiento del producto, y no desarrollo económico y social, el cual implica, no sólo crecimiento del producto, sino que se logra además progreso cultural y tecnológico e incremento de la productividad de la fuerza de trabajo, y ante todo, una distribución equitativa del producto generado, que garantice el aumento de los salarios reales impulsores de una demanda suficiente para todo lo producido.⁹

En estas condiciones, las inversiones y los perfeccionamientos de los métodos productivos ofrecen continuas oportunidades para la inversión neta. Si la fuerza de trabajo ahorrada por el empleo de nuevas tecnologías es transferida a la construcción de más bienes de capital, ello contribuye, no sólo a reponer la capacidad productiva, sino a incrementarla, hechos que van de acuerdo con el proceso de la acumulación de capital y la fabricación de mejores equipos de producción adicionales. Llegamos así a lo que hemos venido afirmando: ante una expansión de la demanda, la acumulación de capital y la productividad del trabajo, sólo pueden aumentar si se registra incorporación continua de progreso tecnológico, el

⁹ En este caso se procura lograr lo que la Sra. Robinson llama la *Ley de oro del desarrollo*: que todo el salario se gaste y que toda la ganancia se invierta. Antonio Sacristán Colás. Principios Esenciales del Crecimiento Económico. Editorial Moneda y Crédito. Madrid, 1973. P. 115.

cual requiere de una fuerza de trabajo mayor y mejor preparada. Los sistemas económicos que reúnen estos requisitos están capacitados para crear y utilizar con más éxito el progreso tecnológico.

Recordemos que el progreso tecnológico tiene dos efectos fundamentales: de un lado, aumenta la productividad o eficacia de la fuerza de trabajo que hace posible incrementar tanto los salarios reales y la demanda, como las utilidades y la acumulación de capital y con ésta la capacidad de la oferta; de otro lado, permite aumentar la calidad, la variedad y los volúmenes de satisfactores.

Visto desde el ángulo evolutivo, el progreso tecnológico acusa estas etapas. Primero la investigación científica como paso previo; segundo, la aplicación de los descubrimientos científicos al proceso productivo (tecnología) y, tercero, la difusión y comercialización de dichos descubrimientos mediante los empresarios innovadores. Pero todo esto requiere también de progreso social y de que éste incluya los beneficios de la tecnología productiva para las mayorías.

Sólo así se logrará la ventaja de que un descubrimiento facilite y propicie otros y éstos al promover el ahorro de insumos, mejoras en la calidad de los productos y ahorro de tiempo-trabajo, aumentan la posibilidad de incrementar los salarios y las ganancias. A estos efectos positivos se suman los que corresponden a la acumulación de capital, a consecuencia del doble efecto de toda inversión autónoma; que de un lado, incrementa el empleo y la capacidad productiva (oferta), y de otro lado, incrementa los ingresos de la comunidad y los salarios (demanda).

Especial significado adquiere el progreso tecnológico cuando se avizora que la fuerza de trabajo y la acumulación de capital amenazan con disminuir su rendimiento, dicho de otra manera, cuando se prevé que el rendimiento de la combinación de la fuerza de trabajo-capital está por llegar a la fase de los rendimientos decrecientes, caso en el que es necesario que haya progreso técnico a ritmo mayor respecto a la acumulación de capital, a fin de contrarrestar este efecto.

Queda a cargo del Estado la aplicación de una política¹⁰ que procure distribuir equitativamente el producto entre quienes concurren a generarlo, así como entre el gasto en consumo y en inversión productiva, con el propósito definido de que el progreso tecnológico y el aumento de los niveles de vida abran amplias posibilidades a la inversión neta, al mismo tiempo que la productividad de la fuerza de trabajo sea incrementada mediante *inversión adicio-*

¹⁰ No escapa a nuestra consideración que la organización sindical tiene influencia en la determinación de los salarios.

nal que incorpore progreso técnico, siempre que el sistema de las relaciones sociales de producción sea el adecuado para aprovechar todo el potencial económico. Sólo en estas condiciones los cambios tecnológicos se convierten en factor primordial del desarrollo económico y social, el cual al difundir sus efectos positivos crea oportunidades para la acumulación de capital y la formación de grupos humanos cada vez más y mejor preparados y con mayores niveles de bienestar material y cultural, porque limitada importancia tiene la tecnología en cuanto a sus efectos sociales, cuando los avances técnicos y sus resultados no se difunden por permanecer del dominio exclusivo de ciertos monopolios o países.

Por lo tanto, no está por demás insistir en que la investigación en el área de las ciencias sociales es también una pieza que juega un papel destacado, porque a menudo no se toma en su justa importancia el conocimiento científico de la estructura social, el nivel de la cultura, los aspectos políticos, religiosos, históricos e institucionales. Especial relieve adquieren los progresos en las relaciones sociales de producción, en la organización y la administración racionales, aplicadas a la planeación del *desarrollo económico y social*, debido a la interdependencia entre la producción, la distribución, el intercambio y el consumo de los bienes y servicios generados por la fuerza de trabajo, con el desarrollo político y social traducido en niveles culturales, libertades para la acción y particularmente en la planeación de la actividad económica. La combinación del desarrollo social y el progreso tecnológico, además de propiciar una población más sana y preparada, ahorran esfuerzos al liberar tiempo-trabajo, que se traduce en disminución de los costos de producción que propician incrementos de los salarios reales y de las ganancias, a condición de que la organización social propicie una distribución equitativa del producto generado y fortalecan los sistemas de organización y de administración racionales.

En suma, la aportación de las ciencias sociales suele jugar un papel preponderante en determinadas coyunturas, debido a la estrecha *interdependencia de las ciencias y la técnica con los aspectos sociales*.

No escapa a nuestra consideración la diversidad de adelantos en materia química y bioquímica, en la física y en otros campos del saber humano. Sólo que en lo expuesto, hemos querido destacar el papel que juega el progreso tecnológico, en cuanto producto de la investigación científica, en lo que concierne a elevar los rendimientos de la fuerza de trabajo, y, por lo tanto, a propiciar la acumulación de capital y la renovación tanto de los cuadros humanos como de los equipos físicos,

IV.—Conclusiones

1a. El progreso tecnológico es el factor de desarrollo más eficiente y dinámico, a juzgar por las comparaciones que existen al respecto, en relación con el capital y el trabajo, porque su progreso continuo, crea oportunidades para fomentar la productividad de otros factores, los que sin el concurso del progreso técnico encontrarían pronto límites infranqueables, en cuanto a sus efectos sobre el incremento de la productividad.

2a. En particular, la organización de la producción en gran escala y el empresario innovador sólo son posibles gracias a los procesos técnicos modernos, y los mismos recursos naturales son susceptibles de utilización económica racional cuando existen tecnologías apropiadas para explotarlos a bajo costo. Aún más, gracias al empleo de tecnologías modernas ha sido posible la producción de una variedad de artículos sintéticos, sustitutos de materias primas de origen natural, que si por un lado hacen competencia perjudica a los países exportadores de materias primas naturales, de otro lado es posible utilizarlos en la preservación de ciertos recursos naturales: como ejemplo, los plásticos sustituyendo artículos de origen vegetal, harán posible la conservación de los bosques, pero especial relevancia tendrá en la mejor utilización y en la conservación de los recursos naturales no renovables.

3a. En la práctica lo que realmente se emplea son equipos de factores a diferentes niveles de tecnología, pues ésta determina la combinación de dichos factores, en función de la productividad comparativa, combinación que impulsa el incremento de la tasa de acumulación de capital, de los salarios reales y de la demanda. Particular importancia adquiere la combinación capital-tecnología porque permite *aprovechar la productividad superior de unidades indivisibles de bienes de capital*, pues las economías de escala únicamente pueden obtenerse cuando se fabrican piezas de gran tamaño y para atender una demanda masiva, caso en el que se logran las economías internas.

4a. La relación capital-producto así como la relación trabajo-producto aumenta o se estanca en función de la corriente de nuevas tecnologías, asociadas con los equipos renovados. Por lo tanto, tecnología más avanzada combinada con los equipos adecuados a ésta, son los factores que principalmente aumentan la productividad de la fuerza de trabajo. Pero ambos, progreso técnico y acumulación de capital, tienen como fuente la ganancia y ésta depende del volumen de producto no pagado a los trabajadores y del sucesivo empleo de las ganancias a la inversión productiva. Las ganancias son la fuente principal de la acumulación de capital y del progreso tecnológico

que al ser incorporado al proceso productivo se traducen en aumentos del producto por hora-hombre, hecho que posibilita, tanto mayores ganancias como el incremento de los salarios reales.

5a. El desarrollo de la ciencia y de la tecnología requiere de largo plazo, a fin de formar los equipos humanos preparados y fabricar los equipos específicos para aprovechar los resultados de la investigación. En especial, resulta indispensable para la explotación racional de los recursos naturales y lograr el incremento general de la economía. Solamente realizando investigación propia, es posible obtener las tecnologías apropiadas a las necesidades de desarrollo de los países en cuestión.

6a. En la actualidad es la ventaja de la productividad, apoyada en el progreso tecnológico, la que proporciona capacidad competitiva en el comercio internacional y abre amplias posibilidades al crecimiento económico debido a la siguiente acción recíproca: a mayor acumulación de capital, mayor será el progreso técnico y, a su vez, la incorporación de éste al proceso productivo, requiere de mayores inversiones para la reposición de los equipos, y la expansión del acervo de medios de producción.

7a. El creciente desequilibrio que en los últimos años acusan las diferencias de productividad entre los países más y los menos desarrollados, en buena proporción tienen su origen en el progreso tecnológico, porque contribuye a incrementar continuamente las diferencias del potencial económico y, por ende, del bienestar material y cultural de los pueblos, y en general abre posibilidades de desarrollo futuro; excepto que la acción de los monopolios las interfieran. En fin, el progreso tecnológico tiene ventajas y desventajas, dependiendo del empleo que le dé su creador: el ser humano.

V.—*Proposiciones*

1.—Es de alta conveniencia que los países de nuestra América realicen su propia investigación científica y logren el consiguiente desarrollo tecnológico programado, teniendo en cuenta que para lograr resultados positivos se requiere:

- a) De largo plazo,
- b) De recursos financieros para equipos, laboratorios y gastos corrientes,
- c) De la preparación de recursos humanos altamente calificados,
- d) Finalmente, mecanismos adecuados para explotar las tecnologías que se obtengan de la investigación científica, hecho que requiere de la fabricación de los equipos en que se incorporarán las tecnologías.

2.—La política a seguir en materia de investigación deberá incluir en su primera fase la selección de los investigadores dentro de los elementos más altamente calificados en el área, utilizándolos de preferencia en la investigación científica en los campos de la producción industrial agropecuaria y los transportes, procurando promover una mayor participación coordinada de los sectores público y privado.

3.—Preparar en cada país y en el extranjero, el mayor número de elementos humanos en forma masiva y, en su caso, traer del exterior profesores e investigadores de diferentes disciplinas. Esta política es conveniente realizarla a nivel regional, debido a las múltiples ventajas que ofrece. Entiendo que esta idea se encuentra en proceso de estudio y de negociación con el objeto, seguramente, de asociar mercados y recursos humanos, financieros y naturales. Además promover la cooperación en esta materia tan importante al propósito de lograr la independencia en un aspecto clave para el progreso de nuestros pueblos en todos los órdenes.

4.—Establecer prioridad de la investigación en relación con las necesidades de cada país, atendiendo a las más convenientes a largo plazo (industrias de transformación) o de intercomunicación (transportes y comunicaciones) o de servicios básicos (electrificación y obras de riego), independientemente de la investigación socio-económica y política, vinculando así el crecimiento económico al desarrollo social; al realizar investigación científica, tanto en el campo de la naturaleza como de la sociedad.

5.—Aunque la ciencia que involucra grandes planes de renovación tecnológica está reservada por ahora a los países más desarrollados, ello no debe invalidar la posibilidad de abordar la creación de nuestra propia tecnología, y para ello desde ahora necesitamos procurar la concentración de un convenio entre los países de nuestra área, con el objeto de establecer un *Instituto Latinoamericano de Investigación Tecnológica*, en cuyo programa se incluirán las necesidades de los asociados y la incorporación de los establecimientos de investigación existentes, de tal manera que el Instituto estaría integrado por tantos establecimientos como fuera necesario, para dar oportunidad a todos.

6.—En tanto esta idea prospera, ni impide que cada país que ya tiene en marcha investigación científica la continúe. En el caso de México a través del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, con una orientación nacional y social, en tanto se logra la concertación de un convenio con otros países, a fin de sumar así esfuerzos en pro del futuro desarrollo económico de nuestra área.

7.—En lo que concierne a nuestro país, no ha producido amplios resultados positivos al dejar las cosas a su espontáneo acaecer, confiando en que la realizarán los empresarios. Es necesario la participación activa del gobierno, la que deberá procurar el aprovechamiento de los egresados más preparados, de las universidades y de los Institutos Tecnológicos, vinculándolos a la investigación y a la enseñanza superior, evitando de esta manera la emigración de cerebros o su desperdicio y deterioro académico por falta de oportunidades. Todo esto requiere de un programa especial que suplenemos está a cargo del CONACYT.

8.—Con el objeto de vincular las ciencias y la tecnología a la problemática cambiante del desarrollo económico y social, esencial deberá ser que la investigación científica y tecnológica comprenda los dos aspectos mencionados: la investigación de la naturaleza y de la sociedad, abriendo campo para la cooperación interdisciplinaria, en donde los economistas, los sociólogos, los políticos, los antropólogos sociales, los psicólogos y geógrafos de América Latina, puedan colaborar no sólo entre sí en el ámbito de la investigación social, sino también coordinarse con los investigadores en el área de la investigación científica en los campos de la física, la química y la biología.

Hemos dedicado amplio espacio a estas consideraciones generales, con el premeditado objeto de destacar la importante función que el progreso tecnológico tiene en el desarrollo económico y social, ya que solemos referirnos a este aspecto, más por el gasto que implica el pago de regalías o el beneficio que los países receptores de tecnologías obtienen al recibir a bajo costo lo que a otros países les ha costado mucho. Pero aún no se calibra en toda su magnitud el costo social de una dependencia creciente a la que están sometidos los países receptores y el consiguiente retraso al que se ven relegados en los aspectos: económico, político, social, cultural y militar, que los obligan no sólo a la subordinación creciente sino a pagar alto precio por técnicas obsoletas y a veces ya del dominio público.

¿Acaso tiene sentido pagar regalías por el uso de tecnologías obsoletas, en vez de gastar en obtener tecnologías propias?

“DETEN EL PASO, CAMINANTE. ADVIERTE . . .”

“Memorias de un hombre de izquierda”

“When a man assumes a public trust,
he should consider himself as a public
property”.

Thomas Jefferson

ESTAS *Memorias*, de Víctor Manuel Villaseñor, salen a la luz pública como alegato en pro de principios de sana política, que puede ser calificada de patriótica. Lo que afirma *no* es exagerado; puede comprobarse por medios accesibles. No pretende la subversión del orden público. Como militante político y como funcionario es del todo razonable y con intenciones constructivas. La primera persona en que está hecho el relato, se funde de tal modo con la lucha colectiva, que no toma más lugar que el necesario y, por lo tanto, es ajeno a cualquier banal presunción. Denota afán de transmitir su experiencia con fines de mejoramiento de la comunidad.

Contiene este libro los siguientes elementos: autobiografía del autor como individuo y hombre público; testimonios, ensayos económicos y sociopolíticos. Constituye una aportación a la historia contemporánea de México. Su crónica histórica abarca asuntos nacionales y del exterior. Los ensayos aludidos presentan las ideas del biografiado; no sólo su ideología sino su adoctrinamiento político, en los cuales funda su acción ciudadana.

Sus periodizaciones históricas se establecen por décadas, las cuales están incluidas en dos grandes etapas: la que abarca los años que van del gobierno de Porfirio Díaz al de Lázaro Cárdenas; la que transcurre entre las administraciones de Manuel Avila Camacho y Luis Echeverría Álvarez.

Gran parte de la vida pública de Villaseñor, se refiere a los numerosos años en que fue funcionario federal: en la Secretaría de Hacienda, al frente de la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, luego como director general de todo el complejo industrial de Ciudad Sahagún; más tarde como Gerente General de los Ferrocarriles Nacionales de México. La mayor parte de esos años su gestión obtuvo buenos éxitos indudables, como dirigente distinguido del sector público. Sus nombramientos más importantes los debió a los siguientes presidentes de la República: Miguel Alemán Valdés, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría.

Consecuentemente, no hay que olvidar que gran parte de su autobiografía es como miembro del régimen gobernante y, en consecuencia, sus errores o aciertos fueron aceptados por las diversas administraciones públicas bajo las cuales trabajó. Hubo crítica y autocrítica del autor, consecuentemente, y eso es patente de democracia en México.

Su crítica a la Revolución Mexicana, es más programática que desde el punto de vista de los principios, con todo y que es hombre de sólida formación marxista.

Respecto de su acción pública como candidato a diputado federal por la Liga de Acción Política, no puede afirmarse que haya sido contra el hoy Partido Revolucionario Institucional, sino contra una de sus desviaciones en determinado momento histórico: era necesario impedir la entrada de los sinarquistas a la Cámara de Diputados, objetivo que se logró por entonces. Después, el más prominente de los miembros de la Liga de Acción Política, el licenciado Narciso Bassols, fue nombrado Embajador de México en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por el presidente Avila Camacho.

Una de las personas a la que está dedicado este libro de memorias es precisamente el licenciado Bassols. Las otras dos son el general Salvador Alvarado y el licenciado Luis Cabrera. El lector tendrá posibilidades de establecer con claridad, las razones en que se funda su autor para atribuirles tal ascendiente.

Es indudable que los tres prohombres vivieron como revolucionarios congruentes con su pensamiento, y en forma constante se manifestaron contra la prevaricación y las corrupciones de toda clase, que han constituido y siguen constituyendo obstáculos al desarrollo del país. No son hechos aislados, sino manifestaciones de un sistema que se ha hecho crónico en México, en ambos sectores: el público y el privado. Agregáramos también en el intermedio, que es sustentado por la llamada: economía mixta.

El país vive, pues, dentro de este sistema antiguo de corrupción. La Revolución Mexicana lo hereda del porfirismo. Si en momentos es más ostensible, su afloramiento se debe a que es usado como una arma política más, cuando se señalan cabezas de turco que deben ser golpeadas, atribuyéndoles delitos en que medio mundo está coludido sí: bien se aprecia, la denuncia de la corrupción, para ocultar la corrupción.

Los grandes acontecimientos que abarcan los dos tomos del libro de Víctor Manuel Villaseñor son como sigue: las postrimerías del régimen de Porfirio Díaz y los prolegómenos del movimiento de 1910, el triunfo de la Revolución Maderista, la reacción acaudillada por Victoriano Huerta, el Constitucionalismo y la Primera Guerra Mundial; la crisis económica de 1929; la Segunda Guerra Mundial. Coetánea con ésta casi, destacan sus actuaciones políticas como miembro de la Liga de Acción Política y candidato a diputado federal por la misma, del Partido Popular,

dentro del que figuró como uno de sus fundadores. Posteriormente sus funciones administrativas en la Fábrica Nacional de Carros de Ferrocarril, la que dirigió desde su fundación. Después como director general del complejo de fábricas de Sahagún y, en último lugar, como gerente de los Ferrocarriles Nacionales de México. Todos esos acontecimientos, en general, los describe como cuadro histórico de fondo de su autobiografía. Así lo explica al exponer su método de exposición: "...entreverar los recuerdos de mi vida a la inmensa trabazón de los sucesos históricos, tanto en el orden nacional como en el internacional, acaecidos en el transcurso de más de siete décadas". Estos sucesos, incluso los anteriores o los coetáneos de su primera infancia son puestos de relieve.

De estas etapas hay una primera formativa, como es obvio, que abarca desde la niñez, con sus antecedentes de familia, en los primeros años de esta centuria. Aquí predominan como era de esperarse en el campo propiamente biográfico, los hechos de la vida individual: su parentesco con la llamada "casta divina", de Yucatán, por el lado materno, el que, a su vez, lo relaciona con familias muy destacadas de la capital de la República. Como es frecuente en el trayecto de la gran burguesía mexicana, sus sectores progresistas se alían con el maderismo y aun con el movimiento constitucionalista encabezado por Venustiano Carranza. Este fue el caso de la familia de Villaseñor.

Ocupa lugar importante la narración de su vida escolar en el país y en el extranjero, sus trabajos como profesional de la abogacía, con títulos obtenidos en universidades de los Estados Unidos de América y en la Universidad Nacional de México. En esta etapa formativa de su vida, tienen notoria influencia moral e ideológica, dos hombres relevantes en las filas de la Revolución: el general Salvador Alvarado y el licenciado Luis Cabrera.

La etapa formativa podría considerarse terminada con el despertar de su conciencia ante la crisis económica de 1929, que tiene la oportunidad de presenciar en los mismos Estados Unidos.

Esta crisis de alcances mundiales, no se registra en el campo socialista, naciente apenas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Por lo contrario, el autor observa que se inicia la construcción socialista planificada, con altos coeficientes de producción. Estos hechos causan la motivación de su adoctrinamiento socialista, en la década de los años treinta.

En esta época de su vida dos personalidades influyen de cerca en su desenvolvimiento como militante: Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols. Por supuesto, su desarrollo revolucionario estuvo considerablemente condicionado por el régimen presidencial de Lázaro Cárdenas.

Sus apreciaciones sobre las personas, en tanto dirigentes políticos, que se consignan en sus memorias, nos parecen objetivas, porque están cuidadosamente ubicadas en su momento histórico, los hechos en que intervinieron son verificables. Tales juicios, como se refieren a los acontecimientos de la

contemporaneidad, cuando aún existen individuos o intereses que resientan los enjuiciamientos del autor, podrán producir la polémica consiguiente.

Los análisis que el autor hace del estado en que se encuentra lo que entre nosotros se llama cotidianamente: la Revolución Mexicana, están penetrados de las ideas fundamentales de su maestro el licenciado Narciso Bassols y de las de Lázaro Cárdenas, expuestas en su testamento político de 1970. Villaseñor las lleva adelante y cuestiona el sistema heredado de las corrientes de 1910, que toman concreción en la Constitución Mexicana de 1917, con el juego real de las fuerzas políticas a partir de 1941 hasta 1976, en el sentido de si será posible que pueda resolver los grandes problemas nacionales. Entre ellos el proceso constante de concentración de la riqueza y su concomitante proceso político, que ha determinado un aparato oligárquico que viene regiendo los destinos de la nación y que será cada vez más dependiente del extranjero.

El título de esta nota: *Detén el paso, caminante, advierte...* es un primer verso de un poema de Sor Juana Inés de la Cruz. Un poeta amigo nuestro lo completa con un terceto, que considera muy alusivo a estas *Memorias*, de Villaseñor, a saber: en lo que convertirá al país nuestra burguesía importadora y dependiente, de acuerdo con la reacción que alienta desde hace muchos años dentro de los regímenes que se hacen llamar: "revolucionarios". El terceto que añade creemos que viene a cuento: *que abajo de esta blanca sepultura, / la cal oculta corrupción y muerte: / lo sucio disfrazado de blancura.*

Por Luis CORDOVA

Aventura del Pensamiento

EXISTENCIALISMO ALEMAN Y EXISTENCIALISMO FRANCES

(HEIDEGGER Y SARTRE)

Por Juan David GARCIA BACCA*

I

AUNQUE el título primero que lleva este trabajo parece indicar que en él se tratará del movimiento existencialista íntegro, tanto alemán como francés, el subtítulo, en paréntesis, sirve de correctivo a las pretensiones del título. Por algo el título, todo título, encierra siempre una dosis de pretensión y pretenciosidad, de ostentación y vanidad, que, al llegar la hora de la verdad, es preciso reducir, si uno es amante de la verdad junto con la veracidad, a sus debidos límites.

Vamos, pues, a estudiar —dentro siempre de las líneas propias de la *Revista* que acoge benévolutamente este trabajo—, solamente los dos capitostes del existencialismo: *Heidegger y Sartre*; y si la bella disposición tipográfica lo hubiera permitido, hubiésemos añadido de *subsubtítulo*: SER Y TIEMPO y SER Y NADA, porque las obras que vamos propiamente a comparar son ni más ni menos que estas dos, dejando las demás, de ambos autores, sobre todo las literarias de Sartre.

Con esto queda fuera de toda duda señalado el marco en que se desarrollará la exposición siguiente.

Aun así sólo, esos títulos: SER Y TIEMPO, SER Y NADA, resultan, como *títulos*, de unas pretensiones tan descomunales que satisfacerlas, o satisfacerse sus tratadistas, les ha costado a uno, Heidegger, 438 páginas; y a otro, Sartre, nada menos que 722 de a 45 líneas por página. Y si son bien pocos en el mundo los que han leído SER Y TIEMPO de Heidegger en su original, desde el principio hasta el fin, ha podido escribir Aimé Patri, —que lo debe saber de buena fuente: "*La mode s' en étant mêlée, l' "existencia.*

* Reproducimos el presente ensayo, publicado en esta revista en el número de julio-agosto de 1947.

*lisme" étant devenu une sorte de tarte à la crème pour toutes sortes de gens qui ont parfois acquis "L'Être et le Néant" au prix du marché noir, mais se sont bien gardés d'en découper ensuite plus de trois pages. . ."*¹ Y por cierto que la lectura de SER Y NADA, de Sartre, resulta tan sólo un poquito menos pesada y trabajosa que la de SER Y TIEMPO de Heidegger. De ambas cualidades o defectos, ciertamente defectos en un artículo de revista, procuraremos aliviar la exposición siguiente.

II

SINTOMATOLOGIA DEL PLAN GENERAL DE "SER Y TIEMPO" Y DE "SER Y NADA"

1.—*Cartesianismo de Sartre, kantismo de Heidegger*

Es verdad lo que dice A. de Waehrens:² "*il nous paraît à la fois vrai et faux de qualifier Sartre un philosophe heideggerien*". Las diferencias comienzan ya en el punto de partida, lo cual me recuerda aquella clásica sentencia "*parvus error in principio, magnus in fine*", que error o desviación pequeña al comienzo, se hace, al final, grande. Y el comienzo sartriano es de pura cepa cartesiana; por tanto, específicamente francesa. Y en este punto se halla Sartre mucho más cerca de Husserl que de Heidegger.

La obra de Sartre, SER Y NADA, parte ya de una formulación técnica de los problemas filosóficos; presupone un conocimiento plenario de las nociones e instrumentos conceptuales que a lo largo de los siglos han ido elaborando los filósofos. No es una obra ni de introducción ni de vulgarización. Sartre es heredero, aprovechado y original, de toda la filosofía moderna. Hemos, pues, de tomar las cosas desde un poco más atrás para dar siquiera una idea de su originalidad.

Hasta Descartes no se aprovecha en filosofía y para la filosofía ni el error, ni la ficción, ni las ilusiones, ni las dudas. . .; y eso que, hecho el balance un tantico benévolo, errores, disparates, ilusiones, dudas, apariencias, ficciones, entes de razón, fallas, alucinaciones. . . componen las tres cuartas partes de lo que nos sucede. ¿Cómo es que con tantos tropezones, errores, disparates. . . no se ha desbaratado el ser del hombre? Pienso, y pienso en falso miles y

¹ *Deucalion* (n. I, p. 76, 1946).

² *Heidegger et Sartre, Deucalion*, n. I, p. 17.

miles de veces, y con todo la realidad del pensamiento no se resiente del error; imagino, e imaginar es salirse sistemáticamente de lo real, y con todo los bien reales actos de la imaginación no se aniquilan, ni resultan ficticios; deseo lo imposible o lo que no me consta sea posible, y no por eso la facultad de desear deja de ser menos real. ¿Qué concluir de todo esto sino que mi pensamiento (en sentido estricto de pensar, o en sentido lato: recordar, imaginar, sentir, . . .) es de un tipo de realidad más fuerte que la verdad, más resistente que la falsedad, independiente de la verdad, o falsedad de los objetos? Mi realidad, mi existencia (*sum*) queda asegurada con sólo que piense (*cogito*), aunque piense en falso, aunque pise en falso. Y no depende mi realidad y la de mi pensamiento de que piense verdad, como un filósofo clásico tendería a decir. Por esto el método mejor para notar mi realidad, y el privilegio de seguridad interna suya, es que *dude de todo*; entonces notaré que soy y me mantengo real independientemente de la verdad o falsedad de todo lo demás.

La natural consecuencia de tal experiencia real llevaba a poner como ser fundamental la conciencia; de todos los demás seres no nos consta inmediatamente que son, ni menos aun nos consta "de vista," "de sentido" o sentirlo, hasta qué grado su realidad sea independiente de la de los demás. Imaginamos, sin experimentarlo, que Dios es absoluto o independiente de todo, porque, si lo quiere y con sólo quererlo, puede aniquilar todas las cosas. Igual experimento, sólo que ahora experimentado en la propia y por la propia realidad, es el que realiza Descartes; y podemos valientemente, —pues hace falta mucha más valentía de la que parece—, realizarlo nosotros por la duda metódica universal. Quedarnos solos a solas, con nuestra realidad, con la que es nuestra, aunque todo sea falso. Es claro que semejante faena de aniquilación de los objetos es efecto de una actitud innatural, anticotidiana; tan antinatural es que todos los filósofos anteriores, —inclusive San Agustín, aunque se diga lo contrario, no digamos el hombre de todos los días—, no la practicaron. Se hablará, por ejemplo, de que Dios es uno, infinito, simple, eterno, inmutable, conoedor. . . , pero jamás se pondrá la cuestión de la "*conciencia*" divina, y se dedicará un articulito a la vida divina. La filosofía escolástica defenderá en forma de tesis explícita que la sustancia conoedora está hecha para sus potencias, que las potencias están hechas para sus actos, que los actos están hechos para ser especificados, determinados por los objetos. Total, todo hacia afuera, hacia lo otro.

Cuando a uno le sostiene, no sabe si es él capaz de sostenerse; Descartes quiere saber, no admitir sin *más*, si es capaz de sostenerse

en su ser, aunque nadie le sostenga. Y halla que la realidad de mis actos es tanta y tan firme que aunque no se apoye en nada, aunque todo sea falso, ella se mantiene en pie. Es absoluta. Ella es la única realidad que me es dada en su realidad de verdad, en sí misma por sí misma, y dada para mí. ¿Y no habría de tener importancia capital tal dato? Sobre tal realidad, única dada en su misma realidad, y dada a mí y dada como mía, se asentará en adelante la filosofía. San Agustín afirmaba, y Dios le habrá pagado su buena voluntad al decirlo, que Dios está más cerca de nosotros que nosotros de nosotros mismos. Dejando aparte la contradicción inmediata, es falso como dato de conciencia, es decir: es realmente falso. Sólo que para notar semejante falsedad real, consciente, es preciso practicar algo así como la duda universal cartesiana, ponerse a quedarse solo a solas consigo mismo. Sólo entonces se puede saber, de ciencia real y cierta, qué es lo que está más próximo a mí mismo. Y ¿qué va a ser lo más próximo a mí sino yo mismo que lo soy por identidad?

Empero este procedimiento cartesiano tiene, entre otros, el inconveniente de que no se practica "naturalmente", y que al practicarlo nos colocamos en plan de reflexión, de conciencia explícita. ¿Qué pasa en el estado natural, directo, científico, espontáneo? ¿Se pierde realmente la preeminencia de nuestra realidad cuando se aplica a los objetos, cuando actúa en plan cotidiano, natural, directo? Sartre sostendrá: "*il y a un cogito préréflexif qui est la condition du cogito cartésien*" (L'ÊTRE ET LE NÉANT, pág. 20). Y a estudiar este "cogito" prerreflexivo, condición del "cogito" cartesiano, dedicará largas consideraciones a lo largo de toda la obra (cf. pág. 27-29; pág. 72 ss.; pág. 84; pág. 115, 118, etc.). Lo cual quiere decir, sin grandes tecnicismos, que el estado directo, espontáneo, natural, lleva implicada una conciencia sin pérdida de su preeminencia real. La conciencia reflexiva (*conscience réflexive*, pág. 19) tiene como objeto sobre el que versa a la conciencia refleja (*réfléchie*) que es la conciencia inmediata, implicada, dada, impregnante de los objetos, *constitutiva*. La buena pantalla cinematográfica es la que no se presenta, sino que hace que se presenten en ella, y en su retiro hacia fondo, los objetos; y por esta su falta de vanidad es ella lo más permanente, lo que permanece a lo largo del film. "*La conscience positionnelle d'objet est en même temps conscience non positionnelle d'elle-même*" (pág. 19). Esta retirada estratégica de la conciencia a un segundo plano, dejando el primero a los objetos, hace que la conciencia sea más *ser* que ellos. "*La conscience est l'être connaissant en tant qu'il est et non en tant qu'il est connu*" (pág. 17). Si la conciencia fuera el conocedor en

cuanto y en tanto conocido, se desencadenaría un movimiento al infinito, un desesperado intento de morderse la cola, para asegurar el propio ser. *"La réduction de la conscience à la connaissance, en effect, implique qu'on introduit dans la conscience la dualité sujet-objet, qui est typique de la connaissance. Mais si nous acceptons la loi du couple connaissant-connu, un troisième terme sera nécessaire pour que le connaissant devienne connu à son tour et nous serons placés devant ce dilemme: ou nous arrêter dans un terme quelconque de la série: connu-connaissant connu-connaissant connu du connaissant, etc. Alors c'est la totalité du phénomène qui tombe dans l'inconnu, c'est-à-dire que nous butons toujours contre une réflexion non consciente de soi et terme dernier, —ou bien nous affirmons la nécessité d'une régression à l'infini (idea ideae ideae, etc.) ce qui est absurde. . . La conscience de soi n'est pas couple. Il faut si nous voulons éviter la régression à l'infini, qu'elle soit rapport immédiat de soi à soi"* (pág. 19).

La reflexión explícita, lejos de ser para Sartre un refuerzo del ser que así reflexiona y se contorsiona sobre sí mismo, es una desvalorización, una nadificación (*néantisation*) de la conciencia inmediata. Conciencia de conciencia no es segunda potencia de conciencia, sino raíz cuadrada de conciencia, si es que se permite la metáfora matemática. Por esto el "cogito" cartesiano, que no es conciencia inmediata, conciencia en su natural estado de implicación con los objetos, —vistos, oídos, pensados, queridos, imaginados...—, presupone, como la raíz de una cantidad, esa misma cantidad; y el resultado de sacarle la raíz es hacerla menor, y frecuentemente, como con la extracción de raíces de casi todos los números, desencadenar un proceso al infinito. ¡Hay que ver la infinidad de cifras que haría falta para poder escribir $\sqrt{2}$, cuando el 2 puro y simple es lo más determinado que hay!

Todos nuestros sentimientos y acaecimientos interiores se hacen de materia de conciencia, cada uno a su manera, y no es la conciencia una forma o molde general y externo que se impondría a todo lo nuestro para hacerlo nuestro. Oigamos a Sartre: *"Le plaisir ne peut pas se distinguer —même logiquement— de la conscience de plaisir. La conscience (de) plaisir est constitutive du plaisir, comme le mode même de son existence, comme la matière dont il est fait et non comme une forme qui s'imposerait après coup à une matière hédoniste. Le plaisir ne peut exister 'avant' la conscience de plaisir, même sous la forme de virtualité de puissance. Un plaisir en puissance ne saurait exister que comme conscience(d')être en puissance, il n'y a de virtualités de conscience que comme conscience de virtualités"* (pág. 21).

Nada de abstraccionismo, ni de subjetivismo. La conciencia como tal no tiene consistencia propia, no es el supremo tipo de ser, sino, por el contrario, anonadamiento y rebaja que se introduce al tipo de ser más firme que es el ser *en sí* (en soi), de que vamos a hablar con Sartre. Lejos de una conciencia trascendental, de una conciencia en general (Bewusstsein überhaupt kantiana o neokantiana), Sartre descartará tanto una solución idealista como una realista del problema del tipo de ser de la conciencia (pág. 31). Su oposición a Husserl queda repetidamente subrayada en múltiples lugares de la obra (cf. pág. 24, 26, 28, 115, etc.).

Heidegger, por el contrario, no parte del "cogito" cartesiano en su SER Y TIEMPO. Sartre se lo reprocha explícitamente y da la razón de su reproche: "*Le 'Dasein', pour avoir été privé dès l'origine de la dimension de conscience, ne pourra jamais reconquérir cette dimension. Heidegger dote la réalité humaine d'une compréhension de soi qu'il définit comme un 'projet ekstatique' de ses propres possibilités. Et il n'entre pas dans nos intentions de nier l'existence de ce projet. Mais que serait une compréhension qui, en soi-même, ne serait pas conscience (d')être compréhension?*" (pág. 115). La conciencia no sólo está implicada de hecho en todo, sino que, como acaba de decir Sartre, no se la puede distinguir ni siquiera lógicamente de sus modificaciones o complicaciones: *el placer no se distingue, ni tan sólo lógicamente, de la conciencia de placer*, y así de todo lo demás nuestro. Es claro que semejante identidad real obliga a concluir "*la conscience n'est pas possible avant d'être*" (pág. 21), la conciencia no es posible antes de ser real, contra toda la ontología clásica que sostenía que la posibilidad precede (cuando menos lógicamente, *secundum rationem*) a la realidad. "*Más alto que la realidad se halla la posibilidad*", dice Heidegger en SER Y TIEMPO, pág. 38. Y, como buen kantiano, todo se le irá a Heidegger en descubrir múltiples tipos de posibilidades o condiciones de posibilidad que hacen posible la realidad. Sólo que Heidegger sabrá hábilmente, o espontáneamente, —no maliciemos donde no nos consta—, vestir de fórmulas, al parecer, no kantianas, el plan kantiano: "*las condiciones de posibilidad de la experiencia son a su vez condiciones de posibilidad de los objetos de la experiencia*". Y esta doble vertiente estará expresada en Heidegger con las dobles frases: *worin-woraufhin, Bewendenlassen-Bewandtnis, Gewaertigen-gegenwaertigen, Weltlichkeit-Welt*, etc.

Lo real es antes que lo posible (Sartre); lo real está condicionado por lo posible (Kant, Heidegger).

2.—*Ser y Tiempo, Ser y Nada*

ESTA preferencia y preeminencia de lo real en Sartre le llevó a elegir un título para su obra básica, harto significativo: SER Y NADA, como si dijéramos: ser, y nada más; ser, y fuera de ser nada más. Frente al título heideggeriano: SER Y TIEMPO. Heidegger, como kantiano de origen —y conste de una vez para siempre que no valoramos ni juzgamos, sino exponemos—, da la preferencia a la posibilidad sobre la realidad, que será calificada de empírica, de fáctica, de datos en bruto, de material a ordenar. ¿A ordenar por qué o por quién? La preferencia por la posibilidad, por lo posible, conduce a Heidegger a la preferencia por el tiempo en su dimensión de futuro, de porvenir, frente a la preferencia por el presente, puesto que lo presente está más vinculado a lo real, a lo actual. Aquí también se enfrentarán Sartre y Heidegger. "*Présent, Passé, Futur à la fois, dispersant son être dans trois dimensions, le Pour-Soi du seul fait qu'il se néantise est temporel. Aucune de ces dimensions n'a de priorité ontologique sur les autres, aucune d'elles ne peut exister sans les deux autres. Toutefois il convient malgré tout de mettre l'accent sur l'ekstase présente — et non comme Heidegger sur l'ekstase future — parce que c'est en tant que révélation à lui-même que le Pour-Soi est son passé*" (pág. 188). Heidegger se decidirá por el futuro, por la dimensión de porvenir, de posibilidad abierta, en SER Y TIEMPO (pág. 329-331).

Es que, en el fondo, para Heidegger, como para Kant, el tiempo, por ser forma a priori, cual pantalla siempre dispuesta a la representación, es condición de posibilidad de los objetos. Heidegger desarrollará complacientemente el carácter a priori y la preeminencia absoluta del Tiempo en su obra *Kant y el Problema de la metafísica* de modo que el ser llegará a ser Tiempo. Y a la manera que la filosofía escolástica clásica afirmaba que Dios es la *existencia subsistente*, pudiérase afirmar que, según Heidegger, el hombre es *Tiempo subsistente*, al que lo empírico, lo real, no llega a más de pegársele, cual costra o siempre desprendibles adherencias. El presente no es para Heidegger más que una resultante de dos componentes: el futuro y el pasado, con preeminencia por el futuro. El idealismo kantiano trasparece en Heidegger. Hacemos acto de presencia en el mundo de las cosas casi casualmente; Sartre sostendrá que nuestra presencia en el mundo es lo primario, y no una presencia cualquiera, sino asediada por el *cuerpo*, por la *carne*, por lo viscoso, por la opresión *en masa* del ser en sí, que es lo más fuerte.

El ser es lo que es, precisamente, en *presente*, y cuanto más oprimente, impresionante, insistente, pegajoso, mejor que mejor. *Así Sartre*, y más detalles traeremos inmediatamente.

El ser es lo que es en presente, pero como reducción, restricción de la amplitud de lo posible a la unicidad de lo real, de lo presente. Por esto ser es más amplio en posible que en real; en futuro que en presente. Y como la ontología estudia el ser en cuanto tal, es natural que dé la preferencia al estado del ser en que tiene mayor amplitud, por tanto al posible, dado en el futuro. *Así Heidegger*.

Añadamos el carácter de *presencialismo* a la caracterización de la filosofía sartriana, y no será difícil caer en cuenta de que Sartre va resultando respecto de Heidegger la criada respondona que Heidegger fue respecto de Husserl. Y criada respondona que responde desde dentro de la misma casa, por conocerla bien. No es, pues, extraño que, según cuentan, se llevara Heidegger las manos a la cabeza cuando le explicaron, —quién sabe cómo—, eso del existencialismo francés, el de Sartre sobre todo. "*Mon Dieu, je n'ai pas voulu cela*", dicen que dijo, naturalmente en alemán, sólo que en francés lo hallo en *Deucalion* (n. I, pág. 15), y así lo transcribo.

Ser, ser en presente, y, fuera del presente, nada (Sartre). Ser, y tiempo tenemos por delante para serlo; porvenir queda aún para ser en presente algo de lo mucho que el porvenir encierra de posible (Heidegger).

3.—*Ser en sí, y Ser para sí* (Sartre). *Dasein* (Heidegger)

TODO lo que pasa en la filosofía heideggeriana le sucede a un sujeto de nombre *Dasein* que los técnicos no han conseguido todavía traducir adecuadamente. Todo eso de "Ser que está", de "existencia humana", de "Realidad de verdad", de "Aquí ser"... son perifrasis e interpretaciones. Y no es casual que toda la filosofía heideggeriana se refiera a un sujeto inalficible, intraducible, inasible, inclasificable, tan escurridizo como el Yo trascendental kantiano, de que proviene como hijo "natural".

Sartre es más clásico y más tradicional. Todo lo que sucede en su filosofía le pasa al ser *en sí* (en soi) y al ser *para sí* (pour soi), no siendo el ser *para sí* sino un original estado del ser *en sí*, un desesperado intento de fundamentarse a sí mismo el ser *en sí*, de llegar a ser *causa sui*, causa de sí mismo. No nos hallamos, pues, en Sartre con sujeto inasible, trascendental. Nuevo detalle de su realismo y presencialismo, que, casi supongo, no nos será a noso-

tros demasiado desagradable, si es que no nos confiesa en público a los latinos lo que naturalmente preferimos.

Pero eso de preferencias parece cosa inconfesable en filósofos. Mejor será, para honra externa de la profesión, que indiquemos las ventajas técnicas de Sartre.

Tiene plena razón Waehlens cuando afirma que en lo que Heidegger lleva publicado de SER Y TIEMPO no ha desarrollado el programa de una *ontología*: de un tratado de ser en cuanto ser y en toda su amplitud. Y lo peor es que con lo que a continuación ha publicado no nos ha ayudado mucho más. (Cf. *Deucalion*, n. I, pág. 30). Sartre enfoca la ontología desde un plano mucho más amplio.

Una triple caracterización da Sartre del ser *en sí*; el ser *en sí* es; el ser *en sí* es lo que es; el ser *en sí* es él mismo. Se caracteriza el ser *en sí* (o ser en estado de *en sí*) por el cumplimiento perfecto del principio de identidad, lo cual expresa Sartre metafóricamente diciendo que el ser *en sí* (o en estado de *en sí*) es un bloque compacto, "*il est massif*" (pág. 33); es lo *lleno, comprimido* (pág. 116). Aunque no sea posible aquí discutir técnicamente estos tecnicismos, siempre ayudará un poco transcribir alguno de los textos más característicos de Sartre. "*Il n'est pas, dans l'en-soi, une parcelle d'être qui ne soit pas à elle-même sans distance, Il n'y a pas dans l'être ainsi conçu la plus petite ébauche de dualité; c'est ce que nous exprimerons en disant que la densité de l'être de l'en-soi est infinie. C'est le plein. Le principe d'identité peut être dit synthétique, non seulement parce qu'il limite sa portée à une région d'être définie, mais surtout parce qu'il ramasse en lui l'infini de la densité. A est A signifie: A existe sous une compression infinie, à une densité infinie. L'identité, c'est le concept limite de l'unification; il n'est pas vrai que l'en-soi ait besoin d'une unification synthétique de son être: à la limite extrême d'elle-même, l'unité s'évanouit et passe dans l'identité... L'en-soi est plein de lui-même et l'on ne saurait imaginer plénitude plus totale, adéquation plus parfaite du contenu au contenant: il n'y a pas le moindre vide dans l'être, la moindre fissure par où se pourrait glisser le néant*" (pág. 116).

Ser lo que se es, ni más ni menos; cumplimiento perfecto del principio de identidad, tales son las características del estado del ser *en sí*. Ser parmenídeo. La conciencia, el ser *para sí*, no es lo que es, ni más ni menos, sino que es, por constitución, conciencia *de* otra cosa (ver es ver algo, no los ojos; oír es oír algo, no oírse; pensar es pensar un objeto, sentir es sentir algo...). Por esto en semejante segundo estado del ser no se cumple perfectamente el principio de identidad: la conciencia no es lo que es; la conciencia está

presente a sí misma; y esta presencia a sí misma es un tipo o manera de identidad reducida, menor, menos segura, menos llena de sí, menos comprimida en sí, pero, por esto mismo, más llenable de lo otro, capaz, por tanto, de conocer. El conocimiento de sí y de lo otro es, pues, para Sartre, una debilitación del principio de identidad y, de consiguiente, de la fortaleza del ser. Estar presente a sí mismo (conciencia), tener presentes las cosas (conocer) es menos que serse y serlas; y lo malo del caso es que para serse, para ser consciente, hay que tenerse presente, y para conocer las cosas hay que tenerlas presentes. "Le soi représente donc une distance idéale dans l'immanence du sujet par rapport à lui-même, une façon de ne pas être sa propre coïncidence, d'échapper à l'identité tout en la posant comme unité, bref d'être en équilibre perpétuellement instable entre l'Identité comme cohésion absolue sans trace de diversité et l'unité comme synthèse d'une multiplicité. La loi d'être du pour soi, comme fondement ontologique de la conscience, c'est d'être lui-même sous la forme de présence à soi. Cette présence à soi, on l'a prise souvent pour une plénitude d'existence et un préjugé fort répandu parmi les philosophes fait attribuer à la conscience la plus haute dignité d'être. Mais ce postulat ne peut être maintenu après une description plus poussée de la notion de présence. En effet, toute 'présence à' implique dualité, donc séparation au moins virtuelle. La présence de l'être à soi implique un décollement de l'être par rapport à soi. La coïncidence de l'identique est la véritable plénitude d'être, justement parce que dans cette coïncidence il n'est laissé de place à aucune négativité" (pág. 119).

Esta inconsistencia de la conciencia, del *para sí*, tendrá como efecto inmediato en la filosofía de Sartre que el *en sí*, o el estado del ser *en sí*, esté atrayendo continua y pertinazmente al ser *para sí*, a la conciencia. Todos los intentos de la conciencia *para asentarse* en sí misma, para fundarse en claridad, están de antemano condenados al fracaso. Son magníficos gestos que, en definitiva, no pasan de gesticulaciones.

No se trata, pues, como en Heidegger de una dualidad de estados: cotidiano y auténtico, de la realidad humana (*Dasein*), sino de dos tipos generales de ser, de dos estados del ser en cuanto tal, uno de ellos con plenitud de ser, firme en sí, seguro y dominante; y otro, inestable, consciente. La preeminencia de la conciencia en el orden del ser queda, por tanto, relegada a prejuicio filosófico.

Ahora bien, apartarse del ser en sí, distanciarse de la identidad, es una cierta real manera de aniquilación (*néantisation*); todos los intentos, pues, de hacerse presente a sí mismo, de no contentarse con ser simplemente en perfecta identidad son aniquilaciones. Y

Sartre hará resaltar continuamente semejantes aniquilaciones que todo intento de evadirse del ser en sí, y de ser en sí, encierra. El aspecto y los modos de aniquilación ocupan en Sartre muchísimo más lugar que en Heidegger, que apenas si insiste en ello fuera del folletito *Qué es Metafísica*. "*L'être de la conscience, en tant que conscience, c'est d'exister à distance de soi comme présence à soi et cette distance nulle que l'être porte dans son être, c'est le Néant*" (pág. 120).

El problema de la nada ocupa en Sartre, expresamente tratado, las páginas 37-111, y aunque a ratos parezca comentario a Heidegger, en realidad no lo es sino original en muchos puntos de Sartre. No podemos, como es claro, detenernos en este punto.

4.—La facticidad. Cuerpo y carne

DEL ser *en sí*, o del estado de ser como *en sí*, deduce Sartre, que el ser en sí no es ni posible ni imposible, es increado, sin razón de ser, sin relación con ningún otro ser. Sólo se puede decir de él lo que permite el principio de identidad tomado en serio y en firme, a lo Parménides: *el ser es* (pág. 34). "*L'être est, sans raison, sans cause, et sans nécessité; la définition même de l'être nous livre sa contingence originelle*" (pág. 713).

Tal es el fondo de nuestro ser *para nosotros*, de nuestra conciencia. Nuestra conciencia se asienta sobre un hecho puro y simple, injustificable, porque *razón* sólo puede darla una conciencia, que es, por constitución, menos ser que el ser en sí, o se daría desde otro ser, lo que es, por el mero hecho, ponerse fuera del ser que se trata de justificar, es decir: contravenir al principio de identidad. Cada uno es cada uno, y lo es en sí.

Esta *facticidad* o carácter de simple y bruto hecho que es la base de nuestro ser consciente no tiene en Sartre, como en Heidegger, carácter de culpa y deuda (*Schuld*). Cuando uno se halla, como afirma Heidegger, proyectado y como proyecto de futuro, hacia el porvenir, hacia la posibilidad, es claro que dejarse caer y apoyarse pertinazmente en el presente, incluye una decadencia, una *deuda* hacia el propio ser de uno, una *culpa* original por trastornar el orden del ser, su dirección original. Empero si uno, por la libre y decidida aceptación de la muerte, por intento de escabullirse del presente, haciendo posible la imposibilidad de estar en el mundo (definición heideggeriana de la Muerte, cf. *Sein und Zeit*, pág. 260 ss.), se pone en estado de gracia, de haber pagado a su propio y auténtico ser la deuda que con él tenía en el estado cotidiano, en el afinamiento en el presente y en los simples hechos, quedará

automáticamente puro (*rein*), en *ser*, en *sí mismo* (Selbst). Sartre no es de semejante opinión: para él, como hemos visto, no existe primacía alguna del futuro, sino del presente, de lo real; y no es el tipo más seguro de ser el ser *para sí* (conciencia) sino el ser *en sí*. La facticidad, el asentarnos y tener nuestra realidad consciente, asentada sobre el ser *en sí*, sobre el ser en hecho, no es falta, falla, culpa o deuda alguna. Es simplemente un hecho injustificable. "*L'Intuition de notre contingence n'est pas assimilable à un sentiment de culpabilité. Il n'en demeure pas moins que dans l'appréhension de nous-mêmes par nous-mêmes, nous nous apparaissons avec les caractères d'un fait injustifiable*", (pág. 122).

"*Ainsi le pour-soi est soutenu par une perpétuelle contingence, qu'il reprend à son compte et s'assimile sans jamais pouvoir la supprimer. Cette contingence perpétuellement évanescence de l'en-soi qui hante le pour-soi et le rattache à l'être en-soi sans jamais se laisser saisir, c'est ce que nous nommerons la facticité du pour-soi*" (pág. 125).

La culpabilidad, el sentimiento de culpabilidad irredimible en todos los sentidos, se hallará para Sartre en el hecho de haber nacido hombre *entre* hombres. Ni aun con la muerte dejamos en paz a los vivos. Y de esta culpa original, el hecho de la convivencia, tratará largamente Sartre, como veremos inmediatamente, y con una originalidad superior al *Mitsein* (o ser con) heideggeriano.

No se halla en Heidegger una ontología del cuerpo, porque, siguiendo la tradición kantiana, el cuerpo cae en conjunto y en balance final del lado de lo empírico, del simple y bruto hecho, y no es condición de posibilidad o forma a priori; empero, puesto que Sartre ha descartado la preeminencia del futuro, en que se nos dan los posibles, y la preferencia por actitudes que nos dejan, cual la muerte, en estado de pureza de ser, en disponibilidad absoluta, es claro que podrá dar una nueva interpretación del cuerpo, de sus funciones ontológicas, de su lugar en el orden del ser en cuanto tal. Oigamos algunos de sus textos más característicos, que quitan, por su amplitud de interpretación, toda torcida atribución de vulgar materialismo: "*Avoir un corps c'est être le fondement de son propre néant et ne pas être le fondement de son être; je suis mon corps dans la mesure où je suis; je ne le suis pas dans la mesure où je ne suis pas ce que je suis; c'est par ma néantisation que je lui échappe. Mais je n'en fait pas pour cela un objet: car c'est perpétuellement à ce que je suis que j'échappe. Et le corps est nécessaire encore comme l'obstacle à dépasser pour être dans le monde, c'est-à-dire l'obstacle que je suis à moi-même. En ce sens, il n'est pas différent de l'ordre absolu du monde, cet ordre que je fais arriver à l'être en le*

dépassant vers un être-à-venir, vers l'être par-delà-l'être", (pág. 391).

"En un sens le corps est ce que je suis immédiatement: en un autre sens j'en suis séparé par l'épaisseur infinie du monde; il m'est donné par un reflux du monde vers ma facticité et la condition de ce reflux perpétuel est un perpétuel dépassement", (pág. 390).

Y la manera auténtica de tratarse con el cuerpo es la de habérselas con un dato que uno es sin tener que serlo: *"ce donné que je suis sans l'avoir à être —sinon sur le mode du n'être pas— je ne puis ni le saisir ni le connaître, car il est partout repris et dépassé, utilisé pour mes projets, assumé"*, (pág. 391).

El cuerpo es la forma contingente que toma la necesidad de mi contingencia: *"le corps est la forme contingente que prend la nécessité de ma contingence"*, (pág. 393). El es el que hace posible que pueda haber elección y que no sea ya todo de vez: *"mais cet insaisissable corps, c'est précisément la nécessité qu'il y ait un choix, c'est-à-dire que je ne sois pas tout à la fois. En ce sens ma finitude est condition de ma liberté, car il n'y a pas de liberté sans choix et, de même que le corps conditionne la conscience comme pure conscience du monde, el la rend possible jusque dans sa liberté même"*, (pág. 393).

El cuerpo es *"l'instrument que je ne puis utiliser au moyen d'un autre instrument, le point de vue sur lequel je ne puis plus prendre de point de vue"*, (pág. 394).

Y sobre el modo como tenemos conciencia de nuestro cuerpo, no como los otros nos lo revelan o como creemos conocerlo a través del cuerpo de los otros, hará Sartre en las páginas 368-404 un conjunto de sutiles e interesantes consideraciones, siempre desde el punto de vista ontológico del ser en sí y del ser para sí.

¿Cuál es el tipo de sentimiento, de conciencia real, que nos descubre la manera como somos o existimos para nosotros nuestro cuerpo? La respuesta de Sartre es contundente: de entre las mil maneras de sentir nuestro cuerpo, de vivir nuestra contingencia la fundamental es el Asco, la Náusea.

"Il va sans dire que nous avons choisi la douleur physique à titre d'exemple et qu'il y a mille autres façons, contingentes elles-mêmes, d'exister notre contingence. En particulier, lors qu'aucune douleur, aucun agrément, aucun désagrément précis ne sont 'existés' par la conscience, le pour-soi ne cesse pas de se projeter par delà une contingence pure et pour ainsi dire non qualifiée. La conscience ne cesse pas 'd'avoir' un corps. L'affectivité coenestésique est alors pure saisie non positionnelle d'une contingence sans couleur, pure appréhension de soi comme existence de fait. Cette saisie perpétuelle

par mon p ur-soi d'un goût fade et sans distance qui n'accompagne jusque dans mes efforts pour m'en délivrer et qui est mon goût, c'est ce que nous avons décrit ailleurs sous le nom de Nausée. Une nausée discrète et insurmontable révèle perpétuellement mon corps à ma conscience: il peut arriver que nous recherchions l'agréable ou la douleur physique pour nous en délivrer, mais dès que la douleur ou l'agréable sont exist s par la conscience, ils manifesten à leur tour sa facticité et sa contingence et c'est sur le fond de nausée qu'ils se dévoilent. Loin que nous devions comprendre ce terme de nausée comme une métaphore tirée de nos  coeuvements physiologiques, c'est, au contraire, sur son fondement que se produisent toutes les nausées concrètes et empiriques (nausées devant la viande pourrie, le sang frais, les excréments, etc.) qui nous conduisent au au vomissement" (pág. 404).

Un tipo particular de asco o n usea se descubre o es la carne. "Ce corps d'autrui, en tant que je le rencontre, c'est le dévoilement comme objet pour-moi de la forme contingente que prend la nécessité de cette contingence. Tout autrui doit avoir des organes sensibles, mais pas nécessairement ces organes sensibles, mais non pas un visage, et, enfin, non pas ce visage. Mais visage, organes sensibles, présence: tout cela n'est autre chose que la forme contingente de la nécessité pour autrui de s'exister comme appartenant à une race, une classe, un milieu etc., en tant que cette forme contingente est dépassée par une transcendance qui n'a pas à l'exister. Ce qui est goût de soi pour autrui devient pour moi chair de l'autre. La chair est contingence pure de la présence. Elle est ordinairement masquée par le vêtement, le fard, la coupe de cheveux, ou de barbe, l'expression, etc. Mais au cours d'un long commerce avec une personne, il vient toujours un instant où tous ces masques se défont et où je me trouve en présence de la contingence pure de sa présence; en ce cas, sur un visage ou sur les autres membres du corps, j'ai l'intuition pure de sa chair. Cette intuition n'est pas seulement connaissance: elle est appréhension affective d'une contingence absolue, et cette appréhension est un type particulier de naus e". (pág. 410).

Y hablar  sutilmente Sartre de un fenómeno de *encarnación*, realizado sobre todo por las caricias, sobre las que dice cosas filo-s ficamente delicadas, moralmente asépticas. (pág. 458 ss.).

No es, pues, inofensivo haber centrado la ontología en el ser *en sí*, pues su revelación primaria a la conciencia tendrá que hacer se en lo que de presencia, de *en sí*, brutal, insistente, importuno tenemos, que es el cuerpo; y en el cuerpo en cuanto carne, "*contingencia pura de presencia*", frente a la presencia neutral del simple cuerpo físico.

Es claro que por esta puerta entran, sin colarse, sino por derecho y con sentido ontológico, mil cosas que no intervienen en Heidegger, precisamente por haber centrado, hasta la muerte, todo el ser del hombre en el futuro. En la parte siguiente de este trabajo, a la que daremos el título de *Guía psicológica y sentimental de 'Ser y Nada'*, indicaremos al lector curioso las páginas en que tales asuntos se tratan, caso de que prefiera saltarse la parte filosófica técnica. La riqueza de descripciones psicológicas es inmensa en esta obra de Sartre.

5.—*Los otros, Ser.con (otros): Heidegger.*
Ser.para (otros): Sartre

Las consideraciones referentes al *ser con otros* (Mitsein) ocupan en Heidegger las páginas 114 a 130. Sartre dedica a este tema nada menos que las páginas que van desde la 276 a la 503. En total, 227 páginas. Y no es sólo la longitud, es la intensidad, variedad y originalidad de las soluciones que propone.

Individuarse, ser fulano o mengano, decía ya la escolástica tomista, es coindividualizarse. Cada uno somos y tenemos que ser uno de tantos, uno de todos los que componen la humanidad, y fundamentaba esta solidaridad entitativa en ciertas nociones metafísicas de potencia y acto, de multiplicación del acto por la potencia. Desde que se impuso en la historia de la filosofía el dominio o predominio del conocimiento, la concepción monádica del yo, resultó cada vez más difícil *demostrar*, conocer, que hay otros, transformando científicamente esta vulgar suposición en verdad filosóficamente demostrada. La eliminación de la ontología conduce casi necesariamente al solipsismo.

Heidegger ha intentado modernamente dar un fundamento ontológico, de ser —no de conocimiento especulativo—, a la cuestión de la existencia de los otros. Sartre resume clarísimamente este intento heideggeriano, antes de pasar al suyo. "*L'image empirique qui symboliserait le mieux l'intuition heideggerienne n'est pas celle de la lutte, c'est celle de l'équipe. Le rapport originel de l'autre avec ma conscience n'est pas le toi et moi, c'est le nous et l'être-avec heideggerien n'est pas la position claire et distincte d'un individu en face d'un autre individu, n'est pas la connaissance, c'est la sourde existence en commun du coéquipier avec son équipe, cette existence que le rythme des avirons ou les mouvements réguliers du barreur rendront sensibles aux rameurs et que le but commun à atteindre, la barque ou la yole à dépasser et le monde entier (spectateurs, per-*

formance etc.), qui se profile à l' horizon, leur manifesteront. C'est sur le fond commun de cette coexistence que le brusque dévoilement de mon être-pour-mourir me découpera soudain dans une absolue 'solitude en commun' en élevant en même temps les autres jusqu'à cette solitude.

Cette fois, on nous a bien donné ce que nous demandions: un être qui implique l'être d'autrui en son être. Et pourtant, nous ne saurions nous considérer comme satisfaits. Tout d'abord la théorie heideggerienne nous offre plutôt l'indication de la solution que cette solution elle-même", (pág. 303).

Sartre, como buen latino, no admitirá ni que la presencia y existencia de los demás se reduzca a conjeturas más o menos verosímiles, ni que el descubrimiento de la existencia de los demás se haga precisa y fundamentalmente en una experiencia "colectiva", de "equipo" de trabajo, de juego, de empresa. . .

Y el planteamiento que de este problema de Sartre se basará en descubrir una experiencia privilegiada que cada uno tenga que hacer en sí mismo del otro, y hacerla con igual seguridad o necesidad de hecho con que cada uno es cada uno. Sartre cree haber descubierto tal experiencia básica del otro en cada uno en la *mirada*, en el sentirse *observado* (regard, pág. 310-364). La mirada del otro es un reactivo sobre mis propias realidades que las altera sustancialmente, inmediatamente, en su realidad misma y en la manera como cada uno las vivimos. Oigámosle: "*Ce rapport que je nomme 'être-vu-par-autrui', loin d'être une des relations signifiées, entre autres, par le mot homme, représente un fait irréductible qu'on ne saurait déduire ni de l'essence d'autrui-objet ni de mon être-sujet. Mais, au contraire, si le concept d'autrui-objet doit avoir un sens, il ne peut le tenir que de la conversion et de la dégradation de cette relation originelle. En un mot, ce à quoi se réfère mon appréhension d'autrui dans le monde comme étant probablement un homme, c'est à ma possibilité permanente d'être-vu-par-lui, c'est-à-dire à la possibilité permanente pour un sujet qui me voit de se substituer à l'objet vu par moi. L'être-vu-par-autrui est la vérité du voir-autrui. Ainsi, la notion d'autrui ne saurait, en aucun cas, viser une conscience solitaire et extramondaine que je ne puis même pas penser: l'homme se définit par rapport au monde et par rapport à moi-même; il est cet objet du monde qui détermine un écoulement interne de l'univers, une hémorragie interne; il est le sujet qui se découvre à moi dans cette fuite de moi-même vers l'objectivation. Mais la relation originelle de moi-même à autrui n'est pas seulement une vérité absente visée à travers la présence concrète d'un objet dans mon univers; elle est aussi un rapport concret et quotidien dont je fais à chaque*

instant l'expérience; à chaque instant autrui me regarde: il nous est donc facile de tenter sur des exemples concrets, la description de cette liaison fondamentale qui doit faire la base de toute théorie d'autrui; si autrui est, par principe, celui qui me regarde, nous devons pouvoir expliciter le sens du regard d'autrui" (pg. 314-315).

Sartre estudiará con gran finura psicológica y ontológica el modo de descubrir los otros, mediante y en las transformaciones que sufren ciertos sentimientos nuestros, como la vergüenza, el orgullo... bajo la mirada de otro: "*Le regard, à la fois, est sur moi sans distance et me tient à distance, c'est-à-dire que sa présence immédiate à moi déploie une distance qui m'écarte de lui*" (pg. 316). "*Le regard que manifestent les yeux, de quelque nature qu'ils soient, est pur renvoi à moi-même. Ce que je saisis immédiatement lorsque j'entends craquer les branches derrière moi, ce n'est pas qu'il y a quelqu'un, c'est que je suis vulnérable, que j'ai un corps qui peut être blessé, que j'occupe une place et que ne je puis, en aucun cas, m'évader de l'espace où je suis vu. Ainsi le regard est d'abord un intermédiaire qui renvoie de moi à moi-même*", (pág. 316).

Sentirse conocido, sentirse visto, observado. . . , tal será para Sartre la experiencia básica que directamente, con toda la fuerza real de los sentimientos, no con la impugnable y no asidera de las razones, me llevará a la seguridad de que existen los otros, y de que son ellos componentes reales de mi realidad individual.

Ideas que me recuerdan aquellos versos de Valéry:

*à la lueur de la douleur laissée
je me sentis connue, encore plus que blessée.*

De la JEUNE PARQUE).

Sentirse conocido, patente a las miradas de otro, sentirse en peligro por tales miradas. . . : fenómenos reales cuyo sentido ontológico podrá aprovechar Sartre para solventar el problema del no-yo, de la realidad de los otros, y que Heidegger no empleó por haber reducido la relación básica de cada uno con los demás a "con", a unión por *empresa* común, por valor extra-individual a realizar por todos. En Heidegger lo que se ha de hacer para experimentar la realidad de los otros es ponerse todos a la misma empresa, fijar las miradas en ella, no mirarse uno a otro ni ir a descubrirle a uno sus intenciones, sacarle los colores a la cara, despertar en él el orgullo, la vergüenza. . .

Sartre, como buen psicólogo, herencia francesa, ejemplificará complacientemente: "*Imaginons que j'en sois venu, par jalousie,*

par intérêt, par vice, à coller mon oreille contre une porte, à regarder par le trou d'une serrure. . ." (pg. 317 a 320).

La existencia de uno y de otro es, según Sartre, necesariamente un atentado de la libertad de uno contra la libertad de otro. *El delito mayor del hombre*, decía ya Calderón, *es haber nacido*. Y añadirá Sartre que el delito mayor no tanto es haber nacido uno, cuanto atentar sin remedio por tal hecho contra la realidad del otro, sobre todo contra su libertad. *"Il ne faudrait pas croire cependant qu'une morale du 'laisser faire' et de la tolérance respecterait davantage la liberté d'autrui: dès lors que j'existe, j'établis une limite de fait à la liberté d'autrui, je suis cette limite et chacun de mes projets trace cette limite autour de l'Autre: la charité, le laisser-faire, la tolérance —ou toute attitude abstentionniste— est un projet de moi-même qui m'engage et qui engage autrui dans son assentiment Réaliser la tolérance autour d'Autrui c'est faire qu'Autrui soit jeté de force dans un monde tolérant. C'est lui ôter par principe ces libres possibilités de résistance courageuse, de persévérance, d'affirmation de soi qu'il eût eu l'occasion de développer dans un monde d'intolérance. C'est ce qui est plus manifeste encore, si l'on considère le problème de l'éducation: une éducation sévère traite l'enfant en instrument, puisqu'elle tente de le plier par la force à des valeurs qu'il n'a pas admises; mais une éducation libérale, pour user d'autres procédés, n'en fait pas moins choix à priori des principes et des valeurs au nom desquels l'enfant sera traité. Traiter l'enfant par persuasion et douceur, ce n'en est pas moins le contraindre. Ainsi, le respect de la liberté d'autrui est un vain mot: si même nous pouvions projeter de respecter cette liberté, chaque attitude que nous prendrions vis-à-vis de l'autre serait un viol de cette liberté que nous prétendions respecter. L'attitude extrême qui se donnerait comme totale indifférence en face de l'autre n'est pas non plus une solution: nous sommes déjà jetés dans le monde en face de l'autre, notre surgissement est libre limitation de sa liberté et rien, pas même le suicide, ne peut modifier cette situation originelle: quels que soient nos actes, en effet, c'est dans un monde où il y a déjà l'autre et où je suis de trop par rapport à l'autre, que nous les accomplissons.*

C'est de cette situation singulière que semble tirer son origine la notion de culpabilité et de péché. C'est en face de l'autre que je suis coupable. Coupable d'abord lorsque, sous son regard, j'éprouve mon aliénation et ma nudité comme une déchéance que je dois assumer; c'est le sens du fameux: 'Ils connurent qui ils étaient nus', de l'Écriture. Coupable, en outre, lorsque, à mon tour, je regarde autrui, parce que, du fait même de mon affirmation de moi-même, je le constitue comme objet et comme instrument, et je fais venir

à lui cette aliénation qu'il devra assumer. Ainsi, le péché originel, c'est mon surgissement dans un monde où il y a l'autre et, quelles que soient mes relations ultérieures avec l'autre, elles ne seront que des variations sur le thème originel de ma culpabilité" (pg. 480-481).

6.—El tema de la libertad

NADA menos que 134 páginas dedica Sartre al problema de la libertad. Libertad para fundamentar un mundo objetivo, científico, común (Heidegger); libertad para elegir el proyecto fundamental de la existencia de cada uno (Sartre): dos fórmulas que, como fórmulas, sonarán ya bastante distintas, aun para los profanos en filosofía. Heidegger, como buen kantiano —y es difícil serlo, a estas alturas históricas—, hace consistir la libertad en una actividad originaria (*Ursprung*), en una especie de creación interna de formas *a priori*, de pantallas que ofrecen a las cosas posibilidad de presentarse; y para que se presenten lo más objetivamente que sea posible, tal oferta (*Dargebot*, en términos empleados por Heidegger, en *Kant und das Problem der Metaphysik*) va acompañado, a la una y en uno, con una especie de retiro, retroceso, reserva, de la propia realidad. Así lo dice expresamente Heidegger en una última obra suya: *Sobre la Esencia de la Verdad (Vom Wesen des Wahrheits)*, 1943). Reservarse, sin perderse, para que lo otro no nos reserve o se nos reserve en lo que es, se entregue sin reservas. Y en *Esencia del Fundamento (Vom Wesen des Grundes)* sostendrá con todas sus palabras que "libertad es libertad para fundar". Y *fundar* consiste y encierra el proyecto dar del universo de las cosas en sí una transcripción, un mundo, con sentido, con unidad supraindividual, para todos los del *equipo*, con universalidad y necesidad, efectos de todo lo *a priori*, como decía ya Kant.

La libertad heideggeriana incluye una liberación de lo empírico, de lo cotidiano; pero para fundar el ser más auténticamente: el ser mío y el ser de las cosas. En definitiva, la libertad es libertad para el *ser*. No es "mi" libertad, la del hombre de carne y hueso, que diría Unamuno.

La libertad en Sartre resuena con timbre latino de individualismo. La libertad es libertad para elegir (*choix*) el proyecto de *mi* existencia, *mi* interpretación del universo. Y esta elección, contra viento y marea, de mi ser (*c'est que la liberté est choix de son être*, pág. 558), del proyecto fundamental de mi existencia e interpretación del universo o de la situación en que he caído (*le projet libre est fondamental, car il est mon être*, pg. 559), hace que surjan, y tenga

sentido hablar de adversidades, de coeficientes de resistencia de las cosas (*le coefficient d'adversité des choses, en particulier, ne saurait être un argument contre notre liberté, car c'est par nous, c'est-à-dire par la position préalable d'une fin que surgit ce coefficient d'adversité*, pg. 562). Y así como para volar hace falta un cierto grado de resistencia del aire —recuérdese la bella comparación kantiana de la paloma—, parecidamente para ser libre hace falta un coeficiente de resistencia de las cosas, de la situación, cuya complejidad estudia Sartre detenidamente desde las páginas 561 a 638.

Este coeficiente de resistencia o adversidad de las cosas hace que no nos halleemos en un país de hadas, en que, por bastar querer para tener, no sabríamos si lo querido y presente es real o no. Por esto afirmará Sartre que estamos condenados a ser libres, que nuestra libertad está a la vez restringida y asegurada en su realidad por la facticidad. No somos libres de ser libres, ni podemos escoger ser libres. La libertad la poseemos en primera potencia, no en segunda (libertad de libertad) ni menos en potencias superiores (libertad de libertad de libertad)... porque, como vimos respecto de la conciencia, tales potencias no son potenciaciones o refuerzos sino raíces cuadradas, bicuadradas, es decir debilitaciones de la base primitiva. A Aimé Patri en la crítica que hace en *Deucalion* (n. I, pg. 75-92) de estas ideas de Sartre se le ha pasado por alto lo mejor: condiciones para que nuestra libertad sea *realmente* libertad, y ha confundido lastimosamente libertad con flotar en el aire o en la nada.

Y con este punto, dejando otros muchos, vamos a dar por terminada esta primera parte.

III

GUIA PSICOLOGICA Y SENTIMENTAL DE "SER Y NADA".

UNO de los méritos más universalmente reconocidos en la filosofía heideggeriana ha sido el de admirar las sutiles descripciones que de ciertos fenómenos sentimentales se hacen en ella. Y no han sido precisamente los filósofos los que, en el fondo, hayan agradecido demasiado a Heidegger la introducción en ontología de la fauna y flora sentimentales, cuando menos no todos. Todo podía tener valor ontológico en la filosofía clásica, preheideggeriana: lo físico (filosofía natural), lo lógico, los valores...; pero los sentimientos, ni pensarlo! Y se tenía por filósofo formal al que filosofaba, casi siempre con una vulgaridad científica aplastante, sobre el lugar, sobre el tiempo, sobre la materia...; y como filósofo informal al que

dedicaba sutiles consideraciones a la mano, a la vida, al golf, al paisaje. . .

Pero si el tema de los sentimientos, del ser que es y siente el ser que está siendo, llega a ser tema central de la filosofía, ¡qué de cosas vamos a ver, y qué arideces de alma en ciertos jardines oficiales, y qué miseria de vida interior en ciertas vidas clasificadas, por ellos naturalmente, como ricas! ¡Por algo ciertos filósofos no quisieran por nada de este mundo que el sentimiento ocupara lugar en la filosofía! Pero, a la fuerza ahorcan, y a la fuerza presenciaremos el ocaso de ciertas filosofías por asentimentales, casi por asexuadas; y este es uno de los reproches que hace Sartre a Heidegger: "*les philosophies existentielles n'ont pas cru devoir se préoccuper de la sexualité. Heidegger, en particulier, n'y fait pas la moindre allusion dans son analytique existentielle, en sorte que son 'Dasein' nous apparait comme asexué*". (pg. 451).

Pero sigamos ya el itinerario sentimental de Sartre en su SER Y NADA.

1.—El problema ontológico de la conciencia y la mala fe

DESDE la página 85 a la 111 estudia Sartre la mala fe, la mentira, en sus relaciones con la conciencia. Y muestra que la constitución de la conciencia es la que hace posible que se den en el hombre mala fe, y como caso exterior la mentira. "*Que doit être l'homme en son être pour qu'il lui soit possible de se nier?*", comienza preguntándose (pg. 85). Desde este punto de vista ontológico criticará sutilmente las concepciones psicoanalíticas (pg. 89-94), y por el examen de casos cotidianos, pero no por eso menos significativos ni ricos en ontológicas esencias, mostrará las íntimas relaciones entre conciencia y mala fe. Léase aquel párrafo: "*Voici, par exemple, une femme qui s'est rendue à un premier rendez-vous. . .*" (pg. 94-95).

Para que mala fe y buena fe, pureza y maldad, puedan darse en los hombres con una cierta garantía de realidad no fingida es menester, nada menos, que no valga para el hombre el principio de identidad. "*Ainsi, pour que les concepts de mauvaise foi puissent au moins un instant nous faire illusion, pour que la franchise des 'coeurs purs' (Gide, Kessel) puisse valoir pour la réalité humaine comme idéal, il faut que le principe d'identité ne représente pas un principe, constitutif de la réalité humaine, il faut que la réalité humaine ne soit pas nécessairement ce qu'elle est, puisse être ce qu'elle n'est pas*". (pg. 98).

La sinceridad absoluta, la sinceridad de coincidencia perfecta de uno consigo mismo, con las ideas objetivas, y extra-conscientes, haría del hombre una *cosa*. Por suerte este estado de cristalización es imposible. "*Comment donc pouvons-nous blâmer autrui de n'être pas sincère ou nous rejouir de notre sincérité, puisque cette sincérité nous apparaît dans le même temps comme impossible? Comment pouvons-nous amorcer même dans le discours, dans la confession, dans l'examen de conscience, un effort de sincérité, puisque cet effort sera voué par essence à l'échec et que, dans le temps même où nous l'annonçons nous avons une compréhension préjudicative de sa vanité? Il s'agit en effet pour moi, lorsque je m'examine, de déterminer exactement ce que je suis, pour me résoudre à l'être sans détours, quitte à me mettre, par la suite, en quête des moyens qui pourront me changer. Mais qu'est ce à dire sinon qu'il s'agit pour moi de me constituer comme une chose?*" (pg. 103). Y es que, en el fondo, como dice repetidas veces Sartre, nuestra libertad "está" royendo todo lo nuestro, sin dejarlo constituir en cosa. Y si nuestra libertad no es posible, ni tendría mérito, si no pudiéramos pecar, no hemos de maldecir mucho el poder de pecar, pues hace posible la virtud, e inversamente. Ser santo, por esencia, ser virtuoso por necesidad esencial, es la más directa y segura manera para no ser ni santo ni virtuoso. Es serlo a la manera de *cosa*. La buena fe ontológica es la que certifica de esta radical inseguridad de lo que somos, de la no necesidad de ser nada demasiado en firme, en cosa. "*La structure essentielle de la sincérité ne diffère pas de celle de la mauvaise foi, puisque l'homme sincère se constitue comme ce qu'il est pour ne l'être pas. C'est ce qui explique cette vérité reconnue par tous, qu'on peut devenir de mauvaise foi à force d'être sincère*" (pg. 105).

"*Mais si la mauvaise foi est possible, à titre de simple projet, c'est que, justement, il n'y a pas une différence si tranchée entre être et n'être pas, lorsqu'il s'agit de mon être. La mauvaise foi n'est possible que parce que la sincérité est consciente de manquer son but par nature*" (pg. 106-107). Sartre aplicará su teoría, o constatación, a la creencia o fe misma: "*Croire, c'est savoir qu'on croit, et savoir qu'on croit, c'est ne plus croire*" (pg. 110). Por esto Sartre las entenderá tan decididamente contra "lo serio", contra la demasiada seriedad o tomar las cosas demasiado en serio, con seriedad de "serlo", pues éste sería el medio radical de trocar la conciencia en cosa. Cf. página 721. La seriedad absoluta es incompatible con la libertad. "*Serio, como un poste de télégrafo*", dice el pueblo español. Nada puede ser uno demasiado en serio, si tiene que serlo con libertad,

2.—*La mirada y el descubrimiento de los otros*

LA mirada, como reactivo íntimo y ontológico de los otros en mí y sobre mí. Tema ampliamente desarrollado desde la página 310 a 364. "*Cette femme que je vois venir vers moi...*"; así en forma seminovelesca comienza uno de los exámenes más finos que se hayan hecho jamás de las relaciones interhumanas. "*Imaginons que j'en sois venu par jalousie, par intérêt, par vice à coller mon oreille contre une porte, à regarder par le trou dans le corridor: on me regarde...*" (pg. 317-318).

Nueva explicación ontológica de hechos comunes y corrientes, que demuestra la afirmación heideggeriana y sartriana, de que el ser mismo del hombre es ontológico, viviendo la ontología en estado preontológico, en el estado cotidiano mismo.

Sobre la vergüenza habla Sartre en las páginas 349-351. Oigamos, como aperitivo un párrafo: "*La honte n'est, pareillement, que le sentiment originel d' avoir mon être 'dehors', engagé dans un autre être et comme tel sans défense aucune, éclairé par la lumière absolue qui émane d'un pur sujet; c'est la conscience d'être irrémédiablement ce que j'étais toujours 'en sursis', c'est-à-dire sur le mode du 'pas encore' o du 'déjà-plus' "*. (pg. 349). "*La pudeur, et en particulier, la crainte d'être surpris en état de nudité ne sont qu'une spécification symbolique de la honte originelle: le corps symbolise ici notre objectivité sans défense. Se vêtir, c'est dissimuler son objectivité, c'est réclamer le droit de voir sans être vu, c'est-à-dire d'être pur sujet. C'est pourquoi le symbole biblique de la chute, après le péché originel, c'est le fait qu'Adam et Eve 'connaissent qu'ils sont nus' "*, (pág. 349).

Y hablará largamente de la vergüenza, del temor, del orgullo, como de reacciones originarias ante el Otro. (pg. 352 ss.).

3.—*Estudio de los sentidos*

OCUPA las páginas 372-383. Ya Heidegger en su obra "*Kant y el problema de la metafísica*", había llegado a un concepto no materialista ni sensualista de la sensación (pg. 24). Sartre continúa, y amplía, en largas páginas estas ideas heideggerianas, llegando a la afirmación, un poco desconcertante, dicha a solas, como aquí, más largamente fundamentada en las páginas citadas: "*constatons d' abord que le sens est partout et partout insaisissable*" (pg. 379). "*C'est cette contingence, entre la nécessité et la liberté de mon choix, que nous nommons le sens*" (pg. 380).

Las conclusiones obtenidas respecto de los sentidos las aplicará Sartre a la teoría general del cuerpo, del cuerpo de una conciencia, punto de que hemos tratado anteriormente.

4.—Las reacciones concretas con otro

SARTRE divide, desde el punto de vista de su significación ontológica, las conductas que uno puede adoptar respecto de otro en dos grandes categorías: aquellas por las que uno pretende asimilarse, apoderarse de la libertad, de la conciencia misma del otro, "a las buenas", frente a aquellas otras que intentan lo mismo "a las malas".

"A las buenas" intentamos apoderarnos de la libertad y conciencia del otro, vivitas y coleando aún, con el amor, el lenguaje, el masoquismo. Y es claro que sobre estos temas se lucirá Sartre, y explicarán el fondo ontológico de otras novelas suyas. Nada menos que desde la página 433 a la 441 están dedicadas al tema del amor, del amante, de la seducción. Limpias, para los limpios. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos podrán leerlas y entenderlas. No voy a desflorarlas trayendo unos textos sueltos, pues correría el peligro de desfigurar su genuina significación ontológica.

Entre las actitudes que pertenecen a la segunda categoría estudia Sartre la indiferencia, el deseo, el odio, el sadismo (pg. 447-484). Es sobre todo notable el estudio del deseo; "*dans le désir je me fais chair en présence d'autrui pour m'approprier la chair d'autrui*" (pg. 458 ss.); y aquí tratará largamente del significado de las caricias (pg. 459 ss.). "*Le désir s'exprime par la caresse comme la pensée par le langage. Et précisément la caresse révèle la chair d'Autrui comme chair à moi-même et à autrui...*" (pg. 459). La idea de "encarnación" o hacer que uno y otro se hagan carne, "*révélation fascinante de ma facticité*", (pg. 458) constituye, sin duda alguna, uno de los más finos y sugerentes análisis que sobre estos temas se hayan hecho, desde el punto de vista o interpretación que de ellos puede dar un filósofo, no un literato y menos aún un seductor profesional, o que se las dé de tal.

Es claro que, si ya en Heidegger resultaba un poco difícil delimitar los aspectos de "*existenzial*" y "*existencial*", en Sartre no queda ya ni rastro de tal distinción. Así no sería raro que los existencialistas heideggerianos no vieran en todo ello sino "*óntica pura*", psicología común y corriente.

El fenómeno de "encarnación" está desarrollado desde las páginas 460 a la 470. No hay que pasar de largo ante el estudio de lo Obsceno (pg. 470-472). Del sadismo (pg. 472-477).

5.—La muerte

DE las cuatro postrimerías que suelen nombrarse, la única que en Heidegger conservaba carácter y propiedades ontológicas era la Muerte. Las demás caían íntegramente fuera del campo de la ontología, y la cuestión acerca de ellas no podía plantearse con sentido.

La muerte estaba vinculada, según Heidegger, y lo vimos en la primera parte de este trabajo, con la posibilidad de la imposibilidad de realizar una presencia en este mundo. Y surgía tal cuestión en toda su fuerza, precisamente por el punto kantiano de vista en que se colocaba, por genealogía espiritual, Heidegger. Si el hombre posee formas a priori, es decir: realidades que hacen posible, antes de toda experiencia, la constitución del mundo, de las ciencias, con caracteres de universalidad y necesidad ¿cómo es posible que el poseedor de tales posesiones se muera? El hecho de la muerte sólo puede justificarse, si es que a esto llega, dentro de una filosofía que admita un apriori y un entendimiento con poderes de conferir a los conceptos o a la experiencia los caracteres de universalidad y necesidad, si a la muerte misma se la hace entrar dentro de las condiciones de posibilidad, es decir: si ella misma consiste en la posibilidad especial de hacer imposible a priori (no de hecho o empíricamente) el que las formas a priori, la pantalla en que para nosotros se nos aparece y hacemos aparecer el mundo, dejen de actuar de formas tales, haciendo así imposible la presencia de nuestra realidad en el mundo. Muerte es estado de puridad (*reim*) del apriori. Ser-para-la muerte (Sein zum Tode) es ser para la pureza, ser en estado del apriori puro y en sí. Mismidad o ipseidad.

Dudo, por la lectura de Sartre, que éste haya llegado a percibir la fuerza kantiana que en tal explicación heideggeriana se halla. Pero aquí no nos interesan las incomprendiones, posibles, de Sartre, sino la comprensión de Sartre. Para él la muerte es un acontecimiento intrascendente e intrascendental. En las largas y finas páginas que van desde la 615 hasta la 633 estudia largamente este problema a la luz de sus teorías. Hace notar ante todo el carácter absurdo de la muerte. "*Ce qu'il faut noter tout d'abord c'est le caractère absurde de la mort*" (pg. 617). "*On a souvent dit que nous étions dans la situation d'un condamné qui ignore le jour de son exécution, mais qui voit exécuter chaque jour ses compagnons de geôle. Ce n'est pas tout à fait exact: il faudrait plutôt nous comparer à un condamné à mort qui se prépare bravement au dernier supplice, qui met tous ses soins à faire belle figure sur l'échafaud et qui, entre temps, est enlevé par une épidémie de grippe espagnole*" (p. 617).

Niega, pues, Sartre a Heidegger, entre otras cosas, que la muerte sea por excelencia *mi* posibilidad, que, por tanto, pueda decidirme a esperarla, a esperar *mi* muerte. "*La muerte, dice Sartre, es simplemente una aniquilación, siempre posible, de mis posibles, aniquilación que está fuera de mis posibilidades*" (pg. 621).

La muerte es el triunfo del punto de vista de los otros sobre mí mismo: "*elle est le triomphe du point de vue d'autrui sur le point de vue que je suis sur moi-même. C'est sans doute ce que Malraux entend, lorsqu'il é crit de la mort, dans l'Espoir, qu'elle 'transforme la vie en destin*" (pg. 624-625). Por esto dirá Sartre que, en definitiva, morir es hacerse presa para los vivos: "*Être mort, c'est être en proie aux vivants*" (pg. 628).

"*La muerte, continúa diciendo en la pg. 630, es un puro hecho, como lo es el nacimiento; nos viene de fuera y nos transforma desde fuera. En el fondo no se distingue en modo alguno del nacimiento; a la identidad de nacimiento y muerte llamamos facticidad*".

"*Se trata en ambos casos, añade en la pg. 632, de un límite externo y de hecho de nuestra subjetividad*".

6.—Psicoanálisis existencial

UN método nuevo, propuesto como nuevo, pero sin grandes alharacas, por Sartre, a fin de estudiar estas relaciones entre los tipos básicos de ser (ser en sí, ser para sí, ser para otros) y la fauna de sentimientos y conductas variadas del hombre en su valor ontológico, recibe en él el nombre de *psicoanálisis existencial* (pg. 643-690). Tema básico de él es determinar el *proyecto fundamental* por el que damos, tenemos que dar, los hombres *sentido* a toda nuestra vida, a todos los entes del mundo. Y este proyecto fundamental de lo que hemos decidido ser suele ocultarse a veces tan pertinazmente y aun más que cualquier dato sospechoso a los ojos de los psicoanalistas. Hacerle a cada uno, y hacerse uno a sí mismo, tal psicoanálisis de lo que uno *ha elegido ser* es el tema, el problema y la tarea del psicoanálisis existencial. Y estudiando el proyecto fundamental de todo hombre en cuanto tal dirá, tranquilamente, que consiste en hacerse él, él mismo, Dios. "*Être homme, c'est tendre à être Dieu; ou, si l'on préfère, l'homme est fondamentalement désir d' être Dieu*" (pg. 654).

El psicoanálisis existencial rechaza la existencia de un subconsciente (pg. 658). Y termina con esta crítica y con esta promesa: "*Nous espérons pouvoir tenter d'en donner ailleurs deux exemples,*

à propos de Flaubert et de Dostoievski". "Cette psychoanalyse n'a pas encore trouvé son Freud" (pg. 663).

Y puesto en este camino de un psicoanálisis inventará, en cuanto al nombre, dos nuevos complejos: el de *Actéon*, la *violación por la vista* (*viol par la vue*, pg. 667), y el complejo de *Jonás*, complejo de asimilación y digestión más o menos externa (668), que aplicará a la teoría del conocimiento y a otros fenómenos.

Pero Sartre ni se hace ni nos hace ilusiones: "*Chaque réalité humaine est à la fois projet direct de métamorphoser son propre pour-soi en En-soi-pour-soi, et projet d'appropriation du monde comme totalité d'être-en-soi, sous les espèces d'une qualité fondamentale. Toute réalité humaine est une passion, en ce qu'elle projette de se perdre pour fonder l'être et pour constituer du même coup l'En-soi qui échappe à la contingence en étant son propre fondement, l'Ens causa sui que les religions nomment Dieu. Ainsi la passion de l'homme est-elle inverse de celle du Christ, car l'homme se perd en tant qu'homme pour que Dieu naisse. Mais l'idée de Dieu est contradictoire, et nous nous perdons en vain: l'homme est une passion inutile*" (pg. 708).

CONCLUSION

SARTRE nos promete, en la línea última de su obra, tratar de una reflexión, "*pura y no cómplice*", en que podrán hallar respuesta ciertas cuestiones que en la obra presente, en sus 722 páginas de a 45 líneas, no han podido encontrarla. Y la respuesta será de orden *moral*.

A lo largo de la obra ha señalado oportunamente cuestiones que pertenecen a la metafísica, no a la ontología.

Aguardemos, con el crédito amplio que los lectores generosos, y sobre todo los entendidos, otorgan a los autores que con tan trepidos problemas se enfrentan, que Sartre cumpla sus promesas.

Sartre es la criada respondona latina al germano Heidegger, como Heidegger lo fue, en un tiempo, de Husserl.

Toda comparación es odiosa, dice el refrán. No vamos a hacernos odiosos gratuitamente para con nadie, poniendo valores, y superponiendo personas. Esquivemos el juicio diciendo, y creo que con fundamento en la exposición anterior, —los lectores de SEIN UND ZEIT, y los de L'ETRE ET LE NÉANT podrán aguzarlo—, que "*si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo*".

El adjetivo de esa frase: "*existencialismo francés*", tal vez no sea simplemente adjetivo, sino "*devorativo y transformativo*" del

sustantivo. Y lo grande del caso es que la obra de "*Ontología fenomenológica*" de Sartre surgió durante una invasión, omnicompreensiva, que nuestra Francia, —*nuestra*, aun de los que no somos franceses de nacimiento—, sufrió.

México, 7 de mayo de 1947.

NOTAS SOBRE LA ANGUSTIA RELIGIOSA EN ALGUNOS POETAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS

Por *Robert M. SCARI*

LA angustia religiosa o ansia de Dios en la poesía española contemporánea puede ser estudiada desde dos puntos de vista muy distintos: como una sentida preocupación metafísica y como tema literario. El segundo criterio es aplicable, desde luego, a cualquier poeta que haya tratado de una manera u otra el tema; pero si adoptamos el primero, debemos limitarnos a aquellos autores cuya obra nos brinde una auténtica y constante aprensión frente al destino final del hombre. Los poetas españoles que comentamos en la presente nota nos obligan a tener muy presente esa doble vía de aproximación, pues mientras Unamuno y Blas de Otero han creado una poesía de hondo sentido existencial, Leopoldo Panero parece utilizar el tema "Dios" como simple elemento retórico y sólo ocasionalmente se asoma con seriedad al misterio, a la búsqueda de respuestas ante ese gran interrogante. Además, hay que tener en cuenta la diferencia cronológica. Unamuno nació en 1864; los otros pertenecen de lleno al siglo XX. No es que este hecho tenga significación en sí, pero dada la anterioridad en el tiempo, se hace necesario estudiar a Unamuno por separado. En primer lugar, es un precursor con respecto a los otros, o sea que de algún modo su obra ya está implícita en los poetas posteriores aunque haya o no influencia directa discernible de Unamuno en ellos; y en segundo lugar, porque en la obra de los poetas posteriores a la guerra civil se produce, como es sabido, un hiato que la separa en forma significativa de la poesía anterior. Después de esa solución de continuidad emergen algunos poetas con una actitud "clásica" mientras otros emprenden una revisión del pasado y creen que tanto la temática como las técnicas poéticas deben cambiar para mejor plegarse al tiempo nuevo. Por eso preferimos no tratar a los poetas en cuya obra aparece el tema religioso, con el sentido que aquí le damos, como si formaran un grupo. El hilo conductor entre ellos es la preocupación por encontrarse con un gran principio unificador en un mundo desintegrado, la "necesidad" de Dios, como eje de la

creación. El método analítico más propicio parece ser el de tratar individualmente a los poetas y ver cómo se manifiesta en la obra de cada uno la actitud espiritual que nos ocupa. El orden cronológico se respeta por pura conveniencia expositiva, y aunque sea obvio advertirlo, no implica en modo alguno que la poesía del más reciente sea un avance, o una acumulación de experiencias similares del pasado *más* la experiencia de los últimos. Hecha esta salvedad, empezaremos por un breve examen de la poesía de Unamuno en cuanto nos ofrece la temática religiosa que enfocamos.

El ansia de Dios en Unamuno aparece como una persistente búsqueda de un Dios perdido e imposible de recuperar. Gran parte de su obra, tanto en prosa como en verso, es testimonio de su crisis religiosa y de su desesperado afán de sobrevivir. Criado en un ambiente familiar tradicionalmente religioso, el adolescente Unamuno se cruzó en el camino con pensadores ateos, con escritores políticos, sociólogos y científicos que rechazaban la idea de Dios. Para los positivistas éste no existía; la ciencia creía tener una explicación completa, suficiente, "racional" donde no había necesidad o lugar para el mito o la religión organizada. El sensible joven vasco cayó, a causa de esto, en una profunda crisis de fe. A partir de entonces renegó muchas veces de su alta cultura intelectual porque lo condujo por un sendero sin retorno: una vez que la duda se instaló en su espíritu era imposible encontrar la paz. El fantasma de una muerte final y de la absoluta nada que la sigue llenaron su alma de zozobra. Su filosofía, sus narraciones, sobre todo sus poemas, rezuman esa angustia constantemente. Llegó al extremo de predicar, como supremo bien para el hombre, la ignorancia, porque ignorando se salva su espíritu de la conciencia de la muerte. Este es, evidentemente, el tema central de *San Manuel Bueno, mártir*, novela clave de este aspecto de su pensamiento. Otras veces interroga a un Dios en el que ya no cree; lo conmina a dar algún signo siquiera de su existencia, para que la vida humana sea, con esa evidencia, más llevadera y para que no se acabe todo con la muerte física. Claro que Unamuno está lleno de contradicciones, de marchas y contramarchas, y esto hace difícil puntualizar y seguir con precisión una línea de evolución clara en su obra. Muchas veces es menester desentrañarla de entre los signos más opuestos en apariencia. Con todo, tomando al pie de la letra sus poemas, como si fueran expresión de lo más genuino y hondo de su sentimiento, es posible trazar la siguiente trayectoria. En primer lugar, una niñez feliz, de gran fervor religioso, le da efímera consolación de que la vida eterna es alcanzable. Luego, en los años de juventud, sufre el derrumbe de la fe en cuyo lugar queda una especie de desconcierto ante el mun-

do carente de la presencia que consuela. En este período Unamuno se formula interrogaciones al misterio que quedan sin respuesta. Finalmente, sobrevienen el reencuentro con Dios a través de una de las múltiples manifestaciones de su existencia y la reconciliación con esta nueva imagen descubierta en forma fortuita.

No es difícil hallar, a lo largo de su obra poética, manifestaciones específicas de estas etapas. En el poema titulado "En la Basílica del Señor Santiago de Bilbao" se nos presenta el Unamuno joven, creyente, seguro de su mundo y todavía no carcomido por la duda:

Aquí soñé de niño, aquí su imagen
debajo de la imagen de la Virgen
me alumbró el corazón cuando se abría
del mundo al tráfago.

Aquí soñé mis sueños de la infancia,
de santidad y de ambición tejidos;
el trono, el alatar, el yermo austero,
la plaza pública.

Aquí anhelé el anhelo que se ignora,
aquí el hambre de Dios sentí primero
.....

Sin embargo, aun en esta época relativamente feliz, hay ligeras pero inconfundibles señales de la formidable desazón que llegaría con el tiempo. Son signos de una inquietud, como él dice, del "hambre de Dios," de la necesidad de pruebas fehacientes, aunque todavía no hubiera dudado verdaderamente. El niño creyente parece sentirse, a pesar de su fe, en soledad. Tal vez se trate de la irremisible soledad de todo espíritu genial. Lo cierto es que una de las estrofas finales del mismo poema declara:

Aquí el misterio me envolvió del mundo
cuando a la lumbre eterna abrí mis ojos,
y aquí es donde primero me he sentido
solo en el páramo.

De la segunda etapa se podrían citar innumerables poemas. Es la más amarga, y la que le ha suscitado las composiciones más patéticas. Esa lucha interna, en plena crisis religiosa, podría sintetizarse así: Dios no existe, y si existe, nos ignora; estamos solos entre dos

vacíos. Dios debería existir; es una cruel injusticia que la humanidad ambule sin rumbo de una nada a otra. La existencia del hombre tal vez sea un sueño de Dios (en el supuesto de que Dios exista); si se despertase dejaríamos de existir. Dios es necesario para las almas simples y es deber de los hombres sabios, aunque ellos mismos no crean, mantener viva la fe de los humildes porque quitándoles ese apoyo sufrirían éstos sin beneficiarse en nada aquéllos. Estas diferentes maneras de tratar el tema de la fe constituyen la parte medular de la obra poética unamuniana. En cuanto a la prosa narrativa, es evidente que más de un relato suyo tiene por tema fundamental esas preocupaciones. Uno de los poemas más desgarradores es "La oración del ateo" donde clama, incrédulo pero ferviente:

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,

.....

Tú que a los pobres hombres nunca dejas

Sin consuelo de engaño.

Sufro a tu costa,

Dios no existente, pues si Tú existieras

existiría yo también de veras.

El conflicto se plantea, en este período, como una lucha entre razón y fe. Aquélla, consciente y orgullosa de su capacidad para descubrir la verdad (científica), rechaza la idea de Dios por indemostrable y por absurda. La fe, por otra parte, añora nostálgicamente al Dios que ocupó el alma en su etapa infantil, lo llama en secreto y así se produce esa guerra eterna dentro del mismo ser, sin tregua, sin victoria. Unamuno parece parafrasear a Nietzsche cuando afirma que "la verdad pura mataría al hombre." En el poema llamado precisamente "Razón y fe" se desarrolla dramáticamente este conflicto interior en que la ciencia afirma rotundamente sus verdades sin calmar la sed espiritual de Dios. "Levanta la fe blanco estandarte" —dice el poema— "mientras la ciencia parlotea." Pero el alma no puede permanecer siempre en lucha consigo misma. Es preciso vivir, "ganar la vida," o sea superar el dilema de "razón o fe," y es preciso hacerlo a toda costa, "con razón, sin razón o contra ella."

Finalmente, observamos cómo se pone de manifiesto en la poesía de Unamuno el tercer momento, que como vimos no implica una sucesión cronológica, el encuentro con Dios, o tal vez sería mejor decir, consigo mismo: la reconciliación con la existencia, a pesar de la muerte; la comprensión de que la vida, después de todo, tiene

algún objeto. Reproducimos, como ejemplo de este singular momento, fragmentos de un poema de fuerte sabor místico que describe esta sedienta llegada a la fuente. El poema se titula "En el desierto" y una de sus estrofas dice:

Me besa Dios con su infinita boca,
con su boca de amor que es toda fuego,
en la boca me besa y me la enciende
toda en anhelo.

Pero es en el poemario dedicado a *Teresa* (1924) donde se puede ver mejor que en ningún otro el clímax de esta larga crisis religiosa, de esta ávida búsqueda. Hay allí como el despertar a la verdadera conciencia de la vida y de la muerte:

Ya sé por qué nací, por qué he vivido,
ya sé todo por qué;
Ya sé, Señor, al fin, por qué has querido
que viviera, lo sé.
.....
He vivido, he vivido eterna espera
y la esperanza es fe;
he vivido, he vivido, y aunque muera
ya sé que viviré.
He vivido, Señor, gracias, mil gracias,
gracias al fin, Señor.

La poesía española de posguerra se inicia bajo el signo de *Garcilaso*, cuyo centenario coincidió con el comienzo de la Guerra Civil en 1936. La poesía de los "garcilasistas" parece haber surgido para buscar la calma y olvidar el doloroso drama que España está viviendo en esos momentos. La generación así llamada rechazó el pasado inmediato, los neo-románticos del 27 (García Lorca, Alberti, etc.) y creyeron ver en Garcilaso, el poeta soldado, un modelo ideal de sobriedad, estoicismo y resignación. Con él se sienten unidos por coincidencias de destino. Uno de los fundadores de la revista *Garcilaso* afirma precisamente eso: "Garcilaso murió militarmente como ha comenzado nuestro destino."

Entre los poetas que podríamos agrupar bajo el signo garcilasista hay algunas notas comunes que nos interesan en el contexto de este trabajo. Primero, hay una abundante referencia a Dios. Teniendo en cuenta que los poetas de este movimiento dieron la espalda a la generación inmediatamente anterior, podríamos inferir que la insis-

tencia en dicho tema en su poesía representara algo así como una vuelta a Unamuno, pues la "generación del 27" apenas si se había ocupado de Dios. Sin embargo, esta semejanza con Unamuno termina en la frecuencia del tema. Lo que en Unamuno es una necesidad existencial, en los poetas de posguerra es sólo tema literario, o con frecuencia, mera fórmula retórica. Emilio Alarcos Llorach sostiene que "la vuelta a Dios, sincera o no, que de todo había, era un portillo de escape por donde podían salir vivencias del poeta inexplicables sin la envoltura religiosa".¹ Dios es el interlocutor por excelencia en esta poesía que busca el diálogo; es decir, es una de las personas del coloquio, como para los románticos había sido el pronombre "tú". Además, como dice Gabriel Celaya,

'Señor' no tiene nombre;
Es un simple pretexto
para alargar dos puntos de admiración vacía.

El bisílabo "Señor," o el monosílabo, "Dios," extendidos o no por la interjección "oh," se había convertido en comodín métrico. Sirve muy bien para redondear un verso; es decir, es mero ripio. Las exclamaciones de esta poesía pretendidamente religiosa no alcanzan ni por cerca el tono fogoso de las airadas protestas de Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*) ni la encendida pasión de Blas de Otero (*Ángel fieramente humano*). Es, justamente en estos poetas donde se vuelve a dar una auténtica ansia de Dios, y no en el plano místico, sino como hambre de amor y de justicia.

De entre los poetas que podrían incluirse en el grupo garcilasista, Leopoldo Panero (1909-62) se destaca, en cuanto al tema que tratamos, como uno de los más sinceros. Sus declaraciones, al menos, explican la presencia del tema en su poesía: "Y tras esta nulidad y vacío de la estancia terrena aparece fatalmente la consoladora necesidad y presencia de Dios que a lo largo de todo el poema ("La estancia vacía") aparece, llamado por el alma, y como purísima y entrañable exigencia de nuestra humana condición."²

Si hubiera que trazar una línea que partiendo de Unamuno indicara la trayectoria del tema religioso, tropezaríamos con otras figuras de gran significación en la lírica castellana contemporánea. Dos de esas figuras serían Dámaso Alonso y Antonio Machado, aunque sólo tangencialmente este último. Otra sería la del peruano César

¹ Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Blas de Otero* (Salamanca: Anaya, 1966), 19-20.

² *Cuadernos hispanoamericanos*, 187-8 [Número de homenaje a Leopoldo Panero], Madrid (1965), 13.

Vallejo, y sin duda tendría como punto de llegada a Blas de Otero. Nos interesa este hito final dentro de los límites de la presente nota. Blas de Otero nació en Bilbao en 1916. Señalando un paralelo entre los dos poetas vascos (Unamuno y Otero) Alarcos Llorach observa que "en ambos es básica la actitud agónica ante el problema metafísico por excelencia, el de la muerte, aunque no coincidan los dos en el ángulo de sus angustias."³ La poesía de Otero es el lamento de un hombre que ha visto derrumbarse un orden: "un mundo como un árbol desgajado / una generación desarraigada." Trata, como Unamuno, de redescubrir al Dios de su niñez, y no lo encuentra. Por eso exclama, en *Angel fieramente humano*: "Quiero tenerte / y no sé dónde estás. Por eso canto." Dios es el "inasible," es el Dios cruel que corta las manos del que quiere alcanzarlo y que ciega a los hombres que buscan su mirada. En todas partes hay sólo abismos; la separación de Dios es irrevocable y la muerte ineludible. Sin embargo, Otero se resiste a dejarse morir del todo. El hombre tiene cierto valor, cierta dignidad, y si no sobrevive, al menos es capaz de prevalecer como héroe del humanismo moderno. Y es aquí donde su poesía difiere fundamentalmente de la de Unamuno. Frente al individualismo unamuniano, hay en Otero solidaridad; le interesa el hombre en comunidad, el hombre en la historia, no sólo su angustia personal frente a la muerte corporal inevitable. La salvación *debe ser colectiva*; Dios ha de ocuparse de sus criaturas aunque sea como especie, ya que sería mucho pedirle que se ocupara de los destinos individuales. Por consiguiente, los temas que surgen de esta particular posición del poeta trascienden la mera "ansia de Dios;" abarcan también la paz, la libertad y la dignidad entre los hombres. En vez de una búsqueda de Dios en el vacío hay una búsqueda del hombre. La poesía debe, por lo tanto, participar en esta lucha y hasta puede ser una fuerza salvadora. Es instrumento — "martillo y hoz" — en la lucha contemporánea por la justicia. Sus poemas tienen fuerza, amargura, intrepidez. España es "una horrorosa plaza de toros," "patria entre alambradas," "cárcel alzada sobre el Cantábrico." A pesar de estas imprecaciones que parecen dictadas por la furia, su obra es de amor y fe, no destructiva. Amor por el pueblo español y fe en su capacidad para superar ese período de llanto. Otero espera confiado el momento de la redención de España.

Aunque por lo dicho parecería lícito encuadrarlo entre los poetas "comprometidos," es pertinente aclarar que el arte de Otero no cede ante las ideas ni se transforma en vehículo de ideologías. Tiene una gran pericia en el uso de la lengua y hace gala de símiles y paralelismos, de ritmos y sonidos. Usa también sabiamente una cantidad

³ *Ibid.*, 24.

de símbolos. En suma, es un poeta que conoce su oficio y como tal, no embarca fácilmente su poesía en proclamas de ningún tipo. En todo caso, utiliza algunos lugares comunes de la prédica reivindicatoria para hacer más gráfico y accesible su mensaje, como el símbolo del martillo y la hoz, pero no se declara por ello un propagandista del marxismo o un iconoclasta. La prueba es que su obra poética contiene los llamados más conmovedores a ese Dios huido que en nuestro tiempo parece haber abandonado a sus hijos.

Para concluir, convendría reiterar algunas consideraciones con respecto a la poesía española del siglo actual, tal como se nos presenta desde la perspectiva empleada en este ensayo. Unamuno es un hombre solitario, en permanente auscultación de su propio ser. A fuerza de proyectar sus íntimas angustias formuló una filosofía y elaboró una poesía en torno al tema de la muerte y la vana esperanza de que Dios exista para que no se acabe todo con la conciencia individual. Los poetas que empezaron a escribir alrededor de 1936 no sintieron raigalmente el ansia de Dios. Para ellos Dios se convirtió en tema literario y elemento retórico. Finalmente, Blas de Otero siente otra vez el ansia de Dios con hondura, se revuelve en protestas por el silencio eterno de Dios hacia la humanidad, deriva su anhelo a una búsqueda de justicia, libertad y paz, y se convierte indudablemente en uno de los poetas españoles más importantes de nuestro tiempo.

Presencia del Pasado

DIEGO PORTALES Y LA JUNTA MILITAR CHILENA: SINGULARIDAD HISTORICA E INTERPRETACION RETORICA

Por *Bernardo SUBERCASEAUX S.*

I

LA figura histórica en la que con mayor insistencia se ha amparado la Junta Militar Chilena es la de Diego Portales (1793-1837). Su nombre o su efigie aparecen con frecuencia en estampillas, billetes de banco, textos de estudio, discursos y celebraciones oficiales. Su "presencia inspiradora regresa hoy a nuestra patria, como hace 140 años, para bien de sus hijos", escribía en 1974, el Ministro de Educación, Contralmirante Hugo Castro Jiménez.¹

Cuando un periódico argentino solicitó al General Pinochet que mencionara su "modelo de hombre de estado" en la historia universal, éste indicó: "véalo ahí... sobre mi cabeza tengo el retrato de Don Diego Portales".² Posteriormente, ante idéntica consulta, el Almirante Merino señalaba: "Portales. Porque es humano" y "porque tiene toda la chispa del chileno".³ En abril de 1977 el Presidente del Banco Central afirmaba que el modelo económico del gobierno respondía en sus principios a una concepción económica netamente chilena; seguimos —decía— un modelo económico portaliano.⁴ *Qué pasa*, semanario vinculado al Opus Dei y a consejeros civiles del gobierno, resumía así la concepción oficialista sobre Portales: "cada vez que los chilenos nos sentimos en apuros, volvemos los ojos hacia el hombre providencial de 1829. Quedó esto comprobado como nunca el 11 de septiembre de 1973, en ese pronunciamiento llevado a cabo en defensa de los mismos principios restauradores por los que Portales luchó y murió, y a partir de cuya fecha se rebautizó con su nombre el edificio de gobierno".⁵ El pen-

¹ Prólogo a *Pensamiento de Portales*, Ed. G. Mistral, Santiago, 1974, p. 12.

² *La Nación*, 6 de septiembre, Buenos Aires, 1976, p. 4.

³ *Ercilla*, 26 de enero, Santiago, 1977, p. 23.

⁴ *Ercilla*, 26 de abril, Santiago, 1977, p. 8.

⁵ *Qué pasa*, 10 de junio, Santiago, 1976, p. 43.

samiento y la breve acción ministerial de Portales constituyen enfáticamente entonces, el sustrato ideológico casi único en que se afirmaría la "nueva" concepción política y económica impuesta en Chile.

Sin embargo, en relación a otras figuras del pensamiento autoritario y antiliberal de la primera mitad del siglo XIX Portales es un personaje poco conocido. Pensamos, por ejemplo, en Rozas de Argentina, en el Dr. Francia de Paraguay y en López Santa Anna o Lucas Alamán de México. La visión retrospectiva impulsada por el gobierno chileno ha resultado el lente a través del cual en estos últimos años se ha dado a conocer su fisonomía histórica.

Esta óptica ha traído consigo la más o menos generalizada concepción de que el actual gobierno representa fielmente al pensamiento portaliano, y que por ende la actuación del político del siglo XIX sería un parámetro válido para comprender y valorar a la Junta Militar, y también viceversa. Ha significado, además, un desinterés por examinar las ideas de Portales en su contexto y desde sus fuentes primarias.⁶ Aunque estos puntos de vista conforman criterios historiográficos obsoletos, apuntan a una problemática frecuente en la interpretación y apropiación del pasado. ¿Son acaso las ideas de Portales substancias eternas, transferibles en el tiempo y en el espacio? ¿Carecen ellas de singularidad histórica? ¿Es posible abstraerlas de su contenido social y proyectarlas en el presente sólo en virtud de semejanzas formales? ¿Puede filiarse un régimen autoritario con otro, aun cuando éstos se ejerzan sobre sectores sociales distintos y en etapas socio-económicas diferentes? ¿Basta acaso que un gobierno se proclame admirador y seguidor de un personaje histórico para que objetivamente lo sea? ¿Es posible —en definitiva— discernir si cierta apropiación del pasado responde a una concepción coherente y objetiva de la historia o si se trata, por el contrario, de una simple utilización de índole retórica?

⁶ No se han reeditado, que sepamos, ni el *Epistolario* ni las fuentes impresas fundamentales sobre Portales. Tampoco el libro más informado que nos legó la historiografía liberal: *Don Diego Portales* (1863), de Benjamín Vicuña Mackenna. Desde 1973 abundan en cambio las estampas biográficas amorfas o las vulgarizaciones de la interpretación conservadora de Encina. Véase Roberto Hernández, *Diego Portales*, Orbe, Santiago, 1974; Enrique Bunster, "La tardía gloria de Portales", *Qué pasa*, 10 de junio, Santiago, 1976, pp. 40-43; ensayos de Hernán Díaz Arrieta, Enrique Campos Menéndez y Onofre Jarpa en *Presencia de Portales*, Ed. G. Mistral, Santiago, 1974.

II

EN términos generales, durante la colonia el desarrollo de Chile estuvo subordinado a España, que se interesaba por mantener una situación de desarrollo restringido mediante trabas a la producción y a la libertad de comercio.⁷ Hoy sabemos, sin embargo, que entre 1701 y 1810 alrededor de 24,000 emigrantes llegaron a Chile, casi el 50% proveniente de Castilla y de las provincias vascas.⁸ Vinieron en un momento de relativa expansión del comercio y también —después de 1767— cuando las haciendas que habían sido de los jesuitas se estaban rematando por debajo de su valor real. Aun cuando en su conjunto el sistema de tenencia y propiedad de la tierra mantuvo rasgos serviles, los nuevos grupos aportaron al agro nuevos hábitos de trabajo, de perseverancia e industrioidad. Hacia 1800 su predominio se tradujo en una sociedad relativamente abierta al éxito económico y en contradicciones cada vez más agudas con el sistema de comercio colonial. Miguel de Unamuno, realzando el éxito de estos colonos, decía que la Compañía de Jesús y Chile eran las dos grandes creaciones del pueblo vasco. Algunos historiadores hablan de aristocracia castellano-vasca o de aristocracia aburguesa-da. Portales estará vinculado a estos sectores tanto por razones de ascendencia familiar como por su temprana participación en el comercio mayorista.

En términos sustanciales ni la independencia política de 1810 ni la acción emprendedora de la élite castellano-vasca alteraron básicamente la estructura de la sociedad chilena. Entre 1810 y 1830 no se consolidan ni en el plano económico ni en el ideológico las puertas que habían sido abiertas por la independencia política. Y era bastante difícil que ello aconteciera sin que estuvieran dadas las bases para la existencia de una burguesía mercantil o industrial. Durante este período, empero, Chile se abrió a nuevos mercados, lo que se hizo especialmente visible en Valparaíso, por entonces la puerta y ventana del país. En 1822 la viajera inglesa María Graham relataba que en sus tiendas había "sederías de China, Francia e Italia, algodones de colores de Gran Bretaña y rosarios, amuletos y cristalería de Alemania".⁹ "En todas las calles", agregaba, "se ven colgando las muestras de sastres, zapateros, talabarteros y posaderos ingleses, y la preponderancia del idioma inglés, sobre todas las

⁷ Daniel Martner, *Historia de Chile. Historia económica*, Balcels, Santiago, 1929, T. I, pp. 86-90.

⁸ Arnold J. Bauer, *Chilean rural society*, L. A. Studies, Cambridge, London, 1975, pp. 16-17; pp. 31-46.

⁹ Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz, *Imágenes de Chile*, Nascimento, 2da. ed. Santiago, 1937, pp. 149-150.

demás lenguas que se hablan en la calle, la hacen a una creerse en una ciudad de la costa inglesa”.

¡Qué diferencia, sin embargo, si se compara a Valparaíso de aquella época con alguna ciudad inglesa como Manchester! Allí se vivía en plena revolución industrial, mientras aquí se estaba todavía en una sociedad de patriarcas. Allí se producía algodón para mercados lejanos, mientras aquí apenas existían algunas rudimentarias industrias caseras. “Los artículos del país”, observaba María Graham, “rara vez se compran en las tiendas porque los pocos que se fabrican son sólo para el consumo doméstico”. Allí la acumulación de capitales conformaba una poderosa burguesía y una clase obrera que vivía y trabajaba en condiciones subhumanas;¹⁰ aquí, en cambio, predominaban sin contrapeso los grandes propietarios, la aristocracia terrateniente y el clero. Los intereses de algunos comerciantes mayoristas, dependientes de casas extranjeras, carecían de proyección nacional. Unos pocos baratilleros, pulperos, artesanos, trabajadores con habilidades específicas, jornaleros y sirvientes enriquecían el espectro social; pero ni por su número ni por su desarrollo, podían conformar un sector de intereses que tuviese algún peso en la sociedad. En cambio, en Manchester, hacia 1822, había 130,000 habitantes —casi el doble de Valparaíso y Santiago juntos— de los cuales más del 60% eran trabajadores que vivían de un salario.

No le faltaba, sin embargo, cierta razón a Mrs. Graham al comparar a Valparaíso con alguna ciudad de Gran Bretaña: la ida y venida de barcos, el comercio incipiente, la presencia constante de extranjeros, las calles estrechas y abigarradas, comparados con la atmósfera rural que se vivía en el resto del país, contribuían a resaltar el todavía escaso movimiento de Valparaíso. Santiago, por ejemplo, con sus casas de adobes y de tejas coloradas, con sus calles anchas por cuyo centro pasaba una acequia, con su modorra apenas interrumpida por el paso de un caballo, alguna calea o las campanas del convento, con la Plaza de Armas y el pilón de agua como centros de animación, proyectaba una imagen colonial, bien distinta, sin duda, a la del ambiente dickensoniano que empezaba a tener el primer puerto chileno.

Santiago, Valparaíso y alguna innominada urbe inglesa —que bien pudo ser Manchester— simbolizan las preferencias y los rechazos de Portales, el triángulo de sus desplazamientos físicos y psíquicos. La capital, a la que identificaba con intrigas e intereses políticos, fue siempre la ciudad que quiso evitar. Valparaíso, lugar

¹⁰ Para descripción de las condiciones de vida en Manchester, véase Steven Marcus, *Engels, Manchester, and the working class*, Random, New York, 1974.

de sus negocios personales, representaba por el contrario la ciudad deseada, la potencialidad marítima y mercantil del país. Respecto a Manchester: en sus años de comerciante mayorista —recibiendo y distribuyendo mercaderías inglesas— debe haberla imaginado en más de una ocasión como una ciudad de hombres activos e industriosos, como un desiderátum, como una gran máquina de intereses concertados de la que manaban sin cesar paños de algodón.

III

PORTALES se enorgullecía de ser un obstinado escritor de cartas, las que aprovechaba —según decía— para ordenar sus propias ideas. "No hay día —señalaba— que no escriba como seis... y a veces hasta diez".¹¹ El *Epistolario portaliano* (595 cartas) publicado en 1938, es tal vez la fuente más importante para comprender la singularidad histórica de su pensamiento. Más que las cartas de un político o de un estadista son, como veremos, las cartas de un comerciante visionario.

Nombrado en 1823 miembro del Tribunal de Residencia —que debía juzgar a funcionarios públicos— no acepta el cargo "porque sus negocios... necesitan de su atención personal".¹² En 1825 acepta integrar, en cambio, en representación del comercio, un Consejo Consultivo del Presidente Freire. Entre 1824 y 1826, habiendo obtenido en sociedad la licitación del gobierno, se hace cargo del monopolio del tabaco, té y licores. Aunque el estanco fracasa le permite establecer nuevas relaciones comerciales, e interesar a propietarios agrícolas para que inviertan en el comercio. Por encima de lineamientos partidarios, será esta red de relaciones económicas el origen y la base del poder político de Portales.

Competiendo con firmas extranjeras instala luego una casa mayorista en Valparaíso. Siendo ministro (1830-1832; 1835-37) continúa preocupado por su almacén, y el deseo de atenderlo en persona será causa directa de su renuncia en 1832. "No puede formarse idea del odio que tengo —escribe a J. Tocornal en julio de ese año— a los negocios públicos, y de la incomodidad que me causa el oír sólo hablar de ellos" (II, 226). Algún tiempo después, tras

¹¹ *Epistolario, 1821-1837*, recopilación y notas de Ernesto de la Cruz, Ed. Dirección General de Prisiones, 3 volúmenes, Santiago, 1938, I, p. 32. Para citas posteriores indicamos página y volumen en el texto.

¹² *A la memoria de Portales, 1793-1837*, Imp. Cervantes, Santiago, 1901, pp. 33-34.

una licencia temporal, decide renunciar definitivamente al cargo de ministro debido a los "poderosos motivos" que como tal "le impedían encargarse del despacho". "Fui obligado —decía— a entrar en la política contra mis deseos e inclinaciones".

Sus "deseos e inclinaciones" van, sin embargo, más allá del éxito personal. Se entusiasma con el movimiento del comercio y el despliegue de nuevas empresas. Se identifica con Valparaíso porque allí están las casas proveedoras de provisiones, las oficinas compradoras de minerales, las instituciones de crédito, las firmas importadoras y exportadoras, los negocios, en suma, derivados de toda la actividad nacional. Refiriéndose a una goleta de carga que había adquirido, escribe: "este buque que durante mi presencia en la maldita política casi no se movía del puerto... desde que estoy aquí no se ha parado ni parará" (II, 146). Los negocios personales, vinculados al empeño por impulsar las actividades mercantiles y productivas, constituyen entonces un interés prioritario y permanente en su vida. Podría decirse que Portales intuye un rol histórico para un sector que hasta ese momento no ha participado en el desarrollo del país.

En sus cartas abundan las instrucciones comerciales, especialmente del tipo que hoy llamamos "gimnasia bancaria". Es revelador que instrucciones relacionadas con el pago y cobro de libranzas, pagarés y letras de cambio, ocupen una parte tan extensa de su correspondencia. Indica en primer lugar una escasez de circulante y, por añadidura, una alta tasa de interés. La inexistencia en esa época de un sistema legal de coerción contribuía además a dificultar las cobranzas. Comparado con el sector agro-exportador el comercio nacional presentaba, entonces, serias dificultades como fuente para capitalizarse y acumular excedentes.

Aunque los dos períodos en el ministerio interfirieron en sus actividades comerciales, no es menos cierto que el contexto descrito debió también influir negativamente en ellas. Portales, sin embargo, quien se caracterizaba por una actitud perseverante e innovadora, no limitó sus actividades al sector mercantil. Desde 1831, antes que se descubriera Chañarcillo, impulsó las actividades mineras, al comienzo como agente de un minero de Copiapo y más tarde vinculado a Santiago Zavala, el primer exportador de salitre chileno. En 1834, con visión que sorprende para la época, trató de interesar a capitales nacionales en la construcción de un horno de fundición de cobre en la desembocadura del río La Ligua (III, 250), y más tarde, en la máquina de Cooper para beneficiar "metales y piedras de plata con arsénico".

En 1834 expandió también sus intereses a la agricultura, adqui-

riendo en sociedad una hacienda cercana a Valparaíso. Su participación en la agricultura —entroncada con su ascendencia castellano-vasca— será activa y emprendedora, muy diferente a la de los encomenderos tradicionales. En las cartas de esa época menciona planes de construcción, de regadío, de plantaciones; habla con entusiasmo de un método para extraerle el jugo a las palmas sin destruir el árbol, y hasta sugiere la posibilidad de comercializarlo. Biográficamente, entonces, Portales participa en los tres sectores que en esa época podían concurrir a la formación de una burguesía terrateniente de empuje nacional: el agrícola, el minero-fundidor y el del comercio, prestamistas y habilitadores.

Su intervención activa en estos sectores buscaba, es cierto, el éxito pecuniario, pero estaba también vinculada a una concepción socio-económica del desarrollo nacional; de otro modo resultarían incomprensibles sus frecuentes esfuerzos por introducir innovaciones tecnológicas o su temprano interés por la construcción de un muelle en Valparaíso o su insistencia en el destino marítimo del país; y, sobre todo, resultarían incomprensibles sus ideas y su participación en lo que él desdeñosamente llamaba "la maldita política".

IV

PORTALES tenía una concepción de la política enteramente diferente a la clásica concepción liberal, concepción ésta que tuvo en Chile a José Victorino Lastarria (1817-1888) como su más prominente difusor. Para Portales el gobierno y la política eran instrumentos que tenían por "obligación fundamental" otorgar la tranquilidad necesaria "para el desarrollo de los negocios"; para Lastarria, en cambio, constituían un fin en sí, un espacio social en que los ciudadanos debían ejercitar el consenso y la libertad, un espacio moral y de emancipación humana. Estas perspectivas antitéticas explican el frecuente menosprecio de Portales por las tareas de gobierno y el rechazo que siempre manifestó Lastarria ante "la perversa doctrina que hacía consistir el progreso social en el desarrollo material" como único elemento "del orden político".¹³

Benjamín Vicuña Mackenna, refiriéndose a Portales, decía: "No tenía tampoco aquel singular hombre de Estado ideas preconcebidas ni maduras por el estudio. . . y su insano orgullo le hacía pensar. . . que sus émulos (pipiolos o liberales) no abrigaban principios fijos ni buscaban el desarrollo lógico de un sistema pura-

¹³ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, Zigzag, Santiago, 1968, p. 91.

mente moral. Para él, al contrario, los hombres obraban más por el estómago que por el cerebro; creía que las sociedades eran un conjunto de intereses en choque y de necesidades apremiantes que era el deber del gobierno armonizar o satisfacer".¹⁴ Sin proponérselo, el historiador liberal descubría así la filiación idealista de la perspectiva liberal sobre los hechos sociales, resaltando al mismo tiempo el realismo —por no decir el materialismo— de la visión portaliana.

La conciencia política realista de Portales provenía sin duda muy directamente de sus actividades en el comercio, de su relación práctica con el ambiente socio-económico de la época. Ella se manifestó en primer lugar en su intuición para valorar a los sectores sociales vivos del país y para canalizarlos en función de un orden económico nuevo, diferente al colonial. Portales, teniendo en cuenta algunos rasgos peculiares de la aristocracia terrateniente castellano-vasca, se vincula y apoya en ella intentando a la vez atraerla hacia actividades productivas y mercantiles. Por otro lado, sin embargo, piensa que las desigualdades de nacimiento deben contar menos y las de riqueza más, se burla de la gravedad y de los pergaminos de la oligarquía, de la que no se siente ni miembro ni representante, y a la que fustiga por sus privilegios de casta y miopía histórica. En una carta escrita después de su primera participación en el gobierno, hablando de las "familias de rango de la capital", decía que cuando "no son satisfechas en sus caprichos, los pipiolos son unos dignos caballeros al lado de estos cojudos". "Son —agregaba— jodidas, beatas y malas", y "obran con un peso enorme para la buena marcha de la administración. Dígales que si en mala hora se me antoja volver al gobierno colgaré de un coco a los h... y a las p... les sacaré la ch... ¡Hasta cuándo... estos m...!" (I, 353).

La administración portaliana, es cierto, restableció los mayorazgos, pero también llamó la atención sobre los inconvenientes de la concentración de la tierra, insistiendo además en que el sector agrícola debía aportar una cuota mayor a las entradas públicas del país.¹⁵ Propició una estricta regulación gubernamental en varios aspectos de la economía, mientras, por otro lado, favorecía el liberalismo económico y el *laissez faire*.¹⁶ El predominio de los grandes propietarios agrícolas de raigambre conservadora en la primera mi-

¹⁴ *Don Diego Portales*, Santiago, 1863, II, p. 353.

¹⁵ Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Universitaria, Santiago, 1962, p. 22.

¹⁶ Jay Kinsbruner, *Diego Portales: interpretative essays on the man and times*, Martinus, The Hague, 1967, p. 32.

tad del siglo XIX fue —podría decirse— *por y a pesar* de Portales. Como decía Vicuña Mackenna, lejos de ser el jefe de la reacción colonial, Portales fue el "moderador de esa reacción que, sin él, quién sabe a dónde nos habría llevado".¹⁷

Sus relaciones con el clero tuvieron también un carácter dual. En sus cartas hay referencias continuas a negocios con la Iglesia, arrendamientos del diezmo de Copiapó, La Ligua y otras ciudades. Valoriza a la Iglesia como instrumento de tranquilidad pública y como fuente de recaudación. Por otro lado, aunque creyente, fue iconoclasta y blasfemo, y algunos incluso lo consideraban un hereje; refiriéndose a un acreedor, dice en una de sus cartas: "bendito sea para siempre el señor Otaegui, la madre que lo parió y los pechos que le dieron leche, que bien pudieron haberlo ahogado con ella" (I, 321); y en otra pide noticias de una yegua "a quien la mandé con el santo objeto de ser preñada por el alazán: quiero saber si ha concebido por obra de éste" (II, 349). Utiliza la intolerancia religiosa para mantener el orden, pero rechaza la beatería y las actitudes mojigatas en la medida que pueden interferir con el espíritu de acción y el pragmatismo que necesita Chile.

Su realismo político se manifestó también en la intuición de un proyecto de crecimiento ajustado a la base social del país; Portales pensaba, como Bello, que el pasado trabaja para el presente, apoyaba las innovaciones pero desde la tradición; se trataba entonces de un proyecto de desarrollo endógeno, que debía abrir el camino a nuevas formas económicas, que debía ser producto más que de la lucha de la conciliación de intereses, de la alianza entre terratenientes y comerciantes. Su ideal de gobierno fue, como es lógico, Inglaterra.

Estudios posteriores¹⁸ han mostrado que en general su intuición era acertada; no existían entonces ni el grado de madurez ni la diferenciación económicos necesarios para un modelo más avanzado; la visión de Portales por lo tanto se ajustaba a la factibilidad de un proceso que podía contribuir al incremento del comercio y a afianzar un desarrollo capitalista incipiente en Chile.

La estructura política debía estar en armonía con las *posibilidades* socio-económicas del país: sus ideas y sus actos públicos no son sino el subproducto de esta intuición básica; intuición que considerada en forma dinámica lo sitúa como precursor de la por entonces en ciernes burguesía nacional. La organización de la adminis-

¹⁷ B. Vicuña Mackenna, *op. cit.*, I, p. 52.

¹⁸ Daniel Martner, *op. cit.*, T. I, p. 144; Aníbal Pinto, *op. cit.*, pp. 18-22; José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Paídos, Buenos Aires, pp. 90-102.

tración pública, el ordenamiento fiscal, la creación de la guardia cívica, la preocupación por la disciplina administrativa e institucional, la idea de orden, la valoración del "peso de la noche" como garantía de la tranquilidad civil, la intolerancia y persecución de Pipiolos y Freiristas, la intervención electoral y el sufragio censitario, la falta de entusiasmo por la constitución y mecanismos jurídicos, el anti-O'higinismo, la convicción de que la lucha política no debía esterilizar el desarrollo económico, el concepto de una justicia sin excepciones, la idea de la impersonalidad del poder, las medidas proteccionistas, el concepto de un estado-nación autoritario, en fin todas y cada una de estas y otras orientaciones responden en Portales a un esquema coyuntural de la sociedad, y están por ende marcadas por su singularidad histórica, debiendo ser entendidas, en consecuencia, en el contexto socio-económico concreto en que se originaron.

V

LA utilización de la intolerancia política y religiosa para afianzar un orden diferente al colonial, va unida en Portales a una clara conciencia de la soberanía e independencia económica de Chile y también, a su lógica extensión: el anti-imperialismo.

Estados Unidos había mantenido frente a la independencia de las antiguas colonias españolas una posición neutral, aunque supliendo —como se sabe— de alimentos y municiones a las tropas realistas. En 1822, a propósito del reconocimiento de Hispanoamérica por el país del norte, en circunstancias que se gestaba la doctrina Monroe (que como tal es de diciembre de 1823), Portales escribió una carta a José Manuel Cea que resulta hoy día ciertamente profética. "Mi querido Cea —decía— los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El Presidente de la Federación de N. A., Mr. Monroe, ha dicho: 'se reconoce que la América es para éstos'. ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación sin habernos ayudado en nada. . . ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar Ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo esto obedece a un plan combinado de

antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento" (I, 176).

Portales comprendía que la soberanía política estaba en directa relación con la soberanía sobre los recursos naturales y económicos, y con las posibilidades de desarrollo del comercio y la industria criollos. Bajo la influencia suya y de Rengifo se establecen a partir de 1830 sistemas proteccionistas para resguardar el cabotaje e incentivar a la por entonces muy tímida industria nativa.¹⁹

Por iniciativa suya se organizan también las condiciones para obtener algunos de los recursos humanos que necesita el país; divulgando su idea de crear una academia náutica, escribe que "antes de dos años habrá 100 pilotos para emplear en más de 50 buques mercantes que tiene Chile mandados por extranjeros, lo que es una vergüenza" (II, 133). No es que Portales fuese xenófobo: "a los extranjeros" decía, "démosles toda la hospitalidad que sea posible" (I, 393). Simplemente entendía que el *sine qua non* de la independencia política es la soberanía económica, y por eso también fustigó de modo implacable a quienes posponían —en beneficio propio o de intereses extranjeros— las necesidades del país.

"Véase con el Ministro de Hacienda" le escribe a un confidente en 1832, "y dígame que he sabido que D. José Manuel Cea, o hablando con más propiedad Miller y Patrickson, el más defraudador de las rentas fiscales y el más suciecito de todos los comerciantes extranjeros, han hecho una solicitud al gobierno pidiendo que se les permita trasbordar unos ladrillos venidos de Inglaterra a otro buque extranjero para que los conduzcan al Huasco. La tramitación que ha dado el Ministro al expediente me hace creer que ha dudado de la resolución a dicha solicitud y quiero que le prevenga que escandaliza ver a D. José Manuel, un hijo del país, suscribiendo una representación de esta naturaleza, como se lo diré yo cuando lo vea, y que escandaliza más ver esos extranjeros del carajo presentarse con toda la arrogancia necesaria para robar a los chilenos el único bien que poseen, con exclusión de ellos y cuya posesión supo respetar el mismo D. Francisco Antonio Pinto —el comercio de cabotaje que en todas partes del mundo está estrictamente declarado a los buques nacionales" (II, 153).

Portales concebía el aspecto económico como el objeto casi único de las relaciones internacionales, por encima de posibles discre-

¹⁹ Oscar Muñoz G., *Crecimiento industrial de Chile*, U. de Chile, Santiago, 1968, p. 13.

pancias ideológicas; "nada nos prohíbe —decía en su Memoria de Relaciones Exteriores de 1836— tratar con autoridades que lo son de hecho, mientras observemos una prudente circunspección e imparcialidad y ciñamos las comunicaciones diplomáticas a lo que en la mayor parte de los casos debería ser su exclusivo objeto, la seguridad y fomento de los intereses comerciales".²⁰ La tan discutida guerra contra la Confederación Perú-boliviana —iniciada por orientación suya— vendría tal vez a contradecir este punto de vista; sin embargo, es posible sostener también, como se ha sostenido, que fue una guerra preventiva para defender los intereses económicos chilenos en el norte del país.

Si agregamos a lo señalado cierta preocupación por establecer una política "exclusiva y eminentemente americana", el pensamiento de Portales podría vincularse —guardando la distancia que va de un comerciante visionario a un libertador— al autoritarismo republicano de Simón Bolívar, a quien Portales, por lo demás, ordenó rendir desde su cargo de ministro un homenaje público en 1831. Si bien Bolívar triunfó en la destrucción del antiguo régimen, no tuvo la oportunidad de participar plenamente en la instauración de uno nuevo; cronológicamente posterior, Portales, en cambio, actuó en la fase constructiva de un solo país. Su nacionalismo y su anti-imperialismo son entonces concomitantes con la intuición del rol histórico que debía cumplir la burguesía criolla: crear las condiciones para el desarrollo del comercio y fuerzas productivas sobre una base de verdadera independencia nacional.

Que lo vislumbrado por Portales no tuvo continuidad durante el siglo XIX y que lo que hubo en cambio fue una burguesía dependiente que desnacionalizó progresivamente al país, lo atestiguan dos ensayos que desde perspectivas distintas se han ocupado del tema: *Nuestra inferioridad económica* (1912) de Francisco Antonio Encina y *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (1962) de Aníbal Pinto.

Hay que señalar, sin embargo, que el sistema político portaliano con su autoritarismo cerrado y restrictivo, resultó con el tiempo diseñado para impedir el aporte de nuevas fuerzas al desarrollo nacional, y llevaba, por lo tanto, en sí mismo, los gérmenes de su dependencia y estancamiento posterior.²¹

²⁰ *Pensamiento de Portales, op. cit.*, p. 147.

²¹ Aníbal Pinto, *op. cit.*, p. 21; Jay Kinsbrun, *Chile, a historical interpretation*, Harper, New York, 1973, p. 69.

VI

LA tan frecuente explicación de que la clarividencia de Portales se debería a su chispa y genio político no es, como podría pensarse, una explicación ingenua. Implica sostener que Portales como individuo recibió su fisonomía de sí mismo y que su existencia personal no estuvo, por ende, condicionada históricamente. Implica además exagerar el papel del individuo y menoscabar la importancia de un contexto específico, de grupos, corrientes e intereses sociales. Dicha explicación, amén de su poca fertilidad, contradice también algunos aspectos de su biografía. ¿Cómo explicar —por ejemplo— que el genio político de Portales no haya despertado en la lucha independentista, y que sólo emergiese, en cambio, entre 1822 y 1830, paralelamente a su experiencia de comerciante y estancadero?

Si revisamos los rasgos de carácter y la personalidad de Portales su fisonomía aparece, más bien, como la condensación de un sector social. Preocupado en su despacho de ministro o comerciante hasta por los más mínimos detalles, tenía tiempo, sin embargo, para acudir a las chinganas y entusiasmarse con los caballos, el arpa, la vihuela y la zamacueca. "La paso comiendo, bebiendo, durmiendo y charlando, y la pasaré así por algún tiempo más" (I, 282), escribía desde Valparaíso en 1829. Cierta hedonismo lo llevaba a instar a sus amigos a que no dejaran, mientras pudieran, de disfrutar y remoler. Se autoproclamaba un plebeyo (y no lo era): "soy" afirmaba "un ministro salteador". Su actitud irreverente lo llevó a mofarse hasta de quienes como los pelucones —los "huemules" les decía— apoyaban su gestión. Los sacrificios por "la cosa pública" pugnaban a menudo en su conciencia con el deseo de resguardar la individualidad; "como Ministro" escribía en 1831, "tengo visitas que me dan de patadas en el estómago, consultas que me dan sueño, y que me privan de la comodidad de hacer en mi casa lo que me da la gana" (I, 312). Ajeno a la ostentación y a lo solemne, carecía de ambiciones de poder; y las labores que se le encomendaron las sintió siempre —por lo menos así decía— como un lastre para el desarrollo de su vida personal.

Su ética fue eminentemente pragmática y antimetafísica; en sus negocios privados, por ejemplo, más de una vez actuó con la fluidez moral propia del buen comerciante. "Si llegan a preguntarle —escribía a su ayudante en 1823— por qué buque fue internada esta yerba, diga Ud. que no sabe, porque para no pagar la alcabala de provincia hemos hecho un enjuague" (I, 213). También le daba

instrucciones para que negara el acopio de algodón, reteniendo la venta hasta que la mercadería hubiese subido de precio.

Otro rasgo de su espíritu burgués fue su estilo intelectual, un estilo llano, ni rebuscado ni utopista, anti-retórico, a menudo irónico o paródico, con notas de humor caústico y de lenguaje socarrón. Burlándose de los francófilos y de la moda romántica se despedía en sus cartas en francés y a quienes le enviaban saludos se los devolvía —decía— con "un 25% de usura" (I, 346). A un conspicuo personaje que le debía dinero le mandaba decir que ya era hora de que "largara la mosca" (II, 245), y al Presidente Prieto lo apodaba —aludiendo a su pasividad— "el Ayesta". Sus bromas —Vicuña Mackenna relata que ya como estudiante había vestido a una mula calesera con la sotana del rector— tenían de vez en cuando tintes lascivos y hasta vulgares; en 1832, carteándose con un colaborador, hablaba sobre un portugués cuya mujer había tenido 32 hijos, "Cuide usted siempre —le decía— de no quedarse solo con él, yo al menos le tendría miedo" (II, 245).

La preocupación por la apariencia física y el interés por la moda —incrementados en esa época a través del contacto con nuevos proveedores europeos— se encuentran también en Portales, pero hay en él una actitud distinta, distanciada, como si se contemplara burlescamente a sí mismo. En carta a Garfias de 1834 le anuncia el envío desde Valparaíso de "un cadejo de pelos" para que le "mande hacer una peluca al peluquero francés: como en unas partes estoy más rosillo que en otras —le dice— creo que la peluca saldrá muy blanquizca; pero no importa, porque a fines del presente año espero estar —le advierte sonriendo— como un pichoncito" (III, 264).

Sus preferencias literarias son también muy diferentes a las de los jóvenes que más tarde formarían la generación de 1842; éstos, guiados por su antiespañolismo y por la influencia francesa, se inclinan por Rousseau, Chateaubriand y Víctor Hugo. Portales, en cambio, prefiere una obra que despertó escaso interés entre neoclásicos y románticos del siglo XIX: *Don Quijote*.²² Medio en broma medio en serio se identifica no con el Caballero de la Mancha sino con su escudero, Sancho Panza. En su correspondencia habla de "Dulcineas" y "Caíferos" y bautiza a Valparaíso con el nombre de

²² Manuel Blanco Cuartín, relatando su encuentro con Francisco Bilbao en 1836, decía: "lo que recuerdo es que cantaba, esta es la palabra, uno de los capítulos del *Contrato Social*, que sus oyentes escuchaban como si se tratase del Koran o del Senda Vesta"... "tenía horror a la prosa española... y afirmaba muy orondo que el Quijote no había conseguido hacerle reír una sola vez", *Artículos escogidos de Manuel Blanco Cuartín*, Biblioteca de Escritores chilenos, Santiago, 1913, p. 679.

la ínsula de Sancho: Barataria. En diciembre de 1832, cuando es nombrado gobernador de esa ciudad, envía a un amigo una nota: "Escribo a usted —le dice— en el Gobierno de la Insula de que me he recibido hoy" (II, 304).

Portales perdió a su esposa —de la que no tuvo descendencia— en 1821, sólo dos años después de haberse casado. Sin embargo, su concepción del amor nada tuvo que ver con aquella enfermedad del alma que entre languideces y desconsuelos solía cultivar la imaginación romántica. Le concedía importancia fundamentalmente al elemento fisiológico²³ de una relación. Varias veces señaló su deseo de sacrificar la que tuvo con Constanza Nordenflicht —que le había dado tres vástagos— con el propósito de dejar a sus hijos naturales una mejor situación económica (III, 393). Concepción, entonces, antirromántica, y para la época, sumamente prosaica.

Estos rasgos del carácter y la personalidad de Portales (individualismo, cierto hedonismo, actitud irreverente y de "carpe diem", moral a la vez pragmática y relativista, estilo intelectual llano, sensualismo y autoironía, lenguaje mordaz y casi picaresco, y una concepción física y antiespiritual del amor) son, por supuesto, rasgos humanos, pero tienen además connotaciones históricas. Su presencia en la cultura de Occidente ha sido vinculada por Hauser²⁴ al desarrollo de una forma de conciencia colectiva, a cierta visión del mundo que trasunta la desintegración de las relaciones feudales y el surgimiento —junto con una nueva formación económico-social— de la burguesía. En *El libro del buen amor*, por ejemplo, o en los poemas de François Villon, en el *Quijote*, o en algunas novelas picarescas o en Dickens y en Balzac pueden advertirse varios de estos rasgos, ya sea en determinados personajes o en la confrontación axiológica entre el espíritu feudal y el espíritu burgués, entre un mundo heroico y sublime que se derrumba y otro prosaico y cotidiano que se abre paso.

En sus rasgos de carácter Portales fue entonces un personaje singular, como los de la vida diaria: irrepetible, pero además fue un personaje que en su comportamiento como individuo transparentó una corriente social y una fuerza histórica determinada. Por su personalidad, su acción y visión política fue por lo tanto —teniendo en cuenta que la ausencia de una burguesía constituida en clase no implica necesariamente la ausencia de una mentalidad burguesa— el resumen concentrado de un sector social.

Es posible que al contemplar a Portales con ojos contemporáneos

²³ Véase carta del 14 de agosto de 1832, *Epistolario*, II, 249-254.

²⁴ Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y el arte*, Guadarrama, 3 tomos, Madrid, 1969.

se asuma el riesgo de modernizarlo, o más bien —en este caso— de aburguesarlo; es también evidente, sin embargo, que no se puede interpretar un personaje histórico sin partir de un todo, de una realidad global que lo sobrepase, pero que a la vez lo sitúe y contribuya a realzar sus características.

VII

SON principalmente dos las interpretaciones sobre Portales que han tenido funcionalidad política: la de José Victorino Lastarria y la de Francisco Antonio Encina. En *Don Diego Portales, juicio histórico* (1861) el reorganizador del partido liberal censura la idea portaliana del gobierno fuerte, la utilización del despotismo y del espolonaje como medios para legitimar el poder y la noción de que la potestad debía primar sobre la libertad. Ataca también el principio de acumulación de la autoridad en el poder ejecutivo y conecta estas ideas con el espíritu colonial. Portales —nos dice Lastarria— con su política absolutista, restrictiva y arbitraria "no hizo sino colocar a la reacción colonial en la senda que llevaba la revolución para llegar a su fin".²⁵

Desde sus convicciones liberales Lastarria disocia el nivel político (al que reseña y censura) del plano económico y social (a los que no menciona), se fija sólo en la forma de esta etapa omitiendo entonces su contenido de afirmación nacional y su singularidad histórica.

Para contrarrestar la influencia negativa de esa época —que orientada por Portales se habría cifrado exclusivamente "en el orden que facilita el curso de los negocios"²⁶— Lastarria centra el programa partidario de 1849 en fines fundamentalmente político-ideológicos, en el cumplimiento irrestricto de algunos principios liberales. La descentralización del poder ejecutivo y la administración compartida con el parlamento fueron, por ejemplo, por muchos años las grandes metas liberales, metas que después de larga evolución institucional culminan con la República Parlamentaria de 1874. Cuando en 1891 el presidente Balmaceda propicia una política económica contraria a los intereses de banqueros y capitales ingleses del salitre, los liberales en lugar de percibir el contenido nacional-proteccionista de esa política, redujeron el conflicto a su forma externa: a la pugna entre el ejecutivo y el parlamento. Aunque habían

²⁵ J. V. Lastarria, *Miscelánea histórica y literaria*, I, La Patria, Valparaíso, 1868, pp. 319-322.

²⁶ J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios*, op. cit., p. 58.

elegido a Balmaceda, participaron en el movimiento que lo derrocó y que vino a cancelar la posibilidad de una burguesía de empuje nacional en el siglo XIX.

La interpretación retórica de la realidad —disociando el nivel político-ideológico del plano económico y social— fue entonces un rasgo histórico del liberalismo chileno, un factor que entre otros explica la distribución de los aportes y desaciertos liberales: contribuciones en el desarrollo de la educación y la cultura, en la laicización de la sociedad y en una relativa democratización política; y fracasos al entregar los recursos básicos del país a capitales extranjeros, mostrando una absoluta incapacidad para orientar un desarrollo económico independiente y de beneficio general.

En 1934, en un contexto de crisis de la democracia liberal y de auge del nacional-socialismo europeo, Francisco Antonio Encina publica en dos tomos su *Portales*. Presenta al ministro como expresión intuitiva del genio de la raza, utilizando para sintetizar su personalidad una frase de Goethe con sabor hitleriano: "El hombre de acción no tiene conciencia". Siguiendo a Nicolás Palacios explica que "Portales sería la exteriorización del genio político goda". "Chile —dice— como consecuencia de la selección con sentido racial engendrada por la guerra de Arauco, es el pueblo de origen español que contiene más alto porcentaje de sangre goda"... "Dada esta circunstancia, el genio goda tenía en Chile mayores probabilidades de aflorar que en ningún otro pueblo. Portales sería el resultado de ese afloramiento". "La antropología —dice Encina— justifica esta hipótesis... Dolicocefalo de ojos azules y cabellos claros, sin ninguna cruce con otra raza nórdica, a través de todas las generaciones conocidas de sus antepasados... son reminiscencias inequívocas de ancestrales godos confundidos con el ibero ya desde la península".

Finalmente, el historiador, poniendo en evidencia la filiación de su enfoque, agrega que "Un genio político... es la condensación de las aptitudes de su raza en un individuo que reúne, a la fuerza del ideal, la inteligencia de los medios y la voluntad magnética que sugestiona y arrastra... Bismarck, Cavour y Mussolini, —señala— son simples expresiones del genio de los pueblos alemán e italiano, producidos por el estímulo del momento histórico".²⁷

Encina, al identificar a Portales con la esencia de la raza, lo transforma en mito, en una especie de vikingo chileno, en pura forma de la que el mundo socio-histórico estaría ausente. Esta línea de interpretación que permite saltar por encima de la historia y alabar la personalidad o las ideas de Portales como si 1973 fuese 1829, es la que —despojada en algo de fantasías étnicas— han se-

²⁷ *Portales*, Nacimiento, Santiago, 1934, I, pp. 198-211,

guido Onofre Jarpa, Enrique Campos Menéndez y Hernán Díaz Arrieta (Alone).²⁸ Todos, conspicuos personajes de la derecha, investigadores primero y más tarde bien recompensados por el golpe militar de 1973. Esta ha sido también la perspectiva oficial de la Junta ("la presencia inspiradora de Portales regresa hoy a nuestra patria, como hace 140 años, para bien de sus hijos"), y del General Pinochet, quien vendría a ser, según este punto de vista, la reencarnación del genio de la raza.

VIII

HAY, es cierto, algunas similitudes aparentes entre la administración portaliana y el gobierno actual, entre ellas el autoritarismo y el carácter represivo. Vicente Pérez Rosales, tal vez el más mesurado de los cronistas del siglo XIX, relatando su regreso a Chile a fines del gobierno de Portales, nos dice que su llegada coincidió con la ejecución en Curico, por motivos políticos, de tres ciudadanos condenados el día anterior por un Consejo de Guerra. "Estábamos —anota el memorialista— en plena época del terror".²⁹ Los ajusticiados dice Pérez Rosales —que presenció la descarga— eran "conocidos vecinos" y "distinguidos caballeros" de la zona.³⁰

El despotismo portaliano afectó, entonces, sobre todo a quienes como los liberales tenían un mismo origen social y representaban en última instancia los mismos intereses económicos de quienes apoyaban al ministro. A pesar de un proyecto ideológico diferente, la base social con que podían contar los liberales era más o menos la misma del régimen, y el propósito de éstos era por lo tanto —como lo corroboran alianzas posteriores— conformar un sistema de influencias compartidas. Este rasgo que apunta a una formación social subyacente muy distinta a la de 1973, se proyecta también en diferencias de forma y contenido entre el autoritarismo de entonces y la represión física y económica actual.

Además de la modernización general de la sociedad, en los últimos 140 años han ocurrido hechos sociales que han venido a modificar la semántica de algunos principios de esa época. El grado de influencia y el "envenenamiento" norteamericano pronosticados por Portales forman hoy, por ejemplo, parte de la realidad chilena.

²⁸ *Presencia de Portales, op. cit.*

²⁹ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado*, Jackson, 2 ed. Bs. Aires, 1946, p. 153.

³⁰ Vicente Pérez Rosales, *op. cit.*, p. 154. *El araucano* (14 de abril de 1837), diario oficial del gobierno, los llama "delincuentes", "sediciosos" y "enemigos del orden".

La presencia y la importancia creciente de los trabajadores es también un fenómeno nuevo, que se inicia sólo en la mitad del siglo pasado. Parodiando a Sismondi podría decirse que mientras en 1830 el pueblo vivía a costa de la sociedad hoy día la sociedad vive a costa de los trabajadores.

El concepto de orden sustentado sobre sectores de intereses económicos análogos y en un contexto de afirmación nacional es, por lo tanto, muy distinto al mismo principio esgrimido en favor de la expansión de capitales foráneos, en un contexto de desnacionalización y en contra de la gran mayoría del país. 140 años no constituyen, por cierto, una medida necesaria para estas alteraciones; basta a veces un cambio en la orientación social del emisor o —como sucedió en Chile— de los sectores que ejercen el poder.

Debido a la singularidad histórica ocurre, entonces, con cierto tipo de ideas lo que en lingüística se denomina polisemia: vocablos que siendo idénticos se refieren a realidades dispares. Principios que —como los signos de lenguaje— tienen un significante y un significado, un soporte material que permanece inalterable y un contenido que varía según los cambios de la formación económico-social subyacente.

Por supuesto, el amparo buscado en la imagen Portaliana ha sido para la Junta no una distorsión semántica, sino una necesidad política, un velo para ocultar su verdadera naturaleza. Un régimen que se dice surgido de las entrañas de la chilenidad y que se proyecta como la salvación de Occidente, necesita —al menos para consumo interno— una figura mítica, un personaje histórico que avale esa visión etnocentrista y mesiánica. Un gobierno que alardea de nacionalismo pero que según documentos del propio senado norteamericano se gestó en conexión con intereses de ese país; un régimen que sigue modelos políticos caducos como el franquista³¹ o que están internacionalmente tan desprestigiados como el brasileño³² necesita, pues, con urgencia, disfrazarse y acudir a la interpretación retórica del pasado.

La mascarada ha resultado, sin embargo, una y otra vez evidente: mientras Milton Friedman reafirma en Estados Unidos su tutelaje sobre el modelo de shock aplicado en Chile (*New York Times*, 22 de mayo, 1977), el Presidente del Banco Central —y responsable por lo tanto de la política monetaria del país— proclama

³¹ Afirmación del liderazgo del Generalísimo, exclusión de partidos políticos tradicionales, Consejo de Estado subordinado al ejecutivo, traspaso gradual de función legislativa a una cámara de designación presidencial.

³² Democracia restringida de acuerdo a doctrina de seguridad nacional.

en Santiago la exclusiva paternidad portaliana del modelo económico seguido.

El hecho, por último, de creer que la tradición política chilena puede reducirse a una sola figura desaparecida hace más de 100 años, implica cuando menos una concepción lamentablemente ingenua de lo que es esta tradición, de sus relaciones con la idiosincrasia, las instituciones y los sectores sociales vivos del país. Implica también un monismo que ve sólo lo que quiere ver; una interpretación, en fin, que por su vocinglería y por lo desligada de la realidad debe estar, después de cuatro años, resultando inoportuna hasta para el mismísimo Portales.

TRAGICA DISYUNTIVA

Por R. OLIVAR BERTRAND

CONVIENE retroceder a los comienzos de 1907 para registrar los tintes violentos que, *in crescendo*, va tomando el perfil internacional de España. La disyuntiva entre los dirigentes responsables de la clase obrera y los gobernantes de las sucesivas superestructuras será cada vez más cruda. Y cuenta que dejó al margen lo mismo a los que siempre supieron aprovecharse de los económicamente débiles que a los políticos de oficio, simples vividores y explotadores de los engranajes gubernamentales. Esa disyuntiva forja la silueta que del papel de España en el mundo tiene todo español pensante y sintiente, así como la que de España se levanta a los ojos del extranjero. El español sin formación ni tradición cívicas no entiende de respetos a una ley abstracta, cuando no arbitraria. El gobernante educado en libros y con experiencias vividas en países de superior cultura cívica tiende a juzgar las rebeldías de los gobernados con menosprecio, como explosiones incoherentes y bárbaras. Desde un plano *ex temporal*, las dos actitudes presentan idéntica cerrazón.

Para los ácratas —y escogemos un extremismo—, el cierre de la Escuela Moderna en Barcelona era “un ataque a la libertad de conciencia”, que había “levantado contra España el librepensamiento, la masonería y el liberalismo del mundo entero”. La voluntad del gobierno de que no se defendiera al señor Ferrer daba pábulo, según los ácratas, a que se propalara la especie de que en torno al fundador de la Escuela Moderna no se quisiera sino “persecución y obscuridad”. ¿Por dónde se rompería la cuerda?, pregunta el atrevido y amenazador comunicante al presidente del consejo.¹ El primer lector de la carta es el secretario,² que considera intolerables y penables las frases calificadas por él de “insidias”. Leída por el presidente, escribe éste al margen: “Decirle que quedo enterado

¹ Federico Urales a Antonio Maura. Cta. fecha en Madrid, 27, II, 1907. *Archivo Maura*, Madrid.

² Don Prudencio Rovira y Pita.

de las opiniones tuyas que expuso en su carta, y supongo no habrá esperado nunca mi conformidad con ellas".³

Creo resalta patente la disyuntiva a que me refería antes. Significativa y peligrosa, con dos años de anticipación, por lo que respecta a resonantes acontecimientos que se avecinan. ¿Es simplemente ingenua la actitud de Urales? ¿Es sólo olímpica la de Maura? Me interesa afirmar que, en este y otros casos similares de la España contemporánea, la explicación está en una radical y recíproca incompreensión. Al presidente del consejo no se le alcanzaba que los anarquistas pudieran tener la descabellada idea de "comprar el perdón de Ferrer no poniendo bombas en algún tiempo contra el rey".⁴ A su vez, los ácratas se resistían a creer en una escrupulosa separación del poder ejecutivo y del poder judicial.⁵ Lo concreto, con resonancias ultrapirenaicas, son las campañas antigubernamentales de la prensa,⁶ coreadas por la liberal patrocinadora de gobernantes de viso. Crudas y concretas también son las manifestaciones obreras por las calles de las grandes poblaciones,⁷ como la emigración de los dos mil españoles que, del puerto de Vigo solamente, embarcaban todos los meses para las repúblicas sudamericanas. Para un observador centroeuropeo, estos datos sugerían los mismos síntomas inquietantes que las bombas y atentados registrados en el imperio ruso, el gigante oriental de pies de barro.

En el interior del país, acostumbrado a estos síntomas, las cosas no se veían tan negras. Aunque con sobresaltos, se confiaba en una

³ Cta. cit. en n. 1.

⁴ Cta. de Alejandro Pidal y Mon, de este año, 1907, pero sin indicar día ni mes. *Archivo Maura*.

⁵ Una manifestación de la reiterada, violenta disyuntiva será, por una parte, el proyecto de ley que sobre el terrorismo presentará el gobierno a las cortes en la primavera del año siguiente. Por otra, el juicio que tal proyecto mereció, no ya a los anarquistas, sino a hombres de consecuente integridad ideológica como Joaquín Costa, tan dueño del vocablo hiriente como el mismísimo Maura. En mayo del año citado, informa Costa sobre el proyecto con las siguientes palabras: "El litoral del golfo de Guinea, con sus tribus neolíticas, con sus régulos vestidos de taparrabos, es una dependencia de España; pero con ese proyecto de represión, España se convierte en una dependencia moral del golfo de Guinea..." (V. mi *Literatura y política*, pp. 50-51).

⁶ Ocioso sería hacer inventario del lenguaje que se lee en esta prensa, en la que entran muchos matices. Uno de éstos lo vocea *El Evangelio*, periódico regionalista fundado en Zaragoza por Benigno Varela, cuya obsesión es, principalmente, "el golfo del Paralelo", Alejandro Lerroux. Como botón de muestra basta leer los dos suplementos semanales de 21. II y 21. III. 1907. No olvidemos, para asombrarnos de la hoy increíble tolerancia de que gozaba la prensa de entonces, que gobierna el partido conservador.

⁷ Las fotografías son elocuentes. V. *Nuevo Mundo* del 2. V. 1907.

paulatina reeducación cívica del pueblo español. Se hacían balances de la política exterior con esperanzas de estabilizarla en el presente y de mejorarla en el futuro. La *entente cordiale* entre Francia e Inglaterra determinaba en España, por tercera vez en el espacio de un siglo, un movimiento de expansión, girando —aun cuando no se confesara— dentro de la órbita de aquellas dos naciones. Reconociendo que desde Carlos IV hasta Alfonso XIII no se había tenido una verdadera política exterior, y pese a los agravios de Inglaterra y Francia, las relaciones con estos vecinos se juzgaban necesarias e indispensables. No ocurría lo mismo con las relaciones mantenidas con el imperio alemán. Por el momento se confiaba en estabilizar una situación plasmada en la frase de que España no se sentía aún "lo bastante robusta para concertar alianzas, pero sí lo bastante independiente para profesar amistades". No obstante las costosas guerras coloniales, la Hacienda española alcanzaba una prosperidad jamás conocida. Esta prosperidad sufragaría los medios necesarios para asegurar la defensa terrestre y marítima. Defensa, simplemente. En estos años de imperialismos contagiosos, ninguna persona sensata soñaba con una "España mayor"; se contentaba con la contemplación en el horizonte de dos nobles empresas: mantener el *status quo* político en el Mediterráneo y servir algún día, con Italia, Portugal e Inglaterra, de vínculo entre Europa y América.⁸ Entretanto, en el mundo artístico España mantenía su gallardía tradicional. Para dar de ello testimonio, citemos la participación de los tesoros españoles en la exposición de Brujas, que despertó entusiasmo "por la noble y generosa ayuda que hemos prestado a esa Fiesta con el opulento envío de preciosidades".⁹ Para bajar los humos que adoptan algunos bizarros comentaristas, será oportuno citar aquí un juicio de Ramiro de Maeztu, corresponsal en Londres de periódicos españoles. Tras la prolija reseña de vicios y virtudes de la nueva Alemania, Maeztu ensalzaba la tradición británica basada en una libertad absoluta en la crítica política, con sujeción a la moral pública, que impedía que su *smart set* contagiase sus vicios al pueblo. Y en el párrafo final, leemos: "Pero Alemania, como Rusia y como España, es liberal en punto a moral pública y reaccionaria en punto a política. Y esta es la fórmula de todos los despotismos y de todas las decadencias".¹⁰

La reaparición del terrorismo en Barcelona —dos bombas en los

⁸ Gabriel Maura y Gamazo, *Las orientaciones de la política exterior española*, publicado primeramente en la *Deutsche Revue* y reproducido luego en *Nuestro Tiempo*, No. 103, de VII, 1907.

⁹ Cta. de Alejandro Pidal y Mon, sin fecha. *Archivo Maura*.

¹⁰ *Nuevo Mundo*, 7, XI, 1907.

últimos días de diciembre— fue la nota grave que presidió la alborada de 1908. La estupidez de consuno con la malicia acusaban a los correligionarios de Lerroux, al elemento clerical, a los separatistas, a los liberales, de acuerdo con el gobierno, para demostrar que *también* en épocas conservadoras estallaban bombas en Barcelona. Por rivalidades comerciales, se llegó a complicar a los puertos de Génova y Marsella en el terrorismo. En esta época cunde por el mundo la fama de que es Barcelona la ciudad más revolucionaria del mundo. La iniciativa de la diputación y el ayuntamiento de la capital catalana, contratando a un detective inglés, un tal Mr. Arrow, para organizar una policía de investigación, no dio los resultados que se esperaban.¹¹ Y el problema siguió en pie para desasosiego de muchos y desprestigio de todos.

De un suceso luctuoso en... Lisboa se derivaron comentarios con que la malicia alimentó la chismorrería del extranjero. En la tarde del primero de febrero habían sido asesinados en la capital portuguesa el rey Carlos I y el príncipe heredero Luis Felipe, quedando herido el segundo hijo, Manuel —constitucionalmente Manuel II— e ilesa la reina madre doña Amalia.¹² El hecho de que el nuevo gobierno portugués de "progresistas y regeneradores ortodoxos", al sustituir al dictatorial de Juan Franco, se creyera en la obligación de aplicar una política radical impuesta por el atentado sugería a codiciosos políticos españoles sacar partido para combatir a Maura. La política de éste se asimilaba a la de Juan Franco, y se recordaba a don Alfonso la tragedia de Lisboa como lección que no debía desaprovechar. Corrillos del extranjero, en los que seguía válida parte de la leyenda negra española, especularon sobre los sucesos de Lisboa pronosticando los más agudos, para muy pronto, una segunda edición de la tragedia en España.

El hecho más importante del año, por la significación que ha de tener muy pronto, es el recibimiento dispensado a los reyes, en otoño, por la ciudad de Barcelona. Al consignarlo, cabe la observación —olvidada por cronistas de ayer y de hoy— de que en ciudades populosas como la capital del antiguo principado tenían adeptos ideas y programas tan dispares entre sí como los defendidos por monárquicos, republicanos y anarquistas. En ocasión propicia, los adeptos de unos u otros podían darse cita y lograr, en verdad, una manifestación "concurrida y entusiasta...". Hecha la observa-

¹¹ V. mi *Prat de la Riba*, pp. 209, 322-23.

¹² A título informativo, V. Carlos Malheiro Dias, *Quem é o rei de Portugal* (Lisboa, Bertrand José Bastos, Ca. 1908). Para juzgar del alcance de la tragedia lisboeta, la obra de Jesús Pabón, *La Revolución portuguesa. De Don Carlos a Sidonio Paes* (Madrid, 1941).

ción, no se pudo negar la asistencia de numeroso público, rebosante de buena voluntad, para recibir a doña Victoria, cuya rubia cabellera, en contraste con la blancura de Maura, pareció augurar tiempos de paz. El discurso del rey, en contestación al que pronunciara el presidente de la diputación —Prat de la Riba—, decepcionó algo a los regionalistas, pues les demostró olvido de las palabras que cuatro años antes había pronunciado en aquel mismo lugar,¹³ aun cuando quisieron creer que la reina, por su cuna inglesa, influiría en el ánimo del real esposo para la sabia comprensión de una España confederadamente integrada y no unitariamente subyugada.

En el plano intelectual, hervidero de las más dignas inquietudes, registremos lo que ya se ha señalado en un ágil panorama de la cultura española:

La aparición de los hombres del 98 en el horizonte español de los primeros años del siglo no debe ni puede velarnos su convivencia en un "espacio histórico generacional común" (para emplear la expresión de Tierno) con otros llegados antes y que todavía estaban en plena creación. Ocioso resulta insistir sobre ese contexto de los del 98, formado por los institucionalistas, por el regeneracionismo, por los brotes socialistas e incluso por los anarquistas, por la dominación intelectual que ejerce entonces el positivismo. Hay que pensar en los libros de Baroja, Azorín y Unamuno, sí; pero también que aquel es el momento de aparición de la Junta para Ampliación de Estudios, con Castillejo de secretario; en que se desarrolla el "reformismo social" de los krausistas ovetenses, los Alvarez Buylla y los Posada; en que el pensamiento catalán brilla a gran altura con Maragall y, en el plano político, con Prat de la Riba. Aislar la presencia del grupo del 98 de todo ese contexto no sólo es supervalorarlo, sino falsear el panorama intelectual de la época.¹⁴

Cita larga, justificada en este artículo para lograr la perspectiva perdida durante demasiados años por la supervaloración, efectivamente, de los energúmenos del 98. Energúmenos geniales, en conjunto poco generosos con escritores excelentes que con ellos convivieron todo a partir del primer cuarto del nuevo siglo.¹⁵

¹³ En abril de 1904, al discurso en catalán pronunciado por Prat de la Riba, don Alfonso había dicho: "Mucho me ha complacido que vuestro presidente haya hablado en catalán. ¡Pues qué! ¿Acaso la lengua catalana no es una lengua española? El idioma catalán, ¿no es de una región de España? Será uno de mis primeros cuidados el aprenderlo, a fin de que cuando vuelva pueda entenderos tal como habláis".

¹⁴ Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española* (1885-1936), Madrid, Tecnos, 1969, pp. 121-2.

¹⁵ Hace años que Federico Carlos Sañz de Robles viene recordando, a

Un comentarista de maquiavelismos y trapacerías diplomáticas terminaba su balance del año 8 con la siguiente exclamación: "¡Veremos las sorpresas que nos guarda!" Se refería, por supuesto, al año 9, que por los acontecimientos que se sucedieron en sus primeros meses no parecía que tuviese que ser más fiero que los anteriores. Hubo viajes de los reyes a Villaviciosa, donde se entrevistaron con el recién proclamado Manuel I de Portugal; a Biarritz y Pau para ver los ensayos de los hermanos Wright en aviación; a las plazas de Africa; a Miramar, donde se alojó Eduardo VII de Inglaterra. . . Se celebraron las efemérides de 1808, las exposiciones de Zaragoza y Valencia y la fecundidad de doña Victoria, que ya contaba con una prole de dos varones y una hembra. . . La nota discordante fue la campaña terrorista basada en la treintena de artefactos explosivos que en dos años y medio se habían colocado en distintos lugares de Barcelona. Nadie se alarmó, sin embargo, porque se dejara "extramuros" la ley del terrorismo que el marqués de Figuerola, ministro de Justicia, intentara hacer aprobar a principios de año. Nadie tampoco consideró extraordinaria la obstrucción sistemática del "bloque de izquierdas" a los proyectos gubernamentales. Pero el germen de la discordia bullía larvado.

Apenas llegados los calores del verano, las complicaciones de una operación de policía de frontera en los alrededores de la plaza de Melilla provocan la guerra de Marruecos, y ésta, a su vez, es motivo ocasional de la llamada *semana trágica* de Barcelona, que deja en pos de sí una estela de odios y de ruidosas campañas anti-españolas en el exterior. Ninguno de los relacionados episodios nos hará llenar muchas páginas por ser ya abrumadora la bibliografía con que contamos.¹⁶

Antes de abordar una de las graves crisis por que han pasado los españoles en la conciencia occidental del presente siglo, detengámonos en el remanso que nos ayudará a tomar aliento. Me refiero a la correspondencia entre Luis de Zulueta y Unamuno, quien, en pleno invierno de 1909, se ha desplazado a Valencia, claro está que para remover espíritus. Sabemos que la capital levantina es teatro,

nuestros contemporáneos, la injusticia en que éstos incurren al enfocar su admiración sobre un grupito únicamente de los muchos y excelentes escritores que dieron lustre al primer cuarto de nuestro siglo.

¹⁶ Destaquemos Gustavo Peyra Anglada, *España en el Rif*, 1909 (Barcelona, Pons y Cia., 1910); Jesús Pabón, *Cambó*, 1876-1918 (Barcelona, Alpha, 1952), pp. 328-62; Diego Sevilla Andrés, *Antonio Maura. La revolución desde arriba* (Barcelona, Aedos, 1953); Duque de Maura-Fernández Almagro, *Porqué cayó Alfonso XIII*, pp. 136-62; Josep Benet, *Maragall i la Setmana Trágica* (Barcelona, Inst. d'Est. Catalans, 1963). Añadamos la obra de Raymond Carr, *Spain, 1808-1939* (Oxford University Press, 1970).

de muchos años atrás, de las fogosidades de Blasco Ibáñez, políticas y literarias. Y sabemos que en estas orillas del Mediterráneo —el mar que no se ajusta al temple de don Miguel— los proletarios tienen conciencia de clase tan despierta casi —o sin casi— como en Barcelona, con ansias de disfrutar en esta vida algo de lo que en ella disfrutaban los que, tradicionalmente, gustan de adormecer a los demás con las bienaventuranzas de la otra.¹⁷ Si rechazamos toda comparación de tipo intelectual entre Blasco Ibáñez y Unamuno —dos maneras de entender la vida y la profesión de escritor—, no es posible rechazar lo que el rector salmantino tanto aprecia; la pasión, común a ambos, compartida incluso por las "masas bravías"¹⁸ que aplauden a Blasco Ibáñez y leen las ediciones de la Biblioteca Sempere. Unamuno se horroriza de que

obreros que ignoran el teorema de Pitágoras, la ley de la caída de los graves, la causa de las estaciones, la posición y funciones del hígado, los elementos, en fin, de las ciencias, se ponen a leer a Darwin y lo que es peor a Haeckel. . .¹⁹

Pudo haber añadido Büchner, el químico alemán a quien dos años antes se le había concedido el premio Nobel y que era popular, también, en los medios obreros "avanzados", más o menos libertarios de Valencia y Barcelona.²⁰ ¿Pero es posible, preguntamos, que Unamuno olvidara el añejo anticlericalismo de las masas laborales, masas que, por serlo, no contaban en su haber cultural con esos "elementos de las ciencias" que él, rector universitario, poseía desde la infancia?²¹ Su ansia de inmortalidad —de la que él mismo no acaba

¹⁷ Estas ansias son comunes, por supuesto, a los proletarios del resto de Europa, sobre todo en los países industrializados.

¹⁸ Expresión de Unamuno en la Cta. de 5. III. 1909, a Zulueta, en Miguel de Unamuno/Luis de Zulueta, *Cartas*, 1903-1933. Prólogo y notas de Carmen de Zulueta (Madrid, Aguilar, 1972).

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Ya que se cita la valencianísima Biblioteca Sempere, mencionemos en Barcelona, entre otras, Escuela Moderna, que en ediciones no por baratas menos correctas difundieron entre esas "masas bravías" los textos más radicalmente antitradicionales en los campos de las ciencias sociales y de la naturaleza.

²¹ No costaría mucho, sin embargo, demostrar que la acusación de Unamuno es gratuita, en gran parte, al menos. En las colecciones populares que ávidamente leían los proletarios —los valencianos como los barceloneses— se encuentran títulos en los que se explicaban esos elementos de las ciencias que Unamuno consideraba indispensables para entender a Darwin y a Haeckel, por ejemplo. Citemos a un colaborador de las repetidas colecciones populares; el profesor de la universidad de Barcelona, Odón de Buen, gratamente recordado por cuantos le tuvieron por maestro.

de estar convencido²²— le hace sentir escalofríos ante esos obreros que, salvando el puente de lo anticlerical a lo antirreligioso, fragilísimo siempre, aplauden todo texto o discurso anticristiano. El ocio creador que permite a Unamuno henchir cartas, artículos y libros con sus inquietudes espirituales es delicia desconocida de los que necesitan trabajar doce y catorce horas diarias para ganar el pan de cada día. Su ánimo apasionado, proyectado generosamente —en su obsesión— hacia esas masas radicales le hace confiar en cambiarlas. "Si estuviera yo allí en dos años las hacía de nuevo eso que usted llama católicas", escribe.²³ ¿Lo hubiese conseguido? De lo que estamos seguros es del choque, tremendo y estupendo, de las dos personalidades —Unamuno, Blasco Ibáñez— en la populosa Valencia de comienzos de siglo, de ritmo febril desconocido en Salamanca. Pero esto son hipótesis. Realidades son, al contrario, las que disgustan a Luis de Zulueta, olvidadizo éste, a su vez, de que son componentes igualmente añejas de la idiosincrasia peninsular, excepciones aparte. En respuesta al párrafo de don Miguel, el que ha dejado ya de ser estudiante, escribe:

Es verdad, esos levantinos Blasco, Sorolla, Simarro, Morote, etc., etc., son, cada cual a su modo, de una basta facilidad que me disgusta. Han heredado la indisciplina ibérica, la tosquedad romana y la barbarie semítica. Me recuerdan los valencianos, en lo peor, a los aragoneses y a los catalanes. Mala mezcla de lo peor de Aragón y de Cataluña es lo que echó don Jaime sobre Valencia cuando fue a su conquista.²⁴

Pero volviendo a los temas candentes de la crisis de 1909, recordemos que se inicia con operaciones militares encaminadas a infligir castigo ejemplar a las cábilas responsables de la agresión de los rifeños, el 9 de julio, a obreros españoles que trabajaban en la construcción de un ferrocarril minero próximo a Melilla. Estas operaciones, desproporcionadas al objetivo invocado para justificarlas, se sucedieron con tintes de tragedia, pues no fueron sino una ininterrumpida serie de desastres en los que perdieron la vida "oficiales y soldados a racimos". La perentoria necesidad de enviar refuerzos, sacados equivocadamente de los reservistas y no de las divisiones regulares, aumentó la gravedad de los acontecimientos en la península, particularmente en Barcelona, donde ya de tiempo atrás existía una peligrosa agitación anarquista. La tensión, regis-

²² Lo afirma don Miguel en la cta. que aprovechamos de 5. II. 1909.

²³ *Ibidem.*

²⁴ *Ib.*, cta. de 17. III. 1909.

trada en toda España, estalló revolucionariamente en la capital catalana, en la que hubo incendios y destrucción de todo cuanto simbolizaba opresión y poder, principalmente iglesias y conventos, según se venía repitiendo por tradición décimonona.²⁵

Junto a los "errores" señalados al gobierno Maura, y más singularmente al ministro de la guerra,²⁶ consignemos la defensa que del llamamiento de reservistas de la reserva activa hicieron algunos técnicos.²⁷ De uno de éstos importa recoger la indignación contra el aislacionismo que en los diez años a partir del *Desastre* de 1898 había cundido entre los espíritus, en su opinión, lúcidos sólo en parte. La indignación le impulsaba a desear una "firmísima decisión de vivir la vida internacional". Lo contrario podía ser el *finis Hispaniae*, pues "si las clases que aquí se llaman intelectuales siguen clamando contra lo que estúpidamente dimos en llamar aventuras; si persistiéramos, en una palabra, en achicarnos pretendiendo inútilmente pasar inadvertidos, el fin de nuestra nacionalidad sería un hecho por desgracia tan fatal como rápido". Renunciar a la vida de relación era suicidarse, convertirse en cadáver, que en todo el mundo se eliminaba, como en patología, por ser cuerpo extraño que estorba al normal funcionamiento de la vida. Precisaba elevar la vista y el corazón, perder menos tiempo en desgarrarse unos a otros, mirar por encima de las fronteras "para enterarnos de lo que piensa de nosotros Europa". Y el europeísta añade: "Es muy posible que si lo oyéramos nos sonrojaríamos".²⁸

En las esferas militares se había defendido la campaña por los motivos que en su saludo pastoral al ejército expedicionario captaba el provicario general castrense: "No merecería alternar con naciones civilizadas ni encontraría en ellas más que el silencio del desprecio, el pueblo que, egoísta y cobarde, consintiera la impunidad de la injuria, que sólo sangre generosa puede lavar".²⁹ Las deriva-

²⁵ "Con ser tan deplorable como lo fue", escribirá más tarde Gumersindo de Azcárate "puede pasar por un idilio si se compara con lo que hicieron en Roma los católicos soldados del católico emperador Carlos V, que llegaron a obligar a un obispo a dar la sagrada comunión a un asno". En Pablo de Azcárate, *Gumersindo de Azcárate* (Madrid, Tecnos, 1969), p. 545.

²⁶ Maura-Fernández Almagro, *ob. cit.*, pp. 131-2.

²⁷ Citemos a Peyra Anglada, *ob. cit.*, pp. 75-8.

²⁸ *Ibidem*, pp. 175-8.

²⁹ *Saludo Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Sión, procapellán mayor de S. M. y provicario general castrense al Ejército Expedicionario* (Madrid, Imp. Militar, 1909), p. 2. Contra este saludo pastoral muchos de los mozos que marchaban a "servir al rey" en la guerra de Marruecos pensaban que aquello era "un pozo de sangre y de oro..." V. un palpitante resumen

ciones político-sociales nos interesan más que las diplomáticas y militares. De cara a la totalidad de los oponentes al gobierno, cabe hacer hincapié en otro gran error que supuso la sustitución de Ossorio y Gallardo por Crespo Azorín, desconocedor éste de la ciudad de Barcelona, "con los múltiples problemas que en ella [estaban] planteados y los diversos factores de este complejísimo conjunto, según certificaba un testigo de autoridad.³⁰ La acción del nuevo gobernador, terminados los excesos revolucionarios, contrariaba la reacción saludable de la conciencia pública, iniciando un lamentable desvío. Con el pretexto de cerrar las escuelas disolventes, había ordenado el cierre de otras "meramente neutras y gran número de centros de cultura sana y moral que la iniciativa privada había creado para elevar el nivel intelectual y moral de las clases obreras". Por otra parte, el confinar, fuera de Barcelona, a los anarquistas españoles registrados por la policía, se facilitaba la siembra revolucionaria por los pueblos de España y, por lo hecho con las escuelas, no resultaba aventurado suponer que se cometerían errores, confiando a personas honorabilísimas, con lo que se asentarían nuevos golpes al prestigio de la autoridad. Y el comunicante termina con el párrafo que copio:

En resumen, mucho temo, mi distinguido amigo, que, si no se hermana la prudencia con la energía, dentro de algunas semanas la opinión se habrá olvidado de los sucesos de julio para recordar tan sólo las equivocaciones de la autoridad, y se habrán perdido los efectos de una lección, durísima, sí, pero que podría ser de fecundos resultados.³¹

Prescindamos de los políticos, moralistas o no, codiciosos del poder, lo mismo que de los dirigentes revolucionarios de los pasados disturbios. Acudamos a la opinión no bastardeada ni por mezquindades inconfesables ni por exaltaciones utópicas. Procuremos, en fin, una explicación del abismo que separa dos conciencias: la del pueblo sano, siempre honrada, y la de la minoría que no se deja arrebatar por la pasión, minoría personificada en don Antonio Maura. Ese abismo, más que divorcio, continúa existiendo hoy entre las dos conciencias aludidas, pese a todo lo escrito y perorado en los últimos cuarenta años.³² El pueblo sano —el de Cataluña especialmente—

de los primeros episodios del conflicto en INTERINO, "La campaña de Melilla y los sucesos de España", en *Nuestro Tiempo*, VIII, 1909, pp. 204-65.

³⁰ Francisco de A. Cambó a La Cerva, ministro de Gobernación, en copia (s. f.) conservada en el *Archivo Maura*.

³¹ *Ibidem*.

³² Una penosa entrevista de la que fui testigo, entre el primogénito de

vio en la guerra de Marruecos una guerra declarada por el gobierno no impuesta al gobierno. Falto de la educación cívica de otros pueblos europeos, no entendía y seguiría sin entender las obligaciones derivadas del tratado de 1904 sobre Marruecos. Lo que le entraba por los ojos era la "misericordia" de los repatriados de Cuba y Filipinas. Lo que le llegaba al alma, con un egoísmo muy humano por más antipatriótico que se haya pintado, era el llamamiento de los reservistas de la reserva activa —uno de los grandes errores del ministro de la Guerra. Para ese pueblo no había razón que justificara el llamamiento, cuyas consecuencias sentimentales, al recuerdo de la "misericordia" que seguía desembarcando procedente de Cuba y Filipinas, son fáciles de adivinar. Sobre esta base, los mangoneadores políticos pudieron erigir sus plataformas vocingleras y los dirigentes revolucionarios —no muy bien avenidos— lograron provocar un paro y una resistencia, aprovechado luego por los irresponsables sin ideales de ningún género para cometer toda suerte de desafueros. Sofocados con rapidez los motines y desórdenes, parte de los políticos de oposición elevaron el tono de sus campañas antigubernamentales estableciendo contacto con partidos afines del otro lado de los Pirineos, adonde marcharon —en donde se refugiaron— casi todos los dirigentes del fracasado conato revolucionario. Usando de las atribuciones que le proporcionaba la constitución, tomó el gobierno las medidas que juzgó oportunas y más adecuadas al estado de alteración y conmoción de los ánimos en región tan neurálgica como la catalana. Entre estas medidas las hubo también equivocadas. Digamos que el descontento contra el gobierno personificado en don Antonio Maura se nutrió del descontento que se mascaba de muchos días antes de los sucesos de julio. Este descontento nada tenía que ver con los incendiarios y los saqueadores de la *semana trágica*.³³

Contra los incendiarios y saqueadores redactó Prat de la Riba el *Manifiesto* que el 16 de agosto firmaban los diputados y senadores de la *Liga*, manifiesto que los anticatalanistas más furibundos hubieran suscrito. He aquí un párrafo:

Como ciudadanos de un país cuyas instituciones representativas ofrecen camino a la ordenada manifestación de la voluntad y de los sentimientos populares, como catalanes enamorados de nuestra tierra, condenamos las violencias contra las personas, contra las propiedades

don Antonio, don Gabriel Maura, y Fabra Ribas, me autoriza a confirmar el aserto.

³³ ¡Admirable postura en estas fechas la del poeta Maragall! El análisis de ella, con una global visión de los sucesos, va en el libro de Benet, ya citado, *Maragall i la Setmana Tràgica*.

perpetradas, para mayor irrisión en nombre del pacifismo; condenamos la intolerancia sectaria, las profanaciones y sacrilegios, la violación grosera de la libertad religiosa de los ciudadanos, cometida en nombre de la libertad de conciencia; condenamos la violación de los domicilios y de las sepulturas, la profanación de los cadáveres, el incendio de institutos destinados a la dignificación moral, a la educación, a la instrucción, a suavizar las aflicciones de la gente necesitada. Y, al condenarlo, protestamos de que se haya escogido para perpetrar esos atentados el momento en que nuestro ejército lucha heroicamente para sostener en una campaña exterior la dignidad y el porvenir de España.³⁴

De estas fechas parte, lógicamente, la identificación de Prat de la Riba y del partido regionalista inspirado por él con el conservadurismo más cerrado de la época. Las mentes liberales, y no sólo las masas republicanas y extremistas, se alzaron contra la confusión de términos y de situaciones que el miedo de los "defensores del orden" había sembrado en el *Manifiesto*. Escojamos la pluma de Luis de Zulueta, en carta a Azcárate³⁵ enjuiciadora de la posición gubernamental afín a la de la *Lliga* contra los radicalismos, ahora no por el contenido doctrinal, sino por los procedimientos revolucionarios. Lo que indigna a Zulueta es el cierre de escuelas³⁶ ordenado por el nuevo gobernador de Barcelona, claro está que con el propósito de acabar con las escuelas racionalistas:

Cerrar una escuela racionalista no puede nunca constituir una medida preventiva para una crisis de momento. Ningún peligro inmediato justifica que se cierre un centro de enseñanza cuyos resultados se

³⁴ Para un comentario de este *Manifiesto* remito al lector a mi *Prat de la Riba*, pp. 218-22.

³⁵ Completa en Pablo de Azcárate, *ob. cit.*, pp. 408-409.

³⁶ He aquí, resumidas, las citas de textos de la Escuela Moderna relacionadas en el *Manifiesto* de la *Lliga*: la base fundamental de la existencia de privilegiados y desheredados, culpable de todas las injusticias sociales, es la creencia en un poder sobrenatural; necesidad de destruir la religión y la iglesia; los militares, verdugos de la humanidad, logran prestigio y gloria a través del pillaje y el asesinato; el pueblo tiene que emplear las armas contra los que se las dieron para matar a hermanos; la bandera no es sino un trapo de colores atado a un palo y la guerra, proclamada para defender el honor de la nación, es simple pretexto para robarla; la propiedad se ha constituido gracias a la expoliación y el fraude, la rapacidad y la estafa con los nombres de industria y comercio; leyes y reglamentos, órdenes y decretos, cárceles y patibulos, policía y jueces. . . , todo se emplea en explotar al pueblo bajo el manto de la patria, que no es sino una estúpida y brutal ficción.

harán sentir, en todo caso, dentro de años. Se trata, pues, de una campaña contra la libertad de pensamiento. Mucho me temo que la vergonzosa tragedia de Barcelona no provoque un recrudescimiento del espíritu reaccionario, siempre latente en España.³⁷

En este ambiente empiezan a actuar los tribunales con una represión dictada por el miedo y no por la justicia. Don Gumersindo de Azcárate condenará la represión en el párrafo que sigue:

Jamás se ha visto que rebelión alguna haya dado lugar al procesamiento de todos los que en ella han tomado parte, a la formación de centenares de causas que duraron meses y meses, a la privación de libertad en numerosos casos en que la absolución, el sobreesamiento o la imposición de penas leves han venido a poner de manifiesto su injusticia; al destierro a granel, sin otro fundamento, a veces, que interesadas denuncias; al cierre de escuelas, como si esto pudiera influir en la solución inmediata de un conflicto de fuerza; a la aplicación rigurosa y severa de una legislación bárbara, sin que ocurriera que nunca como en tal coyuntura se imponía temprarla mediante el ejercicio de la gracia de indulto; a una tardanza en reconocer que sin razón estaban los tribunales militares entendiendo en asuntos que no eran de su competencia, y en acordar sobreesamientos y en terminar causas cuya sencillez resulta acusada por lo leve de las penas; ni el hecho de que el cambio de capitán general haya influido de modo visible en la marcha de los procesos.³⁸

Paralelamente, la prensa extranjera inaugura una ruidosa campaña, alimentada con las informaciones de los corresponsales que se desplazan a España, atizada, además, por los dirigentes revolucionarios que lograban escapar de la policía española. En el interior el choque de opiniones, crónico ya, aparece desafiador. No hay unanimidad en el seno gubernamental. Galdós, cristiano anticlerical y anti-antiguo régimen, publica su *Carta al Pueblo Español*, 5 de octubre de este año de 1909, de la que copiamos un párrafo:

La desaforada aventura del Rif y las enormidades de Barcelona reclaman enmienda urgente... Unidos todos, encaminemos hacia su término la guerra del Rif... Apaguemos de un soplo los cirios verdes que alumbran el siniestro Santo Oficio, llamado por mal nombre Defensa Social, vergüenza de España y escándalo del siglo, y pongamos fin a las persecuciones inicuas, al enjuiciamiento caprichoso,

³⁷ Cita n. 35.

³⁸ *Ibidem*, p. 542, en art. escrito sobre los sucesos de julio de 1909.

a los destierros y vejámenes con ultraje a la humanidad y desprecio a los derechos más sagrados... No temamos que nos llamen anarquistas o anarquizantes, que esta resucitada Inquisición ha descubierto el aoid de tostar a los hombres en las llamas de la calumnia.³⁹

El 10 de octubre, el capitán general de Cataluña aprueba el fallo del consejo de guerra que había condenado a la pena de muerte a Francisco Ferrer Guardia por el delito de rebelión militar.⁴⁰ Subrayemos que no se pudo probar su participación personal en los sucesos de la *semana trágica* o "sangrienta". Las acusaciones se originaban en las enseñanzas de la Escuela Moderna, de la que Ferrer era fundador, y que se suponía habían enardecido los ánimos, perfilando la mentalidad revolucionaria de los autores de los sucesos. Hubo peticiones de indulto, por supuesto, una de ellas de Azcárate, que razonaba así las circunstancias concurrentes en el juicio:

a) ...el reo ha sido condenado en vista de una prueba indiciaria, y sería ofender a V. E. hacerle notar lo grave, lo peligroso, que es condenar a un hombre a muerte en tal caso.

b) ...el reo ha sido encartado en los procesos y juzgado en condiciones anormales y con arreglo a un Código especial y a una ley que nadie comprende ni defiende...

c) ...han ocurrido, mientras se ha tramitado este proceso, cosas tales como la publicación anticipada de documentos obrando en el sumario: el llamamiento por edictos de todos cuantos tuvieran que alegar contra el procesado, el premio extraordinario que han recibido los apresores del reo, y el hecho innegable de haberse mezclado en la causa datos y hechos que se refieren a otra, pasada ya con autoridad de cosa juzgada...⁴¹

Comunicada la sentencia al consejo de ministros, éste, según acuerdo tomado previamente,⁴² resuelve no proponer al rey el indulto, y en la mañana del día 13 se fusila a Ferrer en los fosos de Mont-

³⁹ Cita de Tuñón de Lara, *ob. cit.*, p. 125.

⁴⁰ *Juicio ordinario seguido ante los tribunales militares, en la plaza de Barcelona, contra Francisco Ferrer Guardia* (Madrid, Rivadeneyra, 1909).

⁴¹ P. de Azcárate, *ob. cit.*, p. 553.

⁴² Y notificado con antelación al embajador en París, León y Castillo. Al informar el marqués del Muni acerca de la consigna circulada por las logias de Europa para impedir la condena de Ferrer, Maura se limitó a contestar que el gobierno se había inhibido totalmente de las actuaciones del tribunal y que, si se absolvía al presunto reo, al día siguiente sería puesto en libertad; "declarado culpable, cumpliría sin atenuación la pena que le fuese impuesta". (Maura-Fernández Almagro, *ob. cit.*, p. 145.)

juich. Destaquemos la posición de Antonio Maura, separándola de la posición de La Cierva. Maura no es pragmático como Cánovas ni escéptico como Sagasta. No sabemos lo que hubieran hecho Cánovas y Sagasta en iguales circunstancias. Lo presumimos únicamente. La conciencia de Maura, nada flexible, se atiene a la abstracción segregadora del poder judicial y del poder ejecutivo. Una abstracción incomprensible para el concreto pueblo español. La casi totalidad de los intelectuales europeos engrosan la campaña contra "la fanática e inquisitorial España", según las masas liberales, la España seguidora de una política: la del *Syllabus*, de la encíclica de Pío IX y de los congresos católicos, la que dividía la prensa en buena y mala, la del "liberalismo es pecado"... El abismo entre los estados de opinión se abre en las fronteras de España con el resto de Europa. Se llena con odios, pasiones y concupiscencias; se colma con celos de rivalidades comerciales, ansias de desquite y siglos de ignorancia. En situación tan desdichada, los discursos de las cabezas visibles del gobierno resultaron inoperantes.⁴³

Puntualicemos, antes de continuar, la posición que sigue en pie, cabal ilustradora de la disyuntiva entre dos conciencias de opinión. Me interesa aquí una sola, la contraria a la gubernamental, dado que esta última ha tenido abundante explicación y justificación. Esta posición afirma: 1o. No debió declararse la guerra a Marruecos. Provocada por los rifeños, el prestigio internacional de España no valía el sacrificio de vidas españolas en tierras que podían abandonarse. 2o. Tomando el acuerdo de declarar la guerra, debía haberse aprobado por un plebiscito (con la seguridad de perderlo), o al menos, por los representantes de las minorías parlamentarias. 3o. El llamamiento de los reservistas catalanes era una "provocación" en el ánimo de cuantos seguían apenados a la vista del desembarco de los repatriados de Cuba y Filipinas. 4o. Los sucesos de julio en Barcelona no justificaban la sustitución de la autoridad civil por la militar, puesto que se había demostrado que aquélla no había agotado sus recursos para sofocar los movimientos revolucionarios. 5o. La suspensión de garantías y la actuación de las nuevas autoridades nombradas, en particular el nuevo gobernador civil de Barcelona, no se llevaron con el tacto que merecían. 6o. La condena de Ferrer no se acató como justa. Una gran mayoría estaba convencida de la culpabilidad de Ferrer en el atentado a los reyes, en Madrid, el 31 de mayo de 1906; pero no aceptaba la participación de Ferrer en los sucesos revolucionarios de Barcelona. A los elementos seña-

⁴³ Discursos de Maura en el congreso, los días 18 y 19, y en el senado, el 25 de octubre de 1909. Discursos de La Cierva, en el congreso, los días 19 y 20 del mismo mes y año.

lados por el gobierno co-explicadores de los desórdenes —el anarquista revolucionario y el formado por los no enterados de las leyes vigentes en España—, debía añadirse el de los que afirmaban la arbitrariedad e iniquidad de tales leyes. Pasemos ahora a recoger esquemáticamente las resonancias de la crisis en su proyección nacional e internacional.

De don Germán Gamazo se cuenta una frase —falsa, adelantémoslo— según la cual, admirador aquél del talento oratorio aunque no de la prudencia y tacto políticos de su cuñado Maura, habría exclamado: "Antonio en la presidencia del consejo sería como un potro en una cacharrería". Las apariencias hicieron que se aplicara a don Antonio una frase acuñada por él para otro personaje.⁴⁴ La situación hizo creer en la verosimilitud de la atribución: guerra de Africa, negociaciones diplomáticas difíciles, Europa entera en actitud de protesta —hosca, agria y vejatoria— contra la política española, amenazas de rebelión social en Cataluña, inquietud en las filas monárquicas, engrosamiento de las masas republicanas y socialistas, crítica situación de la Hacienda. . . El "gran valor cívico" con que Maura hiciera frente al peligro, según reconocimiento de su adversario Moret —que le sucedió en el poder— no bastaba para acallar la gritería internacional, en la que se creyó iban a diluirse los pujos bienintencionados de asomarse a la política mundial.

A despecho de recelos y frialdades dentro del propio partido conservador, Maura no estuvo solo. Contó con apoyos en el interior y con otros, incluso prensa, en el exterior.⁴⁵ Españoles de significación ultramontana le escribieron aplaudiéndole por la energía con que soportaba los rugidos de "la canalla internacional".⁴⁶ Tres ediciones dispares pondrán de relieve lo que apuntábamos. *La campana de Gràcia* del 23 de octubre de este reiterado año de 1909, defensora de los republicanos catalanes de izquierda, abrirá la marcha⁴⁷ para ilustrar ese choque tremendo de opiniones. Un dibujo

⁴⁴ Para García Alix, ministro de Instrucción Pública y forjador de uno de tantos planes de enseñanza ensayados en lo que va de siglo. Con respecto a Gamazo, la frase auténtica que podríamos citar es la repetida por Maura cuantas veces le preguntaban el porqué de mostrarse tan identificado con su cuñado: "Germán es la tienda y la trastienda". Y añadía: "Yo no soy más que el escaparate".

⁴⁵ Citemos *L'Express du Midi*, editado en los departamentos del sur de Francia, con la dirección en Toulouse. Como ejemplar típico, a contracorriente de la tendencia general de la prensa de aquellos meses, V. el no. 6 190, edic. matutina de Toulouse, del 19. X. 1909.

⁴⁶ Cta. de Juan Vázquez de Mella, fechada en el castillo de Frohsdorf, el 21. X. 1909. *Archivo Maura*.

⁴⁷ No. 2111, extraordinario, con el subtítulo acostumbrado de *Donarà*

de Pisarol ocupa la primera página: sentado en el lado izquierdo de una rústica mesa, un obrero, la mano vendada, prueba fuerzas con Cambó, en el lado derecho, levantado del taburete. Ayudan a Cambó siete brazos, respectivamente, de la prensa del orden, la reacción, el fomento, la gente bien, el clericalismo, las clases directivas y la cámara de comercio. Una crónica firmada por Pif-Paf informa sobre la batalla parlamentaria entre Moret y Maura, sencillamente por el poder,⁴⁸ pues ya hacía treinta y tres meses que los liberales vivían alejados de él. ¿Motivos? La "semana negra", la campaña de Melilla, la represión, el fusilamiento de Ferrer, las protestas en el extranjero. . . , motivos que en el fondo a los hambrientos de poder les importaba "un pito", pero que servían de cobertura para reclamar entrada franca en la despensa nacional.⁴⁹ Abundan los textos tachados por la censura y, en la última página del número, la octava, se ofrece un dibujo de Apa que representa al zar de todas las Rusias descansando en su trono, satisfecho de que Europa, ocupada con "las cosas de España", le deje tranquilo; una fotografía de la cabecera de la manifestación parisiense de protesta pro Ferrer y el anuncio del número siguiente de *La Campana*, que se piensa dedicar a los muertos, *qu'és lo que més abunda en aquest país*.

La Rebeldía, en su edición semanal del 13 de noviembre,⁵⁰ reaparece tras distintas suspensiones gubernativas, saludando a los mártires de la libertad, al pueblo —*Visca Catalunya Republicana!*— El famoso artículo de Larroux "Rebeldes, rebeldes! . . .", de septiembre de 1906, se reproduce con fidelidad para proclamar su fe revolucionaria después, leemos en la introducción,

de haber visto al fuego realizar su obra, después de haber contemplado gozosos la huida de frailes y monjas a través de las calles de la ciudad inmortal, después de haber oído los gritos de rabia y los vivas de entusiasmo de los que en las románticas barricadas murieron y lucharon después de los fusilamientos de Montjuich, de las prisiones y de los destierros, de la tiranía maurista y de los tres meses de inquisición camboniana. . .⁵¹

al menos una batallada cada semana, con variedad de textos y profusión de dibujos y fotografías.

⁴⁸ Leemos: *Fins ara els dos partits [moretistas y mauristas, liberales y conservadores] qu'en cazinyosa rivalitat explotan a Espanya la vinya gubernamental s'havien sempre entès perfectament. Uns quants mesos tu, uns quants mesos jo; ara jo baixo, era tu pujas. . . Un verdader idili!*

⁴⁹ *Necesstem entrar al rebost*, habían dicho los militares a Moret: *Parli!*

⁵⁰ No. 150, subtítulo "periódico republicano revolucionario", órgano de Larroux.

⁵¹ *Ibidem*.

El resto de la edición va dedicada a recordatorio de los que habían muerto, los que estaban entre rejas y los que lograban pasar las fronteras de la "Francia hospitalaria, cabeza de ese movimiento admirable, que acaba de salvar a España de la ruina y de la ignominia", una Francia de sindicalistas, anarquistas, revolucionarios, republicanos, intelectuales —con Anatole France, Naquet y Jaurés— que apoyaba generosamente la obra del pueblo que "ni perdona ni olvida".⁵² Hay alusiones a la vergonzosa práctica de delaciones iniciada por el Comité de Defensa Social (mencionado por Galdós) y reproducción de las últimas cartas de Ferrer. En contraste con las anteriores, la edición del ABC del 4 de diciembre, sábado, publica un artículo de José Cadenas firmado en París, protestando del estreno de *La mort de Ferrer* en la Gaieté Montparnasse, obra del "cornetín de pistón" Montehus; otro artículo, más reflexivo, de Miguel S. Oliver, con estadísticas demostrativas de que la represión en España era inocente comparada con los sangrientos escarmientos de Chicago, Palermo, Lieja, Lovaina, Trieste y... la *Commune* de París, el año 1871. La edición, de ABC también, del siguiente día, domingo, 5 de diciembre, dedica largas páginas a las proclamas de las logias masónicas de Francia y Bélgica a favor de Ferrer, así como a probar la inmoralidad básica del fundador de la Escuela Moderna, su carencia de doctrina pedagógica, su falta de cultura, sus ciegos radicalismos y su participación en los sucesos de Barcelona...⁵³

⁵² "Y en Cataluña hoy más que nunca", prosigue la frase, el pueblo "odia y maldice". Art. de José Ulled, escrito en París.

⁵³ Muy otra fue la consideración que de Ferrer se tuvo en el extranjero, en los medios educativos, por ejemplo. Citemos a William James Durant, filósofo e historiador, profesor de las universidades de Columbia y California, quien, después de organizar la correspondiente asociación, fundó en Nueva York la *Ferrer Modern School* al este de Manhattan, *to perpetuate the memory of Francisco Ferrer*, con clases nocturnas para adultos en las que se daban cursos de literatura, arte, teatro, ciencias, economía y vida sexual, y contando con una sala de lectura abierta diariamente al público de las 4 de la tarde a las 11 de la noche. Traduciré algunos párrafos de los contenidos en el folleto propagandístico de la escuela, dedicada especialmente a niños y niñas (W. J. Durant, *The Ferrer Modern School, published by the Francisco Ferrer Association, 19...*) La educación libertaria de la escuela se proponía "el desarrollo del cuerpo, el carácter y la mente del niño sólo por el libre juego de los instintos". El profesor Durant declara: "Aun cuando soy socialista, me he propuesto no imponer nunca mis opiniones a los niños..." Las clases estaban abiertas a todos los estudiantes, sin pago ninguno, fuesen ellos de familias conservadoras o radicales. Se permitía a los visitantes entrar a cualquier hora en las salas de clase y ver *the libertarian theory in operation*. Maestros y alumnos no se reunían a ninguna hora fija; los niños llegaban cuando querían y se marchaban en

Pese a los textos de ABC, las campañas de la prensa extranjera dieron sus frutos. En su proyección internacional, el perfil de España puede sintetizarse en los puntos que relaciono a continuación: a) España es una nación al margen de la comunidad europea, habitada por un pueblo insano. b) Una minoría intelectual y artística, apoyada por un proletariado despierto y laborioso, es la única esperanza de regeneración con que cuenta España. c) Una teocracia más papista que el papa, un clan militar presidido por el rey y una oligarquía de politicastros corrompen las escasas fuentes de vida del pueblo español. d) Estas "cosas de España", a las que debía añadirse el desprecio al Derecho y a las garantías más elementales de la personalidad humana, según demostraban los hechos desparrramados por el mundo civilizado a raíz de las ocurrencias en Barcelona, hacían indeseable la presencia de España en el concierto europeo.

el momento en que lo desearan. ¿Disciplina? El profesor aclara: "No tenemos ninguna. La disciplina significa coacción... y la pedagogía libertaria tiene que prescindir de toda coacción". En la cubierta posterior de este folleto se anuncia otro: *Francisco Ferrer: His Life, Work and Martyrdom. With portrait and messages from Ernst Haeckel, Maxim Gorky, Edward Carpenter, Havelock Ellis, Jack London and others* (s. f.).

AMÉRICO CASTRO Y EL SIGLO XIX ESPAÑOL

Por Rubén BENITEZ

1 Me parece de justicia reconocer en Américo Castro la cualidad de un pensamiento estremecido de dolor nacional. La angustia de la Guerra Civil (1936-1939) precede a las razones intelectuales que lo llevan a buscar, en la estructura íntima del ser español, la explicación de tantas crisis parecidas. El mismo lo atestigua: "Fue a fines de 1943, cuando la BBC de Londres me devolvió el disco que no juzgó conveniente radiofundir a España con mis palabras sobre *Castilla la gentil*, fue entonces cuando me puse a investigar qué había por debajo y por encima, hacia atrás y hacia adelante, en aquella, para mí, matanza sin sentido de unos españoles por otros españoles".¹ La visión del pasado es así en él, como ocurre casi siempre, una consecuencia de la vida presente. De este modo, se entiende mejor el sentido dramático de sus ideas sobre el siglo XIX. No puede hablarnos de las guerras carlistas sin proyectar sobre ellas el fantasma de 1936; tampoco del liberalismo romántico sin aludir al liberalismo actual. En la reseña sobre el libro de Vicente Llorens, publicada en *Cuadernos* en 1956, comenta la emigración de 1823, pero se dirige a los exiliados de ahora para hacerles reconocer las causas de hechos similares en la historia de España. El mal no está en *el otro*, en *lo otro*. Rechaza allí la idea de las dos Españas: "Corre por ahí el fantasma de existir dos Españas, la reaccionaria y la progresiva, la última de las cuales acaba siempre por ser aplastada. Se llama reacción a los hábitos tradicionales y espontáneos y progreso a ciertas ideas y usos, no nacidos en España, sino importados del extranjero".² El aporte más significativo, en su conjunto, de los estudios de Castro sobre el siglo XIX

¹ "Advertencia previa" a *De la España que aún no conocía*. México, Finisterre, 1972. Vol. I, pág. 68. (Anticipada en *Estudios Filológicos*. Valdivia, Chile, 5, 1969, págs. 7-58).

² "Emigrados", *Cuadernos*, 17 (París, marzo-abril 1956), págs. 3-12; reimpresso en *De la España...*, II, págs. 181-201. La cita aparece en pág. 182. Castro repite algunas de estas ideas en *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid, Alfaguara, 1966, págs. 210-214.

consiste precisamente en ese apartamiento de la dicotomía *tradición* y *progreso*: analiza los conflictos como índice de una estructura vital subyacente bajo las diferencias.

El problema de las dos Españas preocupa a Castro desde muchos años atrás. Ya al tratar de Jovellanos, en 1933, advierte en él algo más que el desengaño de un progresista cuyas razones no son soluciones. Jovellanos es la manifestación suprema del constante *jovellanismo* de la historia española: "querer prescindir de lo que España realmente era, para en ese vacío fraguar otro país, con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es". Esa discrepancia profunda constituye un hecho esencial de la historia de España, no por capricho o accidente: "La historia de España es la de un ser que en su flanco abierto portara el dardo del eterno descontento".³ En eso ha venido a parar, nos dice en fecha tan temprana, la España del *sosiego* hidalgo y de la limpieza de sangre. Jovellanos se le convierte así, impensadamente, en el símbolo del *vivir desviviéndose*. Años después, hace consciente el símbolo. En *Hacia Cervantes* descubre en Son Armadans el espectro de Jovellanos, "el abrasado sin hoguera". Ningún Hamlet percibe el sentido de sus apariciones. El fantasma no arrastra cadenas ni emite quejidos: "El gran señor de Asturias es demasiado señor para exhalar quejumbres. Visto de cerca, su gesto es sólo de discreta sorpresa y su palabra un sencillo ¿por qué? reiterado como gota que cae, cada media noche, desde 1811".⁴

Castro ha leído a Jovellanos con inusitada profundidad. Se trata de algo más que de un estudio literario. El drama existencial de Jovellanos se le hace carne propia cuando la contienda civil derrumba las esperanzas del progresismo español. Se recuerda entonces, en su juventud, como embarcado en la misma empresa que Feijóo y Jovellanos, empeñados todos en cambiar el rumbo de la vida española.⁵ Ahora, al igual que Jovellanos ante parecida crisis, Castro pide respuestas más hondas. No las halla ni en el tradicionalismo que entiende el espíritu nacional como algo eterno e inalterable, ni en un liberalismo orientado hacia afuera de las fronteras del país y preocupado sólo por el progreso material. La solución está en el desarrollo de un espíritu nuevo que se ahinque en la realidad española. Castro entiende el liberalismo, desde entonces, como una di-

³ "Jovellanos", en *De la España...*, II, pág. 204. Apareció publicado por primera vez en *El Sol*, Madrid, 21 de julio de 1933.

⁴ *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 197, pág. 489.

⁵ "Emigrados", pág. 191; ver además "Advertencia previa", pág. 76 y sigs.

mención humanista de tolerancia religiosa y política. Como el retorno a un modo de ser alterado desde los Reyes Católicos.

En este contexto se advierte con claridad la influencia ejercida en su formación juvenil por algunos pensadores del siglo XIX. Castro, el "filólogo institucionalista",⁶ aprendió en sus contactos con Giner de los Ríos y con Cossío no sólo la superación teórica de la ideología bipolar decimonónica, sino también el ejemplo práctico de un liberalismo más amplio y comprensivo. En torno de Giner de los Ríos, nos dice, se agrupaban católicos y librepensadores, pobres y ricos. Giner, de acuerdo con el autorizado testimonio de Rafael Altamira, "procuró siempre llevar a sus discípulos hacia el más escrupuloso respeto y la práctica más rigurosa del principio de tolerancia".⁷ En el resumen sobre *El movimiento científico de la España actual*, que publicó en *La Rassegna* de Nápoles en 1918, Castro destaca en Giner el candor y la sensibilidad que lo alejaron siempre del exclusivismo y de la violencia.⁸ En 1937, considera a Giner como la expresión del humanismo ascético, que no desdeña el mundo y por consiguiente acepta los logros del pensamiento moderno y de las técnicas, pero que promueve esos bienes al servicio de la persona, de los valores del espíritu. Giner incitaba a los jóvenes de su generación a averiguar cuidadosamente cualquier verdad nueva (de él deriva el incremento científico de la España de fines del siglo); pero ese interés por la información rigurosa no debía excluir el apasionado rastreo de una verdad interior de raíz humanitaria y ética. Giner predicaba "el olvido de las relaciones precisas y conmensurables, vestíbulo para el nihilismo racional" para tender en cambio hacia una "reducción del mundo a puros valores que me valen sin que yo los conozca o pueda definirlos".⁹ Castro desprecia desde entonces la ciencia positiva y los esquemas hegelianos, que reducen la riqueza humana a abstracciones carentes de sentido. Como maestro, prolonga el gesto de Giner. Acepta las ideas pedagógicas de Giner ya desde su primera polémica de 1935, en *El Debate*, al defender la Institución Libre de Segunda Enseñanza. Mantiene siempre

⁶ Así se denomina a Castro en *El Debate*; ver "Una historia de la educación" en *De la España...*, II, pág. 69.

⁷ Rafael Altamira, *Giner de los Ríos, educador*. Valencia, Prometeo, 1915, pág. 69.

⁸ *De la España...*, II, págs. 97-98.

⁹ *Ibid.*, págs. 217-218; se publicó primero en *La Nación* de Buenos Aires, junio de 1937. Ver en el mismo volumen "Una historia de la educación" y "Otro ensayo de terapéutica nacional" y en *La realidad histórica de España* (México, Porrúa, 1962), pág. 297 y sigs. Su visión de Giner se completa en las semblanzas de Manuel B. Cossío y Alberto Giménez, en *De la España...*, II, págs. 221-272; reimpresas además en *Españoles al margen*. Madrid, Júcar, 1973.

interés por la pedagogía aplicada a la enseñanza de la lengua, de la literatura y de la historia.

Giner y Cossío escrutan también el pasado español, los textos históricos y literarios, para descubrir los testimonios de un modo de ser nacional y entender así mejor la realidad presente. Giner procura comprender las razones que determinaron la expansión del imperio en el siglo xv y la casi paralización del desarrollo durante cuatro siglos. Se complace a recordar a sus discípulos verdades que Castro repite muchos años después: en el siglo xv, España impuso a Europa una idea del hombre y de la vida ejemplificada en el concepto de *hombria de bien*, de raíz puramente hispánica. Busca la explicación de la historia en características psicológicas del español o en razones culturales. Cossío revitaliza textos literarios y obras de arte en busca de rasgos expresivos que denoten un peculiar modo de ser y de sentir. Castro utilizará esas enseñanzas y les dará sentido cuando postule la *morada vital* de los españoles como la estructura básica que explica esas acciones y esos logros expresivos.¹⁰

Por caminos algo diversos, Joaquín Costa inquiera también, con mayor agudeza, la historia de España, y recoge observaciones sobre la psicología nacional que anticipan ideas de Castro.¹¹ Castro no sólo se apoya en Costa, sino que lo explica como exponente de la *vividura* española. El personalismo de Costa se entiende mejor a partir de los trabajos de Castro y de su concepción de la *morada vital*.¹² Costa, Giner y otros pensadores del pasado, le sirven en una doble dimensión; por un lado señalan con clarividencia hechos concretos del vivir hispánico; por el otro expresan con sus propias vidas un proceder que coincide con modos antiguos de ser "originados en la tensión creada por el conflicto entre la ley interior de la creencia (se era cristiano, moro o judío) y la faz exterior de aquella ley".¹³

Castro acepta de Costa un fondo de ideas importantes, algunas de las cuales comenta en *La realidad histórica de España*. Costa entiende el carácter islámico de ciertas instituciones españolas y hasta entiende que la tolerancia con respecto al Islam, el aceptar a los musulmanes como integrantes de la nacionalidad, formaría parte del programa político del Cid. Ese es el Cid verdadero, el de las crónicas, no desvirtuado aún por la ideología oficial; el otro, debe

¹⁰ Ver Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pág. 125.

¹¹ Ver Guillermo Araya Goubert, "Idea de la historia de Américo Castro", en *Estudios Filológicos*, 7, 1971, págs. 7-35.

¹² Pérez de la Dehesa, *op. cit.*, pág. 158.

¹³ *La realidad histórica*. . ., 1962, pág. 257.

quedar encerrado en su sepulcro con vueltas de llave. Castro transforma el símbolo: no es el sepulcro del Cid, sino el de los Reyes Católicos, cuya inscripción es lema de intolerancia, el que debe cerrarse para siempre.

Como Costa, Castro entiende que el caudillismo es el resultado de cierta estructura de la vida hispánica: desaparecida la dependencia del rey, los pueblos se agrupan como siguiendo una ley natural bajo caudillos deseados y buscados. Así explica, por ejemplo, el desmembramiento del imperio tras la invasión napoleónica. Proviene de Costa su valoración de las ideas políticas de Fray Luis de León, libertario espiritual, y las relaciones de esas ideas con el anarquismo del siglo XIX. Costa no es un anarquista, afirma Castro, pero se acerca a ese mismo libertarismo esencial. Por último, Castro utiliza a Costa cuando estudia las instituciones jurídicas que evidencian el conflicto entre la persona y la coacción del derecho, de la autoridad organizada, de la justicia oficial, como ocurre, por ejemplo, con los tribunales de agua y los conventos comunitarios.¹⁴ La prosa de Castro adquiere por momentos el tono dolorido y profético de la de Costa, "enloquecido por su amor a España y su angustia de ser español."¹⁵

Castro recibe también aportes de la España tradicionalista, no a través de un contacto tan personal y directo, sino por medio de la lectura asidua. Ha leído atentamente a Donoso Cortés —el Donoso reaccionario— en quien descubre "luminosos destellos." Donoso observa ya que el catolicismo español está impregnado de reflejos orientales. Considera además que el desprecio de los españoles por la civilización se inicia en la lucha contra los moros: los cristianos, sumidos en la pobreza y en la ignorancia pero orgullosos de su fe verdadera, desvalorizaban como falsa la cultura refinada de los musulmanes.¹⁶

Menéndez y Pelayo representa mejor el pensamiento de la otra España: "La *otra* España no era radicalmente distinta de la *otra* opuesta a ella. Menéndez y Pelayo, clerical y reaccionario, contribuyó a abrir la mente de la cursi aldeanería histórica de hacia 1890, tanto como Giner y Galdós, desde contrarias riberas."¹⁷ Castro acepta a cada instante opiniones de Menéndez y Pelayo. No podría ser de otro modo. Admira al crítico "con su buena intuición

¹⁴ Sobre Costa, ver las numerosas referencias en *La realidad...*, 1962, págs. 279 y sigs.; *Cervantes y los casticismos...*, pág. 239; "Prólogo" a *Don Quijote*, 2a. ed., México, Porrúa, 1962, págs. XL-XLI.

¹⁵ "Prólogo", pág. XLI.

¹⁶ *La realidad...*, 1966, págs. 21-23.

¹⁷ "Emigrados", pág. 199.

de valores artísticos.”¹⁸ Tiene más importancia el hecho de plantearse las mismas preguntas que Menéndez y Pelayo sobre el enigma histórico de España, el sentido de la heterodoxia en el pensamiento español, el valor de la ciencia española. No coincide, claro está, en las respuestas. Algo obnubila a Menéndez y Pelayo cuando choca con zonas de la vida española que no quiere develar o no puede explicarse desde su concepción ortodoxa. Para Castro, es típico el caso de *La Celestina*: Menéndez y Pelayo advierte en la obra la falta de principios morales sólidos y atribuye el hecho al escepticismo religioso y moral de los conversos. Pero esa circunstancia se reduce en él a “una infracción de las buenas costumbres.” La agudeza del crítico queda así detenida en toda zona de roce ideológico. Con respecto al *Quijote*, Castro lamenta que Menéndez y Pelayo haya pagado tributo a la crítica romántica y a juicios de Milá y Fontanals y de Valera, y no haya visto en el *ingenio lego* la dimensión de su cultura humanista.¹⁹ Una cierta concepción de la historia como la expresión del espíritu nacional, invariable y eterno, impide a Menéndez y Pelayo y a otros comprender la vida española en su profunda realidad. . . Concepción que en España es, según Castro, anterior al Romanticismo.

No se altera esa concepción en pensadores más modernos. Castro rechaza de parecida manera el *senequismo* de Ganivet y el *casticismo* de Unamuno: acepta de ellos, en cambio, algunos juicios parciales asentados en la intuición de la vida real. Como Ganivet, busca Castro en la historia una estructura esencial del ser español que explique el carácter individual. La diferencia está en que esa estructura es para Ganivet de carácter étnico y sanguíneo, mientras que para Castro se trata de una razón vital surgida de un concreto acontecimiento histórico. Ambos destacan sin embargo el carácter no europeo —africano para Ganivet— del ser español. Para Ganivet y para Castro, el misticismo y cierto refrenamiento ascético de la sensualidad son causas, en España, de muy extrañas maneras de vida: los españoles parecen aptos para practicar la comunidad de bienes con un fin ideal, pero no saben asociar voluntades y capitales con una finalidad práctica. Ganivet observa como síntoma la prosperidad de las comunidades religiosas frente al fracaso de las sociedades seculares. En Ganivet confirma Castro su idea de que el español no confía en la organización del estado: de allí la dife-

¹⁸ “El problema histórico de *La Celestina*”, en *Santa Teresa y otros ensayos*. Madrid, Historia Nueva, 1929, pág. 196.

¹⁹ *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, Hernando, 1925; en la ed. de 1972, págs. 16-17.

rencia entre la ciudad comunitaria europea y el tipo de ciudad española.²⁰

Desde temprano, evidencia Castro el fascinante influjo de Unamuno. Ya en 1918, fuerza el desarrollo de un cuadro sobre la ciencia española para incorporar en él a Unamuno: "Realmente, Unamuno no es un científico; aunque su ocupación oficial es la de profesor de griego en Salamanca, la filología clásica no le ha hecho célebre. Pero a pesar de esto hay que citar aquí a este escritor admirable —imbuido de misticismo, de personalismo y de arbitrariedad— por ser una de las más grandes figuras del espíritu español contemporáneo. Su producción literaria y su acción personal son y han sido un elemento de renovación y de aliento para el país. Sus campañas intensas y vibrantes en pro de una mayor modernidad en la vida pública influyen indirectamente en el resurgir de la cultura española que hoy se dibuja en las formas más diversas."²¹

Unamuno es el "gran intuidor" de la realidad hispánica. Se aparta de la historia al uso para bucear en las capas más profundas de la españolidad y descubrir en ellas las "latencias de vida", que Castro considera historiables. En *El torno al casticismo*, Unamuno intuye el problema de España, según el párrafo que el mismo Castro cita: "Casta la castellana de conquistadores mal avenidos al trabajo, no se compadecía bien en interrogar y desentrañar la realidad sensible, a trabajar en la ciencia empírica, sino que se movían a conquistar (con trabajos, sí, pero sin trabajo) una verdad suma preñada de las demás, no por discurso que se arrastra de cosa a cosa. . ."²² Unamuno ha sabido leer los textos literarios en procura de razones vitales. Castro critica, no obstante, ciertos aspectos de su lectura del *Quijote*: Unamuno considera el libro como algo creado en sí, sin ver en él la proyección de la vida y de la ideología de su autor. Fuerza al *Quijote* como si lo quisiera más buscador de eternidades.²³

Pero Unamuno se presenta, al mismo tiempo, como un gran desorientador. Su idea de la *intrahistoria* resulta una nebulosa apta

²⁰ Acerca de Ganivet, ver *La realidad. . .*, 1962, págs. 261-262; además, "Entrando en Portugal", en *De la España. . .*, III, pág. 58; *El pensamiento de Cervantes*, 1972, pág. 17 y "Advertencia previa", págs. 64, 70.

²¹ "El movimiento científico de la España actual", en *De la España. . .*, II, pág. 114.

²² *Hacia Cervantes*, 1957, pág. 309.

²³ "Advertencia previa", págs. 62-66. Otras referencias a Unamuno en *Aspectos del vivir hispánico: Espiritualismo, mesianismo, actitud personal en los siglos XIV a XVI*. Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1949, pág. 19; *Santa Teresa. . .*, pág. 35, n. 1; *La realidad. . .*, 1962, págs. 256-262 y *passim*. Sobre Unamuno como lector del *Quijote*, ver *Hacia Cervantes*, págs. 151-152, 362-363 y *passim*.

para la creación literaria pero que no agrega nada a la historiografía: tiende a buscar en ella lo humano permanente de un grupo social y no las características peculiares nacidas de específicas circunstancias. En la advertencia a *De la España que aún no conocía*, Castro considera a Unamuno responsable, con Ganivet y con Darío, del desconcierto de la juventud española que busca grandiosidades pretéritas y pierde la vida en defensa de una tradición falsa.²⁴

Castro ha leído también con entusiasmo a *Azorín*. Lo considera creador de una nueva sensibilidad. A él se debe, afirma en dos momentos, el reconocimiento de las delicias de los clásicos: "Su visión de nuestro pasado literario no ha tenido poca influencia en la formación espiritual de nuestra generación."²⁵

Cada uno de los contactos señalados merecería un trabajo aparte, más extenso y detenido. Pero bastan para dibujar el fondo de inquietudes creadas por maestros y escritores de la segunda mitad del siglo XIX en el pensamiento y en la sensibilidad de Américo Castro. Sobre ese fondo se vuelcan luego lecturas más recientes (Dilthey, Ortega), que le proporcionan instrumentos para captar la realidad de la vida sin excluir momentos de la historia ni recurrir a formulaciones abstractas. Pero el impulso fundamental proviene de más lejos. Veinte años antes de comenzar el siglo nuevo, los observadores más atentos de la vida española se preguntaban ya qué es España, a qué responden sus características vitales, qué contenidos profundo transmiten su literatura y su arte. El asombrado interrogante de Jovellanos se ha ido precisando a lo largo del siglo. Castro intentará una respuesta coherente, lúcida, desde el marco de su propia *vividura*.

2. Corresponde ahora considerar los puntos de vista sostenidos por Castro en relación con la historia y la ideología del siglo XIX. Importan sobre todo los juicios posteriores a 1948, fecha en que precisa el concepto de la *morada vital*. A partir de entonces, revisa la historia en busca de indicios que le permitan confirmar sus ideas. Advierte una anomalía en el tratamiento de la historia del siglo XIX: algunos españoles, Giner entre ellos, colocan al siglo entre paréntesis o lo tachan como inválido, del mismo modo que han hecho con los siglos XVII y XVIII. Escapan así de la cuestión que preocupa a Castro elucidar: ¿por qué motivos el siglo XIX en España e Hispanoamérica da la idea de una comunidad humana sin ciencia, necesidad de ayuda exterior aun en las cosas más insignificantes?

²⁴ *De la España...*, I, 62-66.

²⁵ "El movimiento científico...", págs. 114-115. Se refiere a Azorín de modo similar en "Tricentenario de Lope de Vega", *De la España...*, III, pág. 162.

En *La realidad histórica de España* señala el grado de desnivel del mundo hispánico con respecto a Europa y a los Estados Unidos en técnica, en industria, en tono vital, que coincide con la falta de resignación ante esa realidad insoslayable: "Fue un siglo de atraso, y que se desangró luchando por no querer cambiar y por no resignarse a no transformarse."²⁶

Las razones residen en causas viejas y profundas. Desde el siglo XVI se siente que las actividades culturales y económicas mancillan la condición de cristiano viejo.²⁷ La doctrina de la pureza de sangre persiste de algún modo aún en el siglo XIX. Recuerda Castro al respecto que Bolívar alardeaba de sangre limpia y que escritores como Antonio Gil y Zárate hablaban de parecida preocupación:²⁸ "Esa doctrina fue lo que hubo de judaico en el meollo de la sociedad española desde 1500 hasta bien entrado el siglo XIX, y en la aislada Mallorca hasta casi ayer (a veces piensa uno que hasta hoy)."²⁹

Aunque el sistema de castas no parece tan vivo en el siglo XIX como en el XVI, sus efectos se manifiestan todavía en la creencia única e intolerante y en el desprecio por las riquezas materiales y por la técnica. Castro encuentra en *Gloria* de Galdós una referencia a las castas; hace la salvedad de que se trata de un recurso novelístico más que del reflejo de una realidad histórica o sociológica. Sin embargo, "la incompatibilidad de las castas es el muro de impenetrable realidad contra el cual Gloria y Daniel se estrellan."³⁰

Todavía persiste, además, como consecuencia, la concentración de la voluntad del hombre hacia sus centros y no hacia la periferia.³¹ La atención se fija en lo intrínseco de la persona y no en lo adquirido. Se produce así un vacío que debe llenarse con técnicas importadas: "que inventen ellos", como proponía Unamuno. Aun en la expresión literaria, afirma Castro, seduce al español hacer valer la supremacía de la persona, como ocurre con las versiones de mito de don Juan, que pretende ser antagonista de Dios.³² En *Cervantes y los casticismos españoles*, Castro define al español del

²⁶ *La realidad...*, 1966, pág. 39. Ver también "Las dos Américas", en *De la España...*, III, pág. 81.

²⁷ *Ibid.*, pág. 32; ver también *Cervantes y los casticismos...*, pág. 196.

²⁸ *La realidad...*, 1962, págs. 295, 323, n. 76.

²⁹ *Cervantes y los casticismos...*, pág. 351.

³⁰ *La realidad...*, 1966, págs. 5-6.

³¹ "Si ya no hay castas, si somos simplemente españoles —se pregunta al hablar de Jovellanos— ¿por qué no dirigir la voluntad, constructivamente, hacia la periferia de la persona y no hacia sus centros irreductibles?", *La realidad...*, 1962, pág. 262.

³² *La realidad...*, 1962, pág. 310.

siglo XIX como poco seguro de la prosperidad material y por consiguiente exento de la plácida felicidad del europeo; afirmativo en cambio en su capacidad de crear formas expresivas en relación con la conciencia del existir y lo problemático de la vida.³³

Los que no ven ese fondo de la estructura vital española se equivocan, según Castro, en sus consideraciones sobre el siglo. En varias partes se opone a la crítica económica y sociológica que sólo apunta hechos concretos o externidades: en *Cervantes y los casticismos*. . . discute ideas de Vicens Vives en relación con la España de los años 1815 y 1868, que Vives ve afectada sólo desde fuera por una circunstancia política, la quiebra del antiguo régimen y el auge de la ideología liberal, por una coyuntura económica, la organización del maquinismo y de la industria moderna, y por un movimiento espiritual, el Romanticismo. Para Castro, esas son ficciones nacidas del querer verse paralelamente el desenvolvimiento de España y el del resto de Europa. España no es un país como los otros europeos.³⁴

El análisis de hechos particulares le sirve para demostrar la peculiaridad española: se detiene preferentemente en la desmembración del imperio a principios del siglo y en las acciones del liberalismo. Las nuevas ideologías sólo triunfan en la medida en que coinciden auténticamente con el modo de ser español.

La Revolución Francesa y la invasión napoleónica modifican sin embargo la fisonomía de la sociedad española: sin ellas "es muy probable que la nación española hubiera conservado durante bastante tiempo su aspecto eclesiástico, nobiliario y rural."³⁵ Pero ese cambio no altera la actitud fundamental: la guerra contra los franceses adquiere también caracteres de guerra santa y se hace en defensa de la soberanía del rey. La fe común en la creencia y en la limpieza de sangre mantienen la cohesión del reino durante las invasiones. La noción de comunidad regional tuvo poco valor. Perdida esa cohesión momentánea, el imperio se derrumbó.³⁶ La división de las Indias continentales en catorce repúblicas es consecuencia de la pérdida de fe común en la creencia y de la adhesión casi religiosa a la figura del rey. Ninguna otra cosa puede explicar una fragmentación para la cual no sirve aludir como causa a características geográficas. En la misma geografía, los Incas mantuvieron un imperio homogéneo.³⁷

Con parecidas ideas se refiere a lo ocurrido en la península.

³³ *Cervantes y los casticismos*. . . , págs. 210-211.

³⁴ *Ibid.*, págs. 204-205.

³⁵ *La realidad*. . . , 1962, pág. 312.

³⁶ "El pueblo español", en *De la España*. . . , III, págs. 13-14.

³⁷ *La realidad*. . . , 1962, pág. 277.

Cuando se debilita el prestigio de la monarquía, las regiones se separan del poder central. Desde entonces, las tendencias del regionalismo se agudizan. Muchos sienten, en el siglo XX, en las provincias vascongadas, en Cataluña y en Galicia, que son vascos, catalanes y gallegos antes que españoles.³⁸ En *La enseñanza del español en España*, Castro se manifiesta partidario de una república que contemple los derechos de las regiones a mantener su lengua y a afirmar su carácter local. Los liberales, dice, deben rendirse a la realidad de los hechos, si Cataluña, por ejemplo, quiere mayoritariamente establecer un estado libre.³⁹

Castro se admira de que los españoles no tengan conciencia del desmembramiento del imperio hasta 1898. Pocos son los ecos que encuentra desde 1824. No cree que deba ello achacarse a la tiranía de Fernando VII, sino a la indiferencia con que el español observa problemas que no atañen a su destino individual.⁴⁰

Sobre esa realidad, se explica el desencadenamiento de las guerras civiles. Como ocurre en 1936, señala Castro, las guerras carlistas se libran entre la vieja religiosidad de la casta y una nueva religiosidad que combina el "me da la gana" español con una utopía de felicidad universal.⁴¹ Son guerras provocadas más que por hechos externos, por una dimensión interna y personal; denotan además la dificultad española para pasar del plano de lo que se es al plano de lo que se hace.⁴² Preocupa a Castro advertir que los españoles ignoran la causa de sus guerras como si fueran víctimas de una catástrofe nuclear sin saber la naturaleza de esas armas ni el ánimo que desencadenó el conflicto.⁴³

El desprecio por las riquezas y por las técnicas ha impedido que España se creara, en el siglo XIX, una burguesía sólida.⁴⁴ El ideal del progreso se transforma así en una fantasía ilusoria. Los liberales, sobre todo los emigrados de 1823, viven sus ideas como desprendidas de sus personas. Cuando la invasión francesa, sintieron un impulso contradictorio: eran adversarios y deudores al mismo tiempo de los nuevos vándalos. Después, los españoles en Londres no aprovecharon el *ocio* para aprender nuevos modos de vida, ni siquiera una lengua. El retorno no significó así un cambio en el sistema de trabajo y de convivencia. El liberal de entonces, como

³⁸ "El pueblo español", pág. 14.

³⁹ *La enseñanza del español en España*. Madrid, V. Suárez, 1922, págs. 83, 100-101.

⁴⁰ *Cervantes y los casticismos...*, págs. 316-317.

⁴¹ *La realidad...*, 1962, pág. 245.

⁴² *Ibid.*, pág. 244.

⁴³ "Advertencia", pág. 49.

⁴⁴ *Cervantes y los casticismos...*, págs. 329-330.

el de ahora, culpa de sus males al otro, a lo otro, sin pensar que ellos son parte de la misma substancia que en el otro advierten.⁴⁵

La crítica de Castro al liberalismo décimonónico crea una evidente zona de conflicto. D. Claudio Sánchez Albornoz, en un artículo publicado en la edición aérea del *ABC* el 28 de febrero de 1974, muerto ya Américo Castro, discute esos puntos de vista sobre el siglo XIX desde la concepción liberal y achaca a Castro el haber enrostrado "una estulta ausencia de ideas a los liberales décimonónicos." Castro no va tan lejos. Observa sí que falta en el siglo XIX un liberalismo inteligente, de raíz nacional. Las mutaciones que se producen en la primera parte del siglo le parecen superficiales y poco efectivas.⁴⁶ El sistema constitucional que algunos, como Martínez de la Rosa, procuraban enlazar con la España de la Edad Media, no alcanzó vigencia plena ni en la península ni en las colonias hispanoamericanas. No se trata de *ausencia de ideas*, sino de falta de ajuste entre esas ideas y la realidad nacional.

Castro destaca dos hechos del liberalismo romántico que confirman sus opiniones. En 1835, se produce la matanza de frailes, una nueva muestra de la intolerancia religiosa, aunque con signo contrario. La desamortización de Mendizábal sólo logra efectos nulos o negativos. Nulos como beneficio de la hacienda pública y negativos por la destrucción de centros culturales, en los que reposaba la riqueza artística de España.⁴⁷ Esas medidas evidencian, para Castro, que los liberales creyeron en la necesidad de eliminar la otra España, sin ver que en los demás países, como en Francia, coexistían revoluciones y reacciones, variedad de religiones, racionalismo religioso y antirreligioso, filosofías y ciencias diversas: "La variedad de posiciones y de contenidos en las comunidades humanas no obliga a escindir estructuralmente la homogeneidad vital de un pueblo, cuando éste aparece asentado en la historia como una *ipseidad* de conciencia y de valores propios."⁴⁸ La civilización defendida por el liberalismo no logra convencer a los españoles de que los hechos importan más que las personas: Castro se apoya en palabras de Larra dichas en la necrología del conde de Campo Alange y considera que la cuestión sigue clavada donde Larra la dejó.⁴⁹

Castro utiliza los testimonios de los observadores más inteligentes del siglo XIX, como Sarmiento, por ejemplo, que advierten en España la falta de una civilización legítima. Los pensadores lo ex

⁴⁵ "Emigrados", págs. 181-188.

⁴⁶ *La realidad...*, 1962, pág. 312.

⁴⁷ "Una hora en Guadalupe", en *De la España...*, I, págs. 216-217.

⁴⁸ "Emigrados", pág. 183.

⁴⁹ "Humanidades", en *De la España...*, II, pág. 198.

plican de diversos modos. Al referirse a la libertad de cultos como a un escándalo, Balmes exalta la fuerza del catolicismo español que no admite ese *germen de muerte* en su seno vigoroso. Donoso Cortés intuye el carácter europeo-oriental de esa características española. Todos coinciden en lamentar la ruina del antiguo esplendor.⁵⁰

El liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX intenta una mejor interpretación de la realidad española y propone, por consiguiente, mejores soluciones. Ocurre así desde la introducción del krausismo. El krausismo no es para Castro una ideología extranjera; mejor dicho, no importa lo que tiene de extranjera. Algo profundo debe explicar su éxito en España, por encima de otras doctrinas, como los sistemas filosóficos de Kant y de Hegel, que se conocieron en el siglo XIX, pero nunca ejercieron la fascinación del krausismo. Para Castro, la filosofía de Krause perdura porque exalta el valor de la persona por sobre las instituciones del estado, de la familia por sobre el grupo, de las corporaciones por sobre la nación. En Krause, afirma, el movimiento estructurante de la realidad va de abajo hacia arriba, como un impulso ético, como una esperanza. No importa tanto la metafísica de Krause como sus derivaciones éticas, educativas y jurídicas. Al krausismo se debe el reavivamiento de la cultura española a fines del siglo.

El krausismo incita a poner en movimiento la conciencia individual y, en este sentido, tronca perfectamente con la vieja concepción de la vida. Afecta zonas vitales: es filosofía para la vida, forma de piedad laica, escuela de conducta.⁵¹

Con parecidas razones se explica en el pensamiento de Castro la importancia del anarquismo español como oposición al marxismo y al comunismo: respeta más la conciencia individual y la persona. Es también una ideología extranjera, pero asentada en una estructura vital que tiene antecedentes en los siglos XVI y XVII. La doctrina pudo moldearse sobre un modo español de ser y de sentir: "La idea anarquista prendió sobre todo en el sur y en el este, regiones dotadas de intensa fantasía [...] La promesa de liberación, divulgada por gentes de conducta intachable, hallaba eco en los sedientos de una nueva justicia, de un régimen comunal, fragmentado y cooperativo." La organización anarco-sindicalista se vuelca sobre el modelo de comunidades religiosas de índole cooperativa, como las que describe Joaquín Costa.⁵²

⁵⁰ *La realidad...*, 1966, págs. 21-24.

⁵¹ *La realidad...*, 1962, pág. 315.

⁵² Ver "Lo español del anarquismo" en *La realidad...*, 1962, págs. 293 y sigs. Ver también *Aspectos del vivir hispánico...*, 1970, págs. 123-124; 153, n. 51 bis.

Lo demás es historia reciente. Castro considera el 98 como la culminación del proceso iniciado a principios del siglo. Se *vive* entonces el desmembramiento del imperio. De la guerra hispano-americana, España "salió... seca y descarnada, se quedó sola, aunque sin trabas exteriores de clase alguna."⁵³ España vuelve a palpar su realidad dolorosa. Castro advierte en la idea de *europizar* a España todo el drama de la vida española: Por un lado, es un nuevo intento de escapar de las realidades; por el otro, la directa afirmación de que España no es Europa. En esa comprobación, y en un sentimiento de ruina, finaliza la trayectoria del siglo. Castro nos atestigua el sentimiento de frustración y de desengaño de un estudiante español de primeras letras al enfrentarse, en 1898, con la historia nacional: "Recuerdo el efecto que en nosotros, los que estudiábamos historia patria hacia 1898, producía la insuficiente visión del pasado. Nos hacían contemplar un vastísimo horizonte, y toda esa vastedad de mundo decían que era nuestra. Luego, bruscamente, íbamos viendo que todo aquel dominio era vano, que se desvanecía, como el prócer arruinado va perdiendo sus palacios hasta quedar reducido a la soledad y estrechez de la casa solariega. Del vuelo rápido a la cúspide, descendíamos para precipitarnos en el hondón del valle, todo ello sin matiz, sin mesura, dejando en el espíritu de los niños el germen de la eterna angustia, que a duras penas abandonarán los españoles más conscientes."⁵⁴

3. Castro afirma en alguna parte que si bien el siglo XIX no creó nuevas formas de vida, al menos atinó con originales modos de expresión literaria. Quiero ahora analizar sus opiniones sobre la literatura romántica y la novela realista.

Cuando en 1920, publica en la *Revista de Filología* su artículo *Acerca de "El Diablo Mundo" de Espronceda*, en el que estudia la influencia en esa obra de *L'Ingenu* de Voltaire, apenas si se contaba con algunos libros generales sobre el Romanticismo: las obras del P. Blanco García, de Boris de Tannenberg, de Enrique Piñeyro, el *Florilegio* de Valera. Menéndez Pidal había ya analizado finalmente algunas obras románticas en *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Castro utiliza esa bibliografía y agrega otra sobre traducciones al francés de Rivas, Espronceda y Zorrilla, en un librito juvenil, injustamente olvidado, *Les grands romantiques espagnols* publicado en París en 1922, en la colección *Cent chefs d'oeuvre étrangers* que dirigía el profesor M. Wilmote.

Volveremos a hablar del libro. Quiero destacar ahora el amplio

⁵³ "Entrando a Portugal", pág. 57.

⁵⁴ "Las polémicas sobre España. Insuficiente educación histórica", en *De la España...*, II, págs. 133-134.

conocimiento de Castro, a partir de esas fechas, de la filosofía y de la crítica románticas. Revisa esa filosofía y esa crítica en relación con el estudio del *Quijote*. Los textos de los filósofos alemanes los conoce sobre todo por la obra de J. J. A. Bertrand, *Cervantés et le Romantisme allemand*, 1914, traducida al español como *Cervantes en el país del Fausto* en 1950. En *El pensamiento de Cervantes* destaca ya que "la labor de los románticos alemanes es admirable, y buen número de los puntos de vista proyectados sobre el *Quijote* derivan del cálido y ocasional esfuerzo de aquellos hombres egregios."⁵⁵ Y años después, en su libro *Cervantés* (París, 1931) insiste en que gracias al Romanticismo el *Quijote* comienza a verse en su grandioso conjunto como libro profundo y melancólico, divertido y novelesco.⁵⁶ Se debe al Romanticismo una literatura crítica interesada por la cultura española: "Sobre sus gloriosas ruinas se lanzaron sabios extranjeros estimulados por la ideología de ciertos filósofos alemanes, ávidos de sacar a luz el misterio del espíritu de los pueblos."⁵⁷ Cita como índice de ese interés las historias de Ticknos y de Prescott. Reconoce también la tarea de críticos españoles, en relación con Cervantes, como Clemencín, Fernández de Navarrete, Valera, Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo.

Castro acepta el concepto literario de *Romanticismo*, pero procura explicarlo dentro de las características del ser español. La literatura, dice en *De la edad conflictiva* al referirse al Barroco, no está determinada por circunstancias "hegelianas" externas y tópicas sino por situaciones de vida expresadas en ella de modo directo e indirecto.⁵⁸ El escritor no responde a normas externas sino a situaciones de hecho, a circunstancias políticas y sociales que interesan al grupo humano que representa.⁵⁹ Castro se resiste por eso a utilizar términos acuñados por la crítica europea, como *Barroco*, *Neoclasicismo*, *Positivismo*, *Realismo*, *Naturalismo*, que no siempre responden a la realidad vital española. No ocurre lo mismo con *Romanticismo*, porque en este caso se trata de indicar una filosofía internacional que España también adopta y una inédita visión del mundo.⁶⁰

El Romanticismo se inicia, para él, con el surgimiento de una nueva sensibilidad en pleno siglo XVIII; anticipa en este sentido estudios muy recientes sobre esa nueva sensibilidad. Juan Jacobo Rousseau, una de las figuras europeas que más le atraen, creó esa

⁵⁵ *El pensamiento de Cervantes*, 1972, pág. 20, n. 1.

⁵⁶ *Cervantes*. París, Les Editions Rieder, 1931, pág. 49.

⁵⁷ *La realidad...*, 1966, pág. 13.

⁵⁸ *De la edad conflictiva. El drama de la Honra en España y en su Literatura*. Madrid, Taurus, 1963, pág. 209.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 244.

⁶⁰ *Ibid.*, págs. 142-243.

sensibilidad al volcar sobre los Alpes su metafísica sentimental. A partir de entonces, el europeo comienza a dudar del rigor de la razón y siente recelo por la cultura. Rousseau, "el hombre genial", enseñó a despreciar los límites terrenos en beneficio de una aspiración a lo infinito: "Las cimas nevadas y los bosques herméticos servían de gran símbolo a aquel afán de descomunal ilimitación."⁶¹ El paisaje romántico mantiene desde entonces un marco de espiritualidad panteísta; Castro cita al respecto el verso de Víctor Hugo: *C'est Dieu qui remplit tout; le monde c'est son temple.*⁶² Cabría preguntarnos si, siguiendo la línea del pensamiento de Castro después de 1948, el Romanticismo en España hace coincidir o no esa aspiración a lo infinito con el modo peculiar de ver el mundo desde el siglo XVI. Castro no podía decirlo antes de esa fecha, y nada dijo después. El Romanticismo español, entendido siempre desde afuera hacia adentro, podría cobrar entonces una perspectiva de insospechados alcances.

En *Les grands romantiques...*, Castro plantea el Romanticismo español como una continuación de esa nueva sensibilidad que aparece en el Neoclasicismo con Meléndez Valdés, Cadalso, Jovellanos y Cienfuegos. Es uno de los primeros críticos modernos en conferir importancia a las versiones del teatro clásico español adaptado al gusto neoclásico por Cándido M. Trigueros. Lo que se llama Romanticismo queda así asentado en un cambio en la conciencia individual: una nueva metafísica sentimental, una concepción del universo cuyo centro es el yo. Hay también un cambio de conciencia colectiva: Castro alude a un aflojamiento en la fe religiosa que ejemplifica con la expulsión de las órdenes conventuales y la expropiación de los bienes eclesiásticos. En 1922, cree aún en los avances seguros del liberalismo y marca entonces esos hechos con signo positivo.

Las características románticas se advierten ya en la poesía de los treinta primeros años del siglo XIX. Discute la opinión de Valera de que esa poesía en nada se diferencia de la neoclásica: la confusión reside en que se mantienen el gusto por la poesía narrativa y ciertas técnicas que recuerdan el Neoclasicismo, pero su fondo es romántico. Justifica de ese modo la inclusión, en la parte antológica de su libro, de *El Pelayo* de Espronceda.

El juicio de Castro sobre la literatura romántica es decididamente entusiasta. El Romanticismo es para él un período esencial de la historia literaria española; es necesario retroceder dos siglos

⁶¹ *Santa Teresa...*, págs. 277-278.

⁶² *Les grands romantiques espagnols*. París, 1922, pág. 16.

o avanzar hasta el "espléndido" arte de Rubén Darío y de sus sucesores, para ver superadas las cualidades de la poesía romántica.

Su breve referencia a las relaciones entre el Romanticismo y la literatura de los siglos de oro está llena de valiosas indicaciones. La literatura anterior al siglo XVIII no es suficiente para explicar el impulso romántico. Además, las obras de 1835 difieren fundamentalmente de las del siglo XVII: "A mon avis, ce que sépare profondément ces deux époques, ce sont les différences qu'on observe dans leur conscience collective et individuelle."⁶³ No obstante esas diferencias, Castro considera que la literatura antigua española ofrece a los románticos, sobre todo a los teóricos, un cuadro de motivos líricos y apasionados que pueden conformar una concepción romántica de la vida y del arte. No aprovecharon los románticos, sin embargo, la emoción que dimana de *La Celestina*, por ejemplo, en escenas comparables a las de *Tristán e Isolda* y *Romeo y Julieta*. No acepta Castro, a pesar de la influencia del romancero en el Romanticismo, que éste sea un simple retorno al pasado. Lo ejemplifica al considerar la influencia de Calderón, que dura hasta Schopenhauer: "Pour Calderón, le monde n'est ni la "volonté" ni la "représentation" de ses héros. Il y a au contraire des règles très sévères que répriment les élans en apparence les plus personnels et le plus indomptables."⁶⁴ En el *Don Alvaro* del Duque de Rivas advierte la diferencia fundamental con el teatro calderoniano: "jamais un héros d'alors [le drama du siècle d'or] n'aurait pu se précipiter du haut d'un rocher en maudissant le genre humain, après avoir vécu une vie que était la negation de la Providence."⁶⁵

Castro descubre en el teatro del Duque de Rivas la inspiración de los grandes clásicos del XVII, pero una concepción pesimista propia de la sensibilidad contemporánea. Sobre todo exalta la cualidad de su lengua: es el romántico de mayor riqueza idiomática. Su estilo le parece preciso y sobrio, una rareza en su tiempo. Al estudiar las fuentes tradicionales de *El moro expósito* critica en cambio la falta de sentido histórico y los frecuentes anacronismos.

Mayor entusiasmo evidencia su lectura de Espronceda. Castro ha entendido a Espronceda mejor que otros hombres de su generación. Ya en el artículo de 1920 valora al poeta en quien ve junto a la sensibilidad de un romántico un fondo de lecturas sobre crítica social del siglo XVIII.⁶⁶ En *Les grands romantiques...* lo

⁶³ *Ibid.*, pág. 6.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 14.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 15.

⁶⁶ "Acerca del 'Diablo Mundo' de Espronceda", en *Revista de Filología Española*, VII, 1920, pág. 378.

considera como poeta poco ligado a la tradición nacional; pero no acepta la vinculación demasiado estrecha que algunos críticos —piensa en Pujals— señalan entre Espronceda y Byron; o Leopardi, que le parece fuente más segura. Es, en suma, un poeta de original personalidad. Sobre todo en *El Diablo Mundo*: "L'éclat de la langue et des métaphores, l'intense emotions de plusieurs strophes du *Chant à Thérèse*, cette charmante Salada qu'on dirait descendue d'une toile de Goya, quelques traits d'un fin humorisme, Adam lui-même dont le caractère invraisemblable finit par nous sembler naturel, voila des raisons plus que suffisantes pour aimer ce grand essai d'ardente poésie."⁶⁷ Con parecida fineza interpretativa comenta en particular el *Canto a Tejesa*, cuya lectura nos hace vivir "una vasta tragedia íntima". El encuentro entre Adam y la Salada en *El Diablo Mundo* tiene a su juicio una intensidad erótica rara en la literatura española, con la excepción quizá de *La Celestina*. Castro debe ser considerado uno de los críticos modernos más felices en la interpretación de Espronceda, si no por la extensión de sus estudios, sí por la justeza y la originalidad de sus aseveraciones.

Poco agrega, en cambio, a nuestro conocimiento de Zorrilla. Repite juicios conocidos: lo considera poeta superficial, virtuoso en el manejo del verso. Más novedad hay en su valoración del P. Arolas, al que incluye en el apéndice: toda su poesía, nos dice, es la vaga expresión de una fantasía elevada a alturas de exaltación mórbida; la delicadeza, la humildad y la dulzura de sus quejas confieren a su poesía un indefinido encanto. En una nota, enuncia además un juicio rápido y certero sobre Larra.

Las versiones al francés, en las que Castro debió intervenir directamente, procuran transmitir en todos los casos el encanto de la música y del ritmo de los poemas originales. Se logra en muchos momentos, especialmente en las traducciones de Espronceda.

Castro ha leído, pues, a los autores románticos con gusto poco común. Poco dice, en cambio, sobre la poesía postromántica. Desprecia a Núñez de Arce y a sus seguidores, que quedarán, dice, sólo como curiosidad literaria.⁶⁸ No hay en sus obras referencias a Bécquer, aunque sabemos que participó en la formación intelectual de becquerianistas destacados como Edmund L. King. Sus preferencias poéticas oscilan entre los románticos y los modernistas. En varias partes de su obra posterior habla de Rubén Darío. Considera que con él la poesía española ha perdido solemnidad y afectación. Darío quitó a la poesía de fines de siglo el tono ingenuo, provinciano, doméstico, intelectual y prosaico: "Para eso fue preciso inventar un

⁶⁷ *Les grands romantiques...*, pág. 111.

⁶⁸ *Ibid.*, pág. 2.

nuevo lenguaje poético, un nuevo estilo, en el que cupieran las corrientes literarias de otros países y en el que la música de las rimas y la armonía de cada verso sonaran de otro modo."⁶⁹ En otra parte critica la ideología expresada en el *Canto a Roosevelt*, en que se invita al orbe hispánico a combatir en nombre de Dios, como un anticipado anuncio del fascismo.⁷⁰ De los poetas modernos, apenas cita a Antonio Machado y sí, con cierta extensión, a Juan Ramón Jiménez, cuya pureza poética asocia con los ideales éticos de la Institución Libre.⁷¹ En 1942, elogia la poesía de Jorge Guillén.⁷²

Castro aporta valiosas ideas al estudio de la novela europea del siglo XIX e indirectamente al de la novela realista española. Sus trabajos sobre la estructura de la novela cervantina sobrepasan su propósito y arrojan claridad sobre las características de la novela moderna. Coincide con Lukács en su valoración del arte de Cervantes como la creación de una forma interna, de una estructura dinámica y significativa. Como Lukács, ve en el *Quijote*, y hacia las mismas fechas, un héroe problemático, un personaje en libertad; la novela copia la estructura de la vida: el héroe se vuelca sobre el mundo en cumplimiento de un *proyecto vital* y lo modifica al tiempo que se modifica a sí mismo en una relación dialéctica. Cervantes, como creador de la novela moderna, recoge la tradición anterior e irradia una nueva forma, "se ha inventado una forma literaria de dimensión máxima, fundamento de las novelas mayores del siglo XIX."⁷³

La influencia de Cervantes en la novela europea aparece para Castro cuando la ideología romántica pierde su fuerza y están ago-

⁶⁹ *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. New York, Henry Holt and Co., 1954, pág. 209.

⁷⁰ "Advertencia previa", pág. 61.

⁷¹ "... puesto que el libro de don Francisco fue el espléndido fluir de su vida, como la poesía única de Juan Ramón Jiménez yace en el mismo afán de perfección poética, que lo hace no mirar como última y definitivamente conclusa ninguna producción determinada. Poesía del poetizar; o el vivir del espíritu, como incesante filosofía del filosofar, en busca del absoluto humano, en perenne ascesis o ejercicio para conseguir no una verdad, meta de tipo racional o científico, sino un acercamiento (a fin de cuentas más religioso que intelectual) al ámbito infinito del espíritu del Universo, presente y activo en cada instante de los tiempos y en cada punto del espacio. El Universo como templo. Lo inefable". ("Francisco Giner", en *De la España...*, II, pág. 218).

⁷² "Introduction" a Frances A. Pleak, *The Poetry of Jorge Guillen*. Princeton, Princeton University Press, 1942; publicada en español con considerables cambios como "Cántico de Jorge Guillén", en *Ex-Insula*, Buenos Aires, año 1, n. 1, 1943, págs. 3-16.

⁷³ *Hacia Cervantes*, 1957, pág. 301; "Prólogo" a *Don Quijote*, pág. XXXIII.

tadas otras formas de narrar lo imaginario y lo histórico: no percibe la influencia de Cervantes en Walter Scott.

En la filosofía romántica, dice sin embargo, están ya los fundamentos que explican el éxito de la novela cervantina. A partir de Fichte se concibe el *yo* en la esfera práctica como necesitado, para seguir existiendo, de una resistencia: "Por esas vías, el hacer vital en que el hombre se hace irá adquiriendo significación cada vez más de primer plano." Por eso impresiona el personaje cervantino, desdoblado entre *quien es* y el problematismo de *lo que quiere ser*: "De ahí la incalculable eficacia del *Quijote* cuando, durante el Romanticismo, pudo surgir la novela moderna, en la cual los personajes centrales son los que sean, y son además una proyección poética de sí mismos (el buen "père Goriot" de Balzac es una fabricante de fideos y una reencarnación del imprudente y desesperado King Lear; el Julien Sorel, en *Le rouge et le noir* stendhaliano, es el chico del aserradero de maderas y además una proyección del héroe del *Memorial de Santa Elena*, etc.)"⁷⁴

Estudia la huella de Cervantes en los novelistas europeos. En *Cervantes y los casticismos* hace referencia a Richardson, que junto con Rousseau dio dignidad a lo emotivo. Hizo falta la novela inglesa, que rompió con la concepción del hombre como algo abstracto y racional, para que se advirtiera el hallazgo de Cervantes: la representación de la vida como proceso abierto y dinámico.⁷⁵ Todavía en Goethe, aun cuando en el *Wilhelm Meister* se descubren rastros del *Quijote*, la vida se concibe como algo exterior al personaje: "los titeres no *titiritean* al Wilhelm Meister, en tanto que don Quijote fue *libreado* por los libros que leyó y le arrebataron el seso."⁷⁶ En cambio, en la novela de Stendhal, el *Memorial de Santa Elena* actúa en Julien Sorel como los libros de caballerías: "Mas lo cervantino de esta espléndida novela sería, en último análisis, el continuo entrelace dialéctico entre el plano de lo imaginado y el de la experiencia inmediata; la transición constante, en Julien Sorel y en otros personajes secundarios, de la *rêverie* al rudo choque con el entorno a uno."⁷⁷ Lo mismo ocurre en las obras de Balzac, de Dickens, de Galdós, de Flaubert, de Dostoievsky y hasta en el *Segundo Sombra* del argentino Ricardo Güiraldes: "Si el lector hace memoria, sin duda observará que un fenómeno como éste no tiene análogo en la literatura posterior al Renacimiento —quiero decir, que una obra del siglo XVII actuara *con su forma*

⁷⁴ *Ibid.*, págs. 389-390.

⁷⁵ *Cervantes y los casticismos*, pág. 160.

⁷⁶ "Prólogo" a *Don Quijote*, pág. XI.

⁷⁷ *Ibid.*, pág. XVI.

interior sobre la literatura del XIX. Porque no estoy hablando de *imitaciones*, sino de hondas y animantes presencias. Es evidente el insignie ejemplo de Dostoiévsky, que no *imitó* al *Quijote*, aunque sea posible afirmar que sin Cervantes su creación artística hubiera sido muy otra."⁷⁸

Es lamentable que Américo Castro no haya analizado la relación entre la novela cervantina y la obra de Galdós, estudio cuya necesidad se torna imperiosa. Cita a Galdós siempre con elogio; le parece el adivino genial que supo identificarse con el espíritu de su tiempo y vio lo que había como vida subyacente en las crónicas convencionales.⁷⁹ Ya en 1922 proponía como textos obligatorios en la enseñanza secundaria los *Episodios nacionales*,⁸⁰ más tarde califica de "estupendas" a novelas como *Nazarín*, *Gloria* y *Fortunata y Jacinta*. Indica, sin embargo, importantes puntos de contacto entre el arte de Cervantes y el de Galdós. Hasta Galdós, dice, los españoles "no supieron qué hacerse literariamente con aquel nuevo arte de hacer novelas en 1600."⁸¹ Galdós retorna a la obra de Cervantes una vez cervantizada la novela europea. En *Gloria* se advierte la filiación cervantina "en la imposibilidad del personaje de seguir un curso de vida en apariencia posible que da la ilusión de ser de uno."⁸² Galdós, dice además en un juicio general, no se dejó hundir en la vida grisácea de su siglo; como Cervantes, vio una luz más allá del presente y como él creó "figuras humanas firmes y destellantes, salidas de medios informes y avulgarados."⁸³

No son demasiadas referencias. Y sin embargo, Galdós sintetiza en el pensamiento de Castro, la problemática vital y literaria que da a España su fisonomía particular. El gran heterodoxo del siglo XIX entrevió el problema de la estructura de la vida española e intuyó que la forma de la novela cervantina reproducía mejor que otras el dibujo interno de esa vida. Inventó así un mundo de personajes expresivos de la contradicción histórica nacional, que oscilan entre lo que son y lo que quieren ser, apesados entre una realidad

⁷⁸ *loc. cit.*

⁷⁹ *La realidad*. . ., 1966, págs. 5-6; "La indiferencia frente a lo público", en *De la España*. . ., I, pág. 134.

⁸⁰ *La enseñanza del español*. . ., pág. 73.

⁸¹ *Cervantes y los casticismos*. . ., pág. 180. Castro no se refiere a la novela española anterior a Galdós. Habla de Valera, pero como intelectual y como crítico, no como novelista. Valera, dice, se aisló del mundo "creándose un estilo exquisito tanto en su vida como en su prosa y acorazándose escépticamente frente a cualquier dogmatismo." ("De grata recordación: Juan Valera y Alberto Jiménez", en *De la España*. . ., II, págs. 252-253).

⁸² *La realidad*. . ., 1966, pág. 6.

⁸³ "De grata recordación. . .", pág. 247.

dura y una fantasía exaltada. Castro no lo dice, pero su asociación casi inconsciente entre Galdós y Giner de los Ríos, nos permite intuir que acepta también de Galdós su *proyecto vital* para España: Galdós coincide con Giner en su concepción de una vida futura basada en el humanitarismo ético, tolerante, en que puros valores humanos unifiquen a los hombres por sobre ocasionales diferencias. Aunque Castro hable poco de Galdós, nadie ha hecho más que él por la comprensión de su obra. No es extraño que alguno de sus discípulos más eminentes, como nuestro querido Stephen Gilman, se preocupen hoy por la novela galdosiana.

El proceso de cervantización de la novela moderna culmina para Castro con Unamuno. Se ha roto ya la tradición de la épica, que hacía ineludible, en el realismo y en el naturalismo, la descripción de trajes y de elementos del contorno como modo de situar las vidas humanas. En Unamuno, la vida se da en su real estructura, sin diversiones exteriores. *Niebla*, cuyas coincidencias con el teatro de Pirandello es Castro uno de los primeros en señalar, es "novela auténticamente cervantina." El personaje, ya en plena libertad, se levanta contra su propio autor.⁸⁴

La vida supera así a la literatura. Los libros de Castro nos dan siempre una lección de intenso vitalismo. A nosotros nos queda definir con mayor claridad la *morada vital* del hombre décimonónico y con ello la del español actual. Y sobre todo, percibir y hacer real las enseñanzas que Castro, en sus consideraciones sobre el siglo XIX, deja —cordial legado póstumo— a la juventud de España y de Hispanoamérica. En momentos tan conturbados como el presente, toda acción debe ser precedida por el análisis de nuestra estructura psicológica y social; la unidad sobre la base de la tolerancia recíproca y de una valoración del hombre por encima de las ideologías, nos permitirá alejar el fantasma de la guerra civil cernido sobre el mundo hispánico desde principios del siglo anterior.

Aunque la idea de la *morada vital* pueda criticarse como una figuración abstracta e inalterable similar al espíritu nacional de los tradicionalistas, constituye en la concepción de Castro, como ocurre con la *Seelenleben* o *vida animica* de Dilthey y la *razón vital* de Ortega, una estructura dinámica cargada de futuridad. En el siglo XIX, más que en cualquier otro momento de la historia de España, percibe Castro la lucha cruenta entre el pasado —que es todavía— y el futuro, anunciado en sus contradicciones. Con la dolorosa comprobación, además, de que ese futuro es ya el triste presente de hoy.

⁸⁴ *Hacia Cervantes*, 1957, págs. 477-478.

Dimensión Imaginaria

APOLLINAIRE EL "MAL-AMADO"

Por F. COSSIO DEL POMAR

CUANDO el Kaiser y sus generales preparan la hoguera que convertiría en recuerdo a la *Belle Époque*, de la que gozan unos cuantos y sufrían unos muchos, en París de 1910, los acróbatas y payasos son personajes favoritos. Francia vive visperas de sangre. Se olfatea el drama en la exasperación de *l'avant-guerre*. La ficción y las diversiones circenses están en boga. Huele a podrido, como en la Corte de Dinamarca.

Una noche de Noviembre, mi amigo el brasileño Sampayo, no contento con pagarme la respetable suma de 150 francos por un cuadro, me invitó a comer en *Chez Raff*, restaurant de Montmartre, y al circo Medrano. En el bar del circo encontramos a Picasso, María Laurencin y Guillaume Apollinaire. Picasso nos presentó a la pareja sin muchas formalidades y Apollinaire me trató como a viejo amigo. Yo le había oído perorar, elocuente y rotundo, dando paso a su pasión verbal, en la "Closerie de Lilas", el café literario ya mencionado, en el ángulo del boulevard Saint Michel y Montparnasse, donde se celebraban los "Martes de verso y prosa", con asistencia de poetas, pintores y jóvenes ambiciosos y rebeldes, a los que nos tocaba escuchar sin tomar partido en discusiones sensacionalistas y efímeras, y a beber callados el champán que ofrecía Paul Port, príncipe de los poetas.

Esa noche en el Medrano, mientras Picasso llenaba de apuntes su pequeño cuaderno, yo gozaba con la conversación de Guillaume Apollinaire. Admiraba el ordenado desorden de sus ideas donde mezclaba el arte a la psicología, lo humanístico a lo literario. No llevaba bigote, como la última vez que le vi. Alto y grueso, la piel de tono pálido, el pelo negro, bien peinado, y cierto orgulloso desenfadado, me hacían verle como sudamericano; con el aspecto que inspira a Picasso la historia de que era hijo de un obispo. De todas maneras noté al hombre de mundo, de aquellos que evidencian inteligencia.

ENTRE los artistas y poetas que conocí en París, ninguno como Apollinaire quería tanto a la vida, incluyendo sus miserias y

dificultades. Cuando conversaba, cuando comía, sobre todo ante una mesa bien servida, hasta cuando apuraba un simple vaso de vino, lo hacía con deleite. Regodeaba un placer oculto, lo disfrutaba más que la mayoría de los mortales; toda presencia, amigos o cosas, despertaba en él un placer intelectual conectado con futuras empresas; ideas que no tardaba en exponer con bellas frases. Era como Picasso, a quien un pedazo de cuerda sobre una mesa le inspiraba un cuadro.

Su persona encajaba en lo romántico, personaje aparte, ideal compartido de Moreas, sin su mal humor y sus sarcasmos. Lo imaginé un griego de Atica dejando su túnica colgada en la sensual voluta de un capitel jónico, pasar indiferente por Roma, colgar la toga en las ruinas del Coliseo y llegar con cuello y corbata a la llamada civilización occidental. Todo eso pude ver, entre cubos y cilindros, en el genial retrato que le hizo Picasso y en su desafío al *Art Nouveau*, que tan mal representó "lo nuevo" en la Exposición Universal de 1900.

Apollinaire ese año de 1912, estaba a la cabeza de las capillas literarias que atacaban las viejas formas. Su Estado Mayor era lo más selecto entre los poetas y artistas de su tiempo. Sus amigos preferidos son Utrillo, André Breton, Raoul Dufy, Max Doireaux, Picasso, Graque, Max Jacob y la "Banda" del Lapin Agil. Su amigo fraternal Serge Ferat, su verdadero nombre Sergio Jastrebzoff, un ruso de vasta cultura, apasionado de la pintura.

A este príncipe polaco, de levita abotonada hasta confundirse con la barba negra, Alfonso Reyes le llamaba "El verdugo de Polonia". Fue Reyes el que me contó la historia de la familia Apollinaire, descendiente de un oscuro héroe de la insurrección de los polacos contra sus invasores rusos (1863), Miguel Kostrowitzki, de la pequeña pero antigua nobleza polaca.

Después del sangriento fracaso de la insurrección, los bienes de la familia confiscados por el zar, Miguel casado con una italiana, se refugia en Roma con el nombre de Michel Apollinaire. El Papa Pío IX le nombra "*Camariere de onore di capa y espada*". En Roma nace Angélica, hija única que hereda el ardor italiano y la mórbida impetuosidad eslava.

Esto explica la escapada de la joven colegiala con el apuesto Francesco d'Aspermont, de una antigua familia tilonesa (Grissons). La romántica Angélica no pudo resistir al galante y rico seductor. La aventura y el escándalo del *maledetto* Francesco y de la rusa vino a avivar el chismorreo, mientras la pareja en la Costa Azul disfrutaba la fortuna de los Aspermont.

De vuelta a Roma nace Guillaume Albert "de una mujer que deseaba guardar el incógnito". Un mes más tarde, para bautizar a

su hijo, declara llamarse Angélica de Kostrowitzky, afrancesando el nombre de Kostrowitzky por el de Apollinaire, nacido el 25 de Agosto de 1880.

Considerando luego que era inútil y perjudicial para el futuro de su hijo el ocultar su origen, en un acta de reconocimiento notarial declara: "Madame de Kostrowitzky, Angélica, hija de Apollinaire nacida en Sweaborgen (Finlandia) en 1858, reconoce como su propio hijo natural a Guillaume Albert."

Al sobresalir Guillaume en la vida literaria, usa el nombre de Guillaume Apollinaire. Entre tanto Angélica comparte su vida entre el hijo, la aventura y el amor. Cuando nace un segundo hijo, de paternidad no aclarada, ya Guillaume ha vivido amargos desengaños amorosos que le valen el sobrenombre de "El mal amado".

OTRA noche encontré a Guillaume y María Laurencin en un restaurant. Me sorprendió su aire preocupado, melancólico, estando al lado de María. Y era precisamente por eso. Todos conocían sus crisis de celos y sus querellas. Llevaban cinco años de *collage*. María debe a Apollinaire el figurar, en primera fila, entre los pintores de la Escuela de París. Ha contribuido a dar a la pintura de su querida un valor quizá superior a su innegable gracia decorativa, su suave colorido y originalidad de detalles, como el de suprimir la nariz. Pero nada para ser considerada entre los maestros de la pintura contemporánea.

Lou, como llaman a María sus amigos, posee en su arte esa gracia que filtra desde las bohardillas de París, inspiradora de los artistas. El resto lo hace el amor del poeta, lo que no justifica sus celos de turco, sus infidelidades, ni imponer a Lou el agradecimiento.

¿Cómo era Lou? Mejor de lo que yo pueda presentarla, lo hace André Rouveire.¹ "Era muy joven entonces (1913), espiritual, desenfadada, frívola, impetuosa, pueril, sensible, escurridiza, un tanto atolondrada; apenas llegaba, ya quería partir, apenas partía, ya quería volver. No perdía fiesta a cualquier hora: mañana, tarde, noche o madrugada. Siempre presente en reuniones aristocráticas; unas veces tímida, otras desenfadada, otras discreta. Rodeada de pequeña corte familiar, era inagotable su capacidad fiestera. Sin sombra de moderación o disciplina, riéndose de todo, se burlaba inocentemente de todos, sin respeto por la edad o los títulos. . ."

Rouveire justifica estos defectos por la amarga niñez de Lou, enclaustrada de los cuatro a los siete años en el convento de Saint

¹ André Rouveire. "Apollinaire", Paris. Gallimard, 1945, pp. 115-117.

Maur, luego en las Dominicanas de Dijon, hasta su casamiento a los 17 años. "Por una parte supongo que debía ser una joven caprichosa, difícil de contener. Las monjas soportaban sus extravagancias con tal de retener a una señorita de su rango. . ."

"De todas maneras parece que fue una niña muy desgraciada. Sus mismas vacaciones las pasaba, la mayor parte del tiempo, encerrada a llave en su habitación. La tremenda severidad de su madre llegaba hasta los castigos corporales."

Por mi parte, sólo vi en ella a una mujer elegante, graciosa, discreta, muy interesada en los apuntes que hacía Picasso: acróbatas, payasos, Amazonas.

Esa noche del circo, acompañé al crío a cenar en la *Brasserie de l'Ermitage* en Montmartre, como era costumbre. Me encontré a gusto entre el feroz teorizante, Picasso, su espuela, y Lou, su torturadora.

Parece que en algo había ofendido Apollinaire a María. A lo mejor no se mostró tan sumisa, como él exigía, con sus aires de protector. Ya conocemos el carácter independiente de Lou, su orgullo, su espiritualidad, tan opuesta a los groseros modales de su amigo. Espiritualidad que inspira a Moreas:

*Qu'elle rie
Et Marie
Laurencin
L'or enceint
Dans ses belles
Prunelles.*

Poco tiempo después, esta querrela de amor que duraba más de lo acostumbrado, trascendió a las tertulias. Mediaron los amigos. Era Apollinaire tan *bon enfant*, que todos se interesaban por su felicidad, fecunda y siempre útil. El principal mediador era el ruso Serge Ferrat. Los dos amigos sufrían parecido mal de amor, intercambiaban consuelos y amarguras.

En la "Closierie" me tocó recibir las explicaciones del ruso sobre el caso de Guillaume. Mientras lo esperaba, me contó que María no se avenía muy bien a la manera de amar, a veces brutal, y a sus infidelidades, que no siempre ocultaba, el modo de tratarla como protector, la habían desilusionado. Dos caracteres tan definidos; la fuerza personal de Apollinaire y la libertad inquebrantable de María, les hacía difícil vivir en armonía. Apollinaire, arrepentido, recordaba la última escena de celos. Lo peor es que fue delante de amigos como André Salmon, lo que no perdonaba María. Tomó la firme determinación de no volver a su lado, de no ir al apartamento de Auteuil donde el poeta vivía. Al principio el

amante no lo creyó. Pasaron dos semanas sin tener noticias de ella. Era la razón por la que el amigo Ferrat le espera esa mañana lluviosa de noviembre en la "Closerie". Apollinaire —me dice Ferrat— ha escrito a María suplicándole volver. Me pide que trate de reconciliarlos. Se siente deprimido. Hundido en la soledad. Terrible castigo para un hombre que no concibe la vida sin compañía. Apollinaire es periodista y poeta. Si para el poeta el mal de amor es un poema, para el periodista es una catástrofe.

Ferrat ha pasado por el mismo trance. ¿Quién mejor que él sabe lo que es el mal de amor? Por eso cuida al amigo como a un enfermo, día y noche. Me cuenta que la noche pasada le acompañó en su departamento oyéndole hablar, incansable, de María, de su talento, de sus caricias, de sus infidelidades.

Voy a tratar de hacer —me dice Ferrat— lo que él hizo conmigo: encerrarle en su oficina del *Mercure de France*. Convencerle de que "el enclaustramiento de algunas horas es una cura excelente para un enamorado".

No creo mucho en la eficacia del encierro para un temperamento tan inquieto como el de Apollinaire. Sería mortal para el "Mal-amado", siempre en guardia contra la infidelidad o la emboscada; hombre renacentista, a pesar de sus ínfulas de "hombre del siglo XXI"; de la apertura al futuro del arte, al que he visto esa mañana, lloriqueando casi sobre la mesa del café al lado de su amigo Ferrat.

¡Qué sujeto interesante para un psicoanalista de nuestros días! Al menos nos probaría que Apollinaire puede amar, sin aplicársele la frase de Rilke: "Yo soy incapaz de amar porque mi madre nunca me amó". A su manera, la madre de Guillaume le demostró siempre plena ternura maternal.

Para reconciliarlos, Ferrat quiere convencerle de la necesidad de la unión conyugal, unión que le traería una vida tranquila, aburguesada, sin tentaciones ni aventuras pasajeras.

Hay una carta de Marc, amigo íntimo de Apollinaire, que nos hace conocer el fondo del poeta en su desolación.

"... Después de un largo día de separación, el sábado por la mañana le volvería a encontrar, tan abatido, tan postrado como en los primeros días de la ruptura. Mejor es no mencionarle nada de lo ocurrido. Fingir creer en su energía, en su voluntad férrea, inflexible, pues nunca es más débil que cuando uno se apiada de él. . . En el fondo me burlo de los que consideran preciosa ayuda fraternal los consuelos que le aportan. Conmigo sonrío, me considera muy joven cuando afirmo que tiene mucho carácter. Entonces hace esfuerzos para demostrarlo. Pero su energía dura el tiempo que tarda

en demostrarla... Claro que llegaremos al resultado apetecido, pero hay que dejar la crisis llegar a su pleno desarrollo".²

En esta crisis acompañé al poeta en dos ocasiones. Una en su apartamento de Auteuil, con vista al Sena. Ahí conocí a Robert Delaunay, pintor que tuvo gran influencia en las nuevas teorías estéticas, en descubrir el misterio de la belleza, la creación pictórica. Apollinaire no era pintor. Ignoraba las sorpresas del sueño convertido en creación plástica anticipadora y vaticinadora. Ignoraba la importancia de la creación bajo el punto de vista psicósomático; la abstinencia que explica la longevidad de los artistas. Los mayas decían: "Quien mucho ama, mejor diga que no vive".

Su libro "Alcools" y las discusiones estéticas con Delaunay, muchas veces polémicas, terminaron por curarlo, Principiaban en Auteuil y seguían en el estudio de Delaunay, rue de Grands Augustines, pero ante los suculentos platos condimentados por la señora Delaunay, asesorada por Apollinaire, olvidaba su tormento.

Su agradecimiento a Delaunay no tuvo límites. Con motivo de la exposición de sus obras, en los grandes diarios escribe una crónica con el tema: "Realidad, pintura pura". En este artículo utiliza las notas del pintor, publicadas en *Les spirées de Paris*, sobre el "contraste simultáneo" del tema y la armonía en los colores. En esa crónica, sin olvidar su "cabotinage", hace ver que él ha sido el primero en presentar el cubismo en los grandes periódicos, "*Le Temps*" y "*L'Intransigent*", en fijar ideas precisas sobre la diferencia que conviene establecer entre la pintura antigua de imitación y la nueva, inspiradora de pintores como Picasso. Concluye afirmando: "El artista al pintar los elementos estériles del arte, se inclina a la muerte. Es tiempo de llegar a la trinidad: fecundidad, armonía, simultaneidad".

Poco podía yo, devoto admirador de Gauguin y de los post-impresionistas, admirar las teorías del "Arte Puro", el Cubismo y la "Química poética" de Apollinaire, "sorprendente para la época", según Jean Cocteau.

Al pasar la borrasca vuelve la paz al corazón de Apollinaire. A Delaunay dedicó su admirable poema surrealista "*Oniro Critique*". Inicia otra etapa de buen humor y goce pleno. Vuelve su habitual buen humor, igual apetito y fanfarrona repulsa a los mártires. "Si hay algo más detestable que un verdugo, es un mártir", suele decir. Con mayor sinceridad repudia a la aristocracia. "No pertenezco a esa estirpe de holgazanes". Lo que indigna profundamente a su madre, tan orgullosa de su noble origen.

El Café vuelve a ser un centro vital, la cátedra para jóvenes

² M. Adema, *Ob. cit.*, p. 152.

pintores y escritores. Conocedor de lo duro de sus vidas, les tiende la mano generosa. Muchas horas en la "Closerie" o en el "Lapin Agil" pasé oyéndole. Para todos tiene un elogio, a todos encuentra algún talento. Para él, somos héroes que afrontamos la ingratitud universal. Desde su llegada a París, como Zeus, reparte dones y nunca olvida el menor favor que se le hace.

Una sola vez me acompañó a mi estudio: "Quiero ver lo que pintas". Yo tenía entonces gran vocación por la pintura histórica. Admiraba a Jean Paul Laurens. Desde el Perú me seguía la visión de la pintura ramplona que se exponía en el único conato de Museo de la ciudad. En mi memoria llevaba "La Batalla de Arica", donde un soldado caído muestra la suela rota del zapato. Yo veía en ese cuadro, más que todo, un crimen y una injusticia. Apollinaire vio en la tela que le mostré, mi próximo envío al "Salón" de los Artistas Franceses: "El martirio de Jacques Molay, el Templario", un inútil esfuerzo por revivir cosas muertas. "Estos temas —me dijo— pertenecen más a los libros de historia que al arte". Desde entonces volví mi inspiración a la pintura post-impresionista. Mi modelo preferido: Gauguin y la tierra que me vio nacer.

Desde entonces pude jactarme de ser su amigo. Amigo en el sentido nuestro, de mutua confianza y recíproco afecto.

Un golpe de fortuna me dio el premio anual de los carteles "Pigmalión", uno de los Grandes Almacenes de París. Con los mil francos me permití el lujo de invitar al poeta a comer en un buen restaurant. Nada más elocuente para demostrar mi amistad. Eran mis invitados, además de Apollinaire y María, Dop Bles, poeta holandés, amigo fraternal, muy estimado en la nueva poesía, y Roberto Montenegro, buen pintor mexicano, a pesar de su inclinación al decorativismo opuesto a la nueva pintura. Además era simpático y hombre de mundo.

Esa noche pude admirar en María Laurencin el encanto de las mujeres del trópico, cuando son jóvenes. (María nació en París, de familia de la Martinica). Ojos muy negros en una piel de palidez marfileña, boca pequeña de labios carnosos, todo enmarcado en cabellos negros y abundantes. Alta, delgada, felina en sus movimientos. Apollinaire la describe en "El poeta asesinado": "El rostro sombrío e infantil como aquellos destinados a hacer sufrir. . . Y sobre sus encantos, las manos prontas al rechazo. Es bella y es fea como todo lo que nos gusta. No es raro que tenga el sabor amargo de las hojas de laurel".

Es la egregia pintora que en nuestra mesa mira con picardía a Roberto Montenegro que a los atractivos del hombre mexicano, añade el de ser un *beau garçon*.

Esa noche Apollinaire, de buen humor, nos demuestra entre plato y plato, su talento al pronosticar los cambios del arte contemporáneo y la definitiva desaparición del sentimentalismo. La anécdota, el objeto, la imposición de la "forma real" sin dejar de lado la poesía, involucrándola a las artes plásticas. Del bolsillo iba sacando papeles, entre ellos el borrador del prefacio de una exposición donde figuraban los más destacados pintores *fauves*: Derain, Dufy, Vlaminck, Vuillard, Van Dongen. Con voz de tenorino nos leyó: "Demasiados artistas, particularmente los pintores, todavía adoran las plantas, las piedras, las montañas o a los hombres del misterio. Y esta actitud servil termina por hacerles dulce la tarea".

"Dejan a los obreros dominar el Universo. Los jardineros tienen menos respeto por la naturaleza que los artistas".

"Ha llegado el momento en que el artista sea el amo. La buena voluntad en nada garantiza la victoria".

"Más allá de la eternidad danzan las mortales tradicionales formas de amor. El nombre de la naturaleza reafirma su maldita disciplina".

"La llama es el símbolo de la pintura. Las virtudes plásticas hacen flamear sus rayos".

"La llama tiene una pureza que no tolera nada extraño en su seno. Cruelmente transforma todo lo que toca".

"Tiene esa unidad mágica. Si uno la divide, cada flamífera se parece a la flama única".

"El fin tiene la verdad sublime de su luz que nadie puede negar".

Con este "idealismo lógico", de anacrónico humor, Apollinaire explica la purificación del arte transmitido de Occidente a otros mundos.

—¿También a nuestro mundo Latino Americano? Interrumpe Montenegro.

—Que lo digan los becados enviados a Europa por vuestros gobiernos para estudiar un arte que no admite estudio, una naturaleza que poco tiene que ver con tierras americanas. Regresan a sus países de origen con muestras de arte francés o italiano. En cambio, los artistas de Norteamérica, alertados por el genio poético de Walt Whitman, se dan cuenta de que no se puede llevar siempre sobre los hombros el cadáver de su padre. La poderosa nación los manda a Europa y les exige volver con un arte propio, de acuerdo a la realidad americana. Que lo diga Lichtenstein, Pollok Noland, Oldenburg, Warnol y otros que, a su vez, ahora enriquecen la pintura europea.

HAN pasado muchos años de este diálogo. "El arte de los Estados Unidos nos confirma que es el país donde las ideas de Apollinaire han prendido con mayor fuerza, para justificar los cambios que exige el arte contemporáneo.

Los artistas norteamericanos, que por cientos vivían en París antes de la Primera Guerra Mundial, aportan al arte de su país las ideas de Apollinaire. En Greenwich Village la doctrina apollinariana prende más allá de lo esperado: "Para quien quiere pintar luz y sombra, para quien pretenda crear colores, todos los espacios son iguales. Para quien quiera representar su propia "divinidad", que oiga el consejo del poeta: pinta de un solo golpe de vista el pasado, el presente y el porvenir".

Al dejar el restaurant aquella noche, Montenegro me confiesa:

—Lo que he oído decir a Apollinaire, ha tenido un fuerte impacto en mis ideas sobre lo que debe ser la pintura. Al regresar a México trataré de emplear mis nuevos descubrimientos en la pintura mural. Montenegro no se daba cuenta de que cuando un artista cambia la manera de expresarse, es porque su manera de pintar ha cambiado. Cumplió su palabra, pero sin lograr el éxito que esperaba, sin llegar a la primera fila de los muralistas mexicanos, a los artistas universales.

Uno de los pintores que ponía en duda los méritos de Apollinaire, era Henry Matisse. Aseguraba que era un diletante ávido de novedad. "No entiende nada de pintura".

Picasso objetaba:

—Sin embargo, sus teorías son justas. En arte no existe ni pasado ni futuro. El presente es el que cuenta.

—Eso lo puedes poner en verso —replicaba Matisse—.

—Son poetas los que han comprendido mi pintura.

Por su parte Apollinaire ataca a Matisse y su inclinación decorativa. ¿Le guarda rencor por haber dado el nombre de "Cubismo" al conjunto de formas geométricas que constituyen los primeros balbuceos de lo que sería una Escuela?

En varias ocasiones tuve oportunidad de ser testigo de esta mutua antipatía. Estando con Apollinaire en la "Closierie", en los primeros meses del año 14, entró Matisse, pidió papel y tinta y se sentó en una mesa aparte. Apollinaire comentó por lo bajo: "Seguramente va a escribir facturas. Es más comerciante que pintor. El lugar que ocupa en el arte contemporáneo no lo merece. Pura decoración que se paga más de lo que vale. Su pintura se está poniendo tan dulce, tan dulce, que se la van a comer las hormigas".

Matisse, muy aficionado a los pájaros, auguraba a Apollinaire otro fin no menos triste: "Cuando muera, después de hacer gor-

goritos en todos los cafés, nadie se acordará de él". Hasta ahora el vaticinio triunfador es el de Apollinaire.

UNA noche tuve la ocasión de palpar el carácter impresionable de Apollinaire. Con motivo de su mudanza a la calle Lafontaine, reunió a un grupo de amigos para festejar la inauguración del nuevo apartamento, no porque fuera más barato, —como aseguraba— sino porque en esa calle vivía María Laurencin.

Nos prometió leer poemas de su nuevo libro *L'Enchanteur purrissant*. Entre los asistentes estaba Max Jacob, apestando a éter como siempre; presumiendo de quirólogo, dispuesto a leer el porvenir en la palma de la mano. A René Delize vaticinó que entre los presentes, sería el primero en morir. Llegado el turno de Apollinaire, le predijo que nunca llegaría a la Academia, que tendría una vida corta y que la gloria vendría después de muerto. Mientras que Delize se encogió de hombros con indiferencia, Apollinaire palideció, pasándose el pañuelo por la frente repentinamente sudorosa. Molesto, cortó lo que consideraba una broma de mal gusto. María para evitar una escena desagradable, tendió a Max su fina mano. Max sin inmutarse continuó: "Serás desgraciada en amores. Saldrás de Francia, pero volverás".

Nadie tomó en serio las predicciones de Max. Todos conocían su ánimo fantástico. Todos, menos Apollinaire que siguió preocupado, sin hablar ni reír el resto de la velada, cosa extraordinaria en una persona tan expansiva.

Recuerdo haberle visto en parecido estado en 1912, cuando un ataque de la prensa le afectó profundamente. Fui testigo de los momentos de angustia y desamparo que pasó el poeta. Se trataba de uno de los muchos casos a que están expuestos los extranjeros en cualquier país. Parecido al que cuenta Manolo Huguet, ya en plena Guerra del 14. Pero Manolo estaba mejor preparado para los golpes que Apollinaire. A Manolo nada le amedrentaba; sabía cómo afrontar las maniobras del funcionarismo y sus amenazas. El mismo Apollinaire nos cuenta el caso en una carta a Toussaint Luca.⁸

"Todavía no me repongo de mi asunto. Sigo inquieto en espera de una solución. *L'Oeuvre*, bajo la firma de Gotier, me ataca como extranjero y autor de antologías de Aretino, de Sade, etc., tanto que estoy esperando ser expulsado de Francia. Sin embargo, no creo que se me persiga por eso. Averigua para saber de qué medios

⁸ Publicada por Adema. *Ob. cit.*, p. 142.

me puedo valer o en qué condiciones puedo hacerme nacionalizar. ¿Qué será de mí en el caso de verme expulsado?

"Estas dudas me quitan toda tranquilidad para trabajar. Sólo pido que me dejen en paz y sólo encuentro persecuciones."

Después de tres meses de incertidumbre, Apollinaire se ve libre de la tenebrosa maquinación urdida por la triste envidia de los mediocres. Algo gana el poeta como recompensa por los días amargos: la "Columna de arte" de *L'Intransigent*, uno de los diarios más leídos de París.

Al felicitarlo en el famoso café "Vachette", frecuentado por Moreas y los "ya llegados", como decía Manolo, Apollinaire me ofreció su traducción de los "Poemas lujuriosos", muy acordes con la época en que fueron escritos por Aretino. Quizá las ilustraciones de Julio Romano exaltaron su erotismo, que no llega a la grosera pornografía de las revistas de nuestro tiempo.

Apollinaire nunca cumplió su ofrecimiento. Leí la traducción de los poemas en la Biblioteca Nacional, Rue Richelieu. Me sirvieron de punto de partida para escribir la biografía de Pietro de Arezo.⁴

La actividad literaria de Apollinaire se despliega al lado de André Willy y René Delize, seudónimo de René Dupuy, escritor y poeta, asiduo concurrente a "La Closserie de Lilas", cuartel general de los siete asociados de la revista "Arco iris", convertida luego en "Les Soirées de Paris", revista que aspiraba a desplazar al "Mercure de France".

Me suscribí a su primer número con 25 francos y una colaboración que nunca llegó a publicarse. Apollinaire figuraba con un interesante artículo: "El tema en la pintura moderna". Sostenía que "el parecido ya no tiene ninguna importancia, pues todo está sacrificado por el artista a la composición de su cuadro: Picasso estudia el objeto como un cirujano estudia un cadáver..."

Delize protesta: "Es un absurdo, una idiotez. La defensa del cubismo va a dar al traste con la Revista".

En la mesa del café continúa la discusión, sin violencia, sobre las posibilidades de subsistir de "Les Soirées". Delize increpando duramente a Apollinaire: "Tus fines son los de apoyar a pintores ignorantes y pretenciosos. Te rodean y te adulan porque te ocupas de ellos. A excepción de cuatro o cinco, el resto no tiene ningún talento."

Desde entonces vi a Delize, antiguo teniente de navío, con charreteras.

⁴ Aretino, Azote de Príncipes. Ed. "Cuadernos Americanos", México, 1948.

En 1913, Apollinaire ha ganado sólida posición de crítico. Triunfan sus doctrinas y triunfan los pintores que apoya. Mucho le debe a Picasso que con sus éxitos justifica sus teorías; también mucho le debe Picasso por la publicidad que da a su arte en "Meditaciones Estéticas".

El catálogo de la Exposición de "Los Independientes", 1913, está dedicado "a Guillaume Apollinaire, cuyo nombre no es desconocido por nadie que estudie la orientación del movimiento de los pintores modernos". Elogio al iniciador de un movimiento que interesa a Europa entera: "Que clasifica la nueva estética, su desarrollo, sus características y la fisonomía de sus primeros representantes..." Alabanzas justas, elogios sin precedentes a uno de los extranjeros que Camille Mauclair llama "metecos".

Los que siguen a Apollinaire, se dan cuenta de la noble ambición que le lleva a lanzar nuevas ideas; sacar del camino trillado a la tradición literaria y a la pintura académica, a descubrir nuevos aspectos de la sensibilidad, de la riqueza imaginativa, tal lo demuestra en *La chanson du mal aimé* y en la amargura de *Maisons des morts*.

El afán de originalidad lleva a Apollinaire a suprimir la puntuación. Sostiene que el ritmo y la medida de los versos constituyen una puntuación natural. No hay necesidad de otra. El libro de poemas *Alcools*, editado por el "Mercure de France", salió sin puntos ni comas.

No tardará en seguirlo Gertrude Stein al escribir sus memorias. Tampoco tardarán los pintores norteamericanos en seguir sus consejos sobre la necesidad de "llevar la pintura más allá de los límites marcados por el "Arte puro". A la "idea pura".

Pocos críticos se han detenido a estudiar el cambio de rumbo que imprimió Apollinaire al arte de Norteamérica, sin por esto ser el responsable de los excesos "simbolistas" que conducen al "Pop Art", a Polack, al "Conceptual Art" y otras monsergas comerciales, hijas de la industrialización.

Por algo hemos visto las mesas de la "Closierie" ocupadas por jóvenes artistas norteamericanos, pendientes de las palabras de Apollinaire. Lecciones gratuitas que repetirán, también gratis, en los cenáculos bohemios del "Village".

No todos son laureles para el "Mal-amado". Siempre hay rivales que le acechan. Entre las sombras atisbadoras está Georges Duhamel quien no tardará en ocupar un sillón en la Academia Francesa, sillón bien merecido.

En el *Mercure de France*, Duhamel publica un artículo (Junio de 1913), con todo el veneno que es capaz de incubar un escritor francés decidido a injuriar: "Nada hace pensar tanto en una tienda

de compra y venta, que ese conjunto de versos publicados por Guillaume Apollinaire con el título, a la vez simple y misterioso, de *Alcools*. Digo tienda de compra venta, porque en ese tugurio han ido a parar una cantidad de objetos heteróclitos, entre ellos algunos de cierto valor, pero ninguno como producto del mismo marchante. Es una de las características de la ropa vieja: se vende y no se fabrica. . ."

"Una truculenta variedad de objetos pretenden ser de arte. Apenas si por los huecos de una casulla apollillada se percibe la mirada irónica e ingenua del marchante que tiene a la vez de judío levantino, de sudamericano, de gentilhomme polonés y de mozo de cordel. . ." El artículo sigue por el estilo, fustiga sin piedad al poeta.

Ya podemos imaginar cómo Apollinaire sintió penetrar la artera lámina de insultos en su alma sensible. Lo primero que pensó fue enviar padrinos a Duhamel. Exigirle una reparación por las armas, costumbre muy usada en la *Belle Époque*. Trabajo le costó a André Willy disuadirlo, convencerlo de que las diferencias entre poetas acaban en mutuos elogios.

La reparación de Duhamel fue póstuma. Convirtió en incienso las duras frases de la ofensa. La firmaba "Georges Duhamel. Miembro de la Academia Francesa. Presidente del premio Guillaume Apollinaire, fundado para hacer conocer a los jóvenes talentos de inspiración apollineriana" (1921). Es interesante señalar entre estos jóvenes a Jean Cocteau.

Desde entonces comprendí que tanto los pintores como los poetas, no pueden prescindir unos de otros. Del pasado y del presente. Comprendí el principio picassiano: "Yo no busco sino encuentro". Que este encuentro es el resultado de una oculta búsqueda que no disminuye el mérito de Lamartine ni de Mallarmé. ¿Qué poeta no debe algo a sus predecesores? ¿A lo ya escrito?

Jean Cocteau, pone el tema a discusión al comentar el poema *Zone*, de Apollinaire. Descubre que es la transfiguración de un texto, ya transfigurado, de Anatole France. Al contarle a Guillaume su descubrimiento, éste no hizo sino sonreír. "¿Con que lo has notado? Y reía sin sombra de molestia. ¿Qué dirías si te cuento que Bourguereau se inspira en Rousseau? Claro que lo encontrarías normal. Y volvió a reír. Esto tiene aplicación en la pintura de Picasso. Descubre el misterio y quiere mantenerlo oculto. Lo que encuentro normal —concluye Cocteau— ya que la química de un cuadro o de un poema es muy compleja y muy secreta."

Apollinaire aspira a que Picasso sea más abierto con él, por lo mismo que no concibe el triunfo de doctrinas sin el apoyo de artistas de talento. A veces, resentido por los ocultamientos del

maestro español, desplaza su interés a otros pintores. El primero es José Victoriano González, a quien da el nombre de Juan Gris, colocándolo a la cabeza del movimiento cubista. Luego, impaciente ante la sobriedad de Juan Gris, ya con pinturas en el Luxemburgo y otros museos de Francia —que no de España— lanzó su enorme fuerza publicitaria sobre Braque, que llegó a ser considerado rival de Picasso. Pero el verdadero creador del cubismo, nunca dejó de ser otro que Apollinaire, el poeta. Su fuerza renovadora, desde 1910, pretende destruir la tradición, las academias, los pedagogos y la historia. Destrucción aplicada a nombres utilizados como barreras, que no a obras que han ganado inmortalidad.

EN 1913, visité por primera vez el apartamento que habitaba Apollinaire en el bulevar de Saint Germain. Nada mejor para conocer una persona que ver la casa que habita. Después de subir seis pisos, en el ático me encontré con nuevos aspectos de mi amigo en la intimidad; aprecié su buen gusto. Las paredes tapizadas de cuadros y dibujos, los estantes llenos de libros, la pequeña chimenea. Por un estrecho pasillo, intransitable a causa de las esculturas, se llega a la cocina, punto preferido del anfitrión. Ahí oficia Guillaume cuando recibe a sus amigos. Siempre bien rasurado, la cara empolvada —como se usaba entonces— blanquea la fuerte sombra verde de la barba. Esa noche nos acompaña el candoroso "aduanero" Rousseau. A pesar de las burlas de Apollinaire —tal la del banquete— Rousseau le quiere. En su honor Apollinaire cocina unos *Fetucini*, su plato favorito. El perfume de las damas mezclado con los de la apetitosa salsa, nos llega al reducido cuarto de trabajo: una mesa delante de la ventana con vaporosas cortinas que no llegan a cubrir la vista al Sena. Por primera vez encontraba a Apollinaire, siempre bien trajeado, pulcro, corbata y chaleco de vivos colores, en mangas de camisa. Nada de la prendida persona que vi la última vez donde Gertrude Stein. Sin embargo, a la hora de recitar, sin corbata recitó sus versos mejor que donde la Stein.

Apollinaire dice su poesía simplemente, sin gestos, sin puntuar. Cada palabra lleva su propia emoción en profundidad. Expresa lo que los celtas llaman "saudade". Los versos trasuntan melancolía. Estoy seguro que la sombra de María intervenía. Echaba de menos la *cheré petite Marie* alejada de su amor tenaz. Mi querido Guillaume —le dije al terminar— sigue el consejo árabe: "Nunca digas a una mujer que la amas".

Al día siguiente le acompañaba de librería en librería para colocar números de la nueva serie de "*Soirées de Paris*", aumentadas

sus páginas e ilustradas con cuatro dibujos de Picasso. La novedad es la bandera de Apollinaire.

Ese año el poeta llegó a la cúspide de su carrera literaria. Se ha convertido en guía espiritual del Cubismo y uno de los más notables inspiradores del Nuevo Arte. Sin embargo, sólo gana para vivir modestamente. De todas maneras, con más recursos que la mayoría de los escritores de su tiempo.

Algunos críticos norteamericanos secundan las doctrinas del *Nuevo Arte*. Uno de los más apasionados es el poeta Alfred Barr. Hay otros, como Arthur Craven, que tratan de poner en ridículo a los innovadores. Refiriéndose al prólogo del catálogo del "Salón de Independientes", dedicado por Apollinaire al pintor La Fresnaye, escribe: "Ignoro si la crítica del judío Apollinaire es justa o interesada. No tengo ningún prejuicio contra los judíos. La mayoría de las veces prefiero un judío a un protestante —cuando esta especie de Catule Mendes declara en una de sus críticas que es discípulo de Delauney, entonces prefiero al protestante". Esta clase de injurias le impulsan al trabajo. Para Apollinaire son acicates.

A fines de 1913, asistí a la fundación del "Consejo Central para la defensa de literatos libres". Como miembro permanente figura Apollinaire, al lado de Giraudoux, Peladan y su íntimo André Willy. Era tremenda la cantidad de suicidios entre los que no sabían qué hacer de su talento. Había que ayudarlos, a sabiendas que la literatura "*Ne nourrie pas son homme*".

En los estatutos del "Consejo Central" se establecía ayudar los méritos de artistas desconocidos. Hacer resaltar los talentos superiores y probos. Algo parecido a la "Sociedad de Artistas Católicos Extranjeros" que fundamos con Zuloaga, Durrio y otros pintores y escultores (1928). Sociedades que si bien cuentan con personas llenas de interés humano, quedan reducidas a vida efímera para terminar en buenos propósitos. En el caso del "Consejo Central", la guerra se encargó de su desaparición.

AGOSTO de 1914. La movilización. París se agita en tristes vísperas. Artistas y poetas piensan en sentar plaza o partir. Despedidas, abrazos, canciones y lágrimas. Decido dejar París. Voy donde Apollinaire para despedirme. Me dice que irá a Niza. Me cuenta las dificultades que tiene para enrolarse en el ejército. Su madre de nacionalidad rusa, su nombre polaco y nacido en Roma, son circunstancias que se oponen a sus deseos.

Me entero que después de muchos contratiempos, logra alistarse a un regimiento de artillería. En los Estados Unidos vi su retrato

vistiendo el uniforme de subteniente, vendada la cabeza, herido por un casco de granada.

La guerra cuenta con un héroe más. Veamos lo que dice en una carta a Lou.⁵

Mi Lou querida: Mañana parto para el 38 regimiento de artillería de Campaña, en Nimes, desde donde te escribo. Mis gestiones ante el Consejo de Revisión para reincorporarme han sido imprudentes. He tenido que darme de alta ayer. Por eso hoy me he sentido triste. Triste a morir.

Te adoro mi Lou, tú eres todo lo que echo de menos.

No tengo valor de escribir más.

Si no me reprochas demasiado por algo que ha sido inevitable, escríbeme en cuanto tengas mi dirección y sé feliz como mereces serlo mi adorada.

Guillaume Apollinaire.

Por lo que me contó el poeta Vicente Huidobro, 1926, el "Mal amado" no se encuentra tan solo en su cama de herido de guerra. Devota y sumisa, lo cuida en Nimes Magdalena con quien se casará más tarde. Huidobro me enteró que el gobierno le ha negado la condecoración de "Caballero de la Legión de honor", solicitada por sus amigos. Pero tiene una recompensa: el "Mercure de France" publica, después de larga espera, "*Calligrammes. poemas de la Paz y de la Guerra*", (1913-1916), a todas luces una continuidad de "Alcools".

Apollinaire cumplió con sus deberes de soldado. Apartado del ambiente en que pasó lo mejor de su vida, supo afrontar con gran espíritu las rudas faenas de soldado. Nada queda del quisquilloso comodón. La guerra fue para el poeta una fuente de ilusiones, inspiradora de imágenes, como si estuviera en la mesa de un Café de París en compañía de amigos.

Es interesante el diálogo sostenido por Vicente Huidobro, el poeta chileno que repartía metáforas y manifiestos geniales. Las discusiones comienzan con el estreno de "Les Mamelles Tiresia" (Las tetas de Tiresia), pieza teatral de Apollinaire, estrenada en París mientras los obuses del "Gran Bertha" cruzaban el cielo.

Huidobro sostenía que el subtítulo de la pieza, "Drama surrealista", debería cambiarse por "Surnaturalista". Se esgrimieron argumentos hasta triunfar Apollinaire, "ya que ninguno de los dos nombres figuraba en el diccionario, por lo tanto 'surrealismo' sería más fácil de manejar".

⁵ M. Adema. *Ob. cit.*, p. 194.

El término surrealista se convertirá en el nombre de una escuela de vanguardia, de la que es más responsable Apollinaire que André Breton.

A Filadelfia me llegó un número del "*Mercur de France*", con la crónica, "Vida anecdótica", de Apollinaire, dedicada a la memoria de Delize, muerto en la trinchera. Desde el colegio, Delize siempre le acompañó en su vida íntima y literaria, sin que celos ni rivalidades perturbaran esa amistad.

Apollinaire había entrado en la edad reposada que exige una compañera. A los treinta y ocho años, fracasadas sus relaciones con María Laurencin, siente la necesidad de disfrutar de un hogar, una compañera que participe de la notoriedad que él ha sabido conquistar.

El 2 de Mayo de 1917, se casa en París. Picasso y el marchante Ambroise Vollard (al que Durrio llama Voleur), son sus padrinos. La presencia de jóvenes artistas es extraordinaria. Guillaume entra en la vida plena y tranquila que tanto ama.

Manolo Huguet decía que gracias a él, Apollinaire logró relacionarse con gente importante. "Fui yo quien le hizo trabar amistad con los artistas jóvenes. Su fantasía prodigiosa llegó a tener sobre ellos una influencia considerable. Sospecho que las consecuencias artísticas de estos contactos todavía están coleando".⁶

A principios de 1918, la gripe llamada española, que asuela al mundo, lo postra en cama. Nada puede salvarlo. Conociendo su intuición de poeta, su amor a la vida, imagino el tremendo drama que afronta ante el final de su destino, el 9 de Noviembre de 1918.

Una triste lección sobre la fragilidad de los amigos es la carta que Jean Cocteau escribe a André Salmon.⁷

Querido André:

El pobre Apollinaire ha muerto. Picasso está demasiado triste para escribir. Me pide hacerlo y ocuparme de las notas a los periódicos, —de lo cual no tengo ninguna experiencia—. ¿Quisiera Ud. ser tan bondadoso de hacerlo por mí?

Apollinaire no se ha visto morir. Mi doctor no confiaba en salvarle, pues tenía los dos pulmones invadidos. Es una gran pena. Por un milagro de energía logró vivir hasta las 5 h. Su fisonomía era tranquila y muy joven.

Le abraza

Jean Cocteau.

⁶ José Pla. "Vida de Manolo", Ed. Espasa Calpe. Barcelona, 1976.

⁷ M. Adema. *Ob. cit.*, pp. 253-254.

Estaba escrito. El "Mal amado", una de las inteligencias más coincidentes con su tiempo, fue víctima del agresivo chauvinismo, incomprensión, que sufren los apátridas. Nunca disfrutó, fuera de su poesía, del deleite que buscaba su cuerpo pecador.

En 1923, volví a París. Fui a visitar su tumba. Una flor, una sola flor viva, desmentía el abandono total. No fue tan "mal amado" cuando después de años, una mano depositaba cada día ese humilde testimonio de amor. Grabados en el granito de la lápida, unos versos de *Calligrammes* que traduzco:

Al fin he roto
con todo lo material. . .
Puedo morir sin pecar. . .
Puedo morir sonriendo. . .

En esa tumba, no del todo olvidada, reposa el cuerpo mortal de Wilhelm Apollinaire de Kostrowitzky. No hace falta el monumento que prometieron los amigos ante su cuerpo sin vida. Picasso se comprometió a levantarlo como testimonio de "agradecimiento al amigo a quien tanto debía su arte". Todo quedó en promesa y en una maqueta de la que nadie volvió a acordarse, salvo, quizá, sus herederos, para ponerle una etiqueta con el precio.

Menos mal que el año de su muerte —a los treinta y ocho años— comienza la vida inmortal del poeta, crítico y autor teatral. El escritor que proclamó la necesidad de renovación que el arte exige.

ORIGENES Y ASPIRACIONES DE LA POESIA SOCIAL

Por Geoffrey R. BARROW

LA importante y complicada relación entre la poesía y la sociedad ha sido tópico de debate crítico desde que Platón, a beneficio de la comunidad, desterrara a los poetas de su proyectada república. Aunque Platón consideró a la poesía como elemento dañoso e innecesario dentro de su concepción del estado perfecto, tenía una idea muy favorable sobre el poder de la literatura. De ahí que formulara en forma precisa la cuestión de los derechos del poeta a existir y de manera más indirecta, el de su libertad de escribir lo que quisiera. Este problema no fue tratado de nuevo con la misma insistencia hasta el siglo XIX cuando Marx, si bien dentro del contexto de una teoría de la creación cultural, elaboró su idea de la función del arte en relación con las estructuras sociales: El escritor, ya consciente o inconscientemente, obra en beneficio de una clase determinada.¹

La presencia de la poesía social en la España de Franco ha reanimado el debate sobre el tópico y su innegable vigor revela la existencia de un vínculo más estrecho entre la política y la cultura de lo que generalmente se admite. Siguiendo las huellas del 98 y los poetas comprometidos de la República y de la guerra civil, la obra de la Generación Otero-Celaya plantea el problema de cómo y a quién debe servir la poesía. Además, la opción de la Generación por una poesía al servicio del hombre de la calle, hasta el punto de ser partidaria en ocasiones de la lucha revolucionaria, ha polarizado a los críticos. Si bien algunos de ellos no ignoran completamente esta clase de poesía, la convierten más bien en objeto de confusos improperios que de investigaciones serias, y, con una manifiesta falta de discernimiento, la agrupan e identifican con el

¹ Sobre las ideas estéticas de Marx véase Mikhail Lifshitz, *The Philosophy of Art of Karl Marx* (New York, 1938); Stefan Morawski, "The Aesthetic Views of Marx and Engels", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, XXVIII, 3 (1970), pp. 301-314. Véase también Walter Benjamin, "The Author as Producer", en *Understanding Brecht* (Londres, 1973, versión inglesa de *Versuche über Brecht*); Herbert Marcuse, "Art and Revolution", *Parisian Review*, XXXIX, 2 (1972), pp. 174-187.

comunismo. Otros críticos, al negar que la poesía tenga una función social afirmativa, la enjuician como si los poetas vivieran en el mundo vacío e intemporal del espíritu. Y con el fin de defender este concepto básicamente idealista de la poesía, emplean procedimientos tan sofisticados metodológicamente como primitivos teóricamente. Por otro lado, hay críticos que evitan la tentación de anexar la poesía social a categorías previamente establecidas, pero niegan la complejidad de la relación entre el poema y la sociedad.² Una cuestión ya difícil de por sí se complica más aún por la perspectiva crítica que ineludiblemente se ve influida por el ambiente intelectual y su jerarquía de valores culturales y políticos. Poesía comprometida, poesía de protesta, poesía práctica, poesía inconformista, poesía poscontemporánea, poesía de resistencia, poesía desarraigada: he aquí la desconcertante variedad de términos que se han aplicado a una de las corrientes poéticas de mayor importancia en la España del Generalísimo. Sin embargo, poesía social es la expresión curiosamente imprecisa que se usa con más frecuencia entre los críticos.³ La extensa reacción que los llamados poetas so-

² Véase por ejemplo L. Rodríguez-Alcalde, "De la poesía social al poema en prosa", en *Vida y sentido de la poesía actual* (Madrid, 1956), pp. 239-261; José María Castellet, *Un cuarto de siglo de poesía española 1949-1964* (Barcelona, 1966); José Olivio Jiménez, "Medio siglo de poesía española (1917-1967)", *Hispania*, 50 (1967), pp. 931-946; Philip Silver, "Nueva poesía española: La generación Rodríguez-Brines", *Insula*, 270 (mayo de 1969); Santiago Daydi-Tolson, *Poesía social: un caso español contemporáneo*. (Univ. Católica de Valparaíso-Chile, 1971); Gustav Siebenmann, *Los estilos poéticos en España desde 1900* (Madrid, 1973). Además, Juan Cano Ballesta, *La poesía española entre pureza y revolución (1930-1936)* (Madrid, 1972), documenta el debate de los años treinta, mientras Noam Chomsky, "Objectivity and Liberal Scholarship", en *American Power and the New Mandarins* (Nueva York, 1966), pp. 23-158, señala los prejuicios de los historiadores contra los movimientos populares de la guerra civil.

³ Véase Dámaso Alonso, "Poesía arraigada y poesía desarraigada", en *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, 1952), pp. 366-380; Max Aub, *Una nueva poesía española (1950-1955)* (México, 1957); José Hierro, "Poesía pura, poesía práctica", *Insula*, 132 (Noviembre de 1957); Guillermo de Torre, "Contemporary Spanish Poetry", *Texas Quarterly*, IV (1961), pp. 55-78; Carlos Bousoño, "Poesía contemporánea y postcontemporánea," *Papeles de Son Armadans*, 102-34 (1964), pp. 122-184; Biruté Cipliauskaitė, *El poeta y la poesía: Del romanticismo a la poesía actual* (Madrid, 1966); Leopoldo de Luis, *Poesía social: Antología 1939-1968*, 2a. ed. (Madrid, 1969); J. Lechner, "Literatura comprometida: El término y los problemas que origina", en *El compromiso en la poesía española del siglo XX: Parte primera: De la Generación de 1898 a 1939* (Leiden, 1968), pp. 9-19; Francisco Carrasquer, "Poesía de oposición en España", *Norte*, 8 (Julio-Agosto de 1967); Paul Ilie, "The Disguises of Protest: Contemporary

ciales ha provocado, no sólo evidencia cuán profundamente ellos expresan las preocupaciones de una época sino también cuán grande es el anhelo de un enfoque crítico en el que la consideración de los procedimientos poéticos se relacione con la cuestión más general del papel del poeta en la sociedad.

En este ensayo quisiera situar la poesía de la Generación Otero-Celaya dentro del marco de la poesía comprometida en España. La génesis de la obra de esta Generación puede explicarse dentro del contexto de determinadas condiciones históricas y literarias. El liberalismo progresivo de la Generación del 98, el popularismo cultural de la República, cada vez más militante después de la rebelión de Asturias en 1934, y la lírica proletaria de la guerra civil anticipan las actitudes de los poetas sociales. La Generación de Blas de Otero ha forjado un concepto de la poesía —ni exclusivo ni vanidoso— en el cual las preocupaciones sociales e históricas empiezan a destacarse, y cuya energía y vitalidad se derivan de un remozado humanismo. Los esfuerzos de la Generación marcan el intento por parte de la poesía de recuperar algo de su perdido poder dentro de la sociedad. La crítica a un gobierno totalitario, la primacía de la ética sobre la estética, y la lucha por una España libre, justa, popular y democrática, señalan la continuidad de la tradición liberal española.

La distinción que se suele hacer entre la Generación del 98 y los modernistas tiende a ocultar su semejante deseo de reforma. La brillantez léxica, la imaginaria atrevida y la musicalidad exquisita que se asocian con el modernismo constituye un paralelo estético de la reforma política que buscaban los noventayochistas. Pedro Gimferrer, en su reciente revaloración del modernismo, percibe en el movimiento "una protesta implícita ante una realidad abyecta", pero que por su dedicación al cultivo de la sensación y la intensidad tal protesta fue interiorizada y no procuró remedios políticos.⁴ El impulso hacia la renovación artística se basó en una concepción esencialmente religiosa de la función del arte como búsqueda poética del absoluto. La Generación del 98 andaba en busca de un arte menos narcótico, más problemático y comprometido. La observación, la contemplación, e incluso la introspección formaron una perspectiva que subrayó los valores de *andar y ver*, y recaló la importancia de *pueblo y tierra* como encarnación del espíritu español.

Spanish Poetry", *Michigan Quarterly Review*, 10 (1971), pp. 38-48, y "The Poetry of Social Protest: A Review Article", *Hispanic Review*, 41 (1973), pp. 79-87.

⁴ Pedro Gimferrer, *Antología de la poesía modernista* (Barcelona, 1969), p. 8.

La imagen del pueblo en la poesía de Unamuno es equívoca. Al declarar "Yo soy mi pueblo", el poeta aspira a ser la voz de su comunidad, e inspirado por su Bilbao natal canta un ideal de solidaridad y de fraternidad: "Hermanos somos todos los humanos / el mundo entero es un Bilbao más grande."⁵ Unamuno glorifica la vida sencilla e inconsciente del pueblo a la vez que presenta una imagen sentimental de sus representantes; además considera a la fraternidad como el simple intercambio de los frutos de nuestra labor, y sostiene que el sufrimiento santifica.⁶ En la poesía cívica de Unamuno, como ya indicó Luis Cernuda, lo nacional está unido a lo religioso.⁷ La crítica de la ley y de la propiedad privada en "Canto a la libertad" subraya una súplica de redención:

Mientras la Tierra cotos sufra y vallas,
y los campos de Dios sean dehesa
irán sus hijos con las manos libres
y arrastrando cadenas.

Baja del cielo, Libertad sagrada,
hazte carne en el seno de la Tierra,
y entre dolor y sangre un día hermoso
nos nacerás entera.

¡Baja del cielo, Libertad sublime,
y humillándote al mundo hazte terrena,
rompe los grillos del derecho infame,
y ensánchanos la Tierra!⁸

Dentro del contexto social de la Restauración tal oda a la libertad se consideraría subversiva. Asimismo, la crítica ha afirmado el carácter revolucionario de "En la catedral vieja de Salamanca" donde, después de reparar en la fe muerta que le rodea, el poeta reza al final del poema:

Quiera Dios, vieja sede salamantina,
que el pueblo tu robusto pecho llene,

⁵ Miguel de Unamuno, *Obras completas*, pról., ed. y notas de Manuel García Blanco (Madrid, 1958), tomo XIII, pp. 258, 855.

⁶ *Ibid.*, pp. 340-343, 361-368, 607.

⁷ Luis Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, 3a. ed. (Madrid, 1973), p. 80.

⁸ *Obras completas*, XIII, pp. 265-266.

florezca en tus altares
un nuevo culto,

y tu hermoso cimborrio bizantino
se conmueve al sentir cómo su seno
renace oyendo en salmo
la Marsellesa.⁹

No obstante, los reveladores versos con que concluye "Al pie del sauce" sugieren que el pueblo será un agente pasivo en este sueño de revolución:

Aquí, al pie del sauce,
veré correr las aguas,
mientras en ellas pescan
los pobres su mañana,
y esperaré que el cielo
la patria, al fin, nos abra.¹⁰

En suma, la imagen de una España regenerada se asocia con una imagen sentimental del pueblo que encubre la aversión de Unamuno por el campesino real, el "vulgo necio" analfabeto.¹¹ Américo Castro sostiene que "Unamuno... ignoraba, o pretendía ignorar, que la vida rústica soterrada en su hoy, carecía de dimensión histórica, interna o externa; era plana temporalmente."¹² En "Por dentro" muestra su desdén por la protesta de las masas contra condiciones opresivas:

A dar voces vacías,
pobrecillos, se juntan,
y gritan y más gritan

⁹ *Ibid.*, p. 232. Luis, *Poesía social*, p. 23 subraya la importancia de "En la catedral vieja de Salamanca", aunque faltan referencias al poema y a "Canto a la libertad" en Lechner, *El compromiso*, pp. 43-51.

¹⁰ *Ibid.*, p. 404.

¹¹ Miguel de Unamuno, *Cancionero: Diario poético*, ed. Federico de Onís (Buenos Aires, 1953), núm. 1351: "Posar ante el vulgo necio,/ pagado de vanidad,/es pagar a ínfimo precio/pega de inmortalidad". J. W. Butt, "Unamuno's idea of *intrahistoria*; its origins and significance", en *Studies in Modern Spanish Literature and Art presented to Helen F. Grant*, ed. N. Glendinning (Londres, 1972), p. 14, sugiere que una visión romántica del pueblo sea la base de la idea unamuniana de la intrahistoria.

¹² Américo Castro, "Razones para españoles", *Papeles de Son Armadans*, XXVI, 78 (septiembre de 1962), p. 257.

y sus penas ocultan
y piden no sé qué ni ellos saben
aunque crean saberlo en su locura.¹³

Evidentemente, la España universal y eterna, bañada en su ensueño místico, exigía la ignorancia del pueblo: Unamuno atacó la campaña de alfabetización de la República a la que vio como vulgarización del conocimiento.¹⁴ Resulta irónico constatar que a pesar del desprecio de Unamuno por el fascismo, el falangismo no hizo sino llevar a sus últimas consecuencias los postulados de tales ideas místicas para la regeneración nacional.¹⁵

La contribución de Unamuno al desarrollo de una lírica comprometida se funda en su rebelión contra la exageración de la forma a costa del contenido y en las sátiras políticas contra Alfonso XIII y Primo de Rivera. Unamuno rechaza el aislamiento de la técnica del contenido que observó en la Generación de la Dictadura:

Arte puro? Un remoquete!
A tu faena, poeta;
pues crear no es jugarreta,
haz tú juego y no juguete.

Jugucteos de juglares,
sin aire de calentura,
darán ¡oesia pura,
no poemas ejemplares.¹⁶

No obstante, Unamuno solamente reitera aquí su ataque al poeta virtuoso que posee gran habilidad en la técnica pero que carece de inspiración. Ya en 1907 despreciaba la rima sensual y externa, los versos de tamboril de que abusaba Zorrilla, e impugnó la poética modernista en su conocido "Credo poético":

¹³ *Obras completas*, XIII, p. 328.

¹⁴ Véase "Mi patria", *Cancionero*, núm. 710; y también, "Salud mental del pueblo", en *Visiones y comentarios* (Madrid, 1949), p. 30.

¹⁵ Véase "Fascismo", *Cancionero*, núm. 458: "No un manojo, una manada/ es el fajo del fascismo;/ detrás del saludo nada,/ detrás de la nada abismo". Defiende el liberalismo de Unamuno Juan Marichal, "Unamuno y la recuperación liberal (1900-1914)", en *Pensamiento y letras en la España del siglo XX*, ed. Germán Bleiberg y E. Inman Fox (Nashville, 1966), pp. 331-344, aunque José Carlos Mainer, *Falange y literatura: Antología* (Barcelona, 1971), pp. 16-20, propone que toda una etapa del pensamiento liberal español subyazca en el falangismo.

¹⁶ *Cancionero*, núm. 421.

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento;
que tus cantos tengan nidos en la tierra,
y que cuando en vuelo a los cielos suban
tras las nubes no se pierdan.

No te cuides en exceso del ropaje,
de escultor no de sastre es tu tarea,
no te olvides de que nunca más hermosa
que desnuda está la idea.¹⁷

En efecto, la herencia de Unamuno a la poesía comprometida que floreció en España en los años treinta, con una breve interrupción después de la guerra civil, consiste en el rechazo del cultivo hermético de la sensibilidad, y de la exaltación de los efectos estéticos a expensas del significado, es decir, el repudio de una poesía deshumanizada sin raíces en la vida. Unamuno considera el término *hombre de letras* como si fuera poco menos que un insulto y tacha de literatismo al producto de aquellos escritoruelos que pasan la vida "menospreciando la política, y la ciencia, y la industria, y la religión, y creyéndose, o por lo menos fingiendo creer, que lo único importante en este mundo es la producción de la belleza."¹⁸

Después del golpe de estado de Primo de Rivera y la sanción oficial de la dictadura por Alfonso XIII, Unamuno optó por la poesía para expresar su protesta. En *De Fuerteventura a París* y el *Romancero del destierro* persiste la visión de una España mítico-histórica como la norma contra la cual Unamuno juzga a España y la encuentra deficiente.¹⁹ Los sonetos y romances burlescos y satí-

¹⁷ *Obras completas*, XIII, p. 200. Compárese con Juan Ramón Jiménez, *Segunda antología poética* (Madrid, 1922), núm. 411. De excepcional interés para la poética unamuniana es la carta al pensador uruguayo Carlos Vaz Ferreira, en Manuel García Blanco, *Don Miguel de Unamuno y sus poesías* (Salamanca, 1954), pp. 119-121.

¹⁸ Miguel de Unamuno, *Ensayos*, 7ª ed. (Madrid, 1966-67), tomo II, p. 1214. Véase también "Monsieur Unamuno, homme de lettres", *Cancionero*, núm. 827, y el ensayo "Literatismo" donde escribe don Miguel: "El literato que no es más que literato jamás llegará a ser un verdadero artista. Es una calamidad la de esos literatos sin educación filosófica ni científica que acaban por caer en eso que se llama *esteticismo* y menosprecian mundos que les están cerrados, fingiendo dejarlos para otros". *La Revista Blanca*, I, 1 (1 de julio de 1898), pp. 11-15. (Citado por Juan López-Morillas, "Preludio del 98 y literatura del desastre", en *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*, Barcelona, 1972, p. 228, nota 2).

¹⁹ *Obras completas*, XIV.

ricos se mofan del dictador, del rey y sus aduladores, de los liberales, de la censura, de la injusticia e incompetencia del gobierno. La escasa fortuna que entre los críticos han tenido estas colecciones, y especialmente los romances, se contradice con su éxito en el género de la sátira política.²⁰ He aquí su burla de Alfonso XIII:

A tus fieles consejeros
difamaste con mentiras,
palacio de la injusticia
hiciste de tu guarida.

Ni una verdad de tu boca
salió porque si decías
algo de cierto, lo cierto
era que no lo creías.²¹

Unamuno emplea una invectiva formalizada contra el dictador: "Ese puñetero mierda / que es Primo... el bú de astracán..."²² También presenta una caricatura grotesca del verdugo mayor de España: "Orden, orden, caballeros / venga acá mi Mayoral / que nada hay como el cadalso / para la Seguridad!"²³ Los romances anticipan la denuncia de condiciones sociales y morales que es tema de la poesía social tanto como la creencia en una justicia ineludible: "Rey Alfonso, rey Alfonso, / hay un Dios que nada olvida, / que te conoce el linaje / hay un Dios sobre la vida."²⁴

No cabe duda de que Antonio Machado más bien que Unamuno es reconocido como el máximo representante de la poética comprometida del 98. Su constante defensa del contenido humano y temporal de la lírica, su rechazo del artificio, y su preocupación por las relaciones entre el poeta y el pueblo le han asegurado la veneración de la Generación Otero-Celaya. La insistencia en que

²⁰ En la edición de García Blanco figuran los romances VIII, XI, XIV, XVI, y XVIII, por ser "los más permanentes y eternos" *Obras*, XIV, pp. 69-70); pero figura el número VII en Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (Madrid, 1934), p. 231-232. Quizás, como explica José Manuel Blecuá en la introducción a su edición de Francisco Quevedo, *Obras completas I: Poesía original* (Barcelona, 1963), p. cx: "Nos sentimos hoy más lejanos que los lectores de otras épocas (y es un claro signo de la nuestra) de la poesía burlesca, sarcástica o simplemente humorística".

²¹ Miguel de Unamuno, *Romancero del destierro* (Buenos Aires, 1928), p. 100.

²² *Ibid.*, p. 109.

²³ *Ibid.*, p. 107.

²⁴ *Ibid.*, p. 100.

la poesía no es "ni mármol duro y eterno, / ni música ni pintura, / sino palabra en el tiempo" llega a ser la piedra fundamental de su crítica a Jorge Guillén y a la Generación de la Dictadura.²⁵ En su inconcluso "Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua", Machado desprecia a los poetas que se divierten con hacer juegos malabares con unas imágenes que no representan ninguna experiencia vital; "El poeta tiende a emanciparse del *hic et nunc*, del tiempo psíquico y el espacio concreto en que se produce una vida individual. . . Esta lírica desubjetivizada, deshumanizada, . . . es producto de una actividad más lógica que estética."²⁶ Y, en efecto, no solamente desestima cualquier preocupación excesiva con la técnica como si fuera algo absoluto, sino también se opone al exagerado subjetivismo de escritores tales como James Joyce. Machado desconfía de todo manejo privado y desmedido de la lengua: "La extrema individualización de las almas, su monadismo hermético y autosuficiente, sin posible armonía preestablecida, es la gran chochez del sujeto consciente que termina en un canto de cisne, que es, a su vez —¿por qué no decirlo?—, un canto de grajo."²⁷ Para oponerse a tales tendencias el poeta urge que se cultive una lírica significativa que imite el ritmo del lenguaje hablado: ". . . soy poco sensible a los primores de forma, a la pulcritud y pulidez del lenguaje, y a todo cuanto en literatura no se recomienda por su contenido. Lo bien dicho me seduce sólo cuando dice algo interesante, y la palabra escrita me fatiga cuando no me recuerda la espontaneidad de la palabra hablada."²⁸ El tema es reiterado por Juan de Mairena, heterónimo preferido de Machado: ". . . las más certeras alusiones a lo humano se hicieron siempre en el lenguaje de todos."²⁹ Además, la defensa del lenguaje popular se apoya en la opinión romántica de que el pueblo encarna lo genéricamente humano: "Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular."³⁰

La estética de Machado representa un intento humanista de realizar tanto lo universal como lo particular humano dentro de la sensibilidad del poeta. El ataque contra una poesía hermética se basa en una creencia en el carácter paradójicamente colectivo de la lírica: la voz individual canta en armonía con lo genéricamente humano. Al escribir sobre los problemas de la lírica en 1917, Ma-

²⁵ Antonio Machado, *Obras. Poesía y Prosa*, ed. Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre (Buenos Aires, 1964), p. 286.

²⁶ *Ibid.*, p. 853.

²⁷ *Ibid.*, p. 851.

²⁸ *Ibid.*, p. 843.

²⁹ *Ibid.*, p. 516.

³⁰ "Sobre la defensa y la difusión de la cultura", *ibid.*, p. 662.

chado insiste en esta tendencia colectiva de la sensibilidad individual: "El sentimiento no es una creación del sujeto individual... Hay siempre en él una colaboración del TU, es decir, de otros sujetos... Mi sentimiento no es en suma, exclusivamente mío, sino más bien NUESTRO."³¹ La ética más bien que la estética llega a ser la base de la creación poética, como ya propuso en su artículo seminal Juan López-Morillas.³² El poeta debe mirar hacia dentro solamente para descubrir su solidaridad con otros seres humanos. El poeta Jorge Meneses, heterónimo poco desarrollado de Machado, bosqueja un procedimiento poético que borra la distinción entre la poesía pública y la privada, al subrayar una relación entre el poeta y el público basada en los valores, experiencias, y conocimientos comunes: "La poesía lírica se engendra en la zona central de nuestra *psique*, que es la del sentimiento; no hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico porque aunque no exista un corazón en general, que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, todo sentimiento se orienta hacia los valores universales o que pretenden serlo."³³

La armonía del individuo con lo colectivo es un ideal practicable para Machado. En su ensayo dedicado a Rafael Alberti, "Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia", articula el ideal de la fraternidad, la humanidad, la libertad, y la dignidad del hombre que Rusia representaba para los liberales españoles, aunque el poeta no tiene conciencia de los excesos del totalitarismo stalinista.³⁴ En otra parte defiende el acceso de las masas a la cultura: "Tampoco la aspiración de las masas hacia el poder y hacia el disfrute de los bienes del espíritu ha de ser, necesariamente, como muchos suponen, una ola de barbarie que anegue la cultura y la arruine... Difundir la cultura no es repartir un caudal limitado entre los muchos, para que nadie lo goce por entero, sino despertar las almas dormidas y acrecentar el número de los capaces de espiritualidad."³⁵ Evidentemente, Machado se muestra partidario de una armonía ideal entre el poeta y el pueblo que depende de la realización de una verdadera fraternidad entre los hombres. Sus denuncias del señoritismo representan una crítica no tanto de una clase social particular como de la hipocresía de todos los que nieguen la dignidad esencial del hombre. "El señoritismo ignora, se

³¹ "Problemas de la lírica", *ibid.*, p. 714.

³² Juan López-Morillas, "Antonio Machado: ética y poesía", en *Hacia el 98*, pp. 255-269.

³³ *Op. cit.*, pp. 324-325.

³⁴ *Ibid.*, pp. 859-861.

³⁵ "Discurso de ingreso en la Academia de la Lengua", *ibid.*, p. 854.

complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma; en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. 'Nadie es más que nadie', reza un adagio de Castilla. . . 'Nadie es más que nadie', porque —y este es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre."³⁶ La admiración machadiana del comunismo y del socialismo estriba en una fe de que serán una fase transicional en la actualización de su ideal humanista: "... el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia."³⁷ Sin suscribirse a los que consideraba los principios básicos del marxismo, Machado reconoció las implicaciones humanistas del socialismo. Y su concepción de un ideal practicable de fraternidad y de justicia colectiva es legado que ha absorbido la Generación Otero-Celaya.³⁸

Unamuno y Machado no se encontraron solos en su oposición a una poesía deshumanizada sino que son reflejos de un movimiento internacional. Ya en 1926 César Vallejo había declarado: "La poesía nueva a base de palabras o de metáforas nuevas, se distingue por su pedantería y novedad, y, en consecuencia, por su complicación y barroquismo. La poesía nueva a base de sensibilidad nueva es, al contrario, simple y humana."³⁹ Y al año siguiente, tras lanzarse contra la retórica hueca de la poesía de vanguardia de su propia generación, concluye: "Hay un timbre humano, un latido vital y sincero, al cual debe propender el artista, a través de no importa qué disciplinas, teorías o procesos creadores. Dése esa emoción, seca, natural, pura, es decir, prepotente y eterna, y no importan los menesteres de estilo, manera, procedimiento, etc."⁴⁰ Aunque la crítica ha señalado la influencia de las prácticas poéticas de Vallejo en la generación peninsular de posguerra, fue ciertamente Pablo Neruda el principal portavoz extranjero de una esté-

³⁶ "Sobre la defensa y la difusión de la cultura", *ibid.*, p. 661.

³⁷ "Discurso a las juventudes socialistas unificadas", *ibid.*, pp. 690-691.

³⁸ Véase Luis Cernuda, "Antonio Machado y la actual generación de poetas", *Bulletin of Spanish Studies*, XVII, 67 (July, 1940), pp. 139-143; Eugenio de Nora, "Machado ante el futuro de la poesía lírica", *Cuadernos hispanoamericanos*, 11-12 (sep.-dic., 1949), pp. 583-592; José R. Marra López, "La juventud ante Machado", *Insula*, 158 (1960), p. 6; Castellet, *Un cuarto de siglo*, pp. 57-64; Luis, *Poesía social*, p. 23; Lechner, *El compromiso*, pp. 51-58; López-Morillas, *Hacia el 98*, pp. 268-269.

³⁹ César Vallejo, *Obra, poética completa*, ed. R. Fernández Retamar (La Habana, Cuba, 1970), p. xiv.

⁴⁰ *Ibid.*, p. xv.

tica menos enrarecida en España durante los años treinta.⁴¹ En el manifiesto "Sobre una poesía sin pureza", publicado en el primer número de *Caballo verde para la poesía* en octubre de 1935, se opone a la noción del artista solitario y exige "una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos."⁴² Tanto los poetas de nombradía como los más jóvenes manifestaron su admiración por la nueva sensibilidad enunciada aquí y ejemplificada en *Residencia en la tierra*. Miguel Hernández, al alabar a Neruda en 1936, lanza la siguiente exhortación: "Basta de remilgos y empalagos de poetas que parecen monjas confiteras, todo primor, todo punta de dedo azucarado", y en el prólogo de *Viento del pueblo*, escrito en plena guerra civil, proclama el partidismo total del poeta: "Nuestro destino es parar en las manos del pueblo."⁴³ Además, acrecentó este sentido de cruzada marxista en sus manifiestos poéticos a medida que incorporaba a su concepto del pueblo, otro factor que había surgido a la luz después de la revolución de los mineros asturianos en 1934: la lucha de la oprimida clase trabajadora.

Los numerosos ataques contra la poesía pura en los años treinta llegaron a ser invectivas dirigidas a una figura de paja. El aforismo de Rosario del Olmo, "La torre de marfil es un muro desde donde se ametralla", sostenía la ortodoxia de una lírica comprometida más bien que desafiaba a cualquier estética dominante.⁴⁴ Si por lo menos durante la primera fase de su trayectoria, la Generación de la Dictadura hubiera sido antagónica al desarrollo de una estética comprometida, ya en 1929 Alberti y Prados, al menos, habrían emprendido la defensa teórica y práctica de una lírica política.⁴⁵ El alejamiento de lo que Guillén, representante más sobresaliente de la poesía pura en España, vino a reconocer como una estética que era "demasiado inhumana, demasiado irrespirable y demasiado aburrida", solamente se aceleró con el establecimiento de la Repú-

⁴¹ Véase José Angel Valente, "César Vallejo, desde esta orilla", en *Las palabras de la tribu* (Madrid, 1971), pp. 144-160.

⁴² Pablo Neruda, *Obras completas*, 3ª ed. (Buenos Aires, 1968), tomo II, p. 1040.

⁴³ *El Sol*, 12 de enero de 1936. (Citado por Juan Guerrero Zamora, *Miguel Hernández, poeta*. Madrid, 1955, p. 79); *Obras completas*, ed. Elviro Romero y Andrés Ramón Vázquez (Buenos Aires, 1960), p. 263.

⁴⁴ Cano Ballesta, *La poesía española*, p. 151.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 260. Nótese, sin embargo, que Alberti indica que (solamente) se dedicó plenamente a ser un poeta en la calle en 1933-1944 (*Poesías completas*, Buenos Aires, 1961, p. 13).

blica en 1931, con las revoluciones de Cataluña y Asturias en 1934, y con el triunfo del Frente Popular en 1936.⁴⁶ La Guerra Civil produjo una intensificación de este movimiento y no una tendencia radicalmente nueva.

La estética naciente correspondía con el brotar de una marcada conciencia social entre los poetas de la República y de la guerra civil. Tanto la revolución social que representaba la República como el crecimiento del fascismo doméstico e internacional fueron acontecimientos públicos que agobiaron la vida personal de los poetas e intelectuales y usurparon sus experiencias más íntimas. La nueva línea de valores que se presentaba produjo un viraje hacia la izquierda. El concepto romántico y sentimental del pueblo se sustituía progresivamente por algo más perspicaz que identificaba al pueblo como el proletariado rural. Sin descender a las banalidades del realismo stalinista con su mitología artificial de trabajadores de cara cuadrada, hubo un intento de pintar una clase social particular desprovista del idealismo bucólico. El poeta expresaba las esperanzas de los de menos talento y daba forma a un sentido de solidaridad con los desposeídos asociado con un sencillo milenarismo:

Escuchadme, camaradas;
 Mi voz no es sólo mi voz,
 ni son todas las palabras
 que os dirijo sólo mías.
 A través de mi garganta
 el pueblo entero es quien habla,
 y en mi sangre la otra sangre
 de los que salvan a España,
 de los que en el frente luchan
 lucha, grita y se levanta.⁴⁷

Fue aplastante la identificación de los poetas del lado republicano con los desposeídos y no con la oligarquía terrateniente. Miguel Hernández, por ejemplo, canta a sus jornaleros, aceituneros, el niño yuntero, el sudor y las manos de los trabajadores; Alberti se dedica a "las populares gentes de mi país, con sus sembrados / sus aldeas, sus bueyes, sus pájaros."⁴⁸ No solamente se reconocía la existencia de clases sino que, además, César Arconada, Pla y Beltrán, Prados

⁴⁶ Citado por José Luis Cano, "La generación poética del 27", *Triunfo*, 17 de junio de 1972, p. 14.

⁴⁷ *Romancero general de la Guerra de España*, ed. Emilio Prados y A. R. Rodríguez Moñino (Madrid, Valencia, 1937, Feltrinelli reprint, Milán, 1966), p. 22.

⁴⁸ Alberti, *Poesías completas*, p. 407.

y Alberti se suscribieron a la fórmula leninista de parcialidad militante. Según la hipótesis marxista, el pueblo, como clase con un papel histórico genuino, se concebía como el portador de un mundo nuevo. Se le adscribió al pueblo una perspectiva radicalmente distinta de la de las clases que se suponía iban a sucumbir después de una época de lucha. En los poetas mencionados abunda tanto la invectiva ritualizada destinada a efectuar una transformación del mundo externo como la retórica persuasiva del compromiso total. Sin embargo, en su estudio explorador de la poesía de esta época J. Lechner llega a la conclusión de que fue el idealismo humanitario y no los dogmas de partidos el que inspiró a la mayoría de los poetas, incluso a los que nominalmente se inscribieron en el partido comunista.⁴⁹ En los albores de la guerra civil, Arconada abre el poema "Hasta dónde llegará la noche" con una indignada denuncia de la injusticia y la hipocresía:

¿Hasta dónde llegarán los límites oscuros de esta
noche de clases
en la cual los ricos tienen y los pobres carecen,
los poderosos mandan y los humildes sirven,
los tontos brillan y los inteligentes son estériles
como los altos riscos que no orea la mañana
templada de los valles...?

A pesar de ello, el poema termina retóricamente con un sueño utópico de la justicia y la igualdad:

...y aquí, hundidos en negra sima de cieno y asco,
los miserables, los pobres, los tristes, los no
satisfechos, los deventurados,
los que piden hartura y verdad y justicia y venganza,
y, ¡oh noche, noche!,
sueñan con un amanecer de día sin declive, donde
el hombre, el hombre, esta clara verdad del hombre,
venza por fin a la naturaleza y a los dioses.⁵⁰

El carácter fuertemente idealista y moral de la poesía al servicio del pueblo no sufre disminución alguna en la Generación Otero-Celaya.

Durante la guerra civil, *El romancero general de la guerra de*

⁴⁹ Lechner, *El compromiso*, p. 255.

⁵⁰ César Arconada, *Vivimos en una noche oscura* (Madrid, 1936), pp. 7-8.

España y las revistas *Hora de España* y *El Mono Azul* demuestran la solidaridad de los poetas republicanos con el pueblo. Implícitamente se le otorgó al escritor su autonomía, su libertad de decidirse a favor de quien iba a servir su arte. Pero con todo, la cuestión de cómo se puede mejor servir al pueblo fue menos fácil de decidir. Usualmente, los poetas tienden a emplear las formas tradicionales, a evitar los cultismos sintácticos o léxicos, y frecuentemente dirigen preguntas y exclamaciones al lector. Además, encauzan sus energías tanto a los modos de producción como al producto poético en sí. Los principios editoriales de *Hora de España* y *El Mono Azul* ejemplifican el problema de ir más allá del circuito literario. La "Ponencia colectiva", manifiesto editorial publicado en *Hora de España* en agosto de 1937, proclama una fe humanista fundamental y la esperanza de que sus valores se realicen con una victoria republicana, seguida por el establecimiento de una nueva sociedad:

"Con sólo ganar la guerra —nada más y nada menos— la revolución más formidable y positiva se habrá operado en el mundo; porque, claro, con sólo ganar la guerra, una serie de hechos objetivos, tangibles, quedarían afirmados y afirmando todo un orden distinto y mejor en una nueva ordenación social; con sólo ganar la guerra, y esto es lo más importante, la conciencia de todos y cada uno de los hombres partiría de unos supuestos no nuevos, sino eternos, pero eternamente inactivos, teóricos, abstractos".⁵¹

En la práctica, sin embargo, la política editorial de la revista sugiere que esta sociedad nueva no sea tan distinta de la vieja. La cantidad de contribuciones académicas, el anteponer la poesía reflexiva a la poesía combativa, y la tendencia a evitar el romance revelan una solidaridad muy mediatizada entre el intelectual y el pueblo. La revista avanza benévolutamente con el pueblo pero no junto a él. No duda de la existencia de un modo burgués de producción ni de una clase que la posee a base del privilegio de la cultura. Por otra parte, *El Mono Azul*, fundado bajo el auspicio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, desechó un papel estático-contemplativo a favor de una unión radical del pensamiento y la acción. Era panfleto antes que revista literaria: "hoja volandera que quiere llevar a los frentes y traer de ellos el sentido claro, vivaz

⁵¹ *Hora de España*, VIII (agosto de 1937), (Citado por Lechner, *El compromiso*, p. 271).

y fuerte de nuestra lucha antifascista," y mezclaba declaraciones políticas, consejos prácticos para el miliciano, y noticias de la guerra con los romances.⁵² El programa de incluir los romances lo propuso Alberti y se siguió en una docena de números donde la obra de poetas ya de reputación establecida fue presentada al lado de la de poetas menos conocidos y milicianos del frente. Los poemas se difundían por la radio, el teatro y el cine y hasta entraron en el repertorio de los ciegos. En una palabra, *El Mono Azul* adaptó y transformó el formato burgués al esforzarse por socializar el modo de producción y reducir la distancia entre el poeta y el pueblo.

El romancero general de la guerra de España, compilado por Prados con prólogo de Rodríguez-Moñino, se originó en los romances publicados por primera vez en *El Mono Azul*.⁵³ La colección demuestra un neopopularismo floreciente que se vincula con temas revolucionarios, expresiones de fraternidad entre los milicianos, elogios de los héroes de la lucha, crónicas del progreso en los varios frentes, y proclamaciones del acercarse de tiempos más justos. Tradicionalmente el romance había sido cultivado por un pueblo que carecía de la especialización social requerida por las formas más refinadas, pero las presiones del momento y los esfuerzos de talentos ambiciosos, aunque poco instruidos, resultaron en una colección de calidad desigual. Los romances brillantes no brotan automáticamente ni siquiera de los labios de un pueblo que era la esperanza para la regeneración de España. Además, como sugirió Cernuda en un ensayo de posguerra sobre la poesía popular, el entusiasmo por el romance como el arte verdadero del pueblo puede ser una fantasía retrógrada en tiempos del cine.⁵⁴ En todo caso, el popularismo cultural anunciado en el *Romancero general* no era sino una demanda transicional. Ya en septiembre de 1936 Alberti venía pensando en "la seria y perseverante (labor) de renovación artística que la paz exigirá."⁵⁵ Tal optimismo fue prematuro y

⁵² *El Mono Azul*, núm. 1 (agosto de 1936). Véase también Lechner, *El compromiso*, pp. 165-166; Michel García, *Etude et index de la revue El Mono Azul*, tesina inédita (París, 1965).

⁵³ Lechner, *El compromiso*, pp. 165-178, analiza brevemente los romances de la guerra civil, aunque no menciona el estudio explorador de Ursula Böhmer, "Romanzendichtung im spanischen Bürgerkrieg", en *Die Romanze in de spanische Dichtung der Gegenwart* (Bonn, 1965), pp. 233-250. Es de lamentar que no aparezca un estudio detallado en *Studies of the Spanish and Portuguese Ballad*, ed. N. D. Shergold (Londres, 1973).

⁵⁴ Luis Cernuda, "Poesía popular" (1941), en *Poesía y literatura I y II* (Barcelona, 1971), p. 26.

⁵⁵ Rafael Alberti, *Prosas encontradas 1924-42*, ed. Robert Marrast (Madrid, 1970), p. 185.

cedió a una desilusión entre los escritores republicanos cuando la derrota parecía inevitable, desilusión que entre los poetas exilados, por lo menos al principio, se convirtió en total pesimismo acompañado de una visión de España como tierra de esterilidad, opresión, y desolación.⁵⁶

La situación literaria en España después de la guerra civil era de una gran debilidad. Además de una censura formidablemente severa, existía un vacío causado por las muertes de Lorca, Machado, y Hernández, y por el exilio de los poetas más destacados.⁵⁷ El gobierno de Franco hizo una tentativa para estimular y controlar el pensamiento al fundar *Escorial*, *La estafeta literaria*, *El español*, y siguió manteniendo a la revista falangista, *Vértice*. La intervención de la ideología oficial fascista en el mundo de las letras produjo resultados fatales, como la siguiente valoración del *Quijote*: "El Quijote es un medio ser... En este siglo, Don Quijote hubiera sido un caso clínico de un psiquiatra de la escuela de Freud, Young (*sic*) o Adler, que hubiera diagnosticado sencillamente: es un caso de inadaptación al medio, consecuencia del celibato."⁵⁸ En el movimiento efímero del *garcilasismo*, la necesidad de olvidarse inspiró una vuelta al formalismo clásico, al cultivo del soneto, y a abogar por una función narcótica y evasiva de la lírica. Algunos plumíferos obsesionados con el equilibrio, el orden, la unidad, e indiferentes a las circunstancias prevalecientes, fabricaron trivialidades técnicamente competentes.

La mayoría de los poetas de los años cuarenta se negaron a aceptar las premisas estéticas de los garcilasistas. El formalismo hueco garcilasista no logró expresar el sentido de desarraigo y de tambaleantes convicciones producido por la guerra civil. *Hijos de la ira*, publicado por Dámaso Alonso en 1944, marca un cambio de actitud en la poesía de posguerra. Dámaso intenta explicar la nueva tendencia en su ensayo de 1952, "Poesía arraigada y poesía desarraigada." Para ello, emplea la metáfora del arraigo para describir a aquellos poetas cuya obra encuentra sus raíces en la seguridad de la creencia religiosa. Por contraste, considera desarraigada a su propia poesía y a la poesía temprana de Blas de Otero, obra poética caracterizada por la angustia de una desorientación espiritual.

⁵⁶ Consúltese I. R. Warner, "The Theme of Exile in the Spanish Poets of the Guillén-Alberti Generation", tesis inédita (Leeds, Inglaterra, 1969).

⁵⁷ Sobre la censura inmediatamente después de la guerra véase Fyodor Kelyin, "Culture in Spain under Franco", *International Literature*, 7 (julio de 1940), pp. 108-112.

⁵⁸ *El Español*, núm. 1 (1942), p. 5. (Citado por Mainer, *Falange y literatura*, p. 56). Véase también Thomas Mermall, "Aesthetics and Politics in Falangist Culture (1935-45)", *Bulletin of Hispanic Studies*, L. 1 (enero de 1973), pp. 45-55.

Dámaso subraya que esta poesía turbulenta y peculiarmente religiosa es la respuesta a la actual situación histórica de algunos poetas para quienes el mundo es "un caos y una angustia", y cuya obra representa "una frenética búsqueda de ordenación y de ancla."⁵⁹ En efecto, la importancia de *Hijos de la ira* está en que Dámaso es el primer poeta mayor que expresa su reacción a la realidad física y psíquica de la España de Franco. Se han descrito las repercusiones de su publicación como "una especie de terremoto que subvirtió las capas poéticas e hizo aflorar a la luz los estratos latentes de que nadie hablaba."⁶⁰

Otros poetas fueron menos cautelosos en su crítica del régimen. La revista *España*, fundada en León en 1944 por Victoriano Crémer, encabezó la reacción contra el garcilasismo con una protesta editorial en el primer número contra "las cuatro paredes o contra los catorce barrotes soneteriles..." y con una llamada a rechazar "la necesidad de colocarnos bajo la advocación de ningún santón literario: aunque se llamen Góngora o Garcilaso."⁶¹ El ataque implícito al formalismo dominante y a la Generación de la Dictadura se basaba en un deseo de cambio radical y cualitativo en el concepto de la poesía. En un intento de hacer que la poesía se volviera más sensible a las condiciones históricas, *España* abrió sus páginas a una joven generación de poetas comprometidos: a Celaya, Otero, Hierro, Nora, y al mismo Crémer, así como a figuras de más renombre. El aislamiento y desolación de España durante los primeros años de la dictadura de Franco les negaba la posibilidad de cualquier ilusión de puro esteticismo, y de poder efectuar la disociación de la obra literaria de su autor y de su época. Hubo un intento de fomentar una poesía cuyos temas y dicción no se divorciarán de la vida cotidiana y que exigiera que el poeta estuviera atento a sus responsabilidades humanas: "La época en que nos ha tocado vivir es demasiado trágica para que nos dediquemos a jugar con las palabras y con la música fácil de los versos. Exige una virilidad enérgica que salte todo academismo y exprese la vida estremecida y acongojada que vive todo hombre que está en nuestro

⁵⁹ Dámaso Alonso, "Poesía arraigada y poesía desarraigada", en *Poesías españolas contemporáneas*, 3ª ed. (Madrid, 1969), p. 349.

⁶⁰ Emilio Alarcos Llorach, "Hijos de la ira en 1944", *Insula*, 138-139 (mayo-junio de 1958), p. 7.

⁶¹ Victoriano Crémer, "España limita al este...", *España*, núm. 1, 1944. Véase también J. L. Flekniakoska, "Victoriano Crémer: Fondateur de la Revue *España* et poète des pauvres et des travailleurs", *Etudes ibériques et latino-américaines: IV^e Congrès des Hispanistes français (Poitiers, 18-20 Mars 1967)*, (Paris, 1968), pp. 59-71; Víctor G. de la Concha, "España (1944-51): Biografía de una revista de poesía crítica", *Cuadernos hispanoamericanos*, 236 (agosto de 1969), pp. 380-397.

tiempo."⁶² El énfasis sobre lo humano y lo temporal recuerda a Machado e indica la sensibilidad dominante de la Generación del Generalísimo.

La destacada *Antología consultada de la joven poesía española* que se publicó en 1952 confirma un sentido de tradición compartida y propósito colectivo entre los poetas más importantes que surgieron después de la guerra civil.⁶³ El compilador de esta antología consultó con más de cincuenta poetas y críticos para descubrir a quiénes consideraban los mejores poetas jóvenes de aquel entonces, y luego solicitó de los nueve poetas mencionados con más frecuencia unas notas sobre su concepción de la poesía. Predominan en las respuestas la insistencia en la función social de la poesía, la necesidad de dirigirse a los intereses del hombre medio, y la urgencia de ser oído y entendido por todos. José Hierro sostiene que "El poeta es obra y artífice de su tiempo. El signo del nuestro es colectivo, social. . .", y, "El hombre que hay en el poeta cantará lo que tiene de común con los demás hombres, lo que los hombres cantarían si tuviesen un poeta dentro."⁶⁴ Otero recomienda que el poeta se dirija al hombre de la calle más bien que a las minorías privilegiadas: "Bien sabemos lo difícil que es hacerse oír de la mayoría. También aquí son muchos los llamados y pocos los escogidos. Pero comenzad por llamarlos, que seguramente la causa de tal desatención está más en la voz que en el oído."⁶⁵ Celaya se hace eco de la idea nerudiana de una poesía sin pureza: "Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poetísimos. Debe haber ideas, aunque otra cosa crean los cantores acéfalos. Debe haber calor animal. Y debe haber retórica, descripciones y argumento, y hasta política."⁶⁶

La tradición liberal española no fue eliminada por el régimen franquista a pesar de la ejecución de hasta cien mil miembros de la oposición en la década después de la guerra, y a pesar de una política cultural que se ha calificado de neo-conservatismo autoritario y católico bajo la censura y dirección del estado.⁶⁷ La oposición de la Generación del Generalísimo a "los poetas poetísimos (que) se ponen de puntillas para que la tierra no manche sus preciosísi-

⁶² Antonio G. de Lama, "La poesía actual", *España*, núm. 9 (1944).

⁶³ Francisco Ribes, *Antología consultada de la joven poesía española* (Santander, 1952).

⁶⁴ *Ibid.*, p. 101, 106.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 179.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 44. Subraya la importancia de esta antología Castellet, *Un cuarto de siglo*, pp. 88-94.

⁶⁷ Stanley G. Payne, *Franco's Spain* (New York, 1967), p. 96.

mos pies, y, estirando el cuello, lanzan su quiquiriquí lírico a un cielo intemporal" indica la persistencia de la figura del poeta responsable.⁶⁵ La aspiración a un mundo de justicia y libertad, la creencia en la esencial dignidad del hombre, asociada con una imaginación histórica, señalan la tenaz atracción que ejerce el temple ético del humanismo liberal. El tenor utópico y profético de la poesía de la Generación Otero-Celaya recuerda el marxismo mesiánico y el milenarismo ingenuo de los años treinta. No obstante, no se debe juzgar a esta poesía según nuestras preferencias políticas o morales sino comprenderla como fenómeno que hay que situar en el tiempo.

⁶⁵ Gabriel Celaya, "Cada poema a su tiempo", recopilado en *Inquisición de la poesía* (Madrid, 1972), p. 66.

PUNTUALIZACIONES EN TORNO AL NATURALISMO LITERARIO ESPAÑOL

Por *Mariano LOPEZ SANZ*

EL hecho de que los escritores españoles del XIX al imitar el naturalismo francés no pasen por lo general más allá de donde pueden, es decir, donde termina el arte y comienza la ciencia, manifiesta en ellos una consciente aspiración, cada vez más determinada, de llegar a una concepción literaria del naturalismo que, si bien carece de un carácter sistemático en la teoría, alcanza una verdadera solidez en la práctica de la novela. Esta concepción, que habrán de ir poco a poco elaborando a la vez que actualizando según las circunstancias cambiantes, es lo que se viene entendiendo por naturalismo español. Se trata de una nueva tendencia influida inicialmente y sólo en parte por las formas del naturalismo francés, pero española al fin porque se daba la mano con una gloriosa tradición literaria y porque supo encarnar su propio sentido artístico en obras de bien merecido elogio. Frente a la abierta oposición entre el idealismo acentuadamente artificioso que perdía contacto con la realidad y el naturalismo que se radicalizaba en la fórmula de Zola, la modalidad española del naturalismo presentaba una solución intermedia y armónica al afirmar los aspectos válidos de aquéllos, pero evitando lo que se consideraba peligrosos errores tanto en la filosofía como en el arte.

El naturalismo español es una concepción puramente literaria, exenta del cientifismo excesivo de la escuela francesa, y, por esta razón, válida por más que Valera, interpretando el pensamiento de Zola, afirme que el naturalismo no reconoce otra fórmula que la absoluta del francés, de modo que todo lo que no se ajusta a ella carece por necesidad de tal nombre. Esto es lo que precisamente —sostiene Valera pecando de arbitrario— sucede en el caso de los novelistas españoles que flirtean con la nueva moda de París; es decir, no se puede hablar de un naturalismo español propiamente dicho sino, a lo sumo, de un realismo extremado en ciertos aspectos.¹ Ahora bien, esto parece que está, a su vez, en contradicción con

¹ Juan Valera, *Obras completas*, II (Madrid, 1942), 689.

la actitud de otros críticos de la época, entre ellos en ocasiones el mismo Valera, de considerar como aventajados discípulos del francés a algunos novelistas nacionales. Sin embargo, desde una perspectiva crítica actual hay que decir que el naturalismo español está lejos de ser una réplica o un reflejo mimético de la corriente francesa, pues, aunque echa mano del estilo y de la técnica de ésta, se mantiene dentro de una diferente posición ideológica como frontera precisa que lo separa de ella. Pero, por cierto, el naturalismo español no es tampoco una fórmula ecléctica o simplemente intermedia entre los dos extremos arriba apuntados —naturalismo e idealismo— que calcula su dosis a modo de recetario caprichoso de cada escritor. Al contrario, en la nueva dirección que toma la literatura española con el naturalismo podemos ver más bien la existencia de un compromiso que sienta las bases de una nueva estética, la cual reclama para sí el título de *naturalista*.

Todo esto presenta a la crítica actual dos cuestiones importantes y entre sí relacionadas. La primera es si se puede hablar de un naturalismo español propiamente tal; aún más, si los coautores de esta estética indígena son conscientes del hecho. La segunda se refiere a la naturaleza del mismo, a saber, si hay un elemento integrador en el naturalismo español y hasta qué punto los aportes del naturalismo foráneo entran a formar parte.

Se hace necesario observar que en un sector de la crítica peninsular late tempranamente una concepción del naturalismo opuesta en parte a la de su representante máximo, Zola. Clarín, en una serie de artículos que publicó en *La Diana* en 1882, realiza un análisis agudo del naturalismo, de su fondo, que deja al descubierto las que podríamos llamar intenciones subjetivas de Zola, quien —en su opinión— falsea en cierto modo el concepto mismo de naturalismo.² Nuestro crítico puntualiza que el naturalismo, en cuanto escuela literaria, no obedece o no tiene por qué obedecer a un sistema filosófico, en concreto al positivismo, como principio generador, aunque esta parece ser la pretensión del mismo Zola. Al contrario, las escuelas "nacen directamente del desarrollo literario," y si es verdad que el naturalismo fue un fenómeno sociológico y cultural, fue sobre todo un proceso literario. Niega también que el naturalismo sea una fórmula *exclusivista* y cerrada y afirma, en consecuencia, que "pueden ser los autores naturalistas por su propia cuenta, ateos o deístas, pesimistas u optimistas, lo que quieran, pero el naturalismo nada dice de estas cuestiones, ni para nada, en cuanto escuela

² Estos artículos han sido últimamente recogidos por Sergio Beser en *Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española* (Barcelona, 1972), págs. 108-149.

literaria, se refiere a ellas." El conato de "convertir en ciencia el arte" y otras etiquetas que indebidamente se le cuelgan al naturalismo llevan "a muchos a tomar por esencial en la escuela lo que es peculiar de algún autor."³

Pardo Bazán sostiene, a su vez, que el fondo determinista y materialista de Zola es "lo que menos vale y significa en el gran poeta épico, y hasta es independiente del método analítico y experimental a que se debe su importancia y su espléndido desarrollo la novela en nuestros días."⁴ Acertados o no en sus consideraciones sobre la nueva escuela, es un hecho cierto que los creadores del naturalismo español se encuentra con unas fuentes de inspiración, limitadas en ciertos aspectos, que ellos renuevan, ajustan y cambian de acuerdo con el criterio realista de aquella hora y con sus propias estructuras ideológicas y temperamentales. Son estas fuentes la tradición literaria nacional, históricamente superada, y las nuevas técnicas de la escuela experimental francesa cuya excesiva propensión cientifista suponía un peligro para el arte. Pardo Bazán echa de ver la necesidad de que estas fuentes se complementen mutuamente en la tendencia naturalista española. Por un lado "el realismo tradicional en nuestras letras debe servirnos de base a los escritores peninsulares, y de base nos sirve, que lo confesemos o no, porque las misteriosas raíces del pasado nadie es dueño de arrancarlas;" pero por otro "el escritor actual no puede limitarse a la pincelada seca de los picarescos; necesita adaptarse a las nuevas exigencias descriptivas, narrativas, psicológicas y pictóricas."⁵ Esta apertura sin vacilaciones hacia ambos horizontes de tradición y modernidad constituye tanto el criterio último de la estética del naturalismo español, como la justificación de su autonomía y capacidad creadora.

El "Prólogo" de Clarín a *La cuestión palpitante*, de Pardo Bazán, es probablemente el documento más importante, si no el primero,⁶ en que se habla del naturalismo español y donde se contiene un verdadero cuerpo de doctrina. Conviene observar que este documento hay que interpretarlo dentro del contexto de la crítica clariniana de la época, en particular de la crítica que hace en *La Diana*. Aunque Clarín no dice expresamente que se trata del naturalismo español, al aludir a una concepción más amplia y abierta que la de

³ *Ibid.*, págs. 123-124.

⁴ *Retratos y apuntes literarios* (Madrid, s.f.), pág. 343.

⁵ *Ibid.*

⁶ En *La literatura en 1881*, obra en colaboración con su paisano y amigo Palacio Valdés, Clarín habla del naturalismo español, a propósito del prólogo de Pardo Bazán a *Un viaje de novios*, como de algo que "apenas acaba de nacer", de forma que "su existencia es todavía tan precaria que los más niegan aún que viva". *Op. cit.* (Madrid, 1882), pág. 184.

Zola está refiriéndose a una modalidad de un naturalismo genuinamente español, que con su tolerancia y apertura hace fecundo lo que no es posible en la fórmula cerrada y exclusivista de Zola.⁷ Por lo demás esta fórmula amplia del naturalismo en España toma en cada uno de nuestros escritores un matiz específico y diferenciador. Y así Pardo Bazán "uno de los buenos novelistas de la que se ha dado en llamar nueva escuela,"⁸ la ensaya en sus tempranas novelas, *Un viaje de novios* (1881) y *La Tribuna* (1882). En la manera de describir en la última "aquella alegría de las cigarreras, aquella hermosura repentina de las feas," ve Clarín un reflejo fiel de "nuestro querido naturalismo, querido y calumniado; cuanto más calumniado más querido."⁹ En cuanto a Galdós, Clarín declara que si bien no sigue "las exageraciones teóricas, y menos las prácticas" de Zola, "ha estudiado imparcialmente la cuestión y ha decidido, para bien de las letras españolas, seguir en gran parte los procedimientos"¹⁰ del naturalismo francés. En *La desheredada* inicia aquél la tendencia naturalista "en el buen sentido de la palabra;"¹¹ quiere esto decir que en Galdós no hay "nada de servil imitación, que no cabe en ingenios de primer orden como el de que se trata."¹² Años después Clarín llega a la conclusión de que "lo que se llamó, con mayor o menor fundamento, con precipitación o sin ella, el naturalismo español, ninguna relación directa, reflexiva y voluntaria tenía con el naturalismo francés ni con el ruso; y, sin embargo, en todas las novelas de este género había cierta semejanza espontánea, unidad de tendencias, huellas de una influencia general."¹³ Todo lo cual viene a demostrar que el naturalismo español es un movimiento en gran manera autóctono e independiente que surge de la peculiar situación social y cultural de España.

Junto con Clarín aparece Pardo Bazán como otro de los más conspicuos críticos y teorizadores del naturalismo. Como aquél la condesa abunda en textos que hacen referencia a un naturalismo genuinamente español, pues "el pueblo que copiamos los que vivimos del lado acá del Pirineo no se parece todavía, en buena hora lo digamos, al del lado allá."¹⁴ Frente al criterio estrecho e inflexible de Zola ella piensa que "cualesquiera que sean los dogmas de

⁷ "Prólogo" a *La cuestión palpitante* (Madrid, 1883), págs. vii-xx. En adelante citamos "Prólogo".

⁸ Clarín, *Nueva campaña* (Madrid, 1887), pág. 152.

⁹ *Sermón perdido* (Madrid, 1885), pág. 118.

¹⁰ *Galdós* (Madrid, 1912), pág. 97.

¹¹ *Ibid.*, pág. 104.

¹² *Ibid.*, pág. 107.

¹³ *Ibid.*, pág. 193.

¹⁴ "Prólogo" a *La Tribuna* (Madrid, 1882), pág. 7.

una escuela literaria, está por encima de ellos la individualidad."¹⁵ Por esto defiende que el naturalismo es un "método de observación y experimentación que cada cual emplea como puede; instrumento que todos manejan en diferente guisa."¹⁶ En concreto, el realismo, de rancia solera en España, con su capacidad de renovación en consonancia con los tiempos y los gustos literarios, ofrece cauce para una fórmula "más amplia" que la de Zola. En esta fórmula que invoca Pardo Bazán se lleva a efecto un singular e inteligente trasvase de los elementos naturalistas, más o menos importados, a la secular corriente realista nacional. De esta manera españolizado el naturalismo llega a tomar carta de naturaleza en las creaciones de algunos de nuestros más destacados novelistas de la época. Lo que es decir que el naturalismo español goza de entidad artística propia.

El pensamiento crítico de Galdós refuerza los testimonios hasta ahora aducidos. También don Benito descubre en el naturalismo una tendencia originalmente española, "pues todo lo esencial del naturalismo lo teníamos en casa desde tiempos remotos."¹⁷ Irreducible en su constante empeño por negar o subestimar las influencias foráneas, defiende que el naturalismo no es sino "la repatriación de una vieja idea" que vuelve "radicalmente desfigurada," y que es preciso reintegrar a su prístina figura. Considera que *La Regenta* es una brillante y deslumbradora muestra de naturalismo a la española, "restaurado, reintegrado en la calidad y ser de su origen."¹⁸ Pero es en la práctica novelística, comenzando en *La desheredada*, donde Galdós realiza el gran hallazgo de un arte naturalista nacional que es la mejor prueba de su soberanía.

Estos son algunos de los testimonios que declaran la existencia de un naturalismo español henchido de caracteres propios y que viene afirmado por una confluencia de factores, entre los que resaltan el genio nativo español y las singulares condiciones literarias de la época, lo pasado y lo actual. No creemos exagerar ni deducir consecuencias que carezcan de apoyatura en lo que antecede al sostener, frente a los que se pronuncian por la tesis opuesta, la existencia de un naturalismo español suficientemente identificado como movimiento en gran medida autóctono que pide un detenido estudio y una valoración positiva. Este es el camino que nos queda por andar.

¹⁵ Pardo Bazán, *La literatura francesa moderna*, III (Madrid, s.f.), págs. 134-135.

¹⁶ *La cuestión palpitante*, edición de Carmen Bravo-Villasante (Salamanca-Madrid-Barcelona, 1966), pág. 180.

¹⁷ Galdós, *Obras completas*, VI (Madrid, 1961), 1447.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 1448.

Reiteramos que la aparición del naturalismo en España viene determinada por la confluencia de distintos factores. Se ha dicho que el naturalismo español surge como réplica a la vez que como complemento de la fórmula estrecha y exclusivista de Zola. Cierto, pero una vez surgido, el naturalismo en España evoluciona como un asunto exclusivamente español. Aunque el naturalismo francés influye en el planteamiento del español, éste sigue en su desarrollo un proceso interno y renovador cuyas causas hay que buscarlas en la misma esencia del arte y en las condiciones literarias y culturales del país que, por otro lado, favorecían la entrada de aquél. Aparte la renovación técnica que había llegado en una primera fase con el realismo de Balzac y posteriormente con la novela experimental de Zola, la novela realista-naturalista española del siglo XIX discurre gran trecho por los caminos de la tradición literaria nacional. Un vínculo espiritual une a los novelistas del momento con los de nuestro Siglo de Oro, a los que siguen considerando como la fuente más genuina de inspiración. Tan es así que la vertical del naturalismo español antes que por Zola, pasa por Cervantes, la picaresca y la mística, en los cuales encuentra desarrollados los gérmenes nativos y el espíritu castizo en su más decantado y original españolismo.

El movimiento naturalista general ya había sido presentado por "el genio de nuestros novelistas picarescos al tomar por personajes a mendigos, lazarillos de ciegos, ladrones y gentuza de la más baja ralea."¹⁹ Al lado de esta capacidad que la literatura picaresca había demostrado en la captación de la realidad en su vertiente menos noble, nuestros místicos clásicos presentan, usando como vehículo de expresión un lenguaje natural y asequible, la otra vertiente de la realidad que muestra una visión del mundo inefable del espíritu. Cervantes, a su vez, a través de un arte auténtico y sin adornos, había descubierto el substratum del contorno humano en el que se dan cita amistosa la fantasía y la realidad, la realidad sórdida que tira hacia abajo y el ideal épico o simplemente imaginativo que lucha por desrealizarse. El padre de la novela moderna, "espectador desinteresado de la comedia humana,"²⁰ llegó a armonizar la antinomia de vida y arte en una obra que, aunque los tiempos son distintos, sigue siendo paradigma de creación literaria para todo el que pretende hacer verdadera novela.

Nuestros escritores del XIX ven, además, en la tradición literaria una feliz conjugación del pasado con el presente y, en conse-

¹⁹ Pardo Bazán, *La Revolución y la novela en Rusia* (Madrid, 1961), pág. 193.

²⁰ Palacio Valdés, *Obras completas*, II (Madrid, 1948), pág. 1513.

cuencia, restauran en gran medida las antiguas formas del comportamiento literario español. Doña Emilia observa jubilosa esta vuelta a los clásicos que necesitaba la literatura española para recobrar, sin caer en el exceso de lo arcaico, el carácter puro y castizo perdido en la centuria anterior a causa de la acción absorbente de la influencia neoclásica francesa: "Se han establecido de algún tiempo acá corrientes de purismo y arcaísmo, que si no se desbordan, serán muy útiles y nos pondrán en relación y contacto con nuestros clásicos, para que no perdamos el gusto y sabor de Cervantes, Hurtado y Santa Teresa."²¹ El arte de Galdós, de Pereda, y hasta de Valera y de Alarcón, dice la escritora gallega, despliega un estilo y una factura que delatan una sólida tradicionalidad y españolidad.

En esa vuelta a los clásicos, en que más tarde insistiría Azorín, encuentran lo mucho utilizable que en aquéllos hay para una hora en que otras influencias extrañas podían dar al traste con los principios inmutables que era preciso conservar. Todos coinciden en buscar con el apoyo en los clásicos la perdida identidad de la literatura patria. Galdós ya en 1866 había exclamado con pena: "La nación que ha sido cuna de Cervantes, de Hurtado de Mendoza, de Quevedo, del P. Isla, ¡qué novelistas cuenta hoy!"²² Pardo Bazán constata también con sentimiento que la novela en España carece de "ayer," y que sólo tiene "un anteayer," esto es, que no ha habido más novela que "la del Siglo de Oro y la hoy floreciente."²³ En efecto, el siglo XVIII marca en España un largo período de postración; lo indígena se debilita notablemente frente a la abstracción y mimetismo a que está sometida la literatura por el neoclasicismo francés. El costumbrismo, elemento omnipresente en la novela naturalista española, se apunta a su favor la gloria de haber encontrado el perdido camino de la tradición realista. Larra, Mesonero y Fernán Caballero, e incluso antes Ramón de la Cruz con sus populares sainetes, reanudan esta tradición nacional. Pero son los escritores de la Restauración borbónica quienes devuelven a nuestra literatura su auténtica fisonomía. Unánimemente éstos consideran a Cervantes como el supremo dios épico, hasta tal punto que el cervantismo, en frase de Galdós, "ha llegado a ser una manía para algunos, y para otros una devoción con su dios y su culto."²⁴ La más alta gloria que podía haber a un autor era ver que la crítica entroncaba su arte

²¹ *La cuestión palpitante*, págs. 59-60.

²² Citado en Leo J. Hoar, *Benito Pérez Galdós y la Revista del movimiento intelectual de Europa* (Madrid, 1968), pág. 215.

²³ *La cuestión palpitante*, pág. 161.

²⁴ *Crónica de la quincena*, edición de William H. Shoemaker (Princeton, 1948), pág. 113.

con el de Cervantes. Así, Palacio Valdés encomia a Pereda diciendo que "perteneía a la raza de Cervantes y era su digno descendiente."²⁵ Galdós solía parafrasear con chispa lo de "a quien Dios se la dio, *Cervantes* se la bendiga."²⁶ Tenían razón sin duda, porque todos participan del orgullo de ser herederos y discípulos de esta gloriosa tradición literaria.

Ahora bien, frente al rechazo frontal de que es objeto el naturalismo francés por parte de escritores como Alarcón, Valera y, en menor escala, Pereda, que no ven en él más que una aberración artística, hay otros que no dudan incorporarlo, si bien con importantes reservas, a su arte con más o menos rapidez y eficiencia. La actitud de éstos sólo acaba de comprenderse si se conocen los móviles que están actuando. Lo que, al menos en parte, lleva a estos escritores al naturalismo literario al tiempo que los preserva de aceptar el fondo ideológico del francés, es el peso de la tradición propia. Esto, que no sabemos haya recibido la atención de la crítica y que hasta puede parecer una contradicción, constituye la clave para entender la versión española del naturalismo. Nos explicamos. Si rastreamos atentamente la nada extensa obra crítica de Galdós vemos que el germen literario del naturalismo francés tiene una clara fuente de origen en nuestra literatura clásica. Y no le falta razón a Galdós al decir que "el llamado naturalismo nos era familiar a los españoles en el reino de la novela, pues los maestros de este arte lo practicaron con toda la libertad del mundo, y de ellos tomaron enseñanza los noveladores ingleses y franceses." Por eso la crítica desapasionada y serena de algunos prefirió junto con él entender a escandalizarse al ver "traspasar la frontera el estandarte naturalista, que no significaba más que la repatriación de una vieja idea."²⁷ Naturalmente, no puede pensarse que Galdós y otros crean que el naturalismo francés sea una réplica sin más de la tradición realista española. No, lo que alienta en el juicio generoso y un tanto lisonjero de Galdós al señalar la ascendencia hispana del naturalismo es una táctica para inclinar a favor de esta nueva corriente a los que se escudaban con la tradición, empeñándose en ver en ella un estorbo y no un cauce ortodoxo para la gran reforma que en aquel momento se estaba llevando a cabo en la novela. Sucede —viene a decir a los que toman posturas de intolerancia— que a veces ignoramos lo que es nuestro y desdeñamos lo mucho bueno que tiene el naturalismo y que es precisamente lo que en la hora presente puede ser útil. Galdós se siente animado por el deseo de

²⁵ *Obras completas*, II, 1513.

²⁶ *Obras completas*, VI, 1428.

²⁷ *Ibid.*, pág. 1448.

terminar con unas injustificadas y absurdas hostilidades todavía recientes: "Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptémosla nosotros restaurando el naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando éste en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca." En opinión de Galdós el naturalismo volvía a incardinarse en su punto de origen en busca de la vestidura de la *gracia* que "es sin duda la que mejor cortan españolas tijeras, la que tiene por riquísima tela nuestra lengua incomparable, y por costura y acomodamiento la prosa de los maestros del Siglo de Oro."²⁸ Con anterioridad a este documento de 1901, al prologar en 1882, *El sabor de la tierruca*, Galdós ya alude a "otras maneras de realismo, exóticas, que ni son exclusivo don de un célebre escritor propagandista, ni ofrecen, bien miradas, novedad entre nosotros, no sólo por el ejemplo de Pereda, sino por las inmensas riquezas de este género que nos ofrece la literatura picaresca."²⁹ La nueva tendencia francesa, que ha traído reformas necesarias, en España ha servido, como opina otro crítico de la época, para "despertarnos" y "obligarnos a reanudar nuestra tradición literaria."³⁰

Pardo Bazán no ve por eso en la tradición un estorbo para aceptar el naturalismo traspirenaico en algunos de sus aspectos. Cree, además, que "los países dueños de la robusta tradición nacional, siempre sabrán dar forma propia a lo que les venga de fuera."³¹ Lo mismo que Galdós, Pardo Bazán considera el naturalismo francés como un replanteo del secular realismo español que no puede dejar indiferentes a los escritores de entonces. Así, múltiples elementos y matices de la literatura francesa y, en particular, de la nueva escuela delatan, bien mirados, "el riquísimo venero abierto por Cervantes."³² El asunto de fondo era más complejo de lo que a primera vista pudiera parecer. Era tanto como decir a los recalcitrantes que el atacar frontalmente y sin más al naturalismo era como tirar piedras contra su propio tejado. No cabe duda que Pardo Bazán es oportuna al jugar la carta de la tradición y resaltar que las premisas lejanas de ésta se encontraban enraizadas en la entraña de la nueva escuela, es decir, volvían a tener un valor sustantivo en las reformas que venían exigidas por el espíritu de la época. De esta manera, el

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, pág. 1429.

³⁰ Orlando Lara y Pedraja, "Novelas españolas del año literario", *Revista de España*, 99 (1883-1884), 601.

³¹ *La Revolución y la novela en Rusia*, pág. 30.

³² *La cuestión palpitante*, pág. 75.

tan temido y recelado naturalismo resultaba ser una solución ortodoxa en consonancia con su más preciada fuente de origen, y, por tanto, era susceptible de ser utilizado en sentido legítimo y aun tradicional en España.

Es clara la oportuna insistencia con que algunos de nuestros escritores del XIX apuntan al elemento hispano que, en su opinión, constituye la urdimbre del naturalismo en su aspecto más fuerte y deslumbrador. De aquí que, lejos de ver en la tradición un estorbo, encuentran en ella un cauce legal a la vez que una fuente de inspiración a la hora de adaptar las nuevas técnicas del naturalismo. De éste aceptan los elementos estéticos enraizados de antiguo en nuestros clásicos, junto con otros novísimos que venían impuestos por el espíritu renovador de la nueva escuela. De todos modos, esta apertura, a pesar de las réplicas y dúplicas que hostilizaron la polémica del naturalismo en España, era el camino de una evolución necesaria, era marchar con la corriente. Porque sin el impulso que recibe el naturalismo español del francés, acaudillado por Zola, el primero se habría reducido a ser una imitación servil de los clásicos, lo cual implicaría impotencia e inmovilismo en sus imitadores. Esta parece ser también la opinión de Clarín cuando, en el "Prólogo" a *La cuestión palpitante*, pasa al contraataque insistiendo en que el naturalismo "tiene razón en muchas cosas y pide reformas necesarias en la literatura, en atención al espíritu de la época (...) Se puede combatir aisladamente tal o cual teoría de autor determinado (...) las exageraciones, el espíritu sistemático; pero negar que el naturalismo es un fermento que obra en bien de las letras, es absurdo, es negar la evidencia."³³ Pardo Bazán, de igual modo, cruza sus armas calificando de "sencillez" o "incultura" el protestar contra el influjo del naturalismo "en cuanto metodología."³⁴ Según la opinión de estos y otros críticos, el naturalismo español presenta en su fórmula una mezcla acertada de lo antiguo y de lo moderno. Tradición y modernidad van a ser los dos filones que, con bien probada maestría, explotan en su quehacer fabulador nuestros escritores de tendencia naturalista, como Galdós, Clarín y Pardo Bazán.

Debemos señalar que, descartado el fondo filosófico del naturalismo de Zola —unánimamente descartado en España por las grandes figuras— los demás elementos que no habían aparecido en tendencias originalmente españolas y que era oportuno aplicar, se pueden reducir a una mayor fuerza analítica que aplica la experimentación y prospección psicológica para el mejor estudio del documento humano, así como cierta propensión, si bien discreta, a

³³ "Prólogo", pág. xvii.

³⁴ *Retratos y apuntes literarios*, pág. 343.

usar tipos teratológicos. Pardo Bazán se siente cautivada por la técnica documental del método de Zola que abre horizontes hasta entonces inéditos. En *La cuestión palpitante* apunta a lo que más tarde resaltarán las teorías psicoanalíticas al decir que, "de todos los territorios que puede explorar el novelista realista y reflexivo, el más rico, el más variado e interesante es sin duda el psicológico, y la influencia innegable del cuerpo en el alma y viceversa, le brinda magnífico tesoro de observaciones y experimentos."³⁵ Y si bien denuncia las "herejías estéticas," "el conato científico" y otros excesos de Zola, encuentra en éste algo que la atrae irresistiblemente, "el patrimonio del artista, su grande e indiscutible ingenio, sus no comunes dotes de creador y de escritor." Es verdad que Zola fracasa en su cientifismo, pero se vuelve insuperable cuando la intuición y la fuerza creadora del artista se proyectan en su obra: "Pasajes y trozos hay en sus libros que (...) pueden llamarse definitivos, y no creo temeraria aseveración la de que nadie irá más allá,"³⁶ proclama la condesa. Clarín conviene también en poner de relieve la oportunidad del naturalismo que trajo "al arte literario muchas verdades y legítimos procedimientos."³⁷

El naturalismo, si descontamos el fondo de filosofía positivista en que está inmerso particularmente en su versión zolesca, y "la perniciosa herejía de negar la libertad humana,"³⁸ que Pardo Bazán no considera inherente a su estética, es una modalidad literaria que algunos de nuestros escritores estiman aceptable y oportuna en la emprendida renovación de la novela. De ahí que Clarín y Pardo Bazán, escritores clasificados como naturalistas, protesten enérgicamente contra los ataques injustificados de que el naturalismo es objeto por parte de aquellos que no lo conocen y por las interpretaciones torcidas de los que habiéndolo aceptado no lo han entendido. A la miopía crítica de estos últimos alude Clarín al decir en el "Prólogo" a *La cuestión palpitante* que "no es lo peor que el naturalismo no sea como sus enemigos se lo figuran, sino que se parezca muy poco a la idea que de él tienen muchos de sus partidarios."³⁹ La serie de artículos que Pardo Bazán publica en *La Epoca* bajo el título general de "La cuestión palpitante," de 1882 a 1883, así como el mencionado "Prólogo" de Clarín, que precede a la edición de 1883, tienen por objeto orientar la opinión pública desmintiendo malentendidos. Clarín enumera lo que hay en la visión

³⁵ *La cuestión palpitante*, pág. 178.

³⁶ *Ibid.*, págs. 134-135.

³⁷ *Ensayos y revistas* (Madrid, 1892), pág. 144.

³⁸ *La cuestión palpitante*, pág. 178.

³⁹ "Prólogo", pág. vii.

tergiversada y negativa del naturalismo: elementos de crudeza, el positivismo y el pesimismo; recalca que eso no es el naturalismo. Viniendo a lo primero explica que no cuenta en realidad porque los que tanto se escandalizan deben recordar que nuestros clásicos abundan en pasajes de un realismo descarnado y crudo; y que tanto en los escritores naturalistas como antes en los clásicos, esos elementos tienen entrada no "por el mérito de la fealdad, sino por el valor real de su existencia." Sostiene que "el argumento del asco empleado contra el naturalismo no es de buena fe siquiera." En cuanto al positivismo, que ciertamente constituye el fondo filosófico del naturalismo de Zola, y el consiguiente pesimismo, Clarín reafirma lo que ya había puesto en claro en *La Diana*, esto es, que esa filosofía nada tiene que ver con el naturalismo literario: "No se prueba así que el naturalismo, escuela, o mejor, tendencia pura y exclusivamente literaria, tenga que ver ni más ni menos con determinadas ideas filosóficas acerca de las causas y finalidad del mundo."⁴⁰

Lo que Clarín formula en el "Prólogo" haciendo uso de un procedimiento negativo, es en la obra de Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, una amplia y convincente apreciación del naturalismo en su doble aspecto, ideológico y literario. Respecto al primero mantiene una independencia intelectual total y un rechazo frontal del determinismo y del pesimismo, que se hallan radicalizados en la fórmula de Zola. Estos límites que le vienen impuestos al naturalismo de escuela "son las ligaduras que una fórmula más amplia ha de romper." La escritora sigue *filosofando*, hasta que descubre en el realismo una teoría "más ancha, completa y perfecta" que la del naturalismo francés. En ella Pardo Bazán identifica con precisión los aspectos válidos del mismo: el filosófico y el puramente estético, pues este nuevo realismo "comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concilia y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas."⁴¹

Hemos llegado al punto propuesto, a la formulación precisa de lo que Pardo Bazán y virtualmente otros escritores nacionales, entienden por naturalismo español. Dentro de las coordenadas de éste se mantiene el comportamiento que siguen en la novela tanto Pardo Bazán como Galdós y Clarín. El naturalismo español descansa sobre unos supuestos filosóficos, religiosos y culturales con los que por necesidad tiene que conformarse, unos supuestos que generalmente resultan lo contrario de los de Zola. Si el naturalismo de éste somete

⁴⁰ *Ibid.*, págs. x-xi.

⁴¹ *La cuestión palpitante*, págs. 41-42.

al hombre a un retroceso biológico que lo reduce a la condición de *infrahombre*, de *bête humaine*, o hasta lo cosifica, el naturalismo español parte de una antropología cuya idea fundamental sostiene que el hombre es un fascinante compuesto de realidad física y de realidad espiritual, de cuerpo y de alma, que, a diferencia de los seres puramente materiales, en su intimidad, en su conciencia y libertad, se sostiene irreductible a las presiones del mundo fenoménico que lo rodea. Ahora bien, el hombre está dotado de unas posibilidades que por ser humanas forzosamente han de ser limitadas. Dice Pardo Bazán, glosando a San Agustín, que "si en principio se admite la libertad, hay que suponerla relativa, e incesantemente contrastada y limitada por todos los obstáculos que en el mundo encuentra."⁴² Por todo ello, la ubicación del hombre en el mundo con un carácter temporal lo hace sumamente sensible a las influencias del exterior. Además, hay deficiencias, innatas o adquiridas, que afectan —a veces decisivamente— tanto al cuerpo como al espíritu. Todos estos imponderables, que están más cerca de la circunstancia orteguiana que del determinismo de Taine, no despojan al hombre de su irrenunciable condición de ser libre y responsable en un mundo moral. El único determinismo en el que se salva la libertad humana así como la causalidad individual, es ese determinismo superficial, "de tejas abajo, no heterodoxo, sino muy justificable, que considera los sucesos de la vida resultados fatales, por decirlo así, de los actos de las personas, modificaciones consiguientes derivadas de modificaciones antecedentes"⁴³ Pero ese determinismo que está impuesto por el azar y las contingencias de la vida o por la libre voluntad de los humanos, está muy lejos del determinismo filosófico de Taine y del cientifismo experimental de los positivistas. En el positivismo todo está matemáticamente influenciado y previsto; la fórmula de Taine, con su triple determinismo, ahoga la libre iniciativa del hombre, convirtiéndolo en víctima ineludible de circunstancias biológicas y ambientales o en elemento destinado a la fría experimentación científica. Pardo Bazán impugna estas teorías diciendo que "la vida es más compleja y más inconsecuente: tiene sus leyes, no cabe duda, pero secretas, que encubre una apariencia de irregularidad, produciendo lo que suele llamarse misterios del corazón, arcanos del alma, contradicciones."⁴⁴ Esto sin tratar de descender a otros planos de la realidad como el mundo indiscernible del inconsciente y del subconsciente por donde los científicos y psicoanalistas andan todavía

⁴² *Ibid.*, pág. 36.

⁴³ *Retratos y apuntes literarios*, pág. 344.

⁴⁴ *Nuevo teatro crítico*, 5 (1891), 53.

con pie nada firme. Sucede que entre las razones que mueven a doña Emilia a contar a los Goncourt entre sus "autores predilectos," figura la de que "sus personajes no son tan automáticos; parecen más caprichosos, más inexplicables para el lector; proceden con independencia relativa, y, sin embargo, no se nos figuran maniqués ni seres fantásticos y soñados, sino personas de carne y hueso, semejantes a muchos individuos que a cada paso encontramos en la vida real, y cuya conducta no podemos predecir con certeza, aun conociéndoles a fondo y sabiendo de antemano los móviles que en ellos pueden influir. La contradicción, irregularidad e inconsecuencia, el enigma que existe en el hombre, lo manifiestan los Goncourt mejor quizá que sus ilustres émulo."⁴⁵

En esta línea de pensamiento se mantienen el estudio y el análisis de los caracteres en las obras del naturalismo español. Son personajes que, aunque unidos fuertemente a la materia, con frecuencia emergen de ella en virtud del espíritu, dejando adivinar al conjuro del arte todas las palpitaciones de lo humano, sus constantes que son siempre iguales: la alegría y la tristeza, el odio y el amor, el perdón y la venganza, que, como en la vida, aparecen en las páginas de esas novelas en su dosis debida dentro de los límites confusos de lo humano, sin violentar la naturaleza recurriendo al exceso naturalista o a las nebulosidades y falseamientos idealistas.

Intimamente unido con el concepto del hombre como un ser espiritual y perfectible, sujeto de libre albedrío a la vez que responsable, encontramos su capacidad para mantenerse en una actitud pendular que oscila entre el pesimismo y el optimismo, evitando por igual ambos extremos. Pardo Bazán, en todo momento sanamente optimista e irradiadora de entusiasmo, apunta a la raíz del pesimismo "depresivo que como negro y mefítico vapor se exhala de las novelas de Zola."⁴⁶ La sal del humor, "aquella nota festiva, ligera a veces, que en la vida no falta, y sí en las novelas de Zola, la posee el teclado de Daudet," que de entre todos los novelistas franceses es el único que "consuela, refresca y divierte el espíritu."⁴⁷ La capacidad para el humor en nuestros novelistas viene no de influencias foráneas sino de substratos étnicos y culturales que tienen en Cervantes su clave interpretativa. En el creador de don Quijote han aprendido a ver la vida desde una perspectiva humorística e indulgente para descubrir su perfil agridulce, el cual, en definitiva, es el más verdadero y el más interesante por ser el más humano. Es el humor o "socarronería" española "la forma más genial de nuestra

⁴⁵ *La cuestión palpitante*, pág. 113.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 132.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 118.

raza,"⁴⁸ en opinión de Galdós. Refleja la actitud dual del español ante la vida: de insatisfacción y melancolía, pero sin caer en un pesimismo desalentador, y de serena satisfacción que nunca llega a un optimismo sin freno. El mismo Galdós pide que en la iniciada restauración de la novela en España, se devuelva a nuestro realismo nacional el humorismo que había perdido en manos extrañas.⁴⁹

Corolario del fondo espiritualista, e incluso cristiano, que hay en el naturalismo español es su moralidad, entendida en cuanto afirmación del personaje como sujeto libre y responsable. Bajo este aspecto ya hemos visto que nada puede objetarse al naturalismo en su versión española, frente a la inmoralidad del naturalismo zolesco, la cual "procede de su carácter fatalista, o sea del fondo de determinismo que contiene."⁵⁰ Entendida, empero, la inmoralidad en cuanto se refiere a la capacidad erótica, a los elementos de sexo así como a los aspectos sórdidos y escatológicos de la realidad, el naturalismo español da una nota de absoluta pudibundez y discreción, que no encontramos en nuestros mismos clásicos. Los pasajes de las novelas naturalistas españolas que pudieran parecer más escabrosos, en ningún momento traspasan los linderos de la decencia moral que viene exigida por el arte. Bajo este aspecto, la picaresca y "nuestra novela lupanaria", por su léxico y pasajes escatológicos, queda más cerca de la novela zolesca en crudeza de detalles que de la española del período naturalista.⁵¹ Incluso el *Quijote* "encierra pasajes bien poco áticos, que con justicia se pueden calificar de groseros, pero al fin son partes de aquel divino todo, el genio de Cervantes los ha marcado con su estampilla, y, para declararlo de una vez, están muy bien donde están."⁵²

Como era de esperarse la misma condesa no se vio libre de críticas por el presunto carácter erótico de algunas de sus obras. Vale la pena detenerse en la indagación de los cargos que se hacen a doña Emilia. El *Diario de Barcelona*, del 15 de agosto de 1891, dice que la escritora gallega prodiga en exceso el recurso del beso entre personas de distinto sexo, cosa que doña Emilia rechaza como "completamente gratuita e inexacta."⁵³ La razón, que está de parte de la inculpada, se impone y poco después Mañé y Flaquer, que había sido el autor de la inculpación, publica en el mismo periódico

⁴⁸ *Obras completas*, VI, 1448.

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *La cuestión palpitante*, pág. 146.

⁵¹ A este respecto Pardo Bazán, en *Retratos y apuntes literarios*, págs. 169-170, dice que una buena parte de la producción de los clásicos españoles ofrece parangón, guste o no guste, con la de Zola.

⁵² *La cuestión palpitante*, pág. 150.

⁵³ *Nuevo teatro crítico*, 10 (1891), 91.

una rectificación de lo dicho. Algunos meses antes de este incidente, Pereda, en la polémica que entabla con la condesa en las páginas del *El Imparcial*, acusa de inmoral su novela *Insolación*, porque los protagonistas —en opinión del montañés— aparecen “viviendo amancebados a la vista del lector, con minuciosos pormenores sobre la manera de pecar.”⁵⁴ Pereda ciertamente hiperboliza; y Pardo Bazán, echando leña al fuego, dice que la marquesa de *Insolación* es “una niña de pecho al lado de la Montálvez.”⁵⁵ En otra polémica que sostuvo con el crítico antinaturalista Luis Alfonso, Pardo Bazán justifica el pasaje del parto en *La Tribuna* diciendo que “para narrar ese episodio tremendo de la vida femenina, que debe caber en el arte, esa suprema crisis de la maternidad, donde no hay nada de licencioso o provocativo e impera la austeridad profunda del dolor, he rehuido la descripción clínica de Zola en *Pot-Bouille*, haciendo que la tragedia se represente entre bastidores y que el oído supla a la vista.”⁵⁶ Es cierto que la escritora siente la fuerte tentación de ser realista, si bien la reprime con el manejo de técnicas adecuadas como —basta un corto muestreo— la narración del mencionado parto donde hace que “el oído supla a la vista,” o neutralizada por el toque emotivo y la intención poética con que en la misma novela narra el momento en que Amparo, alias “la Tribuna,” se entrega a su novio. De la misma manera, en la presentación del parto de Nucha, en *Los pazos de Ulloa*, en que ni siquiera el oído tiene acceso al recinto de la parturienta, la escritora no duda en echar mano de elementos idealizadores para mitigar la inevitable crudeza de la escena. El espiritualismo nada contenido del sacerdote, Julián, sacraliza el parto de Nucha hasta el punto de equipararlo a la escena del “misterio” de Belén.

En las obras del naturalismo español, dentro de cuya órbita cae *La Tribuna*, la pintura de lacras sociales y en particular del submundo del sexo, aparte de estar frenada por técnicas *ad hoc* y por un idealismo o, mejor, espiritualmente recreado y potente, es solamente un punto muy pequeño en la creación de nuestros escritores. Y es que, como dice Pardo Bazán refiriéndose al *Quijote* y a *Las almas muertas*, de Gogol, “por encima de la realidad del asunto y de la vulgaridad de muchos pasajes, corre y bulle una especie de vida fantástica, algo suprasensible que nos transporta con raudo vuelo al mundo dorado de la libre fantasía; algo que inflama la imaginación, prende el entendimiento y eleva el alma; algo que nos hace

⁵⁴ *Polémicas y estudios literarios* (Madrid, s.f.), pág. 45.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 60.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 125.

mejores, más humanos y más espirituales a la vez."⁵⁷ A esto hay que atribuir la diferencia abismal que hay, por ejemplo, entre el mundo del hampa en la picaresca y el mundo de los mendigos en *Misericordia*, dos mundos aparentemente afines. Galdós, sin embargo, descubre dimensiones insospechadas en la novela picaresca, como es la caridad en su virtualidad redentora, capaz de encauzar y dar sentido humano a la vida de esa clase ínfima, la más cercana a labestia. Como nota Palacio Valdés, "esa transformación sólo puede operarla el amor (...) Si el amor nos roza con su varita mágica, el hombre suelta su piel cerdosa de bestia y se convierte en ángel."⁵⁸

Esta síntesis peculiarísima que es el naturalismo español, cuya naturaleza acabamos de estudiar, ha explotado con maestría los dos filones que le sirven de base tanto para establecer su formulación teórica como para lograr unos resultados bien probados en la novela: la tradición nacional y el naturalismo literario moderno. Sin ese recurso a las esencias espirituales del glorioso pasado, el naturalismo español difícilmente se hubiera elevado por encima de los supuestos filosóficos del naturalismo *exagerado* de Zola; y sin el impulso que recibió de este movimiento novísimo, nuestro naturalismo *mitigado* hubiera revestido el carácter psicológico y experimental que exigía la renovación literaria del momento. Dentro de esta órbita estética e ideológica que marca la fórmula superadora del naturalismo español, gira una buena parte de la producción literaria de Galdós, Pardo Bazán y Clarín, tres de entre los más destacados que supieron sacar provecho de la corriente naturalista sin menos cabo de la originalidad e identidad propias.

⁵⁷ *La Revolución y la novela en Rusia*, pág. 187.

⁵⁸ *Testamento literario* (Madrid, 1929), pág. 183.

Intelectuales
de Nuestro Idioma
y Cuadernos Americanos

INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

Por *Alfredo S. DUQUE*

EN las cenas que el director de la Revista, don Jesús Silva Herzog, ofreció a sus amigos españoles, mexicanos y de otros países de la América Latina a lo largo de 30 años (29 de diciembre de 1941 al 12 de noviembre de 1971), fue costumbre pronunciar discursos diversos con absoluta libertad, unas veces por escrito y otras improvisados. Lógicamente —ello es obvio— vamos a transcribir aquí solamente los primeros. En la entrega anterior de la Revista, abarcamos los años de 1942 a 1949. En esta ocasión, tomamos 1950 y 1951. Además, se incluyen los discursos pronunciados en el décimo aniversario.

7 de enero de 1950

De: Luis E. Santullano

NO soy el primer español que interviene en estas simpáticas fiestas anuales de *Cuadernos Americanos*; pero seguramente soy el más viejo de todos y, por serlo, quizás esperéis de mí algo no aprendido en los libros, que vosotros frecuentáis con mucho mayor provecho que yo lo vengo haciendo a mi modo.

Lanzado a este algo difícil trance, de hablar de lo que no se ha estudiado bien, como se debiera, acaso pueda distraeros un rato, a vosotros hispano-americanos, oír la breve confesión de cómo allá, en España, solíamos asomarnos a las cosas de acá, en la vida y en las escuelas.

Desde luego yo, como otros españoles, había tenido ocasiones favorables de dirigir mi curiosidad hacia América, por haber nacido en Asturias, tierra que ha dado a estos países ¡ay! demasiados abarroteros, más o menos codiciosos, al lado de otras gentes ditinguidas por sus talentos e iniciativas, entre ellas las que han contribuido a promover importantes negocios o favorecido el avance de la gran

industria, tal la de los Fierros de Monterrey. Aquellos numerosos y modestos representantes del comercio menor, nostálgicos de la tierra o la tierra, salidos de ella cuando niños o adolescentes, con el solo viático cultural de unas escasas primeras letras, solían aprovechar de tarde en tarde los veranos y tomarse unas vacaciones en la aldea —la aldea perdida de Palacio Valdés, para ellos siempre amada— y lucir ante las mozas, ante las mocinas de mejillas color manzana, su traje de buen corte ciudadano, sus anillos con piedras y la cadena de oro o leontina. ¡Cómo animaba su presencia el prado o el castañedo de las romerías y cómo echaban humo sus buenos tabacos con sortija! Durante un par de meses eran los amos del paisaje campesino, que ahora miraban desde arriba con cierta suficiencia urbana pegadiza. A los muchachos nos divertía el espectáculo de sus gestos, de su rumbo ostentoso, para el que el pueblo, siempre sabio, tenía cierta reserva, llamando "americanos del pote" a los buenos indios cuando se sospechaba que no era oro todo lo que relucía, sino engañoso similor y, en la persona, ingenua fachenda.

Otros indios, los menos, aguardaban la vejez para retirarse a la aldea, a la villa o a la capital provinciana, a fin de disfrutar, cuando la salud no se había resentido, de los dineros hechos, centavo a centavo, detrás del mostrador. Algunos de estos afortunados de la emigración mostraban la generosidad de construir, cerca de los flamantes palacios, escuelas para los chicos del pueblo, de dotar a éste con alguna hermosa fuente pública, arreglar los caminos vecinales, poner un reloj en la casa consistorial, levantar un frontón. Estas felices iniciativas, frecuentes en el norte de España, venían a ser como otros tantos actos de contrición de los donantes por haber sacrificado toda una vida al dios Mercurio, sin reparar en sus alados pies veloces.

De mis años primeros conscientes recuerdo también a un anciano emigrante llegado de las orillas del Plata, que entretenía su aburrimiento gustando infusiones de hojas de mate, sin cuyo goloso pasatiempo no sabía qué hacerse, embotado por la larga rutina del Libro Mayor, cuyos números diríase le seguían bailando en la cabeza. Se apellidaba Camporro; en lo que venía el pobre hombre a coincidir con el simpático personaje real inspirador, en mi *Vetusta*, de la novela de Pérez de Ayala "Belarmino y Apolonio", una de las creaciones más logradas de la ficción moderna en lengua española.

Estos indios retornados vivían corporalmente entre nosotros; mas su espíritu estaba vuelto hacia aquí. En los paseos y conversaciones placiábase en el tema americano, de México, de Cuba, de la Argentina, en sus nuevas nostalgias, y ya rememoraban las cosas

pasadas, ya comentaban las noticias que les llegaban en cartas o hallaban en la prensa trasatlántica que recibían. Porque estos emigrantes repatriados no paraban su atención en lo que sucedía a su alrededor o en la proximidad nacional, sino que continuaban pendientes de los sucesos políticos y sociales de su América.

La curiosidad adolescente me llevó entonces a recorrer las hojas diarias que iban en paquetes desde estas tierras, descubriendo así un mundo perfectamente nuevo para quien nada sabía de él. Porque en la escuela primaria y en la segunda enseñanza —estábamos en el siglo XIX—, los programas se limitaban a ofrecernos noticias de la geografía americana con sus anchos ríos, sus ingentes cordilleras y sus ciudades.

El español ha demostrado ser un pueblo viajero, al que ha interesado poco la Historia, porque él, desdeñando estudiarla y recoger las lecciones de otros pueblos, ha preferido hacerla y, lo que es peor, deshacerla, rompiendo en una y otra grave circunstancia la serena continuidad que asegura la permanencia y la evolución. En esto los españoles nos hemos adelantado a Hegel, para quien la Historia era la idea del Espíritu, que aparece en su personificación actualizada como una serie de formas externas, y América un Espíritu todavía no revelado o descubierto, por ser aún y fundamentalmente Naturaleza. De aquí que, para el filósofo alemán, el Continente Nuevo se ofreciese como la tierra del futuro. Por esto, aunque los españoles hemos visto y tocado la tierra americana desde 1492, no nos interesábamos colectivamente por saber de ella lo que contaban, habían contado estupendamente, los historiadores y cronistas de Indias, que ahora adoctrinan y recrean algunas de mis horas. ¡Libros llenos de vida, que nos hubieran entusiasmado a los muchachos de las aulas!

Ya en la Universidad, el leve conocimiento histórico de América, limitado casi al hecho famoso del Descubrimiento, debía recibir alguna ampliación interesante; pero yo no tuve en esto fortuna. Mi profesor en el año preparatorio de la Facultad de Derecho era persona grata y maestro cuidadoso de la obligación docente; mas su ritmo en el desarrollo de la materia alcanzaba tal lentitud que venía a coincidir el final del curso con la aventurada salida de Colón del Puerto de Palos de Moguer en la segura compañía de los Pinzones. Despedíamos a las carabelas con adioses y hasta agitar de los pañuelos —el buen profesor, entusiasmado con el relato, admitía estos excesos— y nada sabíamos ya de aquella "Niña", aquella "Pinta", aquella "Santa María". ¿Habrían llegado a las apetecidas Indias? Sólo más tarde una caricatura francesa satisfizo la insatisfecha curiosidad: en una costa del Caribe varios nativos

descubrían en el horizonte tres naves que avanzaban y que ellos recibían con estas exclamaciones: "Ya estamos fastidiados. ¡Nos han descubierto! . . .

Como vais viendo, mi conocimiento de América en los libros no tuvo lugar suficiente de ser cultivado; pues no se me dio ocasión de frecuentar la cátedra que, en la Universidad de Madrid y sobre "Instituciones civiles y políticas de Hispano-América", profesaba don Rafael Altamira, mi antiguo maestro en la Universidad de Oviedo, con cuya representación don Rafael hizo, en los años 1909-1910, un largo y muy celebrado viaje por las repúblicas hispano-americanas, México entre ellas, la visita de aquí en los días fecundos de don Justo Sierra.

La vida, sin embargo, me ofreció algunas ocasiones excepcionales de mejorar aquel pobre conocimiento. Por lo pronto, y para darme alguna importancia, he de decirlo que, siendo estudiante, hallé el extraordinario favor de pasear una tarde, orillas del río Nalón y en su bella desembocadura de Soto del Barco, nada menos que con Rubén Darío, aquel año veraneante en mi Asturias. Ciertamente que no abrí entonces la boca, disimulado en el grupo de admiradores que acompañaban al Poeta; mas creo recordar que tampoco él habló mucho, sino que prefería distraer la ensoñadora mirada en la contemplación del mar, de la lucha contra el acantilado de las olas bravías, cuya pulverizada espuma llegaba a salpicarnos. El padre de la poesía moderna en lengua española era —y es— uno de mis dioses literarios, y así en los claustros de la Universidad y en las peripatecias noctívgas mis compañeros y yo solíamos recitar sus estrofas, alternándolas con otras de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé.

Para que los jóvenes aquí presentes sigan envidiándome: ya persona mayor, y en mis veintitantos años, tuve otra ocasión feliz, la de coincidir en Bélgica, en 1907, con Leopoldo Lugones, en viaje de estudios como yo, y la de visitar con él escuelas y museos, amén de gustar juntos alguna que otra riquísima empanada de repostería. Recuerdo la impresión que me producía su suave acento argentino y aquel dulce tratamiento de "vos", para mí nuevo.

Como veis, de los tres más altos poetas de Hispano-América (el tercero, no el último, fue Amado Nervo), —gloriosos por estar los tres en la gloria del cielo poético— he podido conocer y estar cerca de dos de ellos, con lo cual me será permitido afirmar que la vida, no los libros, me dieron el noble placer de relacionarme con lo más elevado, intelectualmente, de la cultura de América. Así también en 1907, y después, en París, —que dicen sigue valiendo una misa— con el escritor boliviano Alcides Arguedas, cordial amigo de ju-

ventud en el Barrio Latino, autor luego de esa novela bien sentida y bien realizada que es "Un pueblo enfermo".

No quedó aquí mi fácil y somero aprendizaje. De lejos pude seguir, en la mocedad, la bienintencionada labor de la Unión Ibero-Americana, con su política de estrechar lazos. Una vez al año, el 12 de octubre, culminaba su actuación con solemnidades rituales en la llamada Fiesta de la Raza, a base de coronas de flores al pie de la estatua del Almirante en el Paseo de la Castellana y abundantes discursos, tantos y tan excesivos en la solemnidad de 1892, cuando se cumplían cuatrocientos años de la desigualada proeza, que llevaron a mi maestro don Leopoldo Alas, el agudo y desenfadado "Clarín", a escribir en uno de sus donosos Paliques: "Para ver lo que estamos viendo, *por culpa* del Centenario de Colón, más vale decir: ¿Colón dio un mundo a España? Bueno ¡pues que se lo devuelvan!" Tantas voces retóricas dábamos entonces los españoles que acabaron por oírnos los hispano-americanos de estas lejanas orillas, y picados en la honrilla de la oratoria, nos enviaron a don Belisario Roldán. Don Belisario, dueño de una elocuencia de rui-señor, habló en el Ateneo de Madrid y, con alegría de una selecta minoría de españoles, dejó chafados a los discursantes del país, sencillamente los apabulló.

A estos flatos de la voz siguieron cosas más serias: en 1907 se fundaba la "Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas", bajo la presidencia del sabio Ramón y Cajal y, en el timón de la secretaría general, el profesor José Castillejo, dinámico y eficientísimo animador del labores culturales. A su lado trabajé, como segundo de a bordo, desde 1912, durante los veinticinco años más activos de mi ya algo larga vida, en la amistad de hombres conocidos de vosotros: Menéndez Pidal, Ignacio Bolívar, Blas Cabrera —estos dos duermen eternamente bajo la tierra mexicana— Gómez Moreno, Rey Pastor, Río Hortega y otros destacados artesanos de la inteligencia española. Cerca de ellos, de Menéndez Pidal, el maestro, estuvo vuestro Alfonso Reyes, en la buena compañía de Federico de Onís, Américo Castro, Navarro Tomás y del malogrado Antonio Solalinde, a quien Alfonso y yo hemos recordado alguna vez en nuestras conversaciones.

Ahora nos interesa lo que ofrece relación con América. Pues bien, un día la Junta recibió un ofrecimiento de los doctores Avelino y Angel Gutiérrez, residentes en la Argentina; ofrecimiento que permitió organizar las que fueron llamadas Instituciones Culturales, que en las ciudades del Plata, en Uruguay, Chile, Cuba y otros países de Hispano-América fueron desarrollando una labor seria en la cátedra, a veces silenciosa en los laboratorios, de fecunda

colaboración intelectual entre ustedes y nosotros. Aquí, análoga iniciativa, con el nombre de "Instituto hispano-mexicano de Cultura", recibió desde 1926 la visita de destacados maestros de allá, como recordarán algunas de las personas que me escuchan y podrían acreditar otros distinguidos intelectuales de esta capital.

Al regresar de América nuestros profesores no dejaban de visitar la Secretaría de la Junta para ampliación de estudios y contaban sus impresiones. De este modo pude yo ir sabiendo de personas destacadas y de cosas sobresalientes y constructivas de Hispano-América. Vino a ser esto como mi doctorado en el conocimiento de la gran realidad trasatlántica, supuesto doctorado, sin haber cursado las primeras y las segundas letras, de la ignorada disciplina. Antes y después tuve ocasión de admirar en París las ricas manifestaciones artísticas de las culturas americanas reunidas por Rivet en el Museo del Hombre, y en Madrid, además de las vitrinas del Museo Arqueológico, la espléndida "Colección Larrea" de cerámica andina. De Larrea digo, del algo místico colaborador que ha sido de Silva Herzog, ausente hoy por primera vez de estas cordiales reuniones de "Cuadernos Americanos", pero que volverá de los Estados Unidos, un año de estos, jinete en el caballo blanco de Santiago, después de haber desmontado bonitamente al Apóstol, y trayendo a la grupa, quiéralo o no, al huidizo y rebelde Obispo Prisciliano.

No podía satisfacerme este insuficiente y desordenado conocimiento de América; pero he tenido la ocasión de venir y sentirla de cerca, y ya aquí, voy confirmando las buenas cosas que había aprendido sin esfuerzo en la escuela de la vida, "de gorra", como el escudero Marcos de Obregón y Alonso, mozo de muchos amos, aunque sin serlo yo de ninguno y no tan avisado como esos personajes. Y una de las excelentes realidades que se me van mostrando es la del gran poder captador de América. Un mexicano y un norteamericano, entre otros escritores, han registrado esta fuerza apoderadora de la tierra y el cielo americanos en páginas que todos vosotros conocéis. Dice José Vasconcelos: "No importa que desconozcamos la lengua; el que vive mucho tiempo, el que nace en el altiplano de Anáhuac acaba por sentirse un poco azteca, a pesar de que no quedan casi las huellas físicas de la primitiva civilización. Lo mismo se ha afirmado del norteamericano de sangre sajona que se establece en los desiertos de Arizona y Nuevo México". Escribe Waldo Frank, refiriéndose a Marina Núñez del Prado, la escultora boliviana: "El linaje de Marina, por sus dos lados, retrocede hasta los primeros días coloniales del alto Perú, y es español sin traza de sangre india. Sin embargo, por su espíritu, por su temperamento

y por su apariencia es aymara. Su naturaleza de mujer y de artista la han modelado los Andes, los aires y los alimentos que modelaron al aymara". No hay para qué detenerse a comentar lo que trasciende verdad, que vosotros y nosotros sentimos individual y directamente. Ni este sería el momento para tal examen.

Otra de las observaciones —dejando en el tintero algunas más que voy haciendo en estos diez años de vida americana— (en Nueva York, en Puerto Rico, en México desde la primavera de 1944) es... (como los antiguos partos en la huida, lanzo mi flecha ahora que debo ir terminando) es que si muchos españoles, yo entre ellos, sabíamos poco de América, estos pueblos, desde el Canadá a la Argentina, tampoco se conocen satisfactoriamente, por lo mismo que no se relacionan todavía lo que debieran. El tema, así ligeramente planteado, necesitaría otro vagar y otra hora que esta de una amable sobremesa. Sin salir de la colección de la revista, mi argumentación comenzaría, en este caso, recogiendo unas palabras de Manuel Y. Sierra, publicadas en el número primero, inaugural sin ceremonias, de *Cuadernos Americanos*: "no sólo el peligro común une a los pueblos, sino que los ideales superiores poseen la virtud de coaligar a su alrededor a naciones aun de las más disímbolas características. Los principios democráticos que precedieron a la independencia de las colonias inglesas y españolas de América, creando entre ellas un nexo espiritual, vuelven a ser nuevamente su lazo de unión". (A pesar de las dictaduras, flamantes algunas de ellas, habríamos de añadir ahora). Al lado de esas palabras de Sierra yo pondría, completándolas, estas de Ozorio de Almeida, presidente que fue de la Comisión de Cooperación Intelectual en el Brasil: "Mucho se engañan aquellos que buscan en el movimiento de cooperación interamericana un sentido de americanismo estrecho y limitado, una tendencia de aislamiento o el ideal de bastarse a sí mismos, coartando o reduciendo a un mínimo las relaciones con los demás grandes focos extrac Continentales de cultura y de civilización. La cooperación interamericana no pierde de vista el hecho de que ella constituye una gran porción de la cooperación universal"...

Aquellos *ideales superiores* de Manuel Y. Sierra y esta *cooperación universal* han sido como el santo y seña de *Cuadernos Americanos* desde la primera hora. Por esto sus páginas registran las firmas de escritores del Nuevo y el Viejo Continente; por esto sus secciones hállanse abiertas a estudios del presente y del pasado, y a las aventuras del pensamiento, también a las imaginaciones de los poetas en verso y en prosa, que si se recrean en el hoy, tienen el oficio de avizorar el futuro incierto. Americanismo sano y univer-

salidad ancha conjúganse íntimamente en esta revista, que podemos llamar nuestra porque Silva Herzog, su creador, la ha concebido generosamente así, como un esfuerzo entusiasta de cuantos, por ser hombres cabales, se sienten devotos servidores de todo lo humano.

De: Andrés Eloy Blanco

EN varias ocasiones, desde hace algún tiempo, escuché hablar de esta cena en la que los ilustres dirigentes de *Cuadernos Americanos* suelen congregarse, por la Noche de Reyes, a un grupo de esclarecidos compañeros de las letras y las artes, para festejar el aniversario de esa empresa generosa del espíritu americano. En cada oportunidad, aquellas referencias encontraron en mí la más afectuosa resonancia, acorde con mi continuada devoción hacia la obra que significa el hito actual y afirmado en el viaje de la cultura mexicana irradiada al Continente, de la Colonia a la Escuela Preparatoria, de la Escuela Preparatoria a la Revista Azul, de la Revista Azul a la Revista Moderna, de la Revista Moderna al Ateneo, del Ateneo a los Contemporáneos y de los Contemporáneos a los *Cuadernos Americanos*.

Mi lealtad a la cultura siempre estuvo rondando por las afueras del convite, atento a las palabras de los comensales. Pero excedía a mis cálculos y a mis merecimientos al esperar que alguna vez pudiera yo mismo venir aquí, a sentarme con ellos, en la cena ya clásica. Y menos aún llegué a concebir que pudiera ser mi palabra una de las tres designadas para anudar el saludo que aquí se dan, año tras año, México, América y España. Este es, pues, honor inesperado que agradezco a la bondad del señor Silva Herzog.

Como poetas, perdonadme si os hablo de un grave caso infantil ocurrido en el día de hoy. Debo deciros que en la región venezolana en que nací, la Noche de Reyes es, en realidad, la noche de los regalos. No escapa a la lógica simple y sabia de los niños —o los pueblos— la sospecha de cierta connivencia necesaria entre los Reyes Magos y las gentes grandes. Por eso, al tener conocimiento de que yo no estaría esta noche con él, en Cuernavaca, mi niño de cuatro años, quien es algo bellaco de los llanos y un poco buscardos de Caracas, llegó a la conclusión de que los Reyes, esta noche, no harían escala en Cuernavaca y subirían directamente a México. Si yo le hubiera dicho que aquí iban a hablar tres señores, uno en el nombre de España, otro en el nombre de México y otro en el nombre de lo demás de América Ibero, no sé si, estirando un

poco las posibilidades de su imaginación, me hubiera salido con la idea de que esta sería la ocasión de escuchar la voz de los tres Reyes. Porque si tomamos al indio, por indio americano, ninguna voz más digna que la voz mexicana para decir la profunda palabra de la América original; y el Rey Blanco estaría en el orador de España, que nos trajo a los blancos; entonces me tocaría a mí traer la voz de Baltasar, el negro, para que así, completo el iris de la sangre en la curva de la geografía, se lograra plenamente la presencia del ánimo española de América en la expresión mestiza y redonda del convite. Sólo me restaría resolverle un conflicto de régimen político; porque ante las dificultades que presentarían un rey blanco que tumba rey en Madrid, un rey indio que fusila emperador en Querétaro y un rey negro que canta democracia en la sabana, no sería menuda faena la de cambiar la idea de los tres Reyes Magos por la de tres Presidentes Magos en la mente de los niños y los pueblos. Tres presidentes o tres libertadores, que es igual para el caso de la imaginación, cuando se trata de niños o de pueblos por un lado y por el otro de pensadores, poetas y artistas. Y he aquí cómo el caso infantil, sin sustancia al comienzo, nos trae a las verdades de nuestra función y de nuestra responsabilidad. Porque es nuestro oficio, hoy más que nunca, el del "lirismo libertador" de Alfonso Reyes.

Los pueblos y los niños están llenos de miedo. Los políticos están llenos de miedo; pero hay algo peor para la humanidad. El poeta, en su función suprema, es el vate, el anunciador, el profeta, Homero, Dante, diseñadores de mundos que los estadistas apenas supieron imitar, creadores de órdenes de justicia sustitutivos de realidades indeseables. El poeta comprende ya toda la órbita del pensador. El novelista, el ensayista, todo creador es el poeta. Todo creador es el profeta, pequeño dios para creaciones de reparación. Y lo más triste de esta hora es que ya se siente venir, ya está llegando la hora de los profetas temerosos, la realidad desoladora de un pequeño Dios con miedo, que anda buscando excusas y pretextos para que le perdonen el pensar y el crear.

Levantarse contra el miedo que avanza es tarea que ya realiza y que debe intensificar en América esta empresa liberadora y lírica de *Cuadernos Americanos*. De ella puede surgir, una cruzada contra el temor. Existen hoy en el mundo "internacionales" de varios órdenes. Pero fuera de ellas y sin justificación suficiente, se extiende la internacional del miedo. Y a la sombra de ésta se dilata y regodea en España y en Hispanoamérica la internacional de la opresión. Buen momento y buen grupo serían éstos para que de una vez surgiera la internacional de la cultura, la internacional de la democracia, la internacional del respeto a las ideas. Porque la cultura es

valor, oficio libertador, cámara lenta del heroísmo útil. Lirismo libertador, enfrentado al miedo naciente de los profetas.

El día en que salí de la Universidad de Caracas, después de haber recibido el título de Abogado de la República, encontré a la puerta del Alma Mater a un gran poeta de México y de América: a José Juan Tablada. Después de abrazarme y felicitarme por el título recibido, me dijo: "Bueno, amigo, ya tiene usted un escudo para la vida. Pero que ese escudo no pese mucho sobre el corazón del poeta". No olvidaré nunca esas palabras. Aquel escudo —así lo entendí siempre— era el arma para defender mi vida; el corazón del poeta debía ser el arma para defender la vida de los demás.

Por eso, en esta noche de Reyes Magos, de Presidentes Magos o de Libertadores Magos, la hora os pide, hombres luminosos de América y de España, que iniciéis en este año la internacional contra el miedo. Los pueblos, como los niños, están poniendo esta noche sus zapatos en la ventana, para que los Magos les dejen sus regalos. Zapatos y alpargatas de los niños y los pueblos. Dejadles en ellos la lección de la lírica heroica, de manera que cuando ellos hagan o calcen zapatos o alpargatas, sepan que están haciendo un molde para sus pies, pero también un molde para su marcha. Así, al tejer la capellada, ajustarán al mismo tiempo la malla de una conducta bien tejida y afirmarán el espíritu en el paso, como si la suela estuviera cogida entre su pie y un camino limpia y valientemente caminado.

De: José E. Iturriaga

ANTES de abordar el tema que deseo dejar insinuado ante ustedes, quisiera insistir brevemente en la función ejemplar de *Cuadernos Americanos*.

Por lo pronto, en cada cena de aniversario nos brinda nuestra Revista la oportunidad de recordar el papel que ella cumple dentro y fuera del ámbito cultural de los pueblos de Hispanoamérica. *Cuadernos Americanos* defiende las mejores causas libertarias y nada de lo que es humano le es extraño: el hombre y su cultura, sus derechos y su bienestar, su afán de paz y su potencialidad creadora. Al filo de la crisis más honda de los tiempos, *Cuadernos* ha sabido rescatar toda vocación de pensamiento libre de este y del otro lado del Atlántico. Sin embargo, la virtud máxima de *Cuadernos* reposa en algo bien ostensible: en que los mejores valores de Hispanoamérica, sus jornadas históricas más decisivas, sus

patricios más señeros —tanto actuales como del pasado— los ha hecho circular *Cuadernos* a través de sus páginas, siempre en diálogo informativo y fecundo a lo largo y a lo ancho de todas y cada una de nuestras patrias. En este sentido, los 48 volúmenes de *Cuadernos Americanos* constituyen todo un curso integral de latinoamericanismo, el más eficaz al que hayamos podido matricularnos. Y ello a tal punto, que quien haya pasado y repasado con atención las páginas de nuestra Revista a través de sus ocho años de existencia, le corresponde —sin disputa— un nuevo grado universitario, que don Jesús Silva Herzog debería expedir: el grado de hispano-americanólogo.

En cada cena de aniversario de *Cuadernos* se brinda la oportunidad a los oradores designados de hablar sobre aquello que les es más cercano o que más les incumbe. Siguiendo esta costumbre, don Jesús me sugirió que abordase esta noche el problema de las tiranías en nuestro Continente. Sin embargo, por razones de salubridad, rehusé con cortesía. Juzgo que sería poco digestivo hablar ahora de un González Videla, que va convirtiendo a Chile en un largo campo de concentración al servicio de los monopolios norteamericanos; o hablar de un Perón, demagogo trágico y sin luces; o referirse al inefable Trujillo, cuya vanidad teratológica no sabe renunciar a ninguno de los adjetivos laudatorios que sus amanuenses le prodigan sin tacañería.

Por eso, por no echar a perder nuestra cena, preferí lanzarme en torno de un tema hasta hoy intacto y sobre el cual me agradaría que los sicólogos o los filósofos usasen las finas herramientas que les son propias: el tema de los mecanismos psicológicos que con reiterada frecuencia llevan al hombre al abandono de las ideas y valoraciones alrededor de las cuales había venido girando su vida juvenil. Pese a que tal fenómeno se produce cotidianamente ante nosotros, sorprende que la apostasía no haya sido hasta ahora objeto de un estudio sistemático.

CON esta aclaración inicial, no se oculta a ustedes que el tema escogido por mí es en verdad peliagudo y que su examen adecuado entraña una gran responsabilidad. No seré yo, por cierto, quien dé a la apostasía un tratamiento metódico en su análisis. Aparte de limitaciones obvias, no hay tiempo suficiente ni este sería lugar más idóneo para tal empresa.

Así y todo, esto no impide improvisar aquí algunas meditaciones en torno a la apostasía y a sus vivencias aledañas para ofrecer —más que una teoría acabada— una serie de presentimientos inme-

tódicos, ello con el objeto de dejar flotando algunas interrogantes que sirvan para una ordenación posterior del tema. Quizá José Gaos o Edmundo O'Gorman o Jorge Carrión o Leopoldo Zea, adviertan un rico filón de pensamiento en dicho tema, digno de ser explorado.

Apostasía, ustedes lo saben bien, es un vocablo de estirpe griega y se deriva de *apbistemi*. Significa: yo me retiro, yo me aparto.

La palabra apostasía la usaban a menudo los clásicos griegos para aludir a las defecciones militares. Más tarde, se empleó el verbo infinitivo *apostatar* para indicar la deserción de una creencia, sobre todo la cristiana. Ahora se dice —por extensión— que alguien es apóstata o incurre en apostasía cuando abandona sus ideales políticos asentados en sus convicciones filosóficas.

En este último sentido —hay que advertirlo desde luego— es como quiero usar la palabra apostasía.

Diríase que la apostasía —o sus vivencias aledañas— ha parecido algo congénito a la naturaleza humana; mejor aún, a la vida espiritual del hombre. Ya la sabiduría popular, al advertir su constante aparición, ha condensado el fenómeno en el conocido proloquio de "*Es de sabios cambiar de opinión*". Pero la sabiduría popular, siempre sensible a un mundo rico y variado de matices, ha creado —por igual— otro refrán de sentido opuesto, también preñado de intuiciones centenarias: "*Genio y figura hasta la sepultura*".

La sola enunciación de los dos refranes —cuya antinomia es bien patente— invita a ensayar una exégesis sumaria de uno y otro, ello como un simple pretexto para arribar a alguna conclusión provisional y atendible.

En efecto, en tan añosos atisbos del pueblo —contenidos en "*Es de sabios cambiar de opinión*" y en "*Genio y figura hasta la sepultura*"— parecen hallarse dos significados o ideas con antagonismo excluyente: por una parte, la idea de que el hombre es una criatura esencialmente movediza e inestable; y, por la otra, la idea de que el ser humano posee una inalterable y definitiva condición anímica, que sólo termina en la tumba.

¿Cuál de las dos afirmaciones es la válida? Puede anticiparse que una y otra lo son, pues responden a diversas realidades humanas tal como se ofecen a nuestro testimonio diario. Si esto fuese cierto, cabría preguntar entonces: ¿Si es de sabios cambiar de opinión, sólo los necios permanecen instalados a su sabor dentro de sus opiniones o convicciones? La respuesta a tal pregunta sonaría así: *no*.

Hay hombres, sin duda los de mayor valimiento —tal el caso de Jesús Silva Herzog— cuyas convicciones, germinadas cálidamente durante la juventud, han sido capaces de ejecutarlas con eficacia

en la madurez y mueren con ellas sin alteración fundamental. De tales hombres podría decirse —un poco forzando la significación del adagio— que encarnan aquello a que alude "*Genio y figura hasta la sepultura*".

Es claro que la ambivalencia de los dos refranes precedentes nos deja insatisfechos. De fijo quisiéramos abrigar certeza en torno a una de estas dos cuestiones: la de si el hombre posee un núcleo espiritual definitivamente dado —entendiendo por *núcleo* su más honda vocación y sus más profundas valoraciones—, o si la manera de ser sustantiva del hombre es el cambio y su migración de un haz de valoraciones a otro.

Para indagar algo de esto —muy poco por cierto— sería menester detenerse un minuto a fin de hacer unas consideraciones previas vinculadas al tema.

SI ustedes me preguntaran, de buenas a primeras, en cuántas categorías pueden dividirse los hombres, yo respondería de inmediato que en dos fundamentales: la de quienes poseen un programa de vida y la de quienes carecen de él.

Es decir, la de aquellos que son capaces de delinear con claridad el proyecto de su propia existencia hacia una meta precisa o destino individual por el que se ha optado, y la de aquellos otros que caminan a la deriva, desarticulados e invertebrados anímicamente merced a una falta de programa vital.

De los primeros, cabe decir que *son*, que *existen*, porque "la existencia es la conciencia del paso del presente al futuro", afirma Nicol siguiendo una pista de Alois Müller. De los segundos puede decirse simplemente que *están* en el mundo, como están las cosas. La piedra, por ejemplo.

El tipo de hombre que es capaz de planear su vida para plenificarla de significado, suele hacerlo a través del quehacer científico, o del estético, o del moral, o del político, o del filosófico. Mas para el fenómeno de la apostasía que nos ocupa —volvemos a advertirlo— sólo nos interesa aquel que ha fundido su vida en la realización de su ideario político y filosófico. Ello a tal punto, que sus convicciones acaban por ser su destino impermutable, de tal modo que cuando deserta de él, incurre en apostasía.

CON estos elementos previos, ciertamente dispersos, podríamos fraguar un esquema tipológico —susceptible de retoques posteriores— en el que hubiere tanto el apóstata *progresivo* como el após-

tata *integral*, tanto el *seudoapóstata* como el *apóstata vergonzante*, tanto el *apóstata táctico* como el *apóstata imposible*.

El *apóstata progresivo* sería quien merced a un proceso lento de acomodo interior, va abandonando de manera paulatina los ideales que con más calor preconizaba durante su juventud —ideales a los que se adhirió con precipitación mezclada de generosidad—, hasta que su sistema de valoraciones y preocupaciones juveniles acaba por sufrir una alteración.

Conviene aclarar aquí que los credos políticos adoptados por los jóvenes deben tomarse con cautela. Por lo que a mí toca, conforme voy dejando de ser joven, más desconfianza me inspira esa edad, pues según refiere Jenofonte, Sócrates sostenía que el joven dejaba de serlo hasta que lo regía la prudencia, es decir, hasta los 30 años, edad en la que ya podían entrar en Atenas al Senado.

Si tomamos como válido el límite cronológico sugerido por la sabiduría socrática, podría asegurarse que sólo se incurre en apostasía cuando de manera consciente se ha elegido el destino personal al iniciarse la madurez. ¿No es significativo que dentro del catolicismo, el clérigo no es responsable de apostasía sino hasta después de haber recibido las órdenes mayores, o sea cuando se supone que es más consciente en él la elección definitiva de su destino religioso?

Desde el punto de vista moral —de moral privada— la apostasía progresiva no es condenable, si ella obedece a una radical sinceridad. En cambio, desde el punto de vista de una moral de partido o de cofradía, esta moral sí puede condenar con licitud al desertor, pese a la íntima sinceridad que lo haya podido conducir al cambio. Los que incurren en esta clase de apostasía, para justificarse, emplean con alguna nostalgia o con cierto resabio de melancolía uno de los adagios consignados antes: "Es de sabios cambiar de opinión".

El *apóstata integral* sería aquel que mediante una crisis súbita de proporciones cataclísmicas dentro de su área íntima, su vida cambia de cuadrante y acaba, de pronto, por hallarse colocado a 180 grados de sus frenéticas afirmaciones precedentes.

Otro espécimen más puede incluirse dentro de la tosca tipología que estoy formulando. Es el *seudoapóstata*, quien no por un sincero y fidedigno proceso interior de ajustes y reajustes sino por móviles crematísticos o por mera cobardía, abandona con la mayor desenvoltura e irresponsabilidad las tesis que propalaba encendidamente, acallando y encanallando su conciencia. La sordidez de este espécimen lo priva de todo interés y dramatismo. No es un apóstata, sino un simoníaco, un mercader de principios. Entre él y

Juliano —mal llamado *El Apóstata*— existe un paralelismo: Juliano nunca fue un cristiano, pero aceptó por miedo el cristianismo y cuando alcanzó el rango de Emperador, intentó exhumar la fe pagana. Así ocurre con el *seudoapóstata* de esta esquemática tipología que estoy prefigurando: se pone una camisa política sabiendo de antemano que no es de su gusto y con el propósito calculado de despojarse de ella y trocarla por otra cuando le sea más rentable.

En oposición a semejante cinismo, se puede encontrar un tipo de extraña existencia: el *apóstata vergonzante*. Se trata de quien ostenta una firmeza teatral en sus convicciones, tambaleantes o inexistentes ya. Mas por un amor propio hipertrofiado, declara que es invulnerable a toda apostasía y que él es el depositario aséptico de sus incommovibles ideas. Disfrazado de fanático o de ortodoxo de su credo, el *apóstata vergonzante* se niega a menudo a cotejar sus "convicciones con las de los otros. Rehuye todo trato humano que pueda diluirlas y se aferra a ellas con un virtual sentimiento religioso. Teme quedarse huérfano de "convicciones". Personaje de novela o de manicomio, le aterra que se le escapen. La razón de semejante temor yace en que dentro de él palpita una sospecha tácita en torno a la invalidez de sus ideas. Este tipo de apóstata suele confundir de manera lamentable las ideas políticas que dice sustentar con la praxis, con el *modus operandi* necesario a toda concreción de ideas.

Hay frente a esa actitud vergonzante, otro modo de ser apóstata: la del *apóstata táctico*. Es quien de puro ser táctico, acaba por estrangular los principios; quien de puro exaltar el *modus operandi*, acaba por ahogar las convicciones, pues sabe justificar todo paso regresivo y todo abandono circunstancial o fundamental de sus principios mediante argumentos "dialécticos", ingeniosamente elaborados con la fraseología propia de su credo. Se trata del realista entre comillas con cuya conducta se acentúan los rasgos más deprimidos de la realidad, porque con su "realismo" acaba por practicar el celestinaje.

Algunos distinguos psicológicos podrían precisarse en dos tipos opuestos existentes entre quienes militan dentro de los idearios políticos más avanzados: los del *renegado* y los del *converso*. Sin embargo, baste señalar esta vez que convendría reservar el término de *renegado* al que desciende en la escala de su destino —el que niega y reniega de él—, y dejar el título de *converso* al que sabe convertir su vida espiritual, desinflada, en algo cargado de sentido.

El *apóstata imposible* es otro tipo más que anda por allí. Se trata del escéptico de casta y no tiene posibilidad alguna de incu-

rrir en apostasía porque no hubo principio filosófico o político capaz de arrebatarlo, de encenderse por él. El apóstata imposible, o sea, el escéptico —quien con frecuencia es un esteta— juzga inelegante toda idea sustentada con empecinamiento, prodiga bostezos y gestos de aburrimiento ante toda afirmación rotunda. Viene ya de regreso de todo. Mejor aún: no ha emprendido ningún viaje hacia no importa qué principio, pues nunca ha sentido atracción por alguno. Diríase que está incapacitado glandular o humoralmente para abrigar cualquier opinión o credo.

Finalmente, existe otro tipo humano que no debe ser calificado de apóstata, porque sus más caros ideales juveniles sufren un proceso lento de acomodo; no para abdicar de ellos en lo sustancial, sino por el contrario, para sedimentarlos e ir decantando lo más granado de las convicciones juveniles, despojándolas de todo ademán truculento, de todo aspaviento de redentor de pacotilla. Si observamos con cuidado este noble tipo humano, repararemos en que él encarna, puntualmente, aquello a que alude el refrán de "*Genio y figura hasta la sepultura*", pues la fidelidad intrínseca a sí mismo permanece inalterable. Tal el caso, por ejemplo, de Querécrates o Fedón, quienes siguieron a Sócrates, no para hacerse más elocuentes en el Agora o en las Asambleas —a la manera de los sofistas— sino para hacerse más virtuosos, y ninguno flaqueó en la edad avanzada.

ESTA tipología, un tanto arbitraria e incompleta, podría sin duda integrarse con otros especímenes fundamentales. Ustedes ya habrán pensado en ellos. Las interrogantes que han quedado flotando, pueden servirles para hilvanar las conclusiones que yo no he podido ofrecer esta noche.

No quisiera terminar mi intervención sin antes aludir a un tema que explica mi presencia en esta tribuna por mi postura anti-imperialista incommovible. Es este. Los pueblos —como los hombres— suelen apartarse con frecuencia de algo así como su destino individual, es decir, de su trayectoria histórica futura. Cuando tal cosa ocurre, podemos hablar de apostasía nacional, es decir, de negación de la propia personalidad colectiva. Por eso, si Latinoamérica quiere ser fiel a su destino regional, no le queda otro recurso que seguir y perseguir sus metas específicas.

¿Cuáles son estas metas específicas?

Cuadernos Americanos —semáforo generoso— contribuye a señalarlas y nos indica a menudo el camino a recorrer para afianzar nuestra identidad multinacional, ruta de la cual no debemos desca-

rriarnos, pese a la creciente presión de los oligarcas norteamericanos que, al absorbernos, acabarían por desfigurarnos.

5 de enero de 1951

De: Manuel Sánchez Sarto

RECORRÍA un hacendado andaluz los olivares de su cortijo, en una breve visita anual; a su paso los peones se afanaban, bajo el sol, en las tareas de la escarda. No poco le extrañó, sin embargo, ver cómodamente reclinado, a la sombra de un olivo, a un robusto zagalón, cruzadas las piernas, caída el ala del sombrero calañés sobre los ojos entornados. —¿Qué haces tú aquí? —preguntó el propietario— ¿Cuál es tu trabajo? —¡Señor, yo hago de "jesusero"! —Y ¿en qué consiste tu faena? —En que cuando alguno de los trabajadores estornuda, yo digo... ¡Jesús!

Cada vez va siendo mayor, en el mundo, el número de los "jesuseros". Lo son unos por abulia; otros por cobardía; muchos por desesperanza, pues ya han agotado su inmensa capacidad para el asombro; algunos —nosotros acaso— porque, cuando llegan los grandes cataclismos, hay que dejarlos pasar, esperando.

Quienes dirigen los dos grandes grupos en que se halla partida la humanidad de hoy, aspiran —una vez más, como los omniscientes reyes del siglo de las luces—, a ahorrarnos "la funesta manía de pensar". Entre esas dos ramas de la poderosa tenaza, se van cascamañando, una tras otra, las dulces almendras de la buena tradición, de la lealtad, de la decencia, del culto severo a la verdad. A esa prueba se halla hoy sometida la mollera hispánica, aquella "noix dure à craquer" donde empezó a mellarse el cascanueces napoleónico.

Se corteja a España, en el momento actual, no para remediar la ruina económica del país, y para reintegrarlo a la normalidad de la democracia, sino para imposter esa ciudadela militar en las restantes defensas de Occidente, cuya debilidad se predica, desde luego, al solicitar ese nuevo auxilio, con enojo de Francia e Inglaterra.

Para llegar a semejante alianza bélica ha sido preciso olvidar el veredicto de San Francisco, condenatorio del régimen franquista, y olvidar igualmente la simbiosis nazifascista-falangista durante la segunda guerra mundial. "Ningún español bien nacido" —decía Permartín— un "camisa vieja" en 1940, en la página 103 de su libro "*Qué es lo nuevo... Consideraciones sobre el momento espa-*

ñol presente; ningún español bien nacido podrá olvidar el noble apoyo prestado por Alemania e Italia a nuestra justa causa"; y refiriéndose a las potencias democráticas afirmaba luego, en la página 111: "Claro es que necesitamos reanudar las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con esos importantes países. Pero si España tiene un átomo de dignidad ya no podrán ser relaciones de amistad y de favor, sino reguladas por la estricta conveniencia". ¿Qué puede salir de ese "apaciguamiento"? Para España, menos producción civil, y más miseria, mientras crece su monstruoso aparato bélico; para Norteamérica, desconfianza y aversión, entre los españoles de allá; dolor entre los refugiados que admiramos a los Estados Unidos y hubiéramos deseado de ellos, para nuestro país, un trato inspirado en las nobles tradiciones de lealtad alumbradas por los padres de la Independencia americana.

Porque en los tratos y contratos entre países, cuando se siembra violencia, sólo violencia se puede cosechar. Y aquí viene a cuento aquel valiente escrito de Benjamín Franklin, publicado en la *Pennsylvania Gazette*, de 9 de mayo de 1751, bajo el título de "Exportando felones a las colonias". Pretendía entonces Inglaterra enviar sus delincuentes a tierras norteamericanas "para la mejora y repoblación de esas comarcas".

"Esta solícita preocupación de nuestra madre patria por el bienestar de sus hijos —decía Franklin— reclama de nosotros los mayores transportes de correspondencia y gratitud... Y como en muchas comarcas deshabitadas de nuestras provincias abundan sierpes venenosas... convendría que en la primavera, cuando esos reptiles son débiles y perezosos, capturásemos unos millares para enviarlos a Inglaterra. Y yo sugeriría distribuirlos cuidadosamente por lo parques de Londres; en los jardines de la nobleza británica, por todo el país; pero, particularmente, en las viviendas de los primeros ministros, de los lores del Comercio, de los miembros del Parlamento: porque a todos ellos les estamos muy especialmente obligados... Y aún saldrían aventajados en el cambio. Porque las serpientes avisan, antes de atacar; pero los delincuentes, no".

Nosotros, pobres "jesuseros" de España y de un mundo auténticamente libre, no vibramos con la cólera vindicativa de Benjamín Franklin; somos incorregiblemente optimistas, y pensando aún en un giro copernicano de las constelaciones mundiales, esperamos para Estados Unidos y España una cooperación constructiva con la democracia auténtica y sin Franco.

Un Comité de no Intervención deliberadamente cegato, negó la existencia de la ayuda militar de Alemania al franquismo. Pero en 1940 y por encargo del Ministerio Alemán del Aire, Werner Beu-

melburg publicó en Berlín un documentadísimo libro titulado "Lucha por España. La historia de la Legión Cóndor", crónica puntual y objetiva, llena de nombres y cifras y partes de guerra, donde se exhibe al desnudo —con la desenvoltura del triunfador descocado— la decisiva acción de 25,000 técnicos militares en el desenlace de la guerra española. Y España, la España republicana que también olvida —pero sólo las afrentas— llevó sus voluntarios al Alamein, a Narvik, a los farallones de Normandía, a las vanguardias que ocuparon el Hôtel de Ville, en el corazón de París.

La guerra estaba en sus postrimerías y Winston Churchill, artífice de la indomable tenacidad inglesa, prometía no dar reposo a su *gallant sword* hasta sacar de su concha al último limaco fascista. Rusia juraba y perjuraba que en la lista de los grandes criminales de guerra figurarían, con derecho al cadalso, los altos jefes de la Legión Azul. Pero ahí sigue Franco, alentado unas veces por sus antiguos detractores, afianzado otras —extraño caso— por la hostilidad del Soviet.

Los buenos y verdaderos españoles contemplamos con horror el estruendo verbal e injurioso de la guerra fría, llena de negaciones mutuas y de amenazas, y que, a creer a los contendientes, sólo podría terminar con la eliminación física y radical de uno de los bandos. En ese clima absurdo se mantiene recrecido el franquismo, en una megalomanía que hará más cruel y doloroso, para España, el trance de la caída fatal de su régimen presente.

Nuestra única posibilidad y esperanza está en que la guerra no llegue, en que terminen por imponerse —con cualquier signo que sea— las fuerzas sinceras de la paz. Pero ¿hay alguna vislumbre de ello?

Hace un año el Pandit Nehru lanzó, en plena Universidad de Harvard, un violento ataque contra los países conductores, rojos o blancos, que se atribuyen el monopolio de la salvación del mundo. "El número de estadistas inteligentes —decía— puede contarse con pocos dedos: de haber sido más y mejores, se hubieran evitado dos guerras mundiales y la amenaza de otra nueva, en el corto período de cuatro décadas". Según Nehru sólo de los pueblos pequeños, unidos, puede arrancar un auténtico movimiento de paz.

Y acaso sea cierto; allí está la diminuta Suiza, de cuya postura mental en el conflicto poco se habla en nuestra histórica prensa; sin embargo, con ocasión de haberse nombrado, hace tres días, un nuevo Presidente de la Confederación, el Gobierno suizo ha declarado que nunca se adscribirá voluntariamente a uno de los mundos en lucha, pero será la primera en responder a un sincero llamado de paz. Y aquí está México y su Gobierno que tantas veces han dejado

oír su voz valiente y serena contra los atropellos de los grandes, y que ha mantenido en nosotros, españoles, a pesar de todas nuestras adversidades, el anhelo de vivir. el deseo de luchar por un mundo libre.

No es casual que México sea saludado por los hombres libres y constructivos de la tierra como un verdadero país de promisión y esperanza. Menos extraño aún que en ese clima hayan logrado crecer y embellecerse los *Cuadernos Americanos*, donde todas las grandes ideas y los grandes sufrimientos históricos actuales —el español entre ellos— tienen constantemente prendida su llama.

Somos "jesuseros" pero no a la manera del indolente peón andaluz, sino con la serenidad que dan el alma limpia y sin rencores, con la gallardía de la razón y la verdad, nunca descarriadas por las veredas de la negación y del insulto; generosos, honestos y sencillos como este Don Jesús, Don Jesús Silva Herzog, para quien pido esta noche, el renovado homenaje de nuestra admiración.

De: Leopoldo Zea

NUEVE años. Hace nueve años que en una reunión semejante se brindó por el mejor de los éxitos de la revista que en aquel entonces aparecía por vez primera y, que ahora vuelve a reunirnos: *Cuadernos Americanos*. Nuevamente habrá que brindar por su mejor éxito ahora que entra en su décimo año, quizá el año más difícil de todos los que hasta ahora ha vivido. Nuevamente, como en 1942, *Cuadernos Americanos* tendrá que ser expresión de la conciencia de esta América nuestra. Ahora, como en la época en que surgió, tendrá que tomar a su cargo la responsabilidad de definir la situación que a los hombres libres de América nos corresponde en la lucha que ya estamos viviendo.

En 1942, fecha en que se funda *Cuadernos Americanos*, el mundo se encontraba enfrascado en una de sus más terribles y sangrientas luchas. Pero en aquel entonces era fácil tomar la posición más justa y digna. En esa lucha se enfrentaban dos actitudes claramente definidas. Esas actitudes que se expresaron antagónicamente como Democracia y Totalitarismo, Libertad y Despotismo, Humanismo y Barbarie. Nuestros *Cuadernos Americanos* tomaron sin titubear el partido de la Democracia, la libertad y el humanismo en América. Y la tomaron abiertamente, sin demagogia, señalando al totalitarismo, el despotismo y la barbarie en todos los lugares donde éstos se encontrasen haciendo caso omiso de los disfraces

con que éstos trataban de ocultarse en nuestra América. Un repaso por las páginas que *Cuadernos Americanos* ha publicado en sus nueve años de vida haría patentes las denuncias que los hombres libres de América han podido hacer en contra de esas embozadas formas del totalitarismo, el despotismo y barbarie americanas. En sus páginas se han condenado a todos los fuhrer, dulces y generalísimos criollos que han surgido y surgen en nuestros países, aun cuando lo hagan armados con la patente de "demócratas" con que se les han dotado los nunca satisfechos intereses de Wall Street. En nombre de esta misma democracia y libertad se ha podido condenar a este tipo de imperialismo mostrando los resortes que han hecho y hacen posibles toda clase de totalitarismos y tiranías en América y otros Continentes. En estas mismas páginas se ha podido hablar de paz y en contra de todas las guerras. Los instigadores de estas guerras y mantenedores de todas las tiranías han tenido que fingir su acuerdo con estas condenas y tolerarlas para no hacer patentes los designios ocultos de los mismos.

Entre 1942 y nuestros días, parece que esta situación ha cambiado. Ahora, como entonces, nos encontramos dentro de una guerra, aunque en esta ocasión no haya sido formalmente declarada. Un estado de emergencia priva en todo el mundo. Un estado aún más terrible que el que podría significar la guerra abierta. Las ideas de democracia, libertad, humanismo y paz han perdido su sentido unívoco. Los grupos en pugna se enfrentan en nombre de estas ideas asegurando luchar por ellas y en contra del totalitarismo, el despotismo, la barbarie y la guerra. Y en nombre de los mismos están dispuestos a sumir al mundo en estos males contra los cuales dicen luchar. En nombre de la democracia se arranca a los pueblos su derecho a decidir su futuro; en nombre de la libertad se imponen las más despóticas persecuciones, en nombre de lo humano, del humanismo, se quiere destruir a la Humanidad utilizando armas cada vez más eficaces; y en nombre de la paz se quiere desencadenar la más terrible de las guerras.

La lucha se entabla en un campo en el que el fanatismo calculador y frío se enfrenta al temor y la histeria. Lucha en la que el hombre por cuya felicidad se pretende pelear queda desgarrado. Unos enarbolando la bandera de la justicia social, otros la de la libertad. Para que la justicia social sea un hecho parece que es menester renunciar a la libertad; y para que ésta sea posible parece que es menester mantener la injusticia social. En ambos bandos se olvida al hombre concreto para salvar valores que quedan en el campo puro de la abstracción mientras se realizan. Se nos conmina a elegir una parte y renunciar a la otra. No se puede hablar de una

sin que se nos niegue la otra. Hablar de justicia social dentro del campo de los que dicen defender la libertad del individuo, implica negar ésta y, por lo mismo, ser privado de la misma. Hablar de libertad dentro del campo de los que dicen defender la justicia social implica también negar esta justicia, ser su enemigo y, por lo mismo, estar fuera del campo de la justicia social.

De aquí las dificultades a las cuales me refería. Todas las ideas por las cuales ha bregado *Cuadernos Americanos* tienen ahora sentido equívoco. Cada uno de los grupos en pugna les da un sentido que es la completa negación del que tienen para el opositor. Son ideas que a fuerza de ser instrumentos de lucha han perdido su auténtico sentido, el que hace referencia al hombre concreto, a ese hombre que está siendo sacrificado en todos los campos. Creo que este es el único sentido que debemos seguir adoptando, aun cuando esto implique mayores sacrificios y dificultades. Debemos escapar al fanatismo y a la histeria abogando por el hombre sin más. No se propone con esto un tercer camino, una tercera salida. sino la única hacia la cual tendrán que orientarse esos esfuerzos que se presentan como antagónicos, si es cierto que la meta de los mismos es dar o guardar al hombre su felicidad.

Muchas son las voces que insisten en la obligación que tenemos de elegir uno de los caminos que ahora se señalan con la negación del otro. Se nos dice, es menester elegir entre el ideario sostenido por la URSS o el ideario sostenido por los Estados Unidos, entre el comunismo y el liberalismo. Creo que todos estamos conformes con la meta perseguida por el primero: la justicia social de que ya hemos hablado; pero difícilmente lo estamos con los instrumentos para alcanzar esta meta, aunque la realidad muestre su éxito, su eficacia. También estamos de acuerdo con el sentido que el liberalismo y la democracia ha tomado cuando ha encarnado en figuras ya simbólicas como Washington, Lincoln o Roosevelt; pero nunca con el sentido que le han querido dar los que han hablado del "destino manifiesto", la discriminación racial, y todas las formas de justificación imperialista. Más que a elegir, debemos aspirar a conjugar estas ideas eliminando sus negaciones: Justicia social, pero con libertad; libertad, pero dentro de un mundo de justicia social.

Pero hay otras voces más prácticas, acaso más realistas, que nos hablan de la necesidad de estar al lado de los Estados Unidos dada nuestra situación geográfica e histórica. Otras voces más hablan ya, en todos los tonos, de nuestros compromisos y la obligación que tenemos de estar con los Estados Unidos independientemente de que sus intereses y los nuestros concuerden en todos los aspectos. Y este estar con ellos implica secundarlos en su aventura guerrera si así lo deciden sus intereses. No se trata ya de decidirse por un

ideal, aunque éste signifique el sacrificio del otro, sino de renunciar a todo ideal en nombre de una supuesta supervivencia.

En la pugna que estamos viviendo, y en la cual nos estamos envolviendo, se está haciendo patente algo que olvidamos: el cinismo de que hacen gala los grupos en pugna. El sentido equívoco de las ideas a que me refería antes, tiene su origen en este cinismo. Ya no se trata de guardar las formas. Ahora estas formas son puestas al servicio de fines plenamente descarados. Hace poco menos de un siglo un presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, al iniciar la Guerra de Secesión, rogaba porque su causa estuviera al lado de Dios; ahora otro presidente ruega porque Dios esté al lado de su causa. Abiertamente se declara ahora que no hay más democracia que la que cada uno de los grupos en pugna expresa. No se puede hablar de paz, porque la paz de uno es la guerra del otro. No hay más libertad, ni más justicia social que la que expresan determinados intereses limitados. Y es en nombre de estos intereses que se quiere comprometer a otros pueblos dándoles como única garantía la de su supervivencia.

Podemos elegir y esforzarnos por realizar ese conjunto de ideas e ideales, puestos ahora cínicamente en pugna para salvar intereses más concreto; pero no elegir nuestra subordinación a estos intereses para lograr lo que se considera nuestra supervivencia. En este sentido también debemos tener el suficiente cinismo para deslindar los intereses de nuestra Nación que son los de todos nuestros nacionales, de los intereses concretos de otra nación por poderosa que sea. Esa otra nación puede ir a la guerra porque así conviene a sus intereses y, acaso, al de sus nacionales; pero no creo que los intereses nuestros sean de naturaleza tal que nos obliguen a una aventura en la que nada tenemos que ganar y todo que perder.

No soy yo quien va a poder señalar el camino que ha de seguir nuestra Revista, *Cuadernos Americanos*; pero sí creo que ésta, a pesar de las múltiples dificultades que le esperan, podrá seguir siendo el faro de los más altos valores de nuestra América si en esta época de cinismos tiene también el cinismo de continuar llamando a las cosas por su nombre deslindado las ideas e ideales de los limitados sentidos que intereses no menos limitados se empeñan en darles. Será menester que continúe manteniendo el espíritu de esas ideas por las cuales ha venido pugnando desde hace nueve años, de acuerdo con el más auténtico de los sentidos, aquel que tiene como punto de partida al hombre; pero no al hombre en abstracto, sino al hombre de carne y hueso; ese hombre que ahora se quiere sacrificar en nombre de abstracciones o intereses limitados. Ese hombre que ahora lucha en diversos campos de batalla o espera lleno de temor su definitiva destrucción.

De: Mario Monteforte Toledo

CADA época tiene sus ocultos signos; desconocerlos o no comprenderlos entrañablemente, es vivir en la noche.

El signo de nuestro tiempo parece ser la amenaza contra el hombre, fija y sin tregua. Amenaza contra la libertad, contra el espíritu de tolerancia, contra el afán de justificar la superioridad a que estamos obligados en el mundo.

Las fórmulas políticas ya no bastan para gobernar la convivencia; sin embargo, todas ellas asumen la inflexible forma de las tablas de la ley, y su espíritu no es buscar la justicia sino invalidar la búsqueda de las otras fórmulas.

La capacidad de dialogar está en crisis, porque domina la inseguridad, y las opiniones contrarias se consideran subversivas o erróneas. Cada vez es mayor el número de los que se escuchan empecinadamente a sí mismos.

La única prueba de la superioridad es la fuerza; quien más grita tiene más razón. Y toda suerte de oscuros males se cierne sobre el que aún se atreve a dudar, a profesar la fe histórica que siempre ha permitido al hombre de pensamiento considerar su propio siglo como transitorio, y por consiguiente, como incapaz de permitir la completa corporización de las aspiraciones más elevadas de la humanidad.

Poco a poco, los más creen resolver su hora por medio de una brutal simplificación: en filosofía, en arte, en ciencia, en política, hasta en la modesta forma de alentar zoológicamente, hay dos caminos, dos frentes naturalmente en lucha. Escoger se llama definirse, y escogen. Es muy sencillo: de tal modo la amenaza se divide en dos, y pesa menos en el instante de la soledad y en el más grave aún de la responsabilidad.

Las amenazas, como es lógico, se enderezan de preferencia contra los intelectuales, los seres más peligrosos de todos los tiempos para la oronda dogmática de aquellos que proclaman el orden, la razón de Estado, la libertad sin seguridad o la seguridad sin libertad. La materia de los intelectuales es hallar, buscar, y esto no conviene a los que prodigan esas breves consignas llamadas a creerse con mucha esperanza y poco análisis.

En un siglo evolucionado y tan lleno de refinamientos, no serían efectivas las amenazas burdas contra la integridad de la piel y la función de sus agujeros. Se ha llegado a una sutileza desconcertante: hay que conseguir el silencio, la fe unciosa y cerval. Y lo mismo que antaño, para desmenuzar la conciencia, se tildó al hombre de extranjero, de hereje, de cristiano, de hugonote o de anar-

quista dinamitero, hoy se le llama helenófilo, indigenista, surreal, existencialista, liberal o vendido al oro de Moscú. . .

La amenaza es tan cierta como el potro o la hoguera, y muchos buscan acomodo, como quien se acurruca a dormir en el hacinamiento de un portal. Lo importante es coincidir. ¿Cómo, con quién? Eso es lo intangible, lo sabido y callado. Para eso hemos aprendido a ser tan sutiles.

Este fenómeno de acurrucamiento es una manera de la complicidad en minucioso estilo de orfebrería. Se calla la verdad contra los menos malos para no servir a los peores; se ataca a los justos para servir causas políticas; se exalta a los cretinos para defender causas sociales. Unos dragonean de profetas del hecho histórico, mientras su propia obra se apega a lo intemporal y a lo abstracto; otros, de pie en los estrados, se consumen en los actos y en la repetición de las consignas breves y jamás se comprometen presentando una obra a sus semejantes, hasta que a la hora de su muerte, el panegírico obligado habla de juventud en flor y de esperanzas trucas.

Y cuando faltan motivaciones más tortuosas aun para la complicidad, se recurre a la razón de Estado, que lo mismo justifica el miedo, la indecisión, la conveniencia o el delito.

Estamos en lo que pueden ser las vísperas más trágicas de la historia, y todo esto debe preocuparnos profundamente. Los intelectuales no son políticos, y por eso no miden sus actos con la lógica, sino con la ética. Si alienamos este derecho, menguadas esperanzas de redención tendría el mundo.

Es el interés por la humanidad y las responsabilidades que frente a ella tenemos, lo que debe regir nuestro pensamiento y nuestra obra en el desmesurado choque que por desgracia se avecina. En América estamos hartos de las inservibles fórmulas con que el capitalismo norteamericano, en las diferentes etapas de su expansión, ha sojuzgado a nuestros pueblos; tenemos también la clara noción de que el stalinismo no es el régimen socialista respetuoso de la dignidad personal y de las libertades colectivas a que aspiramos. La convivencia democrática sin persecuciones ni amenazas que ya se ha logrado en algunos de nuestros países, debe ser salvaguardada amorosamente, como un indispensable condicionamiento de la lucha que mantienen nuestros pueblos por los más elementales satisfactores; esos pueblos, por niños, por largamente derramadores de su propia sangre, no merecen unirse a la muerte en ninguno de los bandos que ahora se disputan el señorío de la tierra.

Filósofos, artistas, científicos, escritores, todos esos hombres y mujeres que con tan rara frecuencia se dan en nuestro hemisferio, deben continuar su búsqueda y su hallazgo, su exploración y su

creación al servicio universal, apuntando día y noche su más gruesa voz, contra la injusticia y el doblez y el falso quilate. Quienes en otro tanto se realizan hasta en el más breve rincón del planeta, cumplen con su destino y pertenecen a nuestra fraternidad.

Es posible que una posición semejante encuentra cada hora menos refugios, menos aire abierto para enunciar su verdad. Por eso debemos cuidar con garras y uñas *Cuadernos Americanos*, por lo que representa de ecuanimidad, de esfuerzo, de valerosa búsqueda, de tolerancia. Ya van quedando muy pocas tribunas como ésta, ahora que el pensamiento libre se persigue como un acto de subversión.

Nuestra revista es titular de la verdadera hispanidad, por su significado de aventura, de arrojo, y por su dimensión de mundo nuevo.

Esta es nuestra más íntima fiesta. Y en veneración y afecto, debemos retribuirla a quien hace posible tan magníficamente, el motivo que nos congrega: el austero varón, el gran americano, el maestro Jesús Silva Herzog.

EL DECIMO ANIVERSARIO

UN grupo de amigos de nuestro Director, organizó una gran fiesta el 15 de noviembre de 1951, para celebrar el acontecimiento. Fungieron como maestros de ceremonias Fernando Benítez y Joaquín Díez Canedo. Hubo poemas declamados por sus autores: Enrique González Martínez, Francisco Giner de los Ríos, Rodolfo Usigli, Manuel Calvillo, Juan José Arreola y Max Aub.

Se recibieron telegramas de Víctor Massuh, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Reissig de Argentina y de otras personas de la misma ciudad. También enviaron felicitaciones telegráficas Mariano Azuela y Antonio J. Bermúdez, de México.

Entre los que escribieron cartas, cabe citar a Antonio Alatorre, de Viena; Enrique Anderson Imbert, de Michigan; Francisco Romero y Romualdo Brughetti, de Buenos Aires; Rómulo Gallegos, Tomás Navarro, Germán Arciniegas, José Antonio Portuondo, Federico de Onís, Alberto Rembao y Angel del Río, de Nueva York; Octavio Paz, de París; Luis Alberto Sánchez, de Río Piedras, Puerto Rico, y Alfonso Reyes, Wilberto Cantón, Isidro Fabela, José Iturrriaga, Margarita Nelken y del Ateneo Español de México, firmada por su presidente, el doctor Joaquín D'Harcourt y su secretario general, don José Luis de la Loma, de nuestra capital.

Hablaron en el solemne acto Andrés Iduarte por "Nuestro Tiempo", José Gaos por "Aventura del Pensamiento", Alfonso Caso por "Presencia del Pasado" y Raimundo Lida por "Dimensión Imaginaria". El señor Manuel Andujar tuvo a su cargo el relato del suceso.

De: Andrés Iduarte

SEÑORAS, señores:

La única justificación que puede tener mi presencia y mi palabra en este acto de homenaje al profesor Silva Herzog, es mi vieja admiración por el hombre y mi constante colaboración en las páginas y en las luchas de *Cuadernos Americanos*.

Cuando los amigos que lo organizaron me invitaron generosamente a hablar aquí, pensé hacerlo como un representante del México de afuera; pero cuando agregaron que hablaría yo en nombre de la sección "Nuestro Tiempo", rectifiqué o, mejor dicho, añadí el entendimiento de que lo haría como uno de la casa. En verdad, el ausente nunca lo ha estado espiritualmente. No habla, pues, el que regresa, sino el que con el corazón y el pensamiento nunca se ha ido. Solamente hay una variante: que las cosas se han visto desde nuevos ámbitos, desde dentro y desde fuera.

Fue en 1941, cuando, en el Club de la Facultad de la Universidad de Columbia, don Jesús Silva Herzog nos habló a don Federico de Onís, a don Tomás Navarro Tomás, a don Angel del Río, a Eugenio Florit y a otros amigos de su propósito, ya en marcha, de hacer una nueva y grande revista. Y luego, en la charla personal, en los quedos apartes a que somos tan dados los mexicanos, tuvo la atención de contarme otros detalles de su proyecto. Nadie dudó —por la autoridad de don Jesús— de que la revista sería nueva y valiosa; y así lo fue. Pero, además, logró lo que lógicamente podía temerse que no ocurriera: su puntualidad y permanencia, extraordinarias en nuestras latitudes. Veo y oigo desde aquí y desde hoy aquella plática y, en el panorama bravío y montañoso de México y América, a través de los aires eléctricos de nuestra tierra, sobre el suelo volcánico y movedizo que pisan o mejor dicho que acarician y agradecen mis pies de ausente físico, cuento los diez años transcurridos y las sesenta obras publicadas —porque obra es cada uno de los números de *Cuadernos*—. Montañas son por lo sólidas, y vivas y ardientes, por la luz que hay en ellas; y muy en su marco mexicano y americano están estos frutos

tan de la tierra, tan nuestros. El posesivo no limita, porque también pertenecen a España y al mundo.

Ninguna de las raíces mexicanas ha descuidado *Cuadernos*. Si algo ha logrado esta revista, es realizar, o mejor dicho, comprobar la realidad del buen injerto hispano-americano. Su mexicanismo es el mejor porque nuestro numerador poderoso y colorido no estorba, sino se enlaza con el denominador de la América nuestra, con la América continental y también con el universo al que pertenecemos y que ardientemente vivimos. No hay limitación vernácula, no hay nacionalismo mutilador, sino sabor criollo y mexicanismo profundo, y americanismo hispánico y continental, girando juntos con los siete colores del arco iris del ya pequeño mundo que amamos y sufrimos.

Al pilar mexicano se sumó, desde el primer momento, la inquieta inteligencia y la fe vibrante de Juan Larrea, entre otros muchos españoles que tomaron parte en la gestación y el crecimiento de *Cuadernos*; y —repasso los primeros números— el color de Guatemala, la cordialidad y la gracia de Cuba, el callado dolor del Paraguay, el magallánico corazón de Chile, las reliquias indias y coloniales del viejo Perú, y las batallas del nuevo, las lecciones y las angustias de la Argentina, el vigoroso combate que la inteligencia americana dio por el bien del hombre en Venezuela: todo forma parte del nacimiento y la robusta creación de la noble obra.

Para quien, como yo, tuvo la extraordinaria fortuna de vivir la España renacida y la España heroica de los años que van del 33 al 38 —la hora grande y generosa de su historia— fue especialmente conmovedor ver en la Revista los nombres de mis maestros de la Universidad de Madrid, de mis camaradas del Ateneo, de mis compañeros de las calles del Noviciado y de la Ciudad Universitaria, de mis entrañables amigos de Castilla, de Galicia, de Andalucía, de Cataluña. . . Cuando los conocí, hace ya largos años, en el París antifacista de los postrimeros veintes, o en el Madrid cordial y sabroso y en la Málaga florida, y en toda la España viril de los treintas, sentí la pena de quien tiene el corazón numerosamente distribuido. La tragedia del mundo, y la buena suerte de mi patria mexicana, me hacían sentir al acariciar esta revista que todos estaban ya en casa, como cuando la familia se junta en momentos de tribulación y, en vez de deshacerse, se aquilata para empresas mayores. A aquellos a quienes yo les decía en España, en nuestra mexicana forma, "les espero en la casa de ustedes", ya podría haberlos en ella, no en la doméstica y breve de las madrileñas calles de Viriato y de Padilla, sino en la casa mexicana, en la ya casa suya. Lo mismo puedo decir de los hispanoamericanos con quienes conviví alegre o dramáticamente en las dos afines capitales europeas.

No faltaban tampoco nombres norteamericanos y europeos, ni páginas de los compatriotas sobre los problemas de aquéllos. En la tremenda hora que vivimos, los autores trataban todos los temas, con criterios que compartimos o que rechazamos pero —como lección para el mundo— con limpia independencia, con fe en el hombre, con equilibrio que no menoscaba la verdad, sino la lustra y la ilustra, con permanente distancia de lo bronco y lo brutal y a la vez de lo blando y de lo indigno.

En todas las regiones de los Estados Unidos, de Cuba y de Venezuela, *Cuadernos* ha estado presente. Es mucho lo que tengo que contar —anécdotas, conversaciones, seminarios, clases, periódicos sobre lo que he oído en cuanto a *Cuadernos*. Sólo diré una: la de una hermosa joven de California, buena representante de la parte mejor de lo americano, de lo que Martí llamaba "los buenos Estados Unidos", que en Berkeley me decía: —Parafraseándole a usted, señor, diré que *Cuadernos* es Hispanoamérica y, además, la buena Hispanoamérica. . . Y algo mío, personal: que cuando escribí un libro muy hispanoamericano, de buena suerte gracias en gran medida a *Cuadernos* fueron Silva Herzog y Juan Larrea quienes le dieron tinta generosa y papel acogedor, y lo hicieron nacer lozano y saludable.

Recuerdo que mi querido Maestro don Antonio Caso nos decía que los estudiantes se dividían en cinco categorías: inteligentes y estudiosos, estudiosos e inteligentes, inteligentes pero no estudiosos, estudiosos pero no inteligentes y ni inteligentes ni estudiosos. Nuestro mundo hispánico rinde tributo primero a la inteligencia, luego al esfuerzo. En el mundo sajón, quizá la mayor calidad sería: estudiosos e inteligentes, etc., etc. Lo justo sería poner una palabra encima de la otra porque nada vale sin la dedicación y el empeño, ni vale nada sin el brillo y la gracia. La revista de Silva Herzog ha tenido al mismo tiempo las dos cosas; y esfuerzo y capacidad en igual dosis son las virtudes de este mexicano ejemplar. *Cuadernos* es sólo el símbolo de ello, porque también existen en su obra diaria ajena a *Cuadernos*. Hasta el título de profesor que siempre acompaña su nombre y que se ha sobrepuesto a cualquier otro título académico, es signo de tesonera actividad, de sencilla dedicación, de inagotable esfuerzo. De la conjugación de esas virtudes nace la solidez de su obra armónica, cordial, de suma y no de resta, de enlace de lo semejante y hasta de lo desemejante, de comprensión y de edificación. Y —otra cosa extraordinaria— asentada sobre esa virtud rara y prodigiosa que se llama integridad y que debe merecer no sólo elogio sino veneración. Para quien las lleva tan silenciosa y noblemente, va nuestro homenaje.

De: José Gaos

SEÑORES y amigos:

Me ha parecido que una buena manera de desempeñar el papel que se me ha encargado en esta comida, era empezar por hacer una síntesis del contenido de "Aventura del Pensamiento" durante los diez años por los que estamos ofreciendo este tan merecido agasajo a nuestro amigo Silva Herzog, aunque no de todo el contenido de la sección, sino sólo de los artículos y no también de las notas, en razón de bastar los primeros así por el volumen como por la significación.

Los artículos más numerosos son los de filosofía, prácticamente tantos como todos los demás. No me parece para extrañar, dado el carácter de pensamiento por excelencia que tradicional y aun muy generalmente se reconoce a la filosofía, y dado lo aventurero y aventurado de la misma, aunque esto no se haya reconocido tan tradicionalmente, ni siquiera se reconozca aún por la generalidad.

Divididos los artículos filosóficos en históricos y teóricos, por los primeros han desfilado: la filosofía contemporánea en general, en una revista del filósofo argentino Risieri Frondizi, hoy emigrado en Puerto Rico; el más grande de los filósofos franceses de nuestro tiempo, Bergson; los dos grandes filósofos a quienes se deben las corrientes más importantes de la filosofía alemana de este siglo, Husserl y Dilthey, y el único filósofo de la misma nacionalidad que ha logrado en nuestros días mi sistema tan ingente y acabado como los mayores y más cabales sistemas clásicos, Nikolai Hartmann presentado en *Cuadernos* por su discípulo mexicano Eduardo García Máynez; todavía el más norteamericano y el menos norteamericano de los filósofos contemporáneos de los Estados Unidos, Dewey y Santayana, más otros dos distinguidos filósofos del mismo país en esta época, Northrop y Montagne, este último en artículo de él mismo; y el último gran movimiento filosófico, el del existencialismo, en sus dos direcciones cardinales, la alemana y la francesa, comparadas por García Bacca, autor también del artículo dedicado a Bergson y de uno de los dedicados a Husserl. A esta nómina deben agregarse los nombres de Vossler y de Raimundo Lida, capacitado como nadie para escribir sobre el gran romanista y filósofo del lenguaje.

Por obra del filósofo austriaco Alfredo Stern, un emigrado más, ahora en los Estados Unidos, después de haberlo estado aquí en México, la sección ha ajustado cuentas políticas a uno de los filósofos que acabo de nombrar, a Husserl y a un par de grandes filósofos del pasado inmediato o algo más lejano, a Nietzsche y a Fichte. No lo digo en son de reproche, sino para señalar un nexo

importante entre los históricos y los teóricos de estos artículos filosóficos, pues de los teóricos es justamente el tema de la responsabilidad política, social, histórica, del filósofo en especial y del intelectual en general, el tema de más significativa actualidad. Y por cierto que me parece una forma destacada de contraer esta responsabilidad el hacer *pronósticos* como aquellos que intentó *verificar* una serie de artículos por desgracia interrumpida después de los referentes a Saint-Simon y Fourier, a Ortega y Gasset y a Nietzsche.

Los artículos de teoría filosófica abarcan temas de filosofía de las ciencias, así exactas y naturales como humanas; de estética y filosofía del arte y de la literatura de ética, filosofía política y filosofía de la educación; y de filosofía general, como se dice cuando no se sabe qué filosofía más especial nombrar. De estos artículos resaltan dos grandes preocupaciones. La reiterada preocupación por la ciencia y arte de la historia y por su objeto, la historia misma: media docena de artículos; tres de jóvenes autores iberoamericanos, el mexicano Cardiel Reyes, el cubano Portuondo, el brasileño Botelho. Estos dos trabajaron en México varios años de los últimos. La otra gran preocupación de las dos anunciadas es la no menos reiterada, más patentemente significativa aún, por la ya mentada responsabilidad del filósofo en especial y del intelectual en general, preocupación no sólo de artículos expresos y eminentes sobre el tema como los de los mexicanos Samuel Ramos y Leopoldo Zea, sino de otros como "Literatura comprometida" del español-argentino Guillermo de Torre, "Arte puro y estética impura" del español Florentino Torner y aun "El intelectual y el político" del español Forrater Mora.

Un segundo grupo mayor de los artículos de "Aventura del Pensamiento" es el de los artículos de ciencia.

Los de ciencias físicas, aunque no pasan de la docena, pasan revista a las principales manifestaciones de la gran aventura del pensamiento que representan en conjunto las ciencias físicas de nuestro siglo: la física moderna en total y suma, la astronomía más reciente, la física del átomo y constitución de la materia en general, la radioactividad y la radiación cósmica. Ni siquiera estas disciplinas han podido eludir el ajuste de cuentas políticas, por obra del mismo profesor Stern en su artículo "Física de los *quanta* y neoscurantismo alemán".

Los artículos relativos a la ciencia natural de la Tierra son los menos numerosos, pero cómo omitir los nombres del Parícutin y de su recreador científico y artístico del Dr. Atl.

Los artículos de ciencias biológicas y psicológicas, de medicina en general y psiquiatría en especial, vienen a ser otra docena, en

la que se encuentran dos que reavivan un dolorido sentir, el de la pérdida de Eugenio Imaz, que trazó en uno de ellos uno de los itinerarios más difíciles de trazar, el de la compleja, la profusa psicología contemporánea.

A once artículos de ciencias humanas hay que agrupar algunos más de otra docena versantes sobre asuntos políticos, sociales y económicos. La mayoría de ellos, si no la totalidad, hubieran podido incluirse en la sección de "Nuestro Tiempo", por la actualidad de los asuntos. Sirva de ejemplo el de Iturriaga sobre punto tan crítico del nuevo régimen de vida humana que representa la URSS como es el de la minoría selecta en ésta. No deja de encontrarse, sin embargo, un criterio justificativo de la inserción de estos artículos dentro de "Aventura del Pensamiento", en la forma de tratar los asuntos, relativamente más general y teórica que la predominante en los artículos incluidos en "Nuestro Tiempo".

Me pareció interesante reunir aparte los artículos de tema iberoamericano o español, cualquiera que por lo demás fuese éste. Y por segunda vez los de filosofía, entre históricos y teóricos, predominan dentro del conjunto, casi en la misma proporción con el resto que en el anterior caso. Estos artículos se reparten casi totalmente en dos divisiones: los ocasionados por hechos luctuosos, como los ofrendados a raíz de las respectivas muertes, a D. Antonio Caso, por Alfonso Reyes, Samuel Ramos y Juan Hernández Luna, y a Joaquín Xirau por su discípulo de México, el norteamericano Johnson; y aquellos artículos que pueden llamarse de adquisición o incremento de la conciencia histórica y crítica de su pensar y de su ser por parte del español e hispanoamericano en general y por el mexicano muy en particular: el de Nicol con el expresivo título de "Conciencia de España", el de Zea sobre filosofía americana, los de Romero sobre la filosofía argentina y los de Agramonte y Lizaso sobre filosofía cubana, los de Ramos, Zea y Uranga sobre el mexicano y, si me perdonan ustedes que me mencione a mí mismo por una vez, los míos sobre el pensamiento hispanoamericano.

Entre los otros artículos de tema iberoamericano, los más están tan cerca de los últimamente registrados, que el separarlos totalmente de éstos sería en realidad injustificado. Así, artículos como el de Arciniegas "América, obra del pueblo", el de Freyre sobre literatura y problemas sociales del Brasil, el de Pablo González Casanova "Conocimiento de América", el de Natalicio González sobre la cultura paraguaya, y aun el singular de Jorge Carrión sobre los efectos psicológicos de la guerra de 1847 entre México y los Estados Unidos.

Entre los restantes artículos, es de relieve una serie de contenido estético o artístico que enlazan con la "Dimensión Imaginaria"

la "Aventura del Pensamiento" como ésta se enlazaba por el otro extremo con "Nuestro Tiempo".

Por último, hay, como no podía dejar de haber, los que no pueden o no deben clasificarse, por una u otra singularidad, el más singular de todos, el que me da oportunidad de recordar a alguien a quien evocar aquí y ahora es sin duda justicia y justo: el artículo que encabeza la sección, "Nuestra alba de oro", de Juan Larrea.

Pero una síntesis como ésta no resultaría tan cabal cuanto debe serlo aun dentro de sus reducidas posibilidades, si no concluyera haciendo constar muy expresamente que un número considerable de los artículos de "Aventura del Pensamiento" han servido de vehículo a la difusión del conocimiento de las aportaciones originales hechas a la cultura universal por filósofos y hombres de ciencia, pensadores y escritores tan cercanos a nosotros, que quizá los más de ellos se encuentran ahora entre nosotros. Lo que la investigación de la radiación cósmica debe al Dr. Sandoval Vallarta es bien sabido de todos los que estamos aquí. El Dr. Manuel Martínez Báez se ocupó con el mal del pinto, para hacer justicia, no por tal menos generoso, al mexicano González Herrejón. El Dr. Márquez ha expuesto algunas de sus contribuciones a la especialidad médica a que ha consagrado —el término no resulta ni trillado ni afectado en este contexto— su noble vida, ya larga, pero que le deseamos aún muy prolongada. Y otros que deben figurar en esta lista: los filósofos Xirau, padre e hijo, García Bacca y Nicol, Romero, Ramos, Zea y Rangel Frías; sociólogo Mendieta y Núñez; el estadígrafo Loyo, que en su artículo de la sección se adentró felizmente por la filosofía de la historia; el Dr. Graef, que en su artículo sobre las relaciones entre la matemática y la pintura ha dado una muestra más de una competencia literalmente excepcional por ser en tres materias tales como la ciencia y el arte y, uniendo éstas, la filosofía; y el dramaturgo Usigli, y el arquitecto Obregón Santacilia; y... Alfonso Reyes, forzoso ausente, pero presente en la "Aventura del Pensamiento" con más de uno de sus comentarios, indefectiblemente nuevos por alguna parte e infaliblemente certeros por todas, a las más variadas cuestiones humanas.

Y ahora, ¿puede sacarse alguna conclusión interesante de la síntesis que acabo de hacer?

Me ocurren dos.

La primera es que en la "Aventura del Pensamiento" de nuestros días se alza como aventura señora y señora la de "comprometerse" el intelectual en cuanto tal a y con hacer que se conozca a sí mismo y actúe en determinado sentido el hombre de la "circunstancia" especial y temporal, el hombre del mundo occidental, hispánico, mexicano, de hoy. Y lo más interesante sería pre-

cisar, puntualizar, el sentido en que debiera actuar este hombre, en vista de los resultados del ya obtenido conocimiento de él. Mas; será cosa de que me atreva a intentar semejante puntualización en un par de minutos más, solicitados a la paciencia de ustedes. En todo caso, no puedo desperdiciar ni la menor fracción de estos minutos pensando si será cosa de ello o no. . .

A mí me parece que el pensamiento de nuestro tiempo se halla abocado a la necesidad de llevar a cabo dos enormes disociaciones en la teoría, para que pueda llevarlas a cabo en la práctica el hombre del futuro próximo y disociar ideas muy asociadas quizá sea más difícil que asociar ideas antes no asociadas. Dos de las ideas que habría que disociar son la idea de la modernidad progresiva sobre las edades anteriores de la historia de la cultura humana y la idea de que el instrumento por excelencia de todo progreso de la cultura humana sea la ciencia *stricto sensu* o la razón pura. Las otras dos ideas que habría que disociar son la idea del régimen burgués, capitalista e imperialista y la idea de la libertad. Esta segunda gran disociación teórica parece indispensable para deshacer en la práctica una asociación amenazadora para toda superación de la modernidad progresiva por la vía de esta misma, no por la vía, para decirlo con una sola palabra, de ninguna *reacción*: la asociación de la defensa del régimen burgués, capitalista e imperialista, con la defensa de todo régimen de humana vida libre. La primera gran disociación parece no menos indispensable después del reconocimiento de los límites de la razón pura, en que consistiría radicalmente y en suma la gesta teórica de la filosofía moderna, y del reconocimiento de los límites de la ciencia *stricto sensu*, a que ha llegado prácticamente en su carne y con su sangre el hombre en general de nuestros días. Ambas grandes disociaciones convergen de suyo en una nueva y no menor asociación: la que constituiría un nuevo régimen de vida humana en que la limitación de la ciencia, de la razón pura, sirviese a un nuevo avance, más allá de sus límites actuales, de la libertad, que, por encima de consentidos sacrificios pasajeros, parece requerida por toda nueva gran obra creadora del hombre después de haber llegado a donde llegó ya. ¿Habría en lo que acabo de insinuar, materia para un programa de discusión en la "Aventura del Pensamiento" de otro decenio? . . . Pero el tiempo ya no me permite añadir más que las palabras necesarias para decir la segunda de las dos conclusiones anunciadas.

Es una conclusión dirigida a nuestro Silva Herzog. Su nombre lo he encontrado ausente de la nómina de autores de artículos de "Aventura del Pensamiento". ¿Se deberá a que no tenga la ciencia económica por aventura del pensamiento? Si fuese así, me permitiría decirle que por mi parte le tendría por bien equivocado. Y ¿qué

mejor prueba que haberse metido en la aventura, tan económica entre otras cosas, de patrocinar, en nuestro tiempo, no sólo aventuras del pensamiento, sino también otras no menos aventuradas, como las que se arriesgan a hacer presente el pasado y a tener lugar en la dimensión imaginaria, aunque el resultado haya sido ya tan venturoso como igual de merecida que de justificadamente, estamos festejando aquí ahora?

De: Alfonso Caso

NICIARÉ estas palabras de homenaje a Jesús Silva Herzog, haciendo memoria de la tesis fundamental de mi maestro de Filosofía: Antonio Caso, que estuvo siempre tan cerca no sólo de mi pensamiento, sino de mi corazón:

La existencia es economía, desinterés y caridad.

La caridad es sacrificio de lo propio, en bien de lo ajeno.

Y viene a cuento esta doctrina, porque estamos en presencia de un economista que ha realizado sus más bellas acciones precisamente porque no es un "homo economicus", sino un profundo desinteresado, que va creando obras magníficas por medio de su propio sacrificio. Generoso en el propósito y, lo que es más raro, persistente en el esfuerzo, quizá ninguna obra de Jesús Silva Herzog sea más rica en resultados que *Cuadernos Americanos*, y quizá ninguna ha necesitado mayores dotes de sacrificio. A pesar de sus limitaciones físicas, venciendo las resistencias de todos los que creen que el mundo ya está hecho y el hombre acabado, Jesús Silva ha colocado a *Cuadernos Americanos* como un foco de inconformidad; inconformidad fecunda, que nos obliga constantemente a buscar nuevos medios, nuevas soluciones que nos obliga a crear, a realizarnos en el futuro, con la aventura del pensamiento, la dimensión imaginaria, las inquietudes de nuestro tiempo o la presencia del pasado.

Otros han hablado ya de las diversas y varias secciones a que me he referido. Sólo diré unas breves palabras por lo que se refiere a la presencia del pasado.

"El hombre vulgar, ese producto al por mayor de la naturaleza, que lo crea por millares todos los días", como decía Schopenhauer, no ve sino el presente; el presente o cuando más, las proyecciones que su instinto económico le dicta para medrar en el futuro. Le falta profundidad. Profundidad en el tiempo; le falta entender

que todo hecho humano es necesariamente un hecho histórico; que no podemos alcanzar la realidad actual, si no la concebimos como un momento y, sólo como un momento, en la evolución de una realidad que empieza antes de nosotros y que se prolongará después de nosotros.

Ciencia e historia son los dos métodos que tiene el hombre para entender el mundo. Explicar por las causas o por los antecedentes, son las dos formas de explicación posible, y el único modo de prever el futuro sin deslizarnos hacia la profecía; es considerar lo que ha sido y lo que es, para entrever lo que será.

La actitud histórica no consiste en estar de rodillas ante nuestros antepasados; no es una forma de adoración de fetiches que, por ser de otro tiempo, no son del nuestro; pero así como no hay árbol sin raíces, no hay hecho sin historia; no hay modo de entender lo que somos, si no sabemos por qué fuimos.

Y precisamente la sección Presencia del Pasado, con ese sugestivo nombre con el que apareció desde la primera vez, nos demuestra que en la concepción que tuvieron los fundadores de la Revista, fue esa su filosofía y ese el ideal que han perseguido, demostrar la raigambre profunda del presente en el profundo pasado.

Para nosotros pueblos de América, que estamos empeñados en construirnos, contra los que están empeñados en destruirnos, nuestra realidad histórica no es sólo una forma de conocimiento, es también la defensa de nuestra existencia.

Los poderosos antecedentes que tiene nuestra cultura en las viejas civilizaciones aborígenes hasta el siglo XVI; en las nuevas ideas que trajeron españoles y portugueses a este continente, hasta el siglo XVIII, en la profunda influencia que ejercía Francia en el siglo XIX, y en las terribles influencias del siglo XX, constituyen momentos esenciales de nuestra existencia.

Estamos pasando del momento en que fuimos discípulos de Occidente, al momento en que tengamos que decirle a Occidente nuestra propia palabra y, esta cultura nuestra que estamos elaborando en medio del dolor, de la sangre y de la tiranía, florecerá algún día en el mundo, florecerá en América esta nueva forma de cultura latina, manteniendo los viejos ideales de libertad y de justicia pero en un mundo nuevo, con otra interpretación de la justicia y la libertad.

Así lo ha entendido Jesús Silva Herzog; así ha entendido que la sección Presencia del Pasado, contiene una gran lección para el Continente; pero si es cierto que como dijo Cristo "se conoce el árbol por sus frutos", los frutos que ha producido esta Sección de Jesús Silva, nos hacen ver que el árbol estaba lleno de vigor y en plena madurez.

Al cumplirse hoy diez años de la Revista *Cuadernos Americanos* podemos volver con orgullo los ojos al pasado. La calidad con la que se iniciara en su primer número, se ha mantenido y en muchas ocasiones se ha superado. La revista ha sido no sólo un gran órgano de difusión de la cultura, sino un paladín en la defensa de los más altos intereses de América y del mundo.

Estoy seguro que en estos momentos, todos los hombres de buena voluntad del Continente, se unirían en este cálido homenaje a Jesús Silva Herzog.

De: Raimundo Lida

HARÁ unos cuatro años, conversé por primera vez con Jesús Silva Herzog, y me llamó en seguida la atención no sólo que su voz, solemne y episcopal, fuera vehículo de observaciones tan justas, tan sencillas, tan humanas, sino que en el espacio de breves minutos empleara dos o tres veces esta fórmula: "cosa buena". Hablando no sé qué iniciativa de años atrás, comentó sonriente: "Aquello fue una cosa buena". Hablando de un futuro número especial de *Cuadernos Americanos*: "Verá usted: va a ser una cosa buena". No era casualidad. El tiempo se encargó de confirmarme que en don Jesús tenemos, en efecto, un apasionado especialista de cosas buenas. Hay que oírle contar al propio Silva —como quien contara travesuras de muchacho, pero a la vez con científica precisión— la historia de sus cosas buenas. Sus silencios son tan elocuentes como sus palabras, y lo uno y lo otro nos ayuda a completar la imagen que de Silva Herzog van trazando indirectamente sus obras —pensamiento y acción. Imagen de una fundamental generosidad, que, cuando yerra, es siempre por carta de más; prodigalidad sin remordimientos, dispuesta cada vez, como jugando, a empezar de nuevo, a romper una lanza más en favor de las cosas buenas.

Porque la gran lección que hora tras hora aprendemos de Silva Herzog sus amigos, es la del heroísmo normal y de buen humor. Cuando evocamos en particular una determinada hazaña suya, somos olvidarnos de que eso lo ha hecho como por deporte marginal. ¡Y si la simple actividad lo fuese todo! La fiebre es fácil, y la actividad febril es a menudo el maquillaje de una esencial haraganería. Son muchos los que insisten y persisten, con energía digna de mejor empleo. Hay el infatigable a quien ya quisiéramos ver por fin fatigado; hay la constancia del que no sabe lo que hace; hay, y esa es peor, la constancia del oportunismo y de la picardía alerta. Pero

la voluntad de Silva Herzog, a la que hemos visto triunfar, increíblemente, sobre los más graves quebrantos del cuerpo, es de aquellas que sólo aspiran a ser instrumento de la acción noble y generosa. Y lo es con esa elegancia no buscada de la conducta directa y al aire libre, franca y eficaz, que, ocultando el esfuerzo, no sólo cumple su ley con justeza, sino que cada día ensancha y enriquece su ley.

¿Quién no ve en don Jesús el gran adelantado de una escuela mexicana de señorío, de amistad y de pureza? El *Jesús* le cae tan a la medida como el *don*. Un fervor sin recetas fijas, en que lo caballeresco y lo apostólico se llevan bien con la llaneza y la hombría, preside el trato de Silva Herzog con sus amigos: él es maestro en el arte de congregar junto a sí los espíritus, al servicio de la mejor voluntad.

Allá por 1830, entre una racha de guerra civil y otra de tiranía, brotó en la Argentina un suave sarampión cultural. Revisando alguna vez periódicos de ese tiempo, me encontré con el anuncio de un club que se acababa de instalar en Buenos Aires. El anuncio concluía con estas invitadoras palabras: "Hay un telescopio en la azotea". Abajo, la sala de juego y el piano, la intimidad del tresillo y del minué. Arriba en la azotea, la comunicación con el universo.

En algún rincón de su Guatemala 42, si no en la misma azotea, debe tener Silva Herzog ese mágico telescopio que le permite enlazar el aquí y el ahora mexicanos con la América de siempre y con el mundo todo. Y ahí lo tenemos, buscando la percepción más exacta y de más largo alcance, mirando en torno, tendiendo puentes de simpatía y colaboración entre los dispersos islotes de decoro de esta despedazada América. Y como el bien está de su parte, como la amistad nunca se confunde en don Jesús con la familiaridad chabacana, como los amigos no son para él compinches sino compañeros de cruzada, su palabra y su acción suelen ser tan rápidamente persuasivos que no siempre resulta fácil decidir dónde termina su obra personal y dónde empieza la nacida de su influjo. No sé de hombre que con menos artilugios, con menos posturas de personaje ni de demagogo, alcance tanto éxito en su negocio: el gran negocio de hacer del prójimo un hermano suyo en el bien (que es la mejor manera de hacer bien al prójimo).

Don Jesús, o la Conciencia. La leyenda dice que don Jesús suele acercarse a los millonarios, y que los mira entonces con fijeza de Juez Supremo y les dispara a quemarropa esta pregunta terrible: ¿Qué ha hecho usted por la cultura? El millonario, temblando, se lleva la mano a la "chequera". Don Jesús es un implacable despertador de conciencias, y la suya propia brilla con tan limpio fulgor, que no hay quien junto a él no se sienta un poco turbio y

culpable. Cada uno de los sesenta *Cuadernos Americanos* publicados hasta hoy, ha venido preguntando regularmente a la conciencia de América: ¿Qué ha hecho usted por la cultura? La mejor América ha acudido a su llamado y tiene en *Cuadernos* una revista de espíritu noble y fuerte; como el de su director, abierto a todos los rostros de la belleza: a la belleza del arte, a la de la verdad, pero principalmente a la de las formas supremas de la convivencia humana. Y es natural que en tiempos en que la convivencia humana está herida de muerte, la pobre América se pregunte desde estos *Cuadernos* hasta cuándo seguirán postrados bajo el látigo y la deshonra tantos de nuestros países, en medio de un respetuoso silencio internacional. ¿Será que los actuales Príncipes de Matternich sienten el mismo desdén que el intrigante de la Santa Alianza para todo lo que sucede en pueblos situados más allá de los límites razonables de la civilización? ¿Será que la justicia no tiene para qué volver los ojos hacia tierras que no han alcanzado el honor de que las atraviese el paralelo 38 de latitud norte?

Diez años de *Cuadernos* vienen predicando infatigablemente que no debemos pedir a los Príncipes la medicina que nos salve. Cuidémonos a nosotros mismos. Cualquiera que sea el sentido, el diagnóstico, la esperanza que leamos en el siniestro criptograma de Hispanoamérica, una cosa es segura: que en todas partes, y no sólo en los países agarrotados ya, abundan —y esperan su ocasión— los que se gritan por dentro, como gritaban por fuera los chulos de Fernando VII: ¡Vivan las *caenas*! Nadie se duerma sobre una tranquilidad fundada en la corrupción. No renunciemos a la sagrada tarea de distinguir; repitámonos los versos de Dante: "Siempre la confusión de las personas origen fue del mal de la ciudad". A pesar del refrán, el infierno está empedrado de *malas* intenciones. Las buenas intenciones son a lo sumo unos tímidos adornos verdeantes en medio del pavimento infernal: algo así como esa línea central de cactus que recorre el Paseo de la Reforma. Y contra las malas intenciones seamos inflexibles, aunque se disfracen de blandura o de elegante escepticismo.

Y que las fuerzas mejores sigan contando por mucho tiempo con guías como don Jesús. No sé si hay épocas que necesiten más que obras de las perfecciones menores del espíritu; pero lo que sí necesitamos nosotros siempre como el agua y el pan son las virtudes elementales. En las de Silva Herzog puede confiar nuestra América: en ese buen sentido suyo, inspirado y ardiente, en ese equilibrio sin astucias de equilibrista, en esa firmeza de roca sobre la que ha podido México levantar sus *Cuadernos Americanos* y tantas otras cosas buenas.

Pues este hombre es de los de verdad. Este es de los despiertos, de los que vigilan. Es un justo, en el viejo sentido de la palabra: es uno de esos hombres cuya aparición en una ciudad hace titubear a Dios mismo en el momento en que se proponía destruirla. A mí me consta, porque tengo amigos geólogos, que más de un terremoto de México se ha evitado por la sola presencia de Jesús Silva Herzog. Pero si los tiempos llegaran a estar irremediablemente maduros para la justicia y —“dies irae, dies illa. . .” — ya no hubiera lugar ni para un divino titubeo, a don Jesús se le confiará la salvación de la familia humana. Y estoy seguro de que en el Arca de Jesús el hombre no estará en tan humillante desproporción como en el Arca de Noé, y de que Silva Herzog no aceptará la capitanía si la nave salvadora no lleva también provisiones para el alma: la colección de *Cuadernos*, innumerables entonces, y, eso sí, un telescopio en el puente de mando.

Pero esperemos, como dice el propio Silva Herzog, que el hombre vuelva a hallar su camino y no se precipite a la perdición cegado por el influjo de los espectros. Entre tanto, siga don Jesús enseñándonos a mirar el pasado con gratitud, aunque sin excesiva nostalgia, y el presente y el porvenir con fe, pero sin borracheras. El mismo puede esperar tranquilo el futuro. Don Jesús nunca regatea méritos allí donde los encuentra; el tiempo no se los va a regatear a él. No es sólo que nadie le podrá quitar lo ya hecho. Es que si repasamos sus actos y releemos sus libros y sus artículos, los vemos ahondarse y agrandarse por sí solos, con esa especie de sutil plusvalía que el tiempo se encarga de añadir a la obra sincera y fuerte. Siga don Jesús mostrándonos cómo una saludable insatisfacción debe unirse a la energía afirmativa y creadora. Y siga ejerciendo, por encima de todo, su libre cátedra de decencia.

Dios inventó la decencia un viernes por la mañana. Por la tarde se puso a contemplar la obra (dos pasos atrás, uno de costado) y vio que aquello estaba bien, y dedicó el sábado a un merecido descanso. Pero la decencia estaba hecha del espíritu más frágil y sutil, de una sustancia más volátil que el aire de las palabras y la música, y cuando un huracán de siglos la desparramó luego por los cuatro rumbos, mucha fue la que se perdió en el camino. Cada vez que nos encontremos con una partícula radiante de decencia, agradezcamos el hallazgo como un especial privilegio. Y cuando nos encontremos con almas que son condensaciones de decencia activa y contagiosa, firmes manantiales de decencia conquistadora capaz de abrir entre las brumas habituales de la conformidad y de la desidia un surco de luz, inclinémonos ante esas almas —inclinémonos hoy ante Jesús Silva Herzog— como ante lo extraordinario y lo milagroso.

Y en este décimo cumpleaños de sus *Cuadernos*, ¿qué voto podemos formular para Silva sus amigos de todo el continente? No le deseemos ocio. Nobleza obliga, y don Jesús es de los destinados a no descansar. ¿Qué puede pedir para él Hispanoamérica como no sea lo que sin duda él mismo pide? Tiempo y medios para que prosiga su siembra de ideas, de amistad, de esfuerzo inteligente y cordial, y su cosecha de cariño y admiración. Hoy más que ayer, y mañana más que hoy. Hoy, y mañana, y siempre, ¡buena cosecha, don Jesús!

BIOBIBLIOGRAFIA DE AUTORES

Santullano, Luis A.

NACIÓ en Oviedo, España, en 1879; murió en la ciudad de México en 1952. Cursó derecho en su ciudad natal y la carrera del magisterio en Madrid. Colaboró en "El Imparcial", "El Magisterio Español", "La Esfera", "Nuevo Mundo" y "El Sol". Participó en la organización escolar en la zona española de Marruecos. Fue inspector de Primera Enseñanza, vicesecretario general de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigación Científica, profesor de pedagogía correccional en el Instituto de Estudios Penales de Madrid y de literatura española en "Columbia University" (1939-1940), catedrático en el Instituto Politécnico de Puerto Rico (1940-1944) y funcionario de El Colegio de México (1944-1952). Es autor de las siguientes novelas: "Carrocera, labrador" (1926), publicada posteriormente con el título de "Don Felipe, o la candidez"; "Paxarón, o la fatalidad" (1932), "Bartolo o la vocación" (1936) y "Tres novelas asturianas" (1945), donde recogió dos de las anteriores y "Telva, o el puro amor"; y de los artículos y ensayos: "Mirada al Caribe", en "Fricción de culturas en Puerto Rico" (1945); "Padres, hijos y maestros. Antipedagogía" (1945), "El pensamiento vivo de Cossío" (1946), "Los estudiantes", "Hacia una escuela mejor" y "De la escuela a la Universidad". Preparó la edición de algunos clásicos castellanos: prólogo a "Teatro" de Pedro Calderón de la Barca (1945); prólogo, selección y notas para "El vergonzoso en Palacio", "El burlador de Sevilla" y "El convidado de piedra" (1945); las mejores páginas de "El Quijote" (1948), precedidas de estudios y comentarios sobre la personalidad y la obra del autor, complementados por un vocabulario cervantino; y estudio

y notas para el "Romancero Español", "Obras completas de Santa Teresa", "Místicos españoles" y "Jovellanos, siglo XVIII". Tradujo "respetuosamente abreviadas" "La Eneida", "La Ilíada" y "La Odisea".*

Don Luis Santullano llegó a radicarse en México en la primavera de 1944. Aquí se dedicó a diferentes tareas de carácter intelectual. Nosotros lo recordamos en el Comité Técnico y de Distribución de Fondos del Colegio Madrid, institución fundada por el gobierno español republicano en el exilio.

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Álvarez. Tomo XI. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1977, pp. 349 y 350.

Blanco, Andrés Eloy

ESCRITOR y político venezolano (Cumaná 1897-Ciudad de México 1955), doctor en Ciencias Políticas y Sociales (1918). Inició sus actividades políticas combatiendo la dictadura del general Juan Vicente Gómez, por lo que fue encarcelado varias veces (1928-1934). Fue uno de los fundadores y vicepresidente del partido "Acción democrática" (1940), inspector de consulados, presidente del consejo municipal de Caracas, presidente de la Asamblea nacional constituyente (1946), ministro de relaciones exteriores. Publicó sus primeros versos en el diario "El Universal". Utilizó formas modernistas, empleando elementos populares y folklóricos, e infundiéndoles un sentido social. Escribió: "Tierras que me oyeron" (1921); "Poda" (1934), en el que figura el "Canto a España", primer premio de poesía de la Real academia española, 1923; "La aeroplana clueca" (1935), relatos; "Barco de piedra" (1937), poesía; "Abigail" (1937), teatro; "Malvina recobrada" (1937), prosa poética; "Baedeker 2 000" (1938), su contribución a la poesía futurista; "Navegación de altura" (1942), que junto con "Reloj de arena" recogen su prosa política periodística; "Vargas, albacea de la angustia" (1947), ensayo biográfico sobre el primer gobernante civil que tuvo Venezuela; "Giraluna" (1955). Después de su muerte apareció en México su último libro de poemas, "La Juambimbada".*

Agregamos nosotros: colaboró con varios trabajos en *Cuadernos Americanos*, entre los cuales queremos destacar su hermoso poema

* *Gran Enciclopedia Larousse* en veinte volúmenes. Tomo tercero. Larousse. París. Buenos Aires. México, 1967, pp. 213-214.

en tercetos clásicos y técnica moderna, titulado "A un año de tu Luz", y, sobre todo, sobre todo, el discurso verdaderamente extraordinario que pronunció al entregar el presidente de Venezuela, don Rómulo Betancourt, la estatua de Simón Bolívar a México.

Iturriaga, José E.

NACIÓ en la Ciudad de México en 1914. Estudió jurisprudencia en la Escuela Libre de Derecho y filosofía e historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Becario del Colegio de México en 1944, impartió allí el curso de historia de la Revolución en 1949. Ha sustentado conferencias sobre sociología mexicana, historia y problemas del país en diferentes universidades de la República y del extranjero. A lo largo de tres lustros, ha escrito numerosos artículos y ensayos para las revistas "Letra de México", "Cuadernos Americanos", "Revista de Jurisprudencia", "Revista de Ciencias Políticas" y "Pensamiento político". Ha publicado: "El tirano en América Latina" (1944), "Posibilidades de una revolución mundial en la post-guerra" (1945), "Estructura social y cultural de México" (1951) y "El pensamiento político y administrativo de Juárez" (1957). En 1963 dio a conocer su proyecto para la remodelación urbana de una parte de la Traza de Cortés, deseoso de reintegrar al centro de la Ciudad de México su viejo esplendor, promoción que 10 años después estaba siendo reconsiderada por las autoridades del Distrito Federal. Por su interés en la arquitectura del periodo virreinal, fue designado arquitecto Honoris Causa del Colegio de Arquitectos de México, y miembro —junto con el Arzobispo Primado de México— de la Sociedad Interamericana de Preservación del Arte Colonial, con sede en Santa Fe, Nuevo México, Estados Unidos. Desempeñó el cargo de asesor de la Presidencia de la República durante las administraciones de Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos. Prestó servicios en la Nacional Financiera desde 1934 hasta el 30 de noviembre de 1964, en que se jubiló siendo ya subdirector. En representación de México, desempeñó comisiones diplomáticas y de carácter técnico, en algunos países, en ocasiones diversas y fue embajador de México ante la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de 1965 a 1966. Actualmente está llevando al cabo y desde hace algunos años, una tarea verdaderamente titánica, consistente en recoger y estudiar los Archivos del

Congreso de los Estados Unidos: proposiciones, controversias y acuerdos conectados con nuestro país. Tenemos conocimiento que ya ha reunido 17 gruesos volúmenes.*

* La mayor parte está tomada de la *Enciclopedia de México*, dirigida por José Rogelio Álvarez y con la adición final nuestra acerca de la tarea en que Iturriga se haya empeñado en la actualidad.

Sánchez Sarto, Manuel

NACIÓ en Zaragoza, España, el 10. de enero de 1897. Desde 1939 llegó a México con el primer grupo de refugiados españoles. En 1951 se nacionalizó mexicano. Licenciaturas de Derecho y de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza y doctorados en la Universidad de Madrid en ambas disciplinas. Profesor de la Escuela Nacional de Economía desde 1941 y de Tiempo Completo a partir de 1956. Posteriormente recibió la distinción del profesorado emérito. Es autor de "La Estadística en España" (en alemán) (1922); "La Banca Pública en España" (en francés, comunicación al Congreso de Historia de la Banca, celebrado en Varsovia en 1933); "El contrato de edición" (tesis doctoral), etc. Director literario y posteriormente Director Gerente de Editorial Labor, S. A. de Barcelona (1923-1939); Técnico Asesor de la Dirección de Estudios Hacendarios de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (1940-1945), y Director Gerente de la Editorial Atlante, S. A. México (1939-1945).*

* La Redacción.

Zea, Leopoldo

NACIÓ en la ciudad de México en 1912. Maestro (1943) y doctor (1944) por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, fue becario de El Colegio de México (1940-1943), la Fundación Rockefeller (1945-1946) y el Centro de Estudios Filosóficos (1949). Ha enseñado introducción a la filosofía (1942-1948), en la Escuela Nacional Preparatoria, ética (1943-1944) en la Nacional de Maestros y filosofía de la historia (1944-1976) en la Facultad de Filosofía y Letras. En ésta ha sido: fundador (1947) y titular del Seminario sobre Historia de las

Ideas en América, secretario (1948-1953), profesor de tiempo completo (1966-) y director (1966-1970). Fue investigador de El Colegio de México (1947-1953) y del Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM (1954-1965); director de Difusión Cultural y miembro de la Comisión Editorial de la UNAM (1970); director del Consejo Nacional de Difusión Cultural y presidente de la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria (1972); jefe de los departamentos de Cooperación Intelectual y de Estudios Universitarios de la Secretaría de Educación Pública (1953-1955), secretario de la Comisión Permanente del Consejo Consultivo de la UNESCO (1953-1954) y director general de Relaciones Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1960-1966). Ha sido co-editor de "Tierra Nueva" y director de las colecciones "México y lo mexicano" e "Historia de las Ideas en América", del anuario "Latinoamérica" y de las revistas "Deslinde" y "Universidad de México". Es autor de: "Superbus Philosophus" (1942), "El positivismo en México" (1943 y 2 ediciones más), "Apogeo y decadencia del positivismo en México" (1944 y una edición más), "En torno a una filosofía americana" (1947), "Ensayos sobre filosofía en la historia" (1947), "Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica" (1949), "Conciencia y posibilidad del Mexicano" (1952), "La filosofía como compromiso" (1952), "América como conciencia" (1953), "El occidente y la conciencia de México" (1953), "Introducción a la filosofía" (1953 y 2 ediciones más), "La filosofía en México" (1955), "América en la conciencia de Europa" (1955), "Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica" (1956), "Del liberalismo a la Revolución en la educación mexicana" (1956), "América en la historia" (1957 y una edición más), "La cultura y el hombre de nuestros días" (1959), "Latinoamérica y el mundo" (1960; 2a. ed. 1965), "Ensayos sobre México y Latinoamérica" (1960), "Democracias y dictaduras en Latinoamérica" (1960), "Antología del pensamiento social y político de América Latina" (1964), "El pensamiento latinoamericano" (1965), "Latinoamérica en la formación de nuestro tiempo" (1965), "Antología de la filosofía americana contemporánea" (1968), "Definición de la cultura nacional" (1969), "La filosofía americana como filosofía sin más" (1969), "La esencia de lo americano" (1970), "Los precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo" (1971), "Latinoamérica. Emancipación y neocolonialismo" (1971), "Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana" (1975) y "Dialéctica de la conciencia americana" (1976). Son 30 sus publicaciones en inglés, francés e italiano, y más de 70 sus artículos publicados en español. Ha colaborado en "Letras de México" "El Hijo Pródigo". "Revista de Cul-

tura" (Caracas), "Revista de Indias" (Bogotá) y "Universidad de La Habana". Desde 1966 ha colaborado cada semana en "Novedades", y ocasionalmente en "Excélsior", "El Nacional" y "El Día".*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo XII. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1997, pp. 570 y 571.

Monteforte Toledo, Mario

NOVELISTA y sociólogo guatemalteco. Nació en la ciudad de Guatemala en 1911. Su obra tiene intención social avanzada. Presidente del Congreso y vicepresidente de la República en el régimen encabezado por Juan José Arévalo (1948-1949). Fue expulsado de su país por razones políticas y enviado a San José de Costa Rica. Dos meses después se trasladó a la ciudad de México, donde reside desde entonces. En 1957 ingresó al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde trabaja desde entonces ascendiendo por riguroso escalafón a investigador de la máxima categoría. En sus años sabáticos ha visitado en su carácter de observador estudioso buena parte de los países de Europa. Últimamente estuvo unas semanas en su país de origen, habiendo sido bien recibido por las instituciones de cultura guatemaltecas y sin que sufriera ninguna molestia. De su obra literaria anotamos: "Amaité", "Entre la piedra y la cruz", "Donde acaban los caminos", "Los muros invisibles" (1957) y "Una manera de morir" (1958). También ha escrito cuentos: "La cueva sin quietud" y "Cuentos de derrota y esperanza" (1962). Hay que agregar en sus trabajos literarios: "Llegaron del mar" (1966) y "Los desencontrados" (1976). Del catálogo de su producción en el campo de las ciencias sociales —economía, sociología, política— registramos las obras siguientes: "Guatemala - Monografía sociológica" (1a. ed. 1960; 2a. ed. 1965); "Tres ensayos al servicio del mundo que nace" (1961); "Izquierdas y derechas en latinoamérica", en colaboración con F. Villagrán Kramer, (1963); "La reforma agraria en Italia. Experiencias para México" (1963); "Partidos políticos en latinoamérica" (1964); "Las piedras vivas. Escultura y sociedad en México" (1965), 2a. ed. en prensas; "Centroamérica. Subdesarrollo y dependencia" (1973); "Mirada sobre latinoamérica" (1974), y "Literatura, ideología y lenguaje" (1977), un trabajo predominantemente teórico. Algunos de estos libros han sido reeditados en otros países de la América Latina. De la labo-

riosidad de Monteforte Toledo es de esperarse todavía nuevas publicaciones.*

* La Redacción.

Iduarte, Andrés

NACIÓ en San Juan Bautista (hoy Villahermosa), Tab., en 1907. En 1919 pasó a radicarse a la Ciudad de México. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria (1921-1925) y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (1926-1927) y (1930-1932) de la UNAM. Obtuvo su título de abogado, en esta casa de estudios, en 1953. Cursó derecho, letras y arte en la "Ecole de Droit", en La Sorbona, y en el "Musée du Louvre", en París (1928-1930). Es, además, licenciado y doctor en derecho de la Universidad Central de Madrid (1939) y doctor en filosofía de "Columbia University" de Nueva York (1944). En México ha sido profesor de historia en la Escuela Nacional Preparatoria y director de la revista "Universidad de México" (1930-1932), funcionario de las secretarías de Educación, Gobernación, Trabajo y Relaciones Exteriores en varios periodos (a partir de 1935) y director general del Instituto Nacional de Bellas Artes (1952-1954). De 1933 a 1938 fue secretario de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid. Desde 1939 es profesor de literatura hispanoamericana de "Columbia University" y ha sido catedrático visitante de las universidades de La Habana, Las Villas y Oriente, en Cuba; de Berkeley, en California, y de Caracas. Es miembro correspondiente en Nueva York de la Academia Mexicana de la Lengua (desde 1969) y doctor "Honoris Causa" de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo (1953). Entre sus obras: "El libertador Simón Bolívar" y "Homenaje a Bolívar" (1931), "El problema moral de la juventud mexicana" (1932), "Martí, escritor" (Cuadernos Americanos, 1945; La Habana, 1951), "Sarmiento a través de sus mejores páginas" (Nueva York, 1949), "Un niño en la Revolución Mexicana" (1951; 2a. ed., 1954), "Pláticas hispanoamericanas" (1951), "Veinte años con Rómulo Gallegos" (1954, 2a. ed., Caracas, 1969), "La isla sin veneno" (Santiago de Cuba, 1954), "Sarmiento, Martí y Rodó" (La Habana, 1955), "Alfonso Reyes: el hombre y su obra" (Nueva York, 1956), "Elogio de México" (1956), "Gabriela Mistral, santa a la jineta" (Cuadernos Americanos, 1958), "Don Pedro de Alba y su tiempo" (1962), "México en la nostalgia" (1964), "Tres escritores mexicanos" (1966) y "El mundo sonriente" (1968). Ha prologado "José Martí,

prosas" (Unión Panamericana, 1950) y "Obras Completas de Martín Luis Guzmán" (1963).*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo VII. Enciclopedia de México. México, 1977, p. 227.

Gaos, José

FILÓSOFO español nació en Gijón, Asturias (1900). Discípulo de Ortega y Gasset, y de García Morente. Catedrático en la Universidad Central, Madrid (1932), de la que fue rector, y profesor en la de México desde 1939. Ha traducido al español los fragmentos de Heráclito y la "Metafísica" de Aristóteles, así como una serie de obras de los grandes filósofos alemanes, clásicos y modernos. Autor de: "La crítica del psicologismo en Husserl"; "Dos exclusivas del hombre"; "Dos ideas de la Filosofía" (en colaboración polémica en Larroyo); "La filosofía de Maimónides"; "Pensamiento en lengua española"; "Filosofía de la Filosofía e Historia de la Filosofía"; "Un método para resolver los problemas de nuestro tiempo (La filosofía del prof. Northrop)", 1950, etc.*

Efectivamente, José Gaos llegó a México en 1939, iniciando su labor magisterial en La Casa de España en México, organización establecida para acoger a los intelectuales españoles que tuvieron que huir de su patria. Al mismo tiempo o casi al mismo tiempo, comenzó también a enseñar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Desde luego adquirió notoriedad por sus altas prendas de conferenciante y por sus lecciones saturadas de profunda sabiduría. Gaos dejó en México buen número de discípulos que contribuyeron bajo su dirección a levantar en nuestro medio el nivel de los estudios filosóficos. Lo contamos entre nuestros mejores amigos y más cercanos colaboradores, habiendo contribuido a nuestra publicación con 37 artículos y notas a lo largo de un cuarto de siglo, de 1942 a 1966. Murió el 10 de junio de 1969, cuando estaba presidiendo un examen de grado en el Colegio de México. *Cuadernos Americanos* le rindió cumplido homenaje publicando nueve trabajos en su honor, de los distinguidos intelectuales Raúl Cardiel Reyes, Justino Fernández, Antonio Gómez Robledo, Juan Hernández Luna, Francisco Larroyo, Fernando Salmerón, Emilio Uranga, Ramón Xirau y Leopoldo Zea.

* *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.* en diez volúmenes. Tomo V. Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana. México, 1953, p. 445.

Caso, Alfonso (1896-1970)

ABOGADO, arqueólogo, indigenista. Nació y murió en la ciudad de México. Hermano del filósofo Antonio Caso. Descubridor de la Tumba No. 7 de Monte Albán, Oaxaca. Ejerció la cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de 1918 a 1940 y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de 1919 a 1929. Dirigió la Escuela Nacional Preparatoria en 1938. Enseñó arqueología mexicana de 1929 a 1943, en la Escuela Nacional de Antropología y etnología general en 1930 en la Facultad de Filosofía y Letras. Desempeñó los cargos de jefe del Departamento de Arqueología del Museo Nacional de 1930 a 1933; director del Museo Nacional de 1933 a 1934, director de las exploraciones de Monte Albán, Oax., de 1931 a 1943; profesor huésped en la Universidad de Chicago en 1943; director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1939 a 1944; director general de Enseñanza Superior e Investigación Científica en 1944, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre 1944 y 1945; Secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa, del 10. de diciembre de 1946 al 31 de diciembre de 1948, y director del Instituto Nacional Indigenista, desde el 10. de enero de 1949. Era Vocal de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias en 1960 y acababa de recibir el Premio Nacional de Antropología Fray Bernardino de Sahagún. De su extensa bibliografía citamos: "El Teocalli de la Guerra Sagrada", México (1927); "Las Estelas Zapotecas", México (1928); "Las Exploraciones en Monte Albán", México (1932) y ss.; "La Religión de los Aztecas", México (1936); "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", México (1956); "Los Calendarios Prehispánicos", I. I. H., U. N. A. M., México (1967); y, últimamente: "El tesoro de Monte Albán". Su biblioteca, rica en ediciones de códices y en obras relativas a la arqueología de México, fue adquirida por el Estado, y se custodia en el Museo Nacional de Antropología e Historia de la capital de la República.*

* *Diccionario Porrúa*. 4a. edición corregida y aumentada, con un suplemento. Editorial Porrúa, S. A. Tomo II. México, 1976, pp. 2423.

Lida, Raimundo

ESCRITOR y filólogo argentino, nació en 1908. Colaboró con Amado Alonso en la "Colección de Estudios Estilísticos" y en la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana; profesor de la Uni-

versidad de La Plata, de El Colegio de México y de la Universidad de México; director de la "Nueva Revista de Filología Hispánica" (1947). Autor de: "Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana"; "El español en Chile"; "Introducción a la estilística romancesca" y "El impresionismo en el lenguaje", las tres en colaboración con Amado Alonso.*

En *Cuadernos Americanos* publicó los siguientes trabajos: "Santayana y la autonomía de lo estético" (ene.-feb., 1943), "Cultura de Hispanoamérica" (sept.-oct., 1947), "Vossler y la historia de la lengua" (mar.-abr., 1948), "Lucio Mansilla" (ene.-feb., 1949), "Notas a Borges" (mar.-abr., 1951), "Cartas de Quevedo" (ene.-feb., 1953), "Palabras de Gabriela" (may.-jun., 1957) y "Sobre las décimas de Jorge Guillén" (jul.-oct., 1958). En 1952 se trasladó a los Estados Unidos, en donde ha permanecido impartiendo sus conocimientos en la Universidad de Harvard.

* *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.* en diez volúmenes. Tomo VI. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México, 1953, p. 1046.

**Se terminó la impresión de este libro
el día 4 de enero de 1978 en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A., Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F. Se impri-
mieron 1 750 ejemplares.**

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios</i>	
	<i>por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu Tomo I, por Juan Larrea . . .	\$ 50.00	2.50
Tomo II	\$ 50.00	2.50
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	\$ 20.00	1.00
Lluvia y Fuego, leyenda de nuestro tiempo, por Tomás Bledsoe	\$ 30.00	1.50
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña . .	\$ 30.00	1.50
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta	\$ 50.00	2.50
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	\$ 30.00	1.50
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossío del Pomar	\$ 50.00	2.50
Otro Mundo, por Luis Suárez	\$ 40.00	2.00
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón . .	\$ 30.00	1.50
Razón de Ser, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Alegria	\$ 20.00	1.00
La Espada de la paloma, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce	\$ 40.00	2.00
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón	\$ 30.00	1.50
La Exposición. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	\$ 30.00	1.50
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frederic H. Young	\$ 30.00	1.50
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona	\$ 50.00	2.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	\$ 30.00	1.50
Pastoral, por Sara de Ibáñez	\$ 20.00	1.00
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios	SIN PRECIO	
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	\$ 36.00	1.80
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	\$ 20.00	1.00
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	\$ 50.00	2.50
Indices de "Cuadernos Americanos", por Materias y Autores, 1942-1971	\$180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA:

México	\$ 250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	\$ 50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

N U E S T R O T I E M P O

- Jorge Beinstein* Capitalismo marginador y neofascismo militar (Algunas reflexiones sobre el caso argentino).
- Benjamín Carrión* Cuba en dos tiempos (1960-1977).
- Francisco Martínez de la Vega* Sesenta años después de la Revolución de Lenin.
- Ricardo Torres Gaytán* La tecnología como factor de dependencia de los países de Indoamérica.

"Deten el paso, caminante. Advierte..." Memorias de un hombre de izquierda. Nota por LUIS CORDOVA.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan David García Bacca* Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre).
- Robert M. Scari* Notas sobre la angustia religiosa en algunos poetas españoles contemporáneos.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Bernardo Sebercaseaux S.* Diego Portales y la junta militar chilena: singularidad histórica e interpretación retórica.
- R. Olivar Bertrand* Trágica disyuntiva.
- Rubén Benítez* Américo Castro y el Siglo XIX español.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- F. Cossío del Pomar* Apollinaire el "mal amado".
- Geoffrey R. Barrow* Orígenes y aspiraciones de la poesía.
- Mariano López Sanz* Puntualizaciones en torno al naturalismo literario español.

I N T E L E C T U A L E S D E N U E S T R O I D I O M A Y C U A D E R N O S A M E R I C A N O S

- Alfredo S. Duque* Intelectuales de nuestro idioma y "Cuadernos Americanos".